



Antonio Soler  
Las bailarinas muertas



A uno de los cabarets más emblemáticos de la Barcelona de los años sesenta, llega desde el sur de España Ramón para hacer carrera como cantante. En postales, cartas y fotografías que periódicamente envía a su familia, comunica sus logros y algún fracaso, el descubrimiento de la gran ciudad y del mundo sórdido y fascinante a la vez de sus compañeros de profesión. Las postales y los éxitos de Ramón llenan a los padres de orgullo. Y sumergen a su hermano menor en un mundo de ensueño, de artistas, músicos, magos y bailarinas que deslumbran desde la lejanía al adolescente que pugna por dejar atrás el mundo irrecuperable de la infancia. Cuando sobre el escenario en plena función empiezan a caer muertas las bailarinas, el narrador adolescente descubrirá que el mundo de los adultos puede ser aún más áspero que el difícil paso de la infancia a la juventud, donde duele cada mirada que niegan las chicas, y donde los juegos a menudo acaban en peleas.

Con *Las bailarinas muertas* —Premio Herralde y Premio Nacional de la Crítica— Antonio Soler ha escrito una magistral novela de iniciación a la vida, con una extremada sensibilidad por lo bello y lo oscuro, por lo que estremece y lo que conmueve.



Antonio Soler

# **Las bailarinas muertas**

**ePub r1.1**

**Titivillus** 03.07.17

Título original: *Las bailarinas muertas*  
Antonio Soler, 1996

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



CUARTO ANIVERSARIO



PROYECTO SCRIPTORIUM - MÁS LIBROS, MÁS LIBRES

Aquellos años tan desdichados en los que fuimos tan felices.

ALEJANDRO DUMAS

Siempre imaginé a las bailarinas muertas cayendo sobre el escenario con el mismo ruido con que Tatín se dejaba ir al suelo. En mi mente, las bailarinas se desplomaban con ese ruido metálico y a la vez blando de lentejuelas aplastadas y carne desnuda que producía Tatín, aunque Tatín no llevaba lentejuelas y la mayor parte de las veces, al caer al suelo, levantaba una nubecilla de polvo y se oía bajo su cuerpo un roer de piedras y guijarros que se debían de hincar dolorosamente en su esqueleto. Ése era el inconveniente de jugar de portero, aunque también tenía otros igual de insoportables, como recibir balonazos en mitad del pecho o en la entrepierna. Y además estaba el aburrimiento, los ratos en los que la pelota rondaba la portería contraria y Tatín se distraía limpiando el suelo de piedras y ordenando los postes hasta que el equipo de enfrente emprendía un ataque y de nuevo lo obligaba a revolcarse por el suelo o le propinaba un pelotazo en el abdomen o en plena cara, porque Tatín tenía mucho pundonor y nunca se apartaba de la trayectoria del balón, aunque los defensas nos diéramos la vuelta o corriésemos para otro lado. Para empeorar las cosas, Tatín tenía gafas, y sólo consentía quitárselas cuando Castillo jugaba de delantero en el equipo contrario y las espinillas y los granos de Castillo le escocían la cara y lo ponían de mal humor. Entonces, Tatín doblaba con mucho cuidado las gafas y las metía en el bolsillo de un abrigo o en medio de uno de los jerséis que servían de poste, y los ojos parecía que se le licuaban y que las pupilas celestes se le iban a derramar en cualquier momento por la cara, como dos lágrimas tintadas con el color del cielo.

Es verdad que Tatín no llevaba lentejuelas, pero llevaba hierros y correas alrededor de las piernas, un andamiaje de hojalata y cuero que le subía de los tobillos y, bajo el pantalón, se le perdía muslos arriba. Tatín tenía la polio,

por eso, por muchos goles que le metieran y por mucho que se aburriese de quitar piedras y ordenar los abrigos de los postes, nunca cambiábamos de portero como hacían los demás equipos, y por eso, cuando caía al suelo sin impulso ni salto alguno, largo y firme como un árbol recién talado, como un mástil o un poste de telégrafos que un rayo acabara de segar, el ruido de esos hierros y de su carne al chocar con la tierra me recordaba aquel otro sonido que producían las bailarinas al caerse muertas en el escenario, un sonido que yo no había escuchado nunca pero que había imaginado cientos de veces oyendo a mi padre y a mi madre hablar de las cartas que mi hermano enviaba desde Barcelona, adonde él, mi hermano, había ido para hacerse bailarín y artista.

El misterio de aquel sonido dejó para siempre unidas en mi memoria la figura de Tatín y aquella otra, brumosa e imaginaria, de Soledad Rubí, que en realidad se llamaba Sonsoles Aranguren y que fue la tercera bailarina en caer muerta, en realidad medio muerta, sobre las pulidas tablas del escenario de aquel *cabaret* en el que trabajaba mi hermano y que yo siempre supuse cargado de humo y con cortinas de color rojo oscuro, como la sangre cuando deja de manar de una herida y empieza a formar en el suelo una gelatina suave y aterciopelada.

A veces he pensado que quizás no fue sólo el sonido lo que dejó entrelazadas para siempre las historias de Tatín y las bailarinas, sino el hecho de que sucedieran de modo simultáneo. En aquel tiempo, antes y después de irme a jugar a la calle y ver y oír caer a Tatín al suelo una y otra vez, yo siempre oía hablar en mi casa del *cabaret* donde trabajaba mi hermano, una y otra vez veía a mi madre leer muy despacio las cartas que él mandaba desde Barcelona para luego volver a leerlas de nuevo, como si quisiera descifrar algún mensaje secreto en aquellas letras redondas y alegres que parecían bailar por el papel como bailaba mi hermano por el escenario, despreocupado y sonriente. Y una y otra vez oía yo a mi padre comentar con su ayudante, y con el Toto y con sus amigos de Los 21, que en la sala de fiestas a la que había ido a parar mi hermano las bailarinas morían como chinches y que ya todo el mundo iba allí no a verles las piernas ni las pechugas, y menos todavía a contemplar cómo bailaban, sino a ver cómo las bailarinas se caían muertas sobre el escenario y así poder comparar cuál se había muerto mejor.



Eso pensaba a veces, que el hecho de asociar una y otra historia se debió a que transcurrieron en una misma época, pero la verdad es que en aquel tiempo yo también pasaba cada día siete u ocho horas delante de doña Carmen, y mil veces al día, o un millón de veces si estaba resfriado, veía cómo el Mocos se sorbía la nariz, y nunca se me ocurrió relacionar a doña Carmen ni al Mocos con las bailarinas fulminadas. Creo que tampoco se habría fundido en mi mente el portero con polio con aquellas mujeres que se morían a más de mil kilómetros de distancia, si al caer Tatín no hubiera crujido del modo misterioso en que crujían o me habían dicho que crujían o yo había soñado que crujían las compañeras de mi hermano, entre el humo y las cortinas que tenían el color de la sangre a medio cuajar. De no haber sido por ese ruido, yo habría continuado mirando a Tatín únicamente como a un portero eterno y con la agilidad trabada, y quizá no me habría interesado de aquel modo por las cartas de mi hermano ni por las historias que en ellas contaba, y habría dejado que las cosas siguieran el mismo curso, sosegado y armónico, como un baile dulce, que habían tenido desde que meses atrás mi hermano emprendiera su viaje a Barcelona.

Después de aquel viaje que yo imaginaba largo y nocturno —largo como si hubieran unido diez noches una detrás de otra igual que iban unidos los vagones del tren—, cuajado de andenes vacíos, viajeros insomnes y luces misteriosas, nada más llegar a Barcelona, mi hermano, que entonces se llamaba Ramón, fue a hospedarse en la pensión del fotógrafo Rovira. En realidad, la pensión era de la mujer de Rovira, Angelines, y se llamaba pensión Ríos-España, aunque la mujer de Rovira no se llamaba ni Ríos ni España, sino Cortés Esplá, Angelines Cortés Esplá.

Era una pensión de artistas y en ella, aparte de Poveda, un afilador que nunca afilaba nada y que se pasaba los días durmiendo y las noches mirando las estrellas como si fuera millonario, sólo vivían compañeros del mismo *cabaret* que había contratado a mi hermano. Había varias bailarinas, entre ellas la que, inaugurando la tradición, fue la primera en morir en el escenario, Hortensia Ruiz, y a la que artísticamente le decían Lili, un camarero que de verdad se llamaba Álvarez y que parecía sordomudo, un trompetista al que todos, en el *cabaret* y en la pensión, decían Trompeta y un mago disfrazado de chino, Chin Lu, que era un cantante de zarzuela fracasado

y cuyo verdadero nombre era Bonilla. Bonilla siempre iba a desayunar al comedor envuelto en un batín de seda con un dragón dibujado en la espalda y con el bigote de chino de la última actuación todavía puesto, aunque ya desbaratado y medio colgando por un lado de la boca después de haber estado durmiendo con él puesto el final de la noche y la mañana entera.

Lo del desayuno del mago era un abuso, ya lo dijo mi hermano en la primera carta y así lo consideraban todos sus compañeros de hospedaje, porque en realidad lo que el falso chino hacía era levantarse unos minutos antes que el resto de los artistas y que el afilador y el camarero para coger sitio en la única mesa donde daba el sol y obligar a doña Angelines a interrumpir sus labores previas a la comida para servirle café, ensaimadas y un par de magdalenas, ingerido lo cual, se quedaba allí, sesteando quince o veinte minutos bajo la tibieza del sol, con la cabeza descolgándosele una y otra vez sobre el pecho, medio roncando y con el bigote torcido bajándosele por un lado o por otro de la boca, hasta que sus compañeros de pensión y de *cabaret* empezaban a llenar el comedor y el trasiego de los cubiertos y el olor de la comida lo devolvían a la realidad para encontrar ante sí un plato de estofado o un potaje denso que, con una sonrisa previa, no se sabe si dedicada a sus vecinos de mesa o al propio guiso, el falso oriental empezaba a engullir de un modo laborioso, lento, pero implacable.

En realidad, la comida era el postre del desayuno, o quizá el desayuno era el aperitivo de la comida. En cualquier caso, estaba claro que el chino Bonilla no perdonaba las condiciones de tres comidas que en su día doña Angelines le había ofrecido a su llegada a la pensión Ríos-España. Y justo aquello era lo que levantaba críticas entre sus compañeros, aquel afán puntillista que parecía no tener en cuenta los desvelos de doña Angelines ni su sometimiento al artístico horario de sus inquilinos, que la obligaban a vivir eternamente como un fantasma, siempre andando de puntillas para no desvelar el sueño de aquella *troupe* noctámbula en la que también estaba incluido su marido, el fotógrafo Rovira, pues éste era el fotógrafo oficial del *cabaret* y se dedicaba a retratar a los artistas mientras cantaban y a seleccionar después las fotos mejores para colocarlas en la vitrina que había en la puerta o incluso para hacer los carteles que por todo el Paralelo y por toda Barcelona anunciaban las actuaciones del *cabaret*. Aunque eso de los carteles se llevaba a cabo de

tarde en tarde, y la mayor parte de las fotografías las hacía Rovira a las bailarinas y a los artistas antes y después del espectáculo, cuando se sentaban a tomar copas y a charlar con los clientes y éstos, para conservar de algún modo un recuerdo de aquella noche y del divertimento y de las bailarinas que los habían embriagado, se ajustaban el cuello de la camisa, se peinaban con la punta de los dedos y le pedían a Rovira que los retratara con el brazo echado por encima de una bailarina o sonriendo al lado de un músico.

A su modo, Rovira también era un artista. Y por eso, porque era un artista, sólo se encontraba a gusto trabajando en el *cabaret*. A veces, mientras estaba atareado en su habitación de luces rojas, un vaho melancólico o un temor insólito se adueñaban inesperadamente de su ánimo y, dejando las fotos recién reveladas puestas a secar o incluso flotando en el baño fijador, bajaba apresurado las escaleras de la pensión y se dirigía al *cabaret*, donde en esos momentos estaban bajando las sillas de las mesas y no se oía otra música ni murmullo que el sumir lento y atragantado de las tuberías o el roce de las sillas al ser depositadas en el suelo por la mano cansada, pero todavía firme, de Anselmo, el encargado. Y allí, sin la eterna cámara colgando del cuello, se quedaba el fotógrafo Rovira mirando el escenario vacío y las bambalinas como quien mira dormir a la mujer de la que está enamorado, acariciando con la mirada los cortinajes, las pinturas de las paredes y hasta las manchas de humedad y los desconchones que la iluminación de la noche hacía invisibles.

Después de aquella mirada lenta, Rovira se quedaba un rato hablando distraídamente con Anselmo el encargado o con alguna bailarina que entonces, vestida de calle y sin maquillar, todavía no parecía una bailarina. Ya por completo calmado, se volvía Rovira a la pensión para sacar del baño fijador las fotografías que en él había dejado sumergidas y para empezar el lento aseo que cada noche culminaba frente al espejo del recibidor, donde el fotógrafo, de modo invariable, se miraba de perfil y se daba unos toques que le desaliñaban el tupé antes de encaminarse, ahora sí, con la cámara en bandolera, hacia el *cabaret*. Con aquel tupé de aventurero elegante, de caballero atareado, hacía Rovira su entrada en la sala de fiestas llevando en su interior el mismo fuego sagrado que impulsaba a los artistas a salir al escenario, y aunque a él nadie le aplaudía ni le dedicaba silbido alguno y en realidad su figura no era más que una sombra moviéndose en la borrosa

penumbra de la entrada, a Rovira le gustaba llegar cuando el local rebosaba humo y clientes y ya no había desconchones por ningún lado ni quedaba rastro de aquel rumor enfermo de las cañerías que algunas tardes, como un médico preocupado por los bronquios de su paciente, iba a escuchar.

Fue precisamente en compañía de Rovira como mi hermano entró por primera vez en el *cabaret*. Y fue el fotógrafo quien le presentó a don Mauricio Céspedes, el propietario del local, que saludó a mi hermano efusivamente y con muchas muestras de afecto, como si hiciera mucho tiempo que no lo hubiese visto. De algún modo era verdad que hacía mucho que no había visto a mi hermano, pues no lo había visto en toda su vida y sólo había tenido referencias suyas a través de Carmona, el representante que lo había contratado. Con mucho entusiasmo, preguntándole qué quería beber, llamando al camarero y a la vez ordenándole a Rovira que lo retratara con mi hermano y a éste que se sentase a su lado para que los retratara Rovira, don Mauricio Céspedes, limpiándose con un pañuelo el sudor de la frente medio calva, se interesó por el viaje de Ramón, y por su cansancio y por sus ganas de empezar a trabajar. A todo se contestaba él mismo con una sonrisa afectuosa y diciendo a cada paso, Sí señor, sí, sí señor. Y antes de que mi hermano se llevara a los labios el cóctel que don Mauricio Céspedes le acababa de pedir, ya estaba presentándole don Mauricio a su mujer, y antes de que mi hermano lograra distinguir el rostro de la señora Adela de Céspedes de las pieles que lo envolvían como si la señora fuese un embozado del Tenorio, ya estaba posando para una nueva foto que Rovira, por orden de don Mauricio, Échenos una foto, Rovira, le estaba haciendo al matrimonio en compañía de mi hermano. Y antes de que cesara el fogonazo del *flash* ya estaba el propietario palmeando el hombro de Ramón y diciéndole a Rovira que lo llevase a los camerinos y le fuese presentando a sus compañeros, y que al día siguiente quería copia, dos copias de las fotos que les acababa de echar. Dos de cada una.

Pero al día siguiente ya no se acordaba don Mauricio Céspedes de las fotos ni tenía el mismo nerviosismo que le proporcionaba la presencia de su mujer en el *cabaret*, y aunque no dejaba de ir de un lado para otro ni de santiguarse con aquel pañuelo blanco, siempre andaba con escolta de champán y mujeres hermosas, bailarinas y no bailarinas, que volaban de su

lado como palomas asustadas cuando Amalia Moreno, la Bella Manolita, hacía su aparición e iba a sentarse al lado de don Mauricio. Y cuando, pasado el tiempo, semanas o meses después, Rovira le llevaba las fotografías encargadas, don Mauricio Céspedes siempre las miraba extrañado, sin saber cuándo ni por qué le habían hecho aquella foto y hasta dudando de que el sujeto retratado fuese un impostor suyo y no él mismo. Y salvo alguna rara excepción, siempre daba el mismo encargo al fotógrafo, Repártalas, repártalas entre los muchachos, y si no, mejor, para usted, Rovira, para su archivo. Y Rovira, que previamente ya había apalabrado las fotos con alguna de las personas que en ellas aparecían, salvado aquel trámite, procedía a regalar o a vender, dependiendo de que el retratado fuese de la casa o cliente, las fotografías en cuestión.

Así llegaron a la propiedad de mi hermano aquellas dos fotos que serían el inicio de una larguísima colección con la que tiempo después, muchos años después, cuando su aventura de Barcelona ya había concluido y yo tenía el doble de la edad con la que él se había marchado a esa ciudad, mi hermano se entretendría rellenando álbumes con aquellos rostros festivos y lejanos que el tiempo no lograba evaporar de su memoria, donde habían quedado prendidos como si Rovira hubiese llenado el cráneo de mi hermano con aquel líquido fijador suyo y éste las hubiera dejado estampadas para siempre en los badenes y recovecos de su cerebro.

Pero la primera foto que mi hermano, que todavía se llamaba Ramón, envió por correo no fue aquella en la que posó con el dueño del *cabaret* nada más conocerlo, ni siquiera la que Rovira le hizo apretujado entre don Mauricio Céspedes y su señora, de la que sólo se veían unos ojos muy grandes en medio de una nube de pieles de color blanco. Éstas las vería yo más adelante, cuando en unas vacaciones mi hermano llevó a mi casa dos cajas de zapatos llenas de fotografías revueltas. Pero, entonces, la primera foto que mandó fue una en la que él, mi hermano, aparecía en medio de un grupo de bailarinas. Estaba muy delgado, llevaba un jersey oscuro que yo no le conocía y el pelo de una manera distinta, amontonado encima de la frente en un tupé muy grande, como si de pronto le hubiera salido una barbaridad de pelo y no supiese qué hacer con él más que peinárselo así para arriba y domarlo con agua o con lo que fuera que se hubiese mojado la cabeza. A su

alrededor, alrededor de la delgadez de mi hermano y de aquella desproporcionada boina de pelo, había cuatro bailarinas, dos llevaban un casquete del que salían unas plumas que en el blanco y negro de la foto se veían de color gris claro, y las otras dos lucían unas melenas brillantes, una rubia y con rizos y ondulaciones, y otra con el pelo lacio y oscuro, no se sabe si moreno o tal vez pelirrojo tostado, y todas sonreían como si estuvieran muy contentas de estar con mi hermano, aunque tampoco ellas lo habían visto en su vida hasta unos días antes. Sólo iban vestidas las bailarinas con unos sostenes de plata, bordados de lentejuelas que tenían un resplandor muy suave, y también se les veían muy suaves los pechos, que casi se les escapaban de aquellos cuencos plateados y que eran lisos. Aunque en la foto no se movían, aquellos pechos daban la impresión de llevar dentro el mismo temblor que tenían los flanes en el plato cuando yo los transportaba de la cocina al comedor, un vaivén firme, y como los flanes eran de lisos, no como los que hacía mi madre, que siempre tenían estrías y cavas y grumos de huevo, sino lisos como los flanes de la casa Mandarín que a veces mi madre compraba y que en el paquete llevaban retratado un chino que a lo mejor se parecía al chino Bonilla, Chin Lu, y que como él iba vestido con un traje de seda y con un bonete negro que a lo mejor el chino de la pensión Ríos-España de Barcelona también tenía.

La verdad es que todo en la foto era suavidad y lisura, hasta el papel de la fotografía tenía una suavidad y un brillo que yo nunca había visto en ningún otro papel de fotografía. Era un papel delgado y dócil y tenía un olor raro, no sé si olía al tren en el que había venido la carta, a perfume de bailarina o al baño fijador que Rovira le ponía a todas sus cosas. Al ver la foto, mi padre y mi madre nada comentaron de aquel olor ni tampoco de la suavidad de la fotografía, ni siquiera de la maraña de pelos repeinados que mi hermano llevaba encima de la frente, sólo poniendo cara de pena dijo mi madre que Ramón estaba muy delgado, y cuando mi padre comentó algo de las bailarinas ella dijo que todo era cosa del maquillaje, y aunque mi padre no dijo nada se vio que no se quedaba muy convencido con la sentencia de mi madre, y todavía estuvo un rato mirando con una sonrisa la fotografía, no se sabe si fijándose en la delgadez de mi hermano, en su masa de pelos o en el dudoso maquillaje aquel de las bailarinas, tan hermosas dentro de sus

sostenes de plata que nadie se habría atrevido a pensar que cualquier día se podían morir en medio del escenario. Y es que por aquel entonces todavía no se había muerto ninguna bailarina ni ninguna se había caído con ningún ruido en mitad del espectáculo.

Y como no había muerto ninguna bailarina ni en mi casa se hablaba de aquella epidemia por la cual las artistas acababan su baile en agonía y por los suelos, yo, al ver a Tatín en su eterno puesto de portero, no tenía presente las palabras de mi madre diciendo que a ver si la desgracia del *cabaret* iba a coger a mi hermano y un día también Ramón iba a caerse fulminado por un tiro o por un rayo en aquella tarima que ya debía de estar reblandecida de tanto golpe y de tanta sangre como en los últimos tiempos había recibido. Al oír caer a Tatín yo sólo pensaba entonces en correr por la banda y desmarcarme para que él, una vez alzado de su caída, polvoriento y con cara de furia, me echase la pelota y yo a mi vez se la pudiera pasar al Guille, a Castillo o a cualquiera que jugase de delantero. Sobre todo me afanaba yo en mi trabajo si era domingo o sábado por la tarde y estábamos jugando en los Campos 21 o, peor todavía, frente al Colegio de los Sordomudos, donde acudían a jugar equipos de la Granja Suárez y gente con las piernas llenas de pelo que chutaba todo el rato como Castillo cuando las espinillas se le ponían rebeldes y le escocían la cara entera. Aquella gente de Suárez y de esos otros barrios que ya no eran barrios y se mezclaban con desmontes y con los últimos arrabales, parecía que tuviese la pus de las espinillas repartida por todo el cuerpo y por todo el alma y que no tuviera otra forma de quitársela de encima más que a fuerza de patadas.

En los Campos 21 la cosa era más llevadera, todo tenía otro sosiego y los partidos se parecían más a un juego que a aquel miedo y a aquella angustia de perder la cara de un balonazo que uno sentía nada más ver de lejos el Colegio de los Sordomudos y la explanada de tierra que había delante de él, con los equipos que esperaban su turno sentados en las orillas del terrizo, callados y escupiendo por una esquina de la boca con aquel muelle que parecían tener debajo de la lengua. En los Campos 21 no había problema con Tatín, los del otro equipo, quienes quiera que fuesen, al ver los hierros y las correas de nuestro portero siempre aceptaban bajar el larguero imaginario de nuestra portería, y a veces, en contra de las protestas del propio Tatín, hasta

consentían que la acortásemos uno o dos pasos de largo. En los Sordomudos no hubo ninguna ocasión en la que consiguiéramos unir ni una sola cuarta las piedras que servían de poste ni bajar un centímetro la altura del supuesto larguero. Las negociaciones eran farragosas, y los de Suárez, aunque ya nos conocieran de otras veces, siempre se quedaban mirando las piernas de Tatín con un aire avieso, como si nos acabáramos de inventar lo de la polio de nuestro guardameta o éste llevara arrastrando por antojo aquella impedimenta de cuero y metal.

Por fortuna, aquellas excursiones sólo las emprendíamos de tarde en tarde. Como si nos arrastrara un oscuro deber y sin que nadie dijera nada, de pronto nos veíamos con la pelota bajo el brazo caminando hacia el Colegio de los Sordomudos. Nadie disfrutaba con esos partidos, ni siquiera Castillo, que en medio de aquella gente pasaba desapercibido por mucho que se esforzara en hacer filigranas y dar unas patadas al balón que de ninguna manera podían competir con los cañonazos que a cada instante lanzaban los futbolistas de la Granja Suárez. Y si a todos se nos encogía el corazón cada vez que se nos acercaba alguno de aquellos individuos que tenían galope de caballo y que como caballos resoplaban y levantaban polvo y piedras en su carrera, a Tatín aquel peligro parecía estimularle sus ansias suicidas, y todo el rato estaba dándonos órdenes, anunciándonos con la clarividencia de un espiritista por dónde iba a llegar el balón a la vez que él mismo intentaba colocarse en la trayectoria de aquella bala de cuero y, sin importarle que le revoleasen las gafas o le sangrara la nariz, levantaba los brazos al cielo y se dejaba caer hacia un lado como un mástil herido por un rayo, como un árbol sin ramas ni follaje que le amortiguaran el golpe.

Al final de la tarde, cuando ya volvíamos camino de nuestra calle sin saber exactamente cuántos goles nos habían metido, contentos de haber salido ilesos de aquella encrucijada aunque cargando con un raro pesar que a todos nos rondaba el ánimo, yo siempre me fijaba en Tatín. Cubierto de polvo y lleno de mataduras, era algo así como nuestro estandarte, una bandera desgarrada por la batalla. Y en el silencio primero de la noche, a cada paso escuchaba yo el chirrido de sus piernas, que a esas horas ya habían perdido el engrase que por la mañana debían de aplicarle y crujían como una puerta entornada a la que el viento meciera de un lado para otro.



El crujido aquel era una despedida, un adiós, porque con él acababa el domingo y, la mayor parte de las veces, aquel equipo disparejo que formábamos los amigos de la calle Antonio Jiménez Ruiz no volvía a reunirse hasta el sábado siguiente por más que cada uno por su lado siguiera toda la semana corriendo detrás de un balón e intentando imitar los regates y quiebros de Castillo. Y es que cada cual iba a un colegio distinto. A Tatín sus tías lo habían apuntado a un colegio de curas, el Guille y Castillo no sé yo adónde iban, ni Diego Manuel. Manolito Tejada y Pepito eran del Sagrado Corazón, aunque Pepito casi nunca jugaba al fútbol y siempre estaba fumando por las esquinas o encerrado en los retretes o metido en el camión del Cuellicorto, aprendiendo a toser y a escupir como los hombres, con aliento de taberna y una nube de humo flotando siempre a su alrededor. El Nono y Barea, que siempre llevaba pantalón largo y tenía a su padre en Alemania, eran de las Mercedes, el colegio que había cerca de la Granja Suárez.

En el colegio de doña Carmen estábamos el Mocos y yo. También estaba allí Luisito Sanjuán, que era mi compañero de banca, aunque él no le tenía mucha afición al fútbol y sólo jugaba cuando por descuido doña Carmen olvidaba nuestro eterno castigo y salíamos unos minutos al patio de recreo. Luisito Sanjuán ni siquiera se quitaba el abrigo, y corría detrás de la pelota con las manos metidas en los bolsillos y con cara de sueño. Los domingos yo lo veía pasar por la esquina de mi calle de la mano de sus padres, con un abrigo distinto, un abrigo de color vainilla, de esos que le ponían a uno para ir de visita o para ir al médico, sólo que él no iba de visita ni al médico sino a comprar dulces a la Jijona y a comérselos luego en su casa, ya con el abrigo quitado aunque con la misma cara de sueño con que jugaba al fútbol, hacía la plana o pasaba por mi calle los domingos por la tarde.

Tampoco se le quitaba la cara de estar medio dormido cuando escuchaba el repertorio del Pitracó, que era vecino suyo y también estaba en el colegio de doña Carmen, aunque tenía autorización para salir una hora antes y así poder ir a la Academia Almi. El Pitracó siempre estaba yendo o viniendo de la Almi, y si no estaba yendo o viniendo o escribiendo a máquina en la Academia Almi, estaba hablando de la Almi y de las pulsaciones que daba en la Almi y de su máquina Olivetti y de todas las máquinas Olivetti que había

en la Almi y de lo rápido que escribía él en aquellas máquinas, y Luisito Sanjuán lo escuchaba como si no supiera de qué le estaba hablando y no le importara no saberlo, siempre a punto de bostezar o de dejarse caer de bruces en el pupitre para no oír más al Pitracó hablar de la Almi y no hacer más planas y no tener que despertarse hasta la hora de la salida, o mejor, hasta el domingo por la tarde, cuando sus padres hubiesen regresado de la pastelería y al abrir los ojos encontrara ante sí los dulces de la Jijona como el chino Chin Lu, a más de mil kilómetros de allí, en la pensión Ríos-España de Barcelona, encontraba al despertar un plato de potaje que era el postre de su desayuno.

También teníamos en el colegio de doña Carmen a Conchi Canea. El Pitracó, doña Carmen, el Mocós y todo el mundo en el colegio estaba enamorado de Conchi Canea, y todas las mañanas nos pasaban la libreta con la plana perfecta que Conchi Canea había hecho el día anterior, y la sacaban de la clase de las niñas y la subían a la tarima para que en la pizarra nos dibujara con tizas de colores el dibujo que el sábado tenía que ilustrar el resumen del Evangelio. Viéndola usar aquellas tizas que ni las maestras ni nadie más que ella y doña Carmen podían tocar, todo el mundo se enamoraba todavía más de Conchi Canea, que era una niña transparente a la que se le notaban los dibujos azules de las venas haciéndole garabatos por el cuello y por la cara y por las piernas como si su piel fuese una bolsa de plástico transparente, un plástico muy fino, como si fuese la mitad de un plástico, el pellejo del plástico. Pero el Pitracó la amaba de todas formas, y en sus sueños se veía yendo a la Academia Almi con Conchi Canea, tocando a cuatro manos en su máquina Olivetti una hermosa escala musical, tecleando codo con codo con aquella niña que era el orgullo del colegio, que escribía sus planas a tinta para que nunca se borrarán y que a mí, y también a Luisito Sanjuán, nos parecía una especie de bolsa de pipas pero sin pipas, sólo con un racimo de venas azules navegando como algas perdidas bajo el plástico de su piel.

Y todavía había mucha más gente en el colegio de doña Carmen, el Sebas, el Mezcuá, Domínguez, Ortigosa, Núñez, los hermanos Baro, Vázquez, el Mondelo, el Morsa y muchos más a los que con las brumas de la memoria ya no les veo la cara ni les recuerdo el nombre. Quien nunca estuvo en el colegio de doña Carmen fue mi hermano. Yo a mi hermano nunca lo

recordaba jugando al fútbol, ni al sota, caballo y rey, ni tampoco yendo de un lado para otro con libros ni carpetas. A mi hermano lo único que de verdad le gustaba eran las cosas de los artistas e ir al cine. Iba al cine como el Pitiraco a la Almi y hablaba de las películas como el Pitiraco de su máquina Olivetti, a todas horas. Por eso se fue a Barcelona, y por eso estaba entonces cantando en el *cabaret* aquel de las cortinas rojas y las nubes de humo.

Desde el día siguiente de su llegada, después de que don Mauricio Céspedes le presentara a su mujer y se hiciera un par de fotografías a su lado, mi hermano, que entonces seguía llamándose Ramón, empezó a poner en práctica todo lo que había aprendido cantando en las verbenas y en las fiestas de los barrios y todas las lecciones que en las academias de don Braulio y Atarazanas había recibido. Pero, sobre todo, allí, en medio de aquel escenario en el que pronto empezarían a morir bailarinas como chinchas, mi hermano Ramón vertió como un gran vómito todo el conocimiento que había acumulado a lo largo de los miles y miles de horas que había pasado a oscuras en el Plus Ultra, el Rialto, el Moderno, el Goya, el Echegaray, el Victoria, el Cayri, el Capitol, el Albéniz, el Duque, el Uncibay Cinema, el Alcázar, el Royal, el Pascualini y en todos los cines y los locales que a cien kilómetros a la redonda de nuestra casa se les hubiera ocurrido proyectar cualquier tipo de película, sobre todo si en ellas, aunque sólo fuese un segundo, aunque sólo se asomaran por el final de la pantalla para decir buenas tardes, salían Ginger Rogers o Hedy Lamarr, no importaba que Hedy Lamarr nunca bailase. Por ver una sesión doble de Ginger Rogers o una película en la que Hedy Lamarr bailara, mi hermano habría sido capaz de cruzar el desierto del Sáhara varias veces, de estar sin comer durante más de un año o de volverse un asesino de esos que salen a la calle y matan al primero que se encuentran.

Por suerte para todo el mundo, nadie le impidió nunca a mi hermano ver ninguna película de Ginger Rogers o de Hedy Lamarr y por eso, en vez de en la cárcel o en un manicomio, estaba en Barcelona, alojado en la pensión del fotógrafo Rovira y contratado en el *cabaret* de don Mauricio Céspedes. En una carta le contó a mi madre cómo había sido su debut. Había salido en un coro, vestido con un pantalón negro, una camisa de flores sin abotonar amarrada a la cintura y una gorra doblada en la cabeza, sin que lo anunciaran

por los micrófonos ni dijeran su nombre ni que había un bailarín nuevo en el espectáculo. Debutó de incógnito, como si fuese un espía que bailaba para disimular que era espía o para vigilar de cerca a otro espía del *cabaret*. Y con aquella indumentaria, en medio de otros bailarines que iban vestidos igual que él y de unas bailarinas que en vez de pantalones llevaban unas faldas muy cortas aunque la misma camisa y la misma gorra que los hombres, mi hermano había desfilado por el escenario dando giros y vueltas y pasos atrás y haciendo las cosas que hacen los bailarines, y había cantado con sus compañeros el estribillo de una canción entonada por el solista Arturo Reyes, que seguro que en verdad se llamaba de otro modo, porque en Barcelona, o por lo menos en el *cabaret* aquel, nadie se llamaba como decía que se llamaba.

Pero, según contaba en su carta, a pesar del anonimato, mi hermano estaba rebosante de alegría nada más que por el hecho de verse entrar y salir de los camerinos y de correr a toda prisa por detrás de las cortinas y alinearse en las sombras, apretado entre bailarinas y bailarines, mientras la música empezaba a sonar y ellos, deslumbrados por los focos y los aplausos, hacían su aparición en el escenario. Don Mauricio Céspedes, ondeando su pañuelo como un soldado que quisiera rendirse, lo felicitó después de aquella primera actuación medio clandestina, le dio golpes en la espalda y llamó a Rovira para que retratara aquel momento que don Mauricio aseguraba que iba a ser histórico para el *cabaret*. También fue a felicitarlo la Bella Manolita, que era la querida de don Mauricio Céspedes y también había participado en el número de mi hermano, con su gorra y su camisa anudada encima del ombligo y con unos ojos negros que ella se hacía todavía más grandes y más negros a base de pintura y maquillaje. Su nombre de verdad era Amalia Moreno, y todo el mundo en el *cabaret*, hasta el propio Rovira, le temía a aquellos ojos que eran dos imanes capaces de absorber la fuerza y la voluntad de quienes los miraban, como si dentro de ellos viviesen las sirenas esas que dejaban a Ulises agotado o aquellas brujas que convertían a los marineros en cerdos.

Pero mi hermano, no se sabe si por haber visto todas las películas de Ulises y de sirenas que se habían hecho en el mundo o porque aquella cortina nueva de pelos que llevaba en la cabeza era capaz de amortiguar el poder de

cualquier imán, siempre fue inmune a las miradas cenagosas de la Bella Manolita e incluso llegó a trabar con ella cierta amistad. Y las más de las veces, cuando la compañía debía bailar emparejada, era mi hermano quien salía a escena llevando a la querida de don Mauricio Céspedes cogida de la mano como si fuese una princesa, sin importarle mirar a lo hondo de aquellos ojos mientras al ritmo de la música giraba abrazado a la cintura de la Bella Manolita o se tenía que quedar inclinado sobre ella cuando la canción acababa y los bailarines parecían haberse convertido en estatuas hasta que los aplausos menguaban y los artistas se retiraban del escenario andando para atrás, inclinándose y lanzando besos al aire para que las palmas aumentaran de nuevo.

Pero no sólo con la querida de don Mauricio se llevaba bien mi hermano. Muy pronto se ganó la simpatía del resto de los bailarines, sobre todo de las bailarinas y sobre todo de Hortensia Ruiz, Lili, que también estaba alojada en la pensión Ríos-España y que, según pude ver en una foto que mi hermano se hizo con ella antes de que se cayera muerta en el escenario, era rubia, con el pelo lleno de ondulaciones y vaivenes. Tenía los ojos muy claros, y era como si mi hermano se hubiera retratado con dos bailarinas a la vez, porque las carnes de Lili, que también iba vestida con un biquini de pedrería y brillantes, ocupaban casi toda la fotografía, y para que sus pechos se hubieran parecido a algún flan mi madre habría tenido que utilizar como molde los tazones del puchero o incluso la propia olla del puchero, o haberse arruinado comprando flanes de la casa Mandarín para fundirlos en uno solo, o mejor dicho, en dos. Se reía Lili en la foto, contenta de aquellas carnes suyas, como si le hicieran cosquillas las perlas y las lentejuelas que desde el sostén le bajaban en un ramaje muy vistoso hasta el ombligo, donde se le enredaban en un dibujo que la fotografía de Rovira no alcanzaba a mostrar por completo. Y la mano que se veía en una esquina de la foto sosteniendo una copa con un líquido oscuro y con un reloj con correa de metal, me dijo mi hermano que era de Álvarez, el camarero que de verdad se llamaba Álvarez y que también era compañero suyo de pensión. Aunque todos decían que era sordomudo, a mi hermano llegó a hablarle en más de una ocasión, y hasta le dijo que a él también le gustaba mucho Ginger Rogers, aunque quien de verdad lo volvía loco era Gregory Peck, porque a él, a Álvarez, lo que le iba era la marcha atrás. Eso le

dijo a mi hermano, aunque no se lo dijo entonces, sino mucho después, cuando ya se conocían bien y una noche se quedaron los dos en el *cabaret* después de que se hubiera ido todo el mundo, bebiendo mientras Anselmo el encargado acababa de cuadrar la caja y de apagar todas las luces. Por eso se había ido Álvarez de su pueblo, por lo de la marcha atrás, y por eso era tan callado y siempre iba tan serio y servía las copas a las bailarinas y a los clientes como si los estuviera envenenando, serio como un verdugo, aunque en realidad su víctima era él mismo, porque su vida era una especie de calvario mudo y sin alicientes. A pesar de su seriedad, en el *cabaret* todo el mundo lo trataba bien y a nadie le preocupaba si iba para atrás, para adelante o para los lados, aunque la verdad es que Álvarez no iba para ninguna parte y su vida era como la de un monje capuchino, sólo que en vez de dar la comunión servía coñac y en lugar de rezar a los santos antes de acostarse se quedaba un rato mirando una postal de Gregory Peck y se encomendaba a él, aunque sin santiguarse.

Pero quien mejor trataba a Álvarez era doña Angelines, la mujer del fotógrafo Rovira, que le cronometraba en la cocina el hervor de los huevos pasados por agua y se los ponía a Álvarez justo como a él le gustaban, ni blandos ni duros, y cualquier capricho que al camarero se le pasara por la cabeza era inmediatamente adivinado y satisfecho por la dueña de la pensión. Hasta lo de la marcha atrás le había adivinado doña Angelines, y no sólo porque más de una vez hubiese visto la foto de Gregory Peck rondando la mesilla de noche de Álvarez o se la hubiera encontrado entre las sábanas, sino porque doña Angelines también había trabajado en las salas de fiesta y era una mujer de mucho alcance y tenía un conocimiento muy profundo de las cosas y de las personas aunque pareciese que apenas las miraba.

Mi hermano decía que doña Angelines se había retirado tan pronto del mundo del espectáculo precisamente por eso, porque alcanzaba a ver demasiadas cosas, y de tanto ver salía del *cabaret* cada noche con la cabeza revuelta y con mareos. De no haber sido por eso —y por la desgraciada historia que tuvo con el abogado don Alberto Santos Cambrí—, doña Angelines todavía tenía apariencia para estar encima de un escenario vestida con sostenes en miniatura o con camisas atadas por encima del ombligo. Para demostrarlo, Rovira tenía pegadas en las paredes de su laboratorio unas

fotografías de doña Angelines, Lina en el *cabaret*, poco antes de abandonar su carrera artística que eran la envidia de todas las bailarinas que por la pensión Ríos-España pasaban. Pero ella lo había cambiado todo por estar en su casa, cronometrando los huevos de Álvarez, poniéndole el desayuno al chino Bonilla y sembrando su pensión de una armonía que, según mi hermano, nadie había visto nunca en ninguna otra parte, a no ser en la película *Mujercitas*, la de Katharine Hepburn, no la de June Allyson y Elizabeth Taylor, que, según Ramón, era peor.

Así que mi hermano, entusiasmado con el inicio de su carrera de bailarín y participando de aquella armonía de película antigua que reinaba en la casa de doña Angelines Cortés Esplá, apenas tuvo problemas para congeniar con nadie, y unas veces se quedaba después de comer en la habitación de Lili o en la de Almudena Fernández, que también era bailarina, viéndolas cómo repasaban sus trajes de baile y daban un respunte a alguna lentejuela suelta mientras se reían de don Mauricio Céspedes o despellejaban a la Bella Manolita, o se iba mi hermano al dormitorio del Trompeta. El Trompeta siempre tenía la cama revuelta, como la debe tener un músico, decía él, y a todas horas estaba tumbado encima de las sábanas con la trompeta en la boca simulando que tocaba, pasando los dedos por las válvulas doradas de su instrumento para atrás y para adelante, aunque sin soplar fuerte, entretenido en hacer ese ejercicio mientras mi hermano le hablaba de las verbenas en las que había cantado o de *Noche en el alma*, de *Sansón y Dalila*, *La calle 42*, *Seis destinos* o cualquiera de las películas que habían hecho Ginger Rogers o Hedy Lamarr.

Hasta con el chino Bonilla se llevaba bien mi hermano. A pesar de que a Chin Lu no le gustaban ni Ginger Rogers ni Hedy Lamarr, tampoco Gregory Peck, a veces mi hermano se iba con él andando desde la pensión al *cabaret*, charlando del tiempo que hacía y de lo bien o de lo mal que se vivía en Barcelona, que era de lo que le gustaba hablar a Chin Lu, aparte de zarzuela, que era su devoción. Aunque de zarzuela hablaba pocas veces, porque se emocionaba y hasta se le saltaban las lágrimas, y todavía hablaba menos cuando iba camino del *cabaret* para transformarse en chino, porque entonces habría sido como reconocer la evidencia de su fracaso y recordar la imposibilidad de dedicarse a cantar *La verbena de la paloma* o cualquier cosa

de esas que a él tanto le entusiasmaban. Pero de lo que menos le gustaba hablar a Chin Lu era de la magia que tan bien sabía hacer y de los trucos que en el escenario realizaba a cada momento, unos trucos que parecían no tener truco y que nadie podía adivinar ni explicarse. De modo que mi hermano, mirando de reojo el maletín en el que Bonilla llevaba su disfraz, sus aparatos y su maquillaje, le hablaba del calor o del frío, y el mago le contestaba con desgana, rozándose el muslo y la rodilla con aquella maleta en la que llevaba su cara y su disfraz de chino, y en realidad era como si Bonilla llevase como equipaje a otra persona que se llamaba Chin Lu y que era él mismo.

Pero si mi hermano tuvo un amigo en los años que vivió en Barcelona, ése no fue el chino Bonilla, ni Álvarez ni el Trompeta, ni Poveda, ni siquiera Anselmo el encargado, ni el boxeador Kid Padilla, ni tampoco don Mauricio Céspedes o el representante Carmona, y menos todavía el solista Arturo Reyes, sino el fotógrafo Rovira. Desde el momento en que por primera vez se saludaron en la pensión, intuyó mi hermano que aquel hombre con tupé de aventurero y camisa blanca iba a ser su amigo y su guía en el laberinto de Barcelona. Y lo que en principio no fue sino un golpe de intuición, quedó confirmado la noche del debut de mi hermano, y no porque el fotógrafo hubiese ido corriendo a felicitarlo como hicieron los demás, sino por todo lo contrario. Rovira se quedó al fondo, apoyado de espaldas en la barra, con una copa entre los dedos y mirando a mi hermano como si pensara de qué ángulo iba a sacarle una foto. Y sólo cuando el remolino de las felicitaciones concluyó y mi hermano, que esa noche todavía se llamaba Ramón y que aunque se hubiera llamado de otro modo no habría importado porque nadie dijo su nombre por ningún micrófono, se quedó como flotando en la penumbra con una sonrisa atolondrada y sin saber adónde acudir o qué hacer, agitó Rovira la ginebra que le quedaba en la copa como si en vez de ginebra fuese un café al que había que removerle el azúcar y los posos antes de rematarlo, y después de vaciarla de un trago se acercó a mi hermano y de un brazo se lo llevó cogido a una mesa solitaria que había en el camino de los servicios:

—Ése es tu sitio —le dijo a mi hermano señalándole el centro del escenario, donde ya sólo quedaba el micrófono plateado ante el cual Arturo Reyes había entonado la canción que Ramón y el resto de los bailarines y



bailarinas habían acompañado con sus gorras torcidas y sus estribillos—. Ahí es donde tienes que estar tú, en medio del escenario, y deben ser los demás los que den vueltas a tu alrededor, y no al revés. Métete eso en la cabeza desde este instante.

Y como mi hermano se quedó sin saber qué contestar, con la gorra todavía más torcida y dudando si aquello era un elogio o un reproche, el fotógrafo Rovira le dijo que Arturo Reyes estaba agotado, que era como el fantasma de un cantante, un espectro que ya no cantaba y que ni siquiera se atrevía a abrir la boca para que no se le vieran las muelas y las desnudeces de las encías, y que él, mi hermano, tenía planta de primera figura, y otra vez le dijo que se tenía que meter eso en la cabeza. Y mientras le pedía por señas a Álvarez otra copa de ginebra, le dijo a mi hermano que no se escondiera en medio de los demás bailarines como había hecho esa noche, y le dio consejos y direcciones de otros *cabarets* y nombres de bailarines y de cancioneros en los que se debía fijar y con los que tenía que hablar en la única noche libre a la semana que don Mauricio Céspedes les concedía a sus contratados. Y otra vez le dijo que tenía que meterse eso en la cabeza, aunque la primera idea que debía meterse en su cráneo y que no debía salir nunca de él era que si le asaltaba alguna duda o algún tipo de complicación y tenía que pedir algún consejo lo hiciera a doña Angelines, su mujer, porque lo que era él ya le había dicho todo lo que sabía y todo lo que tenía que decirle sobre ese asunto.

Y después de decir todo aquello de un modo muy serio, el fotógrafo Rovira, con una habilidad que recordó el poder mágico de Chin Lu, de un solo toque se remontó con la punta de los dedos el tupé que ya estaba a punto de desmoronársele y con una sonrisa le dijo a mi hermano, Lo has hecho bien, muy bien, con clase. Y en ese mismo momento puede decirse que nació una amistad que fue la admiración no sólo del *cabaret* sino de todo el Paralelo y que habría de durar hasta mucho tiempo después en el corazón de aquellos hombres, incluso mucho después de que mi hermano y el fotógrafo Rovira hubiesen dejado de verse y ninguno supiera qué había sido del otro ni en qué parte del mundo estaba, o si su amigo continuaba con vida. Así fue aquella amistad. Y, a partir de esa noche, infinidad de veces pudo verse al fotógrafo y al bailarín, que era mi hermano, riéndose con clientes y bailarinas, bebiendo en la misma mesa retirada que había camino de los

servicios, paseando de madrugada por los muelles o amaneciendo entre gitanos y coplas con un grupo de clientes en las chabolas del Somorrostro.

El fotógrafo le enseñó a mi hermano montañas de carpetas y álbumes con miles de fotos de bailarines y cantantes antiguos que habían pasado por el *cabaret*, y también le enseñó la carpeta verde en la que estaban las fotos de Claudia Cardinale, de Sofía Loren, de Charlton Heston y de otros artistas de gran importancia que Rovira llamaba monstruos de la pantalla y a los que había retratado en sus visitas al *cabaret* cuando rodaban sus películas cerca de Barcelona o iban a esa ciudad a recibir premios y homenajes. Mi hermano se quedaba medio hipnotizado viendo aquellas fotos, con el pulso parado al pensar que una noche cualquiera podía entrar alguno de aquellos monstruos al *cabaret* y, como los bailarines que había alrededor de la Cardinale o del protagonista de *Ben-Hur*, él podría sentarse a su lado y hablar con ellos de sus películas mientras Rovira los retrataba juntos. Por miedo a un ataque de espasmos o a un desmayo ni siquiera se atrevió a imaginar mi hermano que eso llegara a suceder con los monstruos que para él eran más monstruos que nadie, el monstruo Ginger Rogers y el monstruo Hedy Lamarr.

Y aunque ninguno de aquellos dos monstruos fueron nunca al *cabaret*, pasado el tiempo Rovira tendría ocasión de fotografiar a mi hermano al lado de Virna Lisi, Burt Lancaster o Vittorio Gassman, que también eran monstruos de la pantalla, e incluso le hizo el fotógrafo un reportaje abrazado a Alida Valli, que pasó por Barcelona y al ver a mi hermano se quedó recolgada de él hasta que transcurrido no sé cuánto tiempo tuvo que irse a rodar una película a París, desde donde le estuvo enviando una carta cada día durante más de un mes hasta que se le acabó la tinta y dejó en paz a mi hermano, que por aquel entonces ya no se llamaba Ramón pero que seguía siendo hijo de mis padres y hermano mío. Y aparte de las fotos con Alida Valli, que había trabajado en *El tercer hombre* y que, según Rovira, nada más que por eso ya podía ser considerada monstruo de la pantalla, y de todas las fotos que encima del escenario o rodeado de amigos y compañeros Rovira le hizo a mi hermano, el fotógrafo le regaló una serie de instantáneas trucadas que eran una especie de rompecabezas que Rovira tenía guardados en una carpeta negra que nunca enseñaba a nadie.

Desde la habitación de Hortensia Ruiz, desde la de Almudena Fernández

o desde la del afilador noctámbulo que nunca afilaba nada y que se llamaba Poveda, podían oírse las risas de mi hermano y de Rovira comentando aquellas fotos llenas de trucos. Las risas salían desde la habitación del fotógrafo y se expandían por toda la pensión con una especie de cosquilleo que, lejos de romper la paz de la casa o de provocar cualquier tipo de protesta o de envidia, era como un bálsamo o una vitamina reconfortante que servía para revitalizar el ánimo de los que allí vivían, sobre todo de doña Angelines, sin la cual aquella amistad no habría sido posible, pues ella fue para mi hermano una especie de hada madrina, y aunque no le cronometraba el hervor de los huevos como hacía con Álvarez, en el fondo era como si se lo cronometrara, y aunque no estuviera con el reloj allí delante del cazo, aunque ni siquiera le pusiera huevos, doña Angelines estaba todo el rato cronometrando el hervor de todo lo referente a mi hermano.

Pero toda aquella armonía se rompió y quedó truncada para siempre cuando una noche, desde una tierra verde, desde un pueblo lejano y sin nombre, llegó al *cabaret* en busca de trabajo Sonsoles Aranguren Gómez, que a partir de entonces y de cara al mundo del espectáculo iba a llamarse Soledad Rubí. Y es que Soledad Rubí, o Sonsoles Aranguren, era la propia armonía, y todo lo que había a su alrededor se venía abajo y se desmoronaba si era comparado con ella. Al lado de aquella mujer, que en realidad era como si fuese dos porque todo en ella mudaba según si en ese momento predominaba en su persona la campesina Sonsoles o la bailarina Soledad, todo era imperfecto, todo chirriaba y parecía mal rematado o cojo, o con un punto de fealdad o de grosería. Era Soledad o Sonsoles, o la media aritmética de aquellas dos mujeres, cada una con una mirada e incluso con un rostro distinto, una especie de agujero negro de esos que hay en mitad del firmamento y que acaban tragándose todas las piedras y planetas y cachivaches estelares que hay flotando en el cielo, aunque circulen a un millón de años luz de su órbita.

Así apareció Soledad Rubí en el *cabaret*, como un apagón eléctrico, como una estrella que dejó sumido en la tristeza de las sombras todo lo que había a su alrededor, aunque lo cierto es que Sonsoles Aranguren, como las propias estrellas, no tenía voluntad de apagar ni de oscurecer nada, sino de aprovechar la combustión de aquel organismo suyo que emitía una especie de

esplendor mineral. Era como Conchi Canea pero con piel de mujer y sin venas ni plástico que la envolviera. En realidad, Soledad Rubí era lo que doña Carmen y todos querían que fuese Conchi Canea pero que en verdad Conchi Canea no era, porque, si hubiese estado en el colegio, Sonsoles Aranguren no habría necesitado pintar el Evangelio con tizas de colores ni escribir sus planas con tinta para que todos se fijaran en ella y la adorasen, y aunque doña Carmen la hubiera castigado tanto como a Luisito Sanjuán y a mí, todos nos habríamos enamorado para siempre de ella.

Todos menos el Pitiraco, porque lo que al Pitiraco le gustaba de Conchi Canea no era la propia Conchi Canea, sino los paseos que a Conchi Canea le daban por las clases de los demás, y las palabras que de Conchi Canea decían las maestras, y las tizas de colores que Conchi Canea usaba, y, sobre todo, lo que más amaba el Pitiraco era la veneración que doña Carmen sentía por Conchi Canea, una veneración que el pobre Pitiraco pensaba que de algún modo podía ser traspasada de la niña a su persona. Amando a Conchi Canea, el Pitiraco se amaba a sí mismo, y aunque él no lo supiera, a través de aquella niña medio transparente y con tirabuzones falsos, el Pitiraco amaba a la Academia Almi, las pulsaciones que allí daba y a su máquina Olivetti. Quienes en Barcelona amaron a Soledad Rubí y a Sonsoles Aranguren, aprendieron que amar nada tenía que ver con mirarse en un espejo, porque a la luz de esa mujer se olvidaron de su propia sombra, de sí mismos y de su vida, que no habría sido vida lejos de aquella criatura que tan sólo ambicionaba convertirse en bailarina y que sumió a medio Paralelo en el mismo caos que una bomba atómica, con edificios caídos y gente fulminada por el fogonazo de los átomos.

Quini no llegó de ningún pueblo, ni tampoco Esperancita, pero fue como si de pronto un día las dos hubieran cogido un autobús no se sabe dónde y hubiesen venido de un pueblo muy lejano y no las hubiéramos visto nunca hasta ese momento, cuando doblaron la esquina de Diego de Vergara y entraron en nuestra calle. Ninguno de los que estábamos sentados en el escalón de mi casa habría sido capaz de reconocer a lo lejos a aquellas dos niñas de no haber sido porque Manolito Tejada, primo de Quini y hermano de Esperancita, iba a su lado. Parecía que esa noche les hubiera crecido el pelo a las dos, aunque a ellas no se les había levantado en un escandaloso tupé, sino

que durante el sueño se les había vuelto más lacio y sedoso y parecía que unas esclavas como las que salían en las películas de romanos les hubiesen estado cepillando la melena sin parar durante varios días. Pero el prodigio más grande no estaba en aquellas dos cabelleras esplendorosas —color del trigo maduro la de Esperancita, morena con un vago reflejo de cobre la de Quini— ni tampoco en esa forma nueva de andar que ambas traían, ni siquiera en el brillo renovado que a medida que se acercaban veíamos en sus ojos y que en el caso de Quini alcanzaba unos destellos de fuego, sino en lo ajustado de sus jerséis y en las repentinas prominencias que en su parte delantera los abultaban.

Cuando llegaron a nuestra altura y se detuvieron delante de nosotros, ni el Guille, ni el Mocos, ni yo, ni siquiera Castillo con todos aquellos pelos a medio afeitar asomándole entre sus espinillas, acertamos a decir nada ni a apartar la mirada de aquel abultamiento que de pronto se había producido bajo los jerséis de aquellas dos niñas que ya no se sabía si eran niñas o qué eran. Sólo Tatín fue capaz de sobreponerse a aquel hipnotismo y, apretando entre las manos el balón con el que acabábamos de jugar, acertó a preguntarle a las niñas, o lo que fuesen, si pensaban ir al día siguiente al circo. Con un tono y una voz que nadie le había escuchado nunca, siguió Tatín diciendo que a una de sus tías le habían dado tres invitaciones y que él se las podía regalar. Y Castillo, el Mocos, el Guille y yo apartamos muy despacio la vista de los jerséis de Esperancita y Quini para mirar a Tatín y oírlo hablar de aquel modo, que debía de ser el que usaban los curas maristas de su colegio y el que seguramente se empleaba en el *cabaret* de Barcelona y en todos los *cabarets* del mundo cuando los clientes invitaban a las bailarinas a una copa o a una botella de champán después de haberse quedado medio bizcos y tartamudos viendo el meneo de sus flanes dentro de los sostenes de lentejuelas o el vértigo de sus ombligos dando vueltas bajo el nudo de las camisas arremangadas.

Pero esa proposición de cura o de hombre acostumbrado a tratar con artistas no fue contestada por ninguna bailarina, sino por Manolito Tejada que, al contrario que su hermana y su prima, sí seguía pareciendo una niña con aquellos rizos enmarañados y negros que le caían por la frente como si la esclava que debía haberlo peinado se hubiese quedado dormida o de pronto

se la hubieran llevado para echársela de comer a los leones. Aunque sí había tenido tiempo la esclava para untarle carmín en los labios, cada día más rojos y más hinchados y rodeados de una pelusa cada vez más negra, casi tan peludo Manolito Tejada como mi prima Oso, sólo que más relamido Manolito. Y, con una sonrisa que con aquellos dientes amarillos y los labios tan rojos parecía una bandera de España, Manolito Tejada le dijo a Tatín que su padre no lo dejaba a él ni a Esperancita ir al circo, y su tía a Quini menos todavía, porque a su tía le daban horror las fieras, que aparte de salvajes eran un foco de infección y de enfermedades. Quini y Esperancita se limitaron a subrayar la contestación de Manolito Tejada con una sonrisa que no tenía bandera alguna sino música de violín o de piano saliendo de las teclas inmaculadas de sus dentaduras.

Con aquella especie de vals flotando a su alrededor y un aleteo de las pestañas de Manolito Tejada, se dieron la vuelta y empezaron a alejarse calle arriba, camino de la escalerilla que subía a la calle Eugenio Gross, llevándose Esperancita y su prima Quini el rescoldo que ardía dentro de sus ojos y al que yo me habría arrimado de un momento a otro con las manos extendidas para calentar los escalofríos que el sudor helado me subía en oleadas lentas por la espalda, como si me invadiera un musgo húmedo que sólo aquellas niñas, con la brasa de sus ojos, podían ahuyentar. Y cuando subieron las escalerillas y desaparecieron de nuestra vista, todavía nos quedamos un rato callados y mirando hacia aquel lado de la calle hasta que el Mocos, pensando en voz alta, dijo, Manolito es maricón. Sí, le contestó Castillo a la vez que, sin salir del ensimismamiento general, el Guille torcía la cabeza, Tatín soplaba con desgana y yo me encogía de hombros para apoyar aquella sentencia del Mocos que vino seguida por otro silencio más corto, roto por Tatín al preguntar si nos íbamos.

Tal como teníamos previsto antes de la aparición de Quini y Esperancita, nos encaminamos hacia los Campos 21, no para jugar al fútbol, sino para ver las jaulas y los animales del circo que en medio de la explanada habían levantado la noche anterior. Pero en vez de ir a ver leones, elefantes o lo que el circo aquel hubiera traído, parecía que fuésemos al Colegio de los Sordomudos a jugar un partido de dos horas con la gente de la Granja Suárez. A Tatín le crujían los ejes de las piernas como si en vez de ser sábado por la

mañana estuviéramos al final del domingo y ya se le hubiera acabado el lubricante de sus hierros. En lugar de correr emocionados de un carromato a otro, fuimos mirando los animales con mucha calma, y sólo el Mocos se reía a carcajadas viendo cómo los monos daban volteretas en sus jaulas y sacaban las manos por los barrotes como pedigüños sin casa ni sitio en el que caerse muertos, que era lo que decía mi tío Gutiérrez cuando hablaba de alguien al que ya no le podía pasar nada peor. Como si no fuese peor morirse que no tener dónde hacerlo.

Todos aquellos carromatos, con sus animales yendo de un lado para otro de la jaula, siempre andando pero siempre en el mismo sitio, y la gente que por allí iba llevando cubos y postes de franjas coloradas, y los carteles que anunciaban a Pinito del Oro y a un hombre bala que estaba en su tercera gira mundial, me llenaban de tristeza, como si Pinito del Oro acabara de despeñarse de lo alto de su columpio y los leones, convertidos en hienas, aullaran dentro de mi propio estómago. La procesión de aquel musgo helado que desde un rato antes me venía subiendo por la espalda empezó a calar en mi interior, y mi pecho y mi corazón se llenaron de goteras y de charcos, y después de que un hombre echara cinco veces al Mocos del interior de la valla que mi amigo saltaba una y otra vez para tocar las manos y los pies de los monos y de que el Guille y él se cansaran de tirarle piedras a aquellos pedigüños que tenían casi tanto pelo como mi prima Oso, yo me sentí aliviado cuando por indicación de Castillo emprendimos el camino de regreso y dejamos atrás aquel laberinto de carromatos, cables y vallas metálicas que olía a estiércol y a carne cruda.

Con aquel olor metido ya hasta lo más hondo del paladar, me vi en el comedor de mi casa dándole vueltas a un guiso en el que flotaban trozos de carne y unos islotes de papas amarillas desde los que unas sirenas invisibles lanzaban unos cánticos como los que en la película de Kirk Douglas volvían locos a los marineros de Ulises, y era como si la Bella Manolita, la querida de don Mauricio Céspedes, estuviera sentada en una de aquellas papas, chupándome toda la energía con el imán renegrado de sus ojos. Ni las amenazas de mi madre ni la risa burlona de mi hermana y menos todavía las entradas de circo que mi padre se sacó a modo de sorpresa del bolsillo de la chaqueta, pudieron hacerme tragar más de dos cucharadas de aquel emplasto

que con tanto esmero mi madre había cocinado y que tenía apariencia de arrecife griego o, mejor, de pantano prehistórico. Y mientras oía el responso de mi madre y echaba de menos los tapones de cera que los marineros se metían en las orejas, los ojos se me iban a la foto que mi hermano acababa de mandar de Barcelona, aquella en la que estaba rodeado de cuatro bailarinas y que mi madre había colocado encima del chinero, rodeada de tazas y de platos decorados con dibujos de dragones y de chinos que a lo mejor eran iguales que el chino falso Chin Lu. Y mirando aquella fotografía de mi hermano pensaba yo que en ese momento lo que más me habría gustado en el mundo habría sido irme con él a Barcelona y bailar en el *cabaret* o quedarme acostado en la pensión Ríos-España, no importaba que me salieran aquellos pelos que a Ramón se le amontonaban encima de la frente ni que me quedara todavía mucho más delgado que mi hermano, como un faquir si era preciso.

De algún modo, con mis cortas luces intuía que mi vida iba a verse agitada y sacudida por unos cambios que esa mañana habían anunciado a voces, como si llevaran megáfonos, los ojos, las melenas y los jerséis de Esperancita y su prima Quini. Pensaba que huyendo a Barcelona y escondiéndome entre el humo y las cortinas del *cabaret* donde trabajaba Ramón podría esquivar la mano del destino, encontrar un refugio que me preservara de sus vaivenes. Y es que entonces todavía ignoraba yo que, aun sin él mismo saberlo, eso era lo que había buscado mi hermano al marcharse a Barcelona, un refugio, el amparo de una gente que como él se sentía expulsada de no se sabe qué paraíso y a toda costa quería librarse del helor de la intemperie. Eso es lo que hacía el Trompeta tumbado en su cama revuelta de músico, lo mismo que Bonilla, escondido bajo la máscara de un chino, o el propio Rovira, metido en aquel cuarto suyo de fotógrafo, rodeado de carpetas llenas de fotos y paisajes en los que nunca se hacía de noche ni nada mudaba.

Con aquellos temores y arcadas estuve hasta que mi madre, convencida de que yo no volvería a sumergir mi cuchara en la laguna antediluviana de su guiso, aceptó mi proposición de cambiar la comida por un rato de reposo al lado de mi padre, que antes de quedarse dormido me estuvo hablando de Pinito del Oro y de los acróbatas y las fieras que al día siguiente íbamos a ver. Y de no haber sido por el temor de que nada más abrir la boca las dos cucharadas del guiso se me escaparan en un vómito tan feroz y ruidoso como



la erupción de un volcán, habría tratado de convencer a mi padre de que no debíamos ir al circo, que era un foco de infección, un nido de enfermedades invisibles que de pronto podían pasar de un león o de una pantera a una persona y dejarla muerta, igual de muerta que si le hubiera caído encima de la cabeza una bomba atómica, no importaba que los microbios no lo hicieran a uno pedazos, al final lo mismo de muerta estaba aquella gente que, como el tío Victoriano, se moría en la cama de su casa y se quedaba allí con los ojos cerrados sin que pareciera que le hubiese pasado nada, más peinados incluso que cuando estaban vivos, que aquella otra gente del Japón a la que una mañana le cayó desde el cielo una bomba atómica y cada brazo y cada pierna se le fue para una esquina de su calle, aunque al final tampoco quedara calle, ni esquina ni nada, sólo un boquete de cuatro kilómetros lleno de escombros y de astillas de muebles y de perros japoneses igual de muertos que sus amos.

Como si hubiera caído una bomba atómica estaba la calle cuando al final de aquel reposo forzado mi madre me dejó salir. Lo de la bomba es un decir, porque lo que era la calle no había variado y tenía el mismo aspecto de siempre, incluso al estar vacía, las paredes de las casas y del almacén del Cuellicorto y hasta la raquílica tapia de la fundición, con lo alta que era, parecían más firmes, engordadas por un silencio que a esa hora siempre estaba lleno de agujeros y rajado por los gritos que el Guille, el Nono, Castillo, Barea y sobre todo el Mocos lanzaban mientras corrían detrás del balón. Como si estuviera ciego o fuese un personaje de esos que van caminando por el desierto de las películas a trompicones, empecé a andar por en medio de la calle hasta que al llegar al camión del Cuellicorto oí un rumor saliendo de su interior, que parecía que al Avia se le estuvieran removiendo las tripas o por el tubo de escape le corrieran las voces del fantasma de un antiguo chófer suyo.

Me fui a la parte de atrás del camión, me aupé hasta la portezuela de atrás y con la coronilla levanté el toldo. Pareció que de pronto hubiese metido la cabeza en una fotografía de mi hermano y me tragara todo el humo que había flotando en el *cabaret*. La nube que yo siempre imaginaba dentro de la sala de fiestas se había trasladado al camión del Cuellicorto, sólo que aquí habían cambiado las cortinas de terciopelo por la lona áspera y verde que servía de toldo, y los clientes y los artistas habían sido sustituidos por Tatín, el Mocos,

Barea, el Guille, Diego Manuel y Pepito, que él solo fumaba por la clientela entera del *cabaret* y por todo el Paralelo. En medio de la penumbra y de aquella bruma densa, pude distinguir todas las caras vueltas hacia mí.

Pisando los garbanzos y los fideos sueltos que había desperdigados por la madera del camión, como un ciego auténtico, fui a sentarme al fondo. Mientras encontraba hueco entre mis amigos, Pepito encendió con mucha calma un nuevo cigarro y, con el susurro que desde fuera del camión me había parecido el soplo de un espíritu, reanudó su charla. Antes de oír ninguna palabra, nada más ver cómo los demás atendían, pude imaginar de qué estaba hablando. En medio de esa atmósfera que al olor del tabaco sumaba el de las semillas, los cereales y el de los propios sacos que a diario eran transportados en aquel camión, como otras veces, Pepito contaba la cosa de los microbios esos y de cómo las mujeres se tumbaban en la cama y los hombres iban y les metían dentro unos bichos, y era igual que si se orinara uno encima de una mujer o en el boquete que la mujer tenía en medio de las piernas, sólo que daba mucho gusto orinarse de ese modo que se llamaba follar y que era como a todos nosotros nos habían hecho, orinando una baba llena de bichos, follando. Y luego estaban las tetas de las mujeres, que se ponían redondas al llenarse de leche con la que había que dar de mamar a los niños, a esos microbios que se hacían niños en el estómago de las mujeres. Eso es lo que les había pasado a Esperancita y a su prima, aunque no quedaba del todo claro si se habían preparado para que cualquiera pudiese meterle dentro sus bichos o era que realmente alguien las había follado ya. Y también estaba la sangre que le salía a las mujeres la primera vez que alguien iba y les metía los microbios, el dolor que le daba a los hombres y no se sabe cuántas cosas más, aunque ya a nadie le importaban, porque a pesar de que Pepito seguía hablando y haciendo cábalas sobre Esperancita y su prima Quini, cada cual andaba rumiando sobre aquello del dolor y la sangre o sobre el asunto de los microbios.

Mirando para el suelo, no para el suelo del camión sino para el suelo verdadero que se veía a través de un boquete que había en las tablas del camión, Barea, que, como cada cual había hecho con el suyo, se había imaginado a su padre llenando de babas y orines a su madre, interrumpió a Pepito para preguntarle que esos bichos, los microbios, dónde los tenían los

hombres, si es que los llevaban en la sangre. Muy serio al principio, sonriendo después de encender un nuevo cigarro y de escupir por el boquete al suelo, Pepito se miró la entrepierna y dijo:

—En los huevos.

—En los huevos están los orines —le respondió calmado Barea, esperando una respuesta más convincente por parte de Pepito, aunque éste volvió a repetir:

—Están en los huevos. Los orines están en la vejiga.

Barea volvió a mirar por el agujero de las tablas, aunque parecía que mirase mucho más lejos y que en el suelo verdadero hubiese otro boquete y luego otro y así hasta atravesar la tierra entera. Con el mismo temple que antes, aclaró que la vejiga la tenían las mujeres, que tenían los huevos por dentro de la barriga y que les llamaban vejiga, y que los huevos eran la vejiga de los hombres. Y todos, deseando que Pepito se rindiera y reconociese que toda aquella porquería era algo que se había inventado o un cuento que había escuchado por ahí, nos quedamos pendientes de su respuesta, que parecía haberse perdido en medio de aquella nube de humo que le rodeaba la cara y la cabeza entera, y sólo cuando sus rasgos volvieron a salir de la niebla, otra vez con la sonrisa, Pepito, haciendo una catapulta con los dedos, lanzó por el agujero del suelo la colilla y le contestó a Barea:

—Pregúntale a tu padre.

Entonces fue cuando Barea se levantó y encorvado para que la cabeza no le diera contra los travesaños del toldo empezó a dar gritos y a decir que su padre estaba en Alemania y que a su madre nunca la habían meado, ni su padre ni nadie, y que le iba a dar una patada a Pepito en la boca y le iba a echar los dientes abajo. Y se movía para atrás Barea como si de verdad estuviese a punto de darle una patada a la cabeza de Pepito, igual que cuando había que sacar un córner, pero Pepito no se movía y seguía sonriendo como un gánster. No se movía porque estaba seguro de que todo lo que había contado era verdad, como en el fondo todos lo estábamos, hasta el propio Barea, por más que alzara la voz y jurase.

Y como se vio que Barea no iba a parar de gritar y nunca se atrevería a chutar la cabeza de Pepito por mucho que arrastrase la puntera del zapato por los fideos y los garbanzos que había tirados por el suelo del camión, Tatín se

replegó sobre sí mismo para poder levantarse. Aquel gesto fue la señal para que todos empezáramos a movernos y a andar por el camión hacia la puerta trasera, todos menos Pepito, que se quedó allí sentado al fondo, viéndonos salir con su sonrisa de gánster que le ha ganado la partida a la policía y con un nuevo cigarro entre los labios. Mareado por tanto humo y por el recuerdo del guiso que no me había comido y por los microbios y la sangre de la que había hablado Pepito, fui el primero en bajar, pero en vez de quedarme a echar pares o nones para jugar un partido, empecé a andar hacia mi casa, sin decirle nada a nadie ni contestar a las llamadas del Mocos. A mi espalda oí el golpe de los hierros de Tatín al caer del camión y los gritos que Barea seguía dando como si fuesen ruidos y voces que habían sonado hacía mucho tiempo. Los oí como los oigo ahora, como si en vez de estar oyéndolos los recordara.

A lo mejor es que en un instante pasaron muchos años y si hubiera vuelto la cabeza atrás no habría visto al Mocos ni a Tatín ni el camión Avia, que ya estaría desguazado en la chatarrería de la Pellejera o en cualquier otra chatarrería, con los hierros oxidados y la caja toda llena de boquetes y sin rastro de fideos ni de garbanzos. Quizá es que me perdí en el laberinto del tiempo, que es igual que una flor blanca, con los pétalos en espiral, casi rozándose un círculo con otro. No sé qué me ocurrió ni de qué familia era aquel musgo que se me había enredado por la espalda y por el corazón. Ni siquiera sé si era un musgo o una yedra aquella planta que había nacido dentro de mí y que, llenándolo todo de sombras, crecía y se regaba a sí misma con una especie de gotera y de charquina que yo llevaba por las cavidades de mi cuerpo.

Cuando a la tarde siguiente fui al circo con mi padre, mi interior era ya una selva llena de follaje y de ramas retorcidas, de lianas, heliotropos y raíces aéreas. Entre pecho y espalda llevaba yo el Mato Grosso, el Amazonas entero, y si hubieran querido, por mi interior se podían haber paseado a sus anchas aquellos leones y panteras que entre rugidos y estallidos de látigo salían a la pista y corrían a sentarse en sus taburetes con el mismo miedo con que en el colegio lo hacíamos Luisito Sanjuán y yo, sólo que a los animales aquellos les costaba más trabajo obedecer y lanzaban manotazos y unos eructos que estremecían el circo entero.

Pero lo que más miedo me dio no fueron los leones ni las panteras, sino

Pinito del Oro. Cuando aquella mujer se encaramó a lo alto del columpio sentí tanto horror como si yo mismo estuviese allí arriba, con un bañador lleno de fulgores y de pie en una barra de metal en la que no cabían ni los dedos de los pies y que iba de un lado para otro como el péndulo de un reloj muy rápido, como un reloj que adelantara tres horas por hora. Pinito del Oro no era como los monos pedigüños que habían salido un rato antes, ella, con aquel bañador cargado de brillantes, tenía toda la pista para caerse muerta, podía elegir cualquier sitio de aquel redondel que era enorme aunque ella lo debía de ver muy pequeño desde allí arriba, tan pequeño que a lo mejor por eso no se caía, porque no tenía dónde caerse y se veía obligada a seguir haciendo piruetas en lo alto de su columpio.

Luisito Sanjuán, que estaba frente a mí, sentado en medio de su padre y de su madre con su abrigo de los domingos a pesar de que ese domingo no habría ido a la Jijona a por su cargamento de dulces, miraba a Pinito del Oro sin alterarse, con la misma cara de sueño con que oía al Pitracó hablar de la Almi o miraba los monigotes que Conchi Canea dibujaba en la pizarra, todos con esas túnicas hasta los pies y una corona de luz amarilla en la cabeza, menos el demonio, que siempre estaba en cueros, sin túnica y con un rabo colorado, escondido debajo de las piedras o detrás de un matojo seco. Seguro que Luisito Sanjuán, que había visto a los monos jugar al fútbol con la misma desgana con que él mismo corría detrás de la pelota, sin sacar las manos de los bolsillos y medio bostezando, no tenía matorrales y arbustos por dentro, seguro que estaba hueco o por lo menos relleno de dulces de la Jijona y sin una brizna de hierba en los pulmones o en las tripas, no como yo, que esa noche al acostarme me pareció que dentro de la cama metía conmigo una película entera de Tarzán y que a mi lado oía gritos de búhos y de animales arrastrándose por entre las raíces y el fango. Y en medio de aquel cuadro se me aparecía Pinito del Oro, diciéndome adiós desde lo alto de su columpio y cayéndose al revés, para arriba, atravesando la lona que servía de techo al circo y perdiéndose por el cielo con su bañador de brillantes como si fuese una estrella. Y luego, andando por la selva, estaban Esperancita y su prima Quini, llevando bajo los jerséis unos pechos como los de las bailarinas, pequeños como los flanes pequeños de la casa Mandarín, sólo que más sólidos, tan sólidos que eran capaces de perforar la lana de un jersey y no se

estremecían cuando uno los llevaba de un sitio para otro, aunque los llevase corriendo, aunque Pinito del Oro se los hubiera subido a lo alto de su columpio, así de sólidos eran y más finos todavía que los flanes de la casa Mandarín, más lisos y más suaves, tan suaves como los ojos de Esperancita, que parecían suaves, suaves como la luz que desprendían los santos de los Evangelios, como las palabras que dicen que decían en los bordes de los ríos, en lo alto de las montañas, en mitad del desierto.

Yo necesitaba la visita de uno de aquellos santos, alguien que diera luz a mi selva. Aunque a quien de verdad yo habría necesitado era a Sonsoles Aranguren Gómez, que a partir de entonces fue llamada Soledad Rubí y que era una especie de santa, sólo que trabajaba en el *cabaret* y en vez de túnica nada más que llevaba un biquini de lentejuelas. La bailarina recién contratada por don Mauricio Céspedes habría despejado mi interior de miasmas y apariciones, pues según decía mi hermano en sus cartas, aquella joven pueblerina parecía estar tan llena de voltios que cuando Rovira iba a hacerle una foto siempre decía que para retratarla no necesitaba enchufar el *flash* ni que estuviese encendido ningún foco. Aunque lo que Rovira dijese no había que tomarlo en consideración, porque lo decía medio en broma y sobre todo porque desde el primer instante, desde que el fotógrafo vio a Soledad por primera vez, le pareció que llevaba muchos días, muchos meses y muchos años esperando la aparición de aquella mujer en el escenario. Y el mismo *flash* que iluminó aquella primera fotografía de Sonsoles Aranguren transformada en Soledad Rubí, ese *flash* entró por el corazón de Rovira llenando de luz sus oscuras cavidades como si éstas fuesen las habitaciones polvorientas de una casa abandonada a la que el viento de la primavera le abriese todas las ventanas. Y ya nunca dejó de alumbrar ese destello el pecho y la vida del fotógrafo Rovira.

Y aunque al principio quiso rechazar aquel palpito y después de hacer un par de fotografías se retiró hasta la barra y desde allí, mirando el espectáculo, bromeó con Anselmo el encargado sobre el escaso futuro de la nueva contratada, que bailaba más lenta que las demás bailarinas y no acababa de coger el compás, cuando acabó el número y la vio de cerca, Rovira volvió a sentir su pasado como un extravío, como una peregrinación por la oscuridad.

Fue precisamente mi hermano, que todavía se llamaba Ramón, quien

presentó la bailarina a Rovira. Y como el fotógrafo se quedó sin saber qué decir, mirando aquellos ojos color de miel, trigo y hoja de árbol tierno como si fueran los primeros ojos que había visto en su vida, mi hermano le pidió que lo retratara junto a Sonsoles. Justo cuando el fotógrafo tenía preparada su cámara, apareció don Mauricio Céspedes y, colocándose entre mi hermano y la bailarina, le dijo a Rovira que hiciera la foto, y antes de que el obturador de la cámara hubiese vuelto a su sitio, ya estaba don Mauricio diciéndole al fotógrafo que al día siguiente quería dos copias, o mejor tres, tres copias, y antes de que Rovira contestase ya había cogido el dueño del *cabaret* a Soledad Rubí de un brazo y se la había llevado a la otra punta de la sala para presentarle clientes de categoría y gente de la noche.

Rovira se quedó frente a mi hermano, mirando su cámara fotográfica como si ya pudiera ver la foto que acababa de hacer y en la que tiempo después también yo vería a Sonsoles Aranguren ataviada como Soledad Rubí, con un vestido muy corto de flecos brillantes y una diadema plateada con pedrería y diamantes falsos. Y aunque al ver esa foto nada sabía yo de su historia ni de su persona, sí advertí que aquella mujer, Sonsoles Aranguren, iba disfrazada de bailarina, no como el resto de sus compañeras. Las demás bailarinas parecían que en toda su vida no hubieran tenido otra ropa puesta que aquella que llevaban en el momento de ser retratadas, ya fuese un biquini de lentejuelas o un traje de hawaiana, pero Sonsoles Aranguren, con aquella sonrisa dulce, casi de niña, con aquella vergüenza y aquel orgullo que se le adivinaban en la forma de dejarse abrazar por don Mauricio Céspedes, parecía que iba a una fiesta de disfraces vestida de bailarina y que además el disfraz que había elegido no le acababa de gustar. Eso la llenaba de misterio, porque las demás bailarinas, no importaba que tuvieran dos o hasta tres nombres, se sabía quiénes eran y qué eran, mientras que de Soledad Rubí sólo se sabía que no era bailarina y que bajo aquel disfraz y aquel maquillaje sofisticado que le realzaba la profundidad de los ojos y le daba un tinte maduro a la fresa de sus labios, se ocultaba otra mujer que olía a lavanda y que en medio del humo del *cabaret* y de sus focos de luz recordaba al aroma de los trigales, el canto de los pájaros persiguiéndose por un cielo azul y la tibieza del sol y de la brisa en los campos del verano.

Como un pobre raquítico necesitado de tomar aire fresco y recibir un

bálsamo solar, Rovira pasó el resto de la noche bizqueando para donde quiera que don Mauricio se llevaba a aquella bailarina que para el fotógrafo era un reconstituyente y a la vez un veneno, una vitamina para la vista y una pócima para el alma. Sin apenas hablar y triste como si de verdad le hubiera entrado el raquitismo y también las fiebres maltas y el tifus y el mal de los pantanos, Rovira llevaba la vista de la bailarina a su copa de ginebra, y allí se quedaba medio extraviado, mirando dentro de la copa hacia no se sabe qué horizonte, como si en el fondo de aquel líquido transparente continuara viendo a la artista debutante, flotando entre el hielo y el licor como Esther Williams en medio de sus películas o como las sirenas de Ulises. Sólo que allí nadie cantaba y todo era como si Rovira se hubiese metido en una película de cine mudo.

Y así siguió el fotógrafo hasta que en compañía de mi hermano y de Chin Lu emprendió el camino hacia su casa, que como ya todo el mundo sabe era la pensión Ríos-España. Iba ya sin tupé, como si le hubieran baldeado el flequillo y el alma, taciturno como cuando en medio de un revelado abandonaba inesperadamente su habitación de fotógrafo y se iba con paso rápido al *cabaret* y se quedaba allí mirando el escenario vacío hasta que después de un rato de silencio recuperaba la calma. Sólo que aquella noche no le quedaba ningún sitio al que peregrinar en busca de sosiego, pues en el *cabaret* ya siempre estaría rondando la sombra de Sonsoles Aranguren disfrazada de bailarina y en el espejismo de las mesas vacías el fotógrafo siempre oiría el eco de su risa. Un eco que por las calles desiertas se le mezclaba con el ruido de sus pasos y con el de los pasos de mi hermano y del chino Bonilla. Fue entonces cuando mi hermano, advirtiendo la tristeza de su amigo fotógrafo, empezó a canturrear algo que a Rovira le gustaba mucho, la canción *Perfidia*. Y por las calles vacías, alumbradas con unas farolas pobres, la voz de mi hermano fue acompañando como en una película triste de Ginger Rogers al fotógrafo Rovira y al chino Bonilla, que ahora, camino de la pensión Ríos-España, iba vestido con su túnica de seda, su maquillaje de chino y su bigote postizo, y en la maleta, junto a sus artilugios de magia, llevaba el traje de calle con el que había llegado al *cabaret*. Y la sombra de los tres hombres se iba alargando por los adoquines húmedos de la noche, entrando en el foco de un farol y alejándose de él mientras la voz de mi



hermano subía lenta, como una cometa lenta, hacia el cielo de la madrugada, Mujer, si quieres tú con Dios hablar, pregúntale si yo alguna vez te he dejado de adorar, el mar, espejo de mi corazón..., y la voz de mi hermano, que todavía se llamaba Ramón, acunaba el sueño de Barcelona entera.

Pero no había canción que pudiese levantar aquella tristeza, porque el eco de la risa y de la voz de Sonsoles Aranguren no sólo se encontraba flotando entre las mesas y el cortinaje del *cabaret*, sino en el interior del fotógrafo Rovira. Y del mismo modo que el fotógrafo supo desde el primer momento que aquella mujer estaba destinada a cambiar el eje de su vida, doña Angelines también adivinó desde el principio en qué laberinto se había perdido su marido, lo supo desde que aquella primera noche, acostada en su dormitorio de la pensión, escuchó por la ventana el canto de mi hermano avanzando por la calle y advirtió el compás lento y cansado que traían los pasos de su marido, todavía más lento que el ritmo de la canción que mi hermano llevaba en los labios, Y el mar, reflejo de tu corazón, las veces que ha visto llorar la perfidia de tu amor. Aquel pálpito de doña Angelines quedó confirmado minutos después, cuando en la oscuridad de su habitación, fingiéndose dormida, observó la desgana con que Rovira se desnudaba y cómo entre las sombras iba a mirarse en las aguas oscuras del espejo que había sobre la cómoda para quedarse allí, viendo aquella silueta brumosa sin creer que esa figura que aparecía en la penumbra del cristal fuese su propio reflejo, sino el de un extraño que desde el fondo de las tinieblas venía a burlarse de él.

Lejos de hostigar a su marido o de poner cerco a su alma ya en exceso acosada, a partir de aquella madrugada en la que Rovira estuvo a punto de romper en un llanto amargo y de gritar su desesperación al espejo y a la noche, doña Angelines, consciente del dolor que abrasaba al fotógrafo, redobló sus atenciones con él y empezó a tratarlo todavía con más delicadeza. Era como si le cronometrara el parpadeo de los ojos, los latidos del corazón y la vida entera, y era tanta la delicadeza, que doña Angelines disimulaba su desvelo y esmeradamente fingía descuidos y desatenciones banales, que eran el disfraz de tanta perfección. Pero cuando nadie lo advertía, cuando estaban a solas o Rovira andaba repasando sus álbumes y sus carpetas, la dueña de la pensión Ríos-España miraba a su marido como si estuvieran en un muelle y

él se fuese a subir a un barco para emprender un viaje muy largo, un viaje del que ya nunca iba a regresar. Doña Angelines sabía que ocurriera lo que ocurriese ella iba a pasar el resto de su vida allí, yendo al muelle todas las mañanas a mirar el horizonte vacío, el mar por el que a lo lejos ya siempre estaría navegando solo y perdido el fotógrafo Félix Rovira.

Así lloraba por las noches mientras su marido estaba en el *cabaret* haciendo fotografías, como si ya se encontrara ella de pie en un malecón desierto, sola frente a un mar de invierno, porque en realidad, ella lo sabía, aunque Rovira estuviese en el *cabaret* con su cámara colgada del pecho y sonriéndole a Anselmo el encargado, haciendo fotos al solista Arturo Reyes o bebiendo ginebra con su tupé aventurero, donde en verdad estaba era navegando a la deriva. Sólo había que mirar al fotógrafo para saber que estaba embarcado, cómo se movía, andando sobre el piso inestable de un barco, igual que el Mocos, el Guille y yo andábamos sobre las maderas llenas de fideos y agujeros del camión Avia del Cuellicorto, así caminaba Rovira, inseguro y con un brote de náusea trabajándole la boca del estómago.

Pero la náusea y el vértigo no sólo le habían atacado al fotógrafo Rovira. Pues según le confesó don Mauricio Céspedes a Anselmo el encargado, en todos los años que llevaba organizando espectáculos, vendiendo edificios o comprando gasolineras, no había visto él una mujer como aquella, una mujer que era dos o más mujeres. Por eso no atendió en ningún momento las protestas de los artistas que se quejaban de la escasa habilidad de la nueva bailarina, que, al parecer de ellos, no acababa de coger el compás y se movía como una bailarina de *ballet*, sin marcar como debía los golpes de cadera ni culminar el regate de las piernas. Todas las miradas iban a parar a aquella joven que se movía despacio para que nadie se fijase en ella pero en la que irremediamente se fijaba todo el *cabaret*. Hasta el propio Arturo Reyes, no se sabe si molesto o admirado, soltaba el micrófono y en medio de su actuación se volvía a mirar a Sonsoles Aranguren y dejaba que la música siguiera su curso y que los músicos tuviesen que volver atrás para darle entrada dos, tres veces, al extasiado solista que había estado toda su vida viendo bailarinas, bailarinas altas, bailarinas de raza amarilla, bailarinas negras, mulatas, bailarinas enanas, jorobadas y bizcas, Arturo Reyes había visto bailarinas cojas, pelirrojas, torpes y zurdas, pero nunca había visto una

bailarina como aquélla.

La Bella Manolita, que había pasado media vida de querida de don Mauricio, también advirtió el extravío de éste, sólo que en vez de aliviarle el naufragio al dueño del *cabaret* como hacía doña Angelines con el fotógrafo Rovira, estaba decidida a encadenar en la bodega a don Mauricio y a echar a los tiburones a Sonsoles Aranguren antes de verse relegada por esa niña que todavía huele a estiércol y a gallinero. Eso le dijo Amalia Moreno, la Bella Manolita, a don Mauricio Céspedes, que Sonsoles Aranguren olía a estiércol y a gallinero, y también le dijo que a ella no la engañaba nadie y menos una palurda, y que ella ya estaba viendo lo que iba a pasar. Pero la Bella Manolita no veía nada, nada podía ver con aquellos ojos negros que tenía y que entonces estaban todavía más negros, como el betún negro, del odio y ofuscación que fluían por ellos y que la dejaban ciega, viéndolo todo lleno de tizne, como cuando doña Carmen después de darnos con la palmeta en las manos y en los codos nos ponía a Luisito Sanjuán y a mí de rodillas contra la pizarra y nos quedábamos mirando ese horizonte negro que estaba pegado a nuestros ojos hasta que a Luisito Sanjuán se le pasaba el llanto y se ponía a dar cabezadas y yo seguía mirando la negrura de la pizarra, que se llenaba de nubes y grumos blancos que se encogían y dilataban hasta que doña Carmen nos gritaba que nos levantásemos. Volvíamos corriendo a nuestro pupitre, Luisito Sanjuán con la nariz llena de tiza y yo andando a tientas y sin ver nada por mor de aquella visión tan negra que durante tanto tiempo había tenido delante de los ojos.

Y mientras la Bella Manolita iba de un lado para otro de su camerino, como los leones del circo en sus jaulas, y rugía contra la palurda, contra la mosquita muerta que todavía olía a corraleta, don Mauricio Céspedes sonreía despreocupado, fingiéndose todavía más despreocupado, y se miraba de perfil en el espejo rodeado de bombillas y enseñaba los dientes al vidrio iluminado, se palpaba el bigote y se atusaba la calva rala y cana a la par que le recomendaba a su amante enfurecida que dejase a un lado sus maledicencias y, sin parar de secarse el sudor, salía del camerino para atender unos asuntos urgentes con Anselmo, el encargado. Aunque esos asuntos, si es que en verdad existían, debían de tener poca urgencia, porque nada más aparecer por la sala, don Mauricio, olvidado de ellos y de Anselmo, se acercaba a la

bailarina Soledad Rubí y la rescataba del coro de compañeros o clientes en el que se encontraba para llevarla a una mesa aparte y allí, fingiendo interesarse por la adaptación de la bailarina al *cabaret* y a la vida de Barcelona, se quedaba extasiado observando la mirada de Soledad, descubriendo como un detective las huellas y los rastros de joven campesina que sutilmente afloraban en los gestos y en la sonrisa de la bailarina mutante.

Ante aquella visión ya nada le importaba a don Mauricio Céspedes, ni Anselmo el encargado, ni las repetidas fotografías que sin su consentimiento se acercaba a hacerle el celoso Rovira, ni la ira de la Bella Manolita al regresar de su camerino ni la sonrisa burlona de sus empleados. Y así se lo confesaba a Soledad Rubí, entre bromas y veras le decía que nada en el mundo le importaba más que ella, que estuviera a gusto trabajando con él y que algún día llegase a ser la primera bailarina de su *cabaret*, del Paralelo, de Barcelona entera. Y siempre acababa aquella carrera ascendente invitándola a cenar en cualquier lujoso restaurante, lejos del *cabaret*. Pero ella, después de afirmar que no ambicionaba convertirse en una estrella, siempre rechazaba la invitación, y lo hacía con naturalidad, sin la sofisticación ni los dobleces de otras bailarinas que al decir no, según mi hermano, querían decir sí, o, tal vez, o que al decir tal vez querían decir nunca, o quizá mañana, o sí si hay aumento de sueldo, y un largo etcétera de significados y de claves secretas que componen las artimañas y el diccionario del coqueteo y que en el caso de Soledad Rubí eran por entero inexistentes.

Esa naturalidad era lo que más irritaba a la Bella Manolita, quien, con una sonrisa triste revoleándole los labios empastados de carmín sangrante, afirmaba que Sonsoles Aranguren era puro veneno. Y cuando Lili cayó muerta y produjo aquel ruido que yo no oí pero que no dejaba de recordarme las caídas polvorientas de Tatín, la Bella Manolita y una buena parte de la compañía le atribuyeron a la recién llegada las desgracias que empezaron a ocurrir en el *cabaret*. Pero eso sucedió un poco más adelante, porque en esa época en la que Sonsoles Aranguren acababa de llegar a Barcelona y mi hermano mandaba sus primeras fotos, yo ni siquiera podía imaginar que muy pronto la figura de Tatín sería el recordatorio de una bailarina gorda con los pechos como mil flanes de la casa Mandarin y del ruido que hacen las personas al caerse muertas, y menos lo podía imaginar el día en que por

primera vez entré en su casa y lo vi allí tirado en el suelo, andando con las manos y arrastrando tras de sí sus piernas, que parecían dos trozos de manguera de color rosa, sin hierros ni correajes que las pusieran firmes y les dieran consistencia.

Escoltado todavía por una de las múltiples tías de Tatín, me quedé con los tebeos de *El Capitán Trueno* que llevaba para cambiarle apretados bajo el brazo y sin hacer caso del guardameta paralítico ni del niño que estaba a su lado y que al parecer era un compañero de su colegio de los Maristas, con gafas y repelado, limpio y simpático como un profesor que quiere ser simpático. Entonces, al ver aquellas piernas como dos bufandas sin vida arrastrando tras Tatín, me di cuenta de lo que era la polio, una cosa blanda, leche que empapa los huesos y los deja como galletas que se caen en la mesa antes de llegar a la boca, algo mullido y silencioso, un sueño en el tuétano de las piernas. Pero Tatín, de tan bien como lo sabía, parecía no saberlo ni darse cuenta de ello, ni tampoco su amigo, al que de inmediato Tatín le tendió uno de los tebeos que me acababa de sacar bajo el brazo. Sólo una de las tías de Tatín, que no sé si fue la misma que me abrió la puerta, pareció percibir los efectos que la polio causa a quienes ven la polio y me dio unos golpes en la espalda como si yo estuviera atragantado y me dejó con Tatín y su amigo y con unos coches americanos de hierro que tenían por allí tirados y se fue por un pasillo al final del cual debía de haber más tías de Tatín.

La casa entera era un hervidero de tías. Nunca llegué a saber cuántas tías tenía Tatín ni cómo se llamaban, ni si en medio de aquella nube de tías se escondía su madre o era hijo de todas aquellas mujeres que formaban una madre con muchas cabezas entre las que yo sólo distinguía una que fumaba como un hombre y tosía mientras abría la puerta de su diminuta furgoneta, en cuya parte trasera viajaba Tatín con las piernas extendidas entre cajas de cartón, ruedas de repuesto, y herramientas que hacían clinc-clinc con los hierros de sus piernas, el metal ortopédico y el de las herramientas brindando por encontrarse a cada bache de la carretera, no como aquella tarde, que Tatín tenía las piernas de trapo y no podía hacer más ruido que el de una babosa al caminar, sólo que Tatín no dejaba un rastro de saliva brillante tras de sí ni empapaba de babas los tebeos de *El Capitán Trueno* como hacía su amigo, que se llamaba Ramón, como todavía se llamaba mi hermano, y que antes de

pasar cada página, mientras miraba y remiraba cómo Crispín le daba a un chino con un garrote o Goliat chocaba las cabezas de dos villanos, se quedaba un rato ensalivándose la punta de los dedos para luego dejar en las esquinas de la página una mancha húmeda y blanda, como si al papel le diese la polio justo donde él tocaba.

Tatín acabó pronto el repaso de los tebeos, y después de mirar las portadas y los títulos mientras yo me había arrodillado para ver de cerca los coches americanos, ajustándose las gafas me preguntó si esa tarde había visto a Quini o a su prima Esperancita. Y es que desde el día en que aparecieron por la esquina de la calle, todos andábamos a la caza y captura de las dos niñas o escapándonos al descampado de los Sordomudos, no sé si guiados por un afán de igualarnos a aquellos futbolistas de la Granja Suárez que tenían las piernas peludas y que se pasaban medio partido escupiendo por la esquina de la boca y rascándose la bragueta, o por ver aquella corte que siempre llevaban tras ellos, y que además de una *troupe* de niños pequeños equipados con garrafas de agua, cámaras de balones, parches, bombines, gorras y rodilleras recosidas, incluía un grupo de niñas mayores con las que a buen seguro los futbolistas de la Granja Suárez habrían ahondado hasta límites insospechados en los enigmas sobre los que a Pepito tanto le gustaba hablar entre la penumbra y el humo del camión del Cuellicorto.

Aquellas niñas tenían algo de volcanes. De un segundo a otro pasaban de la calma absoluta a una erupción desquiciada de lava, palabrotas y humo de tabaco, se arremolinaban entre cuchicheos y carcajadas que, según sospechábamos todos, sólo podían tener su origen en la cosa esa del follar y en el picor que asolaba las entrepiernas de sus amigos. Tanto las absorbían aquellas cuestiones, que ni siquiera volvían la vista cuando, corriendo la banda en persecución de un delantero enemigo, pasábamos por su lado salpicándolas de polvo, o, derribados por la embestida de un defensa, caíamos rodando y magullados a dos pasos de ellas, no importa que nos estuviésemos revolcando de dolor media hora o que echásemos sangre por la nariz, lo más que conseguíamos es que se nos acercase uno de aquellos niños mellados y con una sonrisa se quedara mirándonos fijamente igual que un loco, ya con la mano, pequeña y sucia, hurgándose la ingle.

Eramos el hombre invisible, futbolistas sin carne, y como el hombre

invisible de las películas, ese que parecía una momia con gafas de sol, estábamos obligados a vendarnos la cara y la cabeza entera, el cuerpo entero, para que aquellas niñas, mujeres o lo que fuesen, supieran que sus amigos no jugaban solos a la pelota y que allí estábamos el Mocos, Diego Manuel, el Guille, Barea, Castillo y Tatín. Todo nuestro equipo era transparente, éramos una banda de camisetas vacías flotando al viento, unos hierros malamente atados con correas que al caer la noche crujían como un gato en celo, como un corazón enamorado.

Pero no sólo nos preocupaba ser invisibles para las niñas de la Granja Suárez, pues si bien es cierto que aquel fenómeno nos dejaba contrariados y hasta atónitos, la causa mayor de nuestro desasosiego provenía del recóndito temor de que esa invisibilidad, ese no-ser, nos acompañase fuera del campo de los Sordomudos y se perpetuase en nuestra carne para siempre. En los sótanos de mi persona empezaba a asentarse la idea de que a lo largo de mi vida yo estaría destinado a ser completamente invisible y que en verdad tendría que liarme trapos y vendas alrededor de mi cuerpo insustancial para que las niñas, las mujeres y la gente de fuera de mi casa y de mi calle reparase en mi persona. Y en realidad eso es lo que fui haciendo con el paso de los años, pegar sobre mi piel restos de vendajes, artificio y pergaminos usados que me dieran consistencia y forma. Pero entonces, en la caída de aquellas tardes calladas e interminables, en lo más hondo de mí pensaba que nunca conseguiría dejar de ser transparente, inane, ínfimo, que nunca podría ocupar un lugar en el mundo y que mi vida entera se consumiría en la nada, como si yo sólo fuese un pensamiento, incapaz de mover una brizna de hierba o un guijarro del camino, cuanto más de construir mi propio camino, de labrarme un porvenir como decía mi tío Gutiérrez.

Nada podía yo arar, labrar ni sembrar. Me sentía expulsado de no sé cuál paraíso, sentía que a mi espalda, silenciosamente, acababan de cerrar unas puertas que ya nunca nunca volverían a abrirse y que me condenaban a ser un fantasma sin carne y a vagar por el mundo en busca de una llave con la que poder abrir aquella puerta tras la cual todavía escuchaba un siniestro crujir de cadenas y cerrojos. Bien sabía yo, incluso entonces, que esa supuesta llave no existía y sólo era una excusa para poder seguir mi vagabundeo por esa bruma de días, años y lustros que se abrían ante mí y que no eran otra cosa que mi

futuro, mi vida, que ya estaba allí, apuntando tímidamente su rumbo como un pájaro herido.

Y como en el silencio de la tarde yo y todos percibíamos que a cada cual le asaltaban los mismos o muy parecidos temores, una tibieza fraternal venía a unirnos como a cachorros desamparados, y no era raro ver cómo el Mocos, huérfano entre huérfanos, echaba un brazo por encima del Guille y apoyados el uno en el otro, como cada uno de nosotros iba apoyado en el resto aunque anduviéramos separados y mirando al suelo, cruzaban las penumbras de los Campos 21 en dirección a Eugenio Gross y a la calle Antonio Jiménez Ruiz. Y cuando ya avistábamos nuestra calle y el dudoso perfil de nuestras casas, aquella tibieza se hacía más densa y por un instante volvíamos a engañarnos y a fingir que lo sucedido en el campo de los Sordomudos no había sido más que un espejismo, una equivocación que mañana o cualquier otro día quedaría corregido y olvidado. Y así, como suicidas enamorados del vértigo, volvíamos a hablar, primero tímidamente, después con entusiasmo, de Quini y de su prima Esperancita, sobre todo de Esperancita, que era nuestro volcán particular, nuestro Vesubio privado, sólo que era un Vesubio dulce que lanzaba ceniza azucarada y lava de miel.

Viéndola con su sonrisa color de fresa y con la aureola brillante de su pelo castaño veteado de oro oscuro, verdaderamente costaba trabajo creer que alguien pudiera orinarse encima, dentro o al lado de aquella niña con reflejos de miel en la mirada. A Quini se le veían otros misterios en la hondura de los ojos, algo que de algún modo la emparentaba con las niñas de la Granja Suárez, con el sabor amargo de la cerveza y el olor a gasoil que el atardecer levanta de los muelles. Quizá por ello, por ese resabio de hombría precoz que Tatín tenía, siempre que uno se encontraba con él, como aquella tarde en la que le llevé los tebeos de *El Capitán Trueno*, preguntaba por Quini, si la habíamos visto por alguna parte. Quizá fuera cosa de la polio, de esa polio blanda que yo temía que se me contagiara mientras Tatín me explicaba las escalas y los números que los coches americanos tenían rotulados con letras de hierro en sus chasis y que al pronto se me difuminaron cuando en la puerta de la habitación apareció una tía de Tatín llevando en la mano los aparatos que yo siempre le había visto a mi amigo alrededor de las piernas y que por un momento me hicieron dudar. No sabía yo cuáles eran las verdaderas



piernas de Tatín, si los hierros o aquellas dos gomas rosadas y blandas que colgaban sin vida del tronco de mi amigo. Y a la vez que la tía de Tatín soltaba al lado del incombustible guardameta los aparejos metálicos, mirando el reloj con caja de madera labrada que había en un rincón del cuarto, le dijo que se diera prisa y que se hacía tarde para el médico.

Con el atisbo de una oscura premonición, mirando a los ojos celestes de Tatín y al reflejo de sus gafas, le pregunté si estaba malo, y él llevó los ojos a sus piernas, no a las de metal, sino a aquellos dos trozos de manguera flácida, a aquellas dos piernas de trapo que no tenían forma ni apariencia de piernas y a las que sólo se les podía llamar piernas porque ocupaban el lugar que las piernas ocupan en el cuerpo de las personas. No supe si tomar a broma todo aquello ni qué tenían que ver los médicos con las piernas de Tatín, a las que todo el mundo desde siempre había dado por muertas y con las que sólo tenían que intervenir mecánicos, zapateros y dependientes de ortopedia.

Pero nadie allí se sorprendía de nada ni se angustiaba al ver cómo aquel niño desataba impudicamente las hebillas de las piernas que le acababan de traer. El amigo de Tatín seguía llenando de baba las esquinas de los tebeos, levantando los ojos de las viñetas para sonreírme un instante como un profesor, como un médico, como me sonreía la tía de Tatín, que yo ya no sabía si era la misma que me había abierto la puerta, y como me había sonreído el propio Tatín al empezar a enfundarse aquel andamiaje metálico, como estuvieron sonriendo todos en aquella casa hasta que solté los coches de hierro americano, recogí mis tebeos y salí diciendo adiós por los pasillos a todas las tías de Tatín con las que me cruzaba y a otras que debían de andar por todos los rincones de la casa, sonriendo, todas sonriendo como sonreía Cosme Cosme cuando guardaba su pistola en el bolsillo de la chaqueta y Lili, la bailarina Lili que se había fotografiado con mi hermano, le acariciaba la pelambre ya de por sí removida y le decía, Tortolito, Cosme mío, Cosmito, Cosme Cosme.

Sólo de ese modo sonreía Cosme Cosme, el novio temporero, el amante furtivo de Lili, al que en el *cabaret* de Barcelona los camareros, en vez de Don Cosme, lo llamaban Dos Cosme, y los amigos, por decirlo de algún modo porque a Cosme Cosme nadie le conocía amigos, Cosme Más Cosme, Cosme Cuadrado, Cosme Bis o Doble Cosme. Sólo cuando Lili,

desprendiendo un perfume que era mezcla de su dulce sudor, de un agua de colonia con esencia de limón y del propio aroma de las bombillas recalentadas de los camerinos, lo estrechaba contra su regazo y haciéndole arrumacos le prometía fidelidad, sólo entonces, desencajaba Cosme Cosme el cepo de sus mandíbulas y abría los labios en una sonrisa de niño que contrastaba con su aspecto general, que yo no llegué a conocer ni a ver nunca en ninguna fotografía, pero que por las cartas de mi hermano supe que era de un desaliño crónico.

Cada noche, al llegar al *cabaret*, parecía venir de que lo arrollara un tren, la corbata vagando por el cuello de la camisa, el nudo sin rumbo fijo entre la garganta y la nuca, la mitad de los botones desabrochados, los pelos revueltos y el traje lleno de surcos y arrugas tan profundas que además de un tren parecía que a él, al traje, lo hubiera pillado por su cuenta una apisonadora, sólo que no lo había pillado extendido en el suelo sino hecho una pelota o tirado de cualquier manera. Y a pesar de aquel desastre indumentario, no acababa Cosme Cosme de perder cierta elegancia natural que llevaba a medio camuflar en el desorden de su atavío, sostenida por su propio esqueleto, esbelto, alargado, y que lograba subsistir en medio de aquel naufragio como un mártir al que los leones del circo romano le hubieran devorado un brazo y medio pecho y siguiera luciendo en la cara la beatitud de una sonrisa que ya no venía a cuento.

Pero nada de aquello parecía importarle a la bailarina Hortensia Ruiz, a la que todos llamaban Lili y con la que mi hermano pasaba las tardes en la pensión Ríos-España hablando de películas de Ginger Rogers y Hedy Lamarr o tarareando las canciones que en el *cabaret* cantaba, mellado y ya al borde de la asfixia, el solista Arturo Reyes. Todo se lo perdonaba Lili a Cosme Cosme por la fogosidad con que él la acosaba, por las continuas declaraciones de amor que en el camerino, en un rincón de la barra o en la puerta de los servicios le hacía a todas horas y a cada instante. Jugaba la bailarina Lili al yoyó con Cosme Cosme y con el amor de Cosme Cosme, lo apretaba contra sus pechos de natillas olorosas y lo dejaba ir en un coqueteo de ida y vuelta, cada noche más encendidos los celos y la pasión de Doble Cosme, que ya antes, antes de que Lili trabajara en el *cabaret*, había estado locamente enamorado de otra bailarina, la Betty-Boop del Paralelo, metida en

carnes pero no tan hermosa como Lili. Morena y con los ojos ahuevados aquella Betty-Boop que acabó fugándose con un marino noruego que tenía un demonio tatuado en un bíceps y un ángel en el contrario.

Pero nunca llegó aquel antiguo enamoramiento a las cumbres y abismos a los que lo arrastraba la bailarina Lili. Desde que perdió la cabeza por Lili, a cada paso andaba Cosme Cosme sacándose del bolsillo de la revuelta chaqueta una pistola manoseada y vieja, como si también a la pistola la hubieran pisoteado varios trenes y apisonadoras, y apuntándose la cabeza, amenazaba a Lili con pegarse un tiro si ella no dejaba el *cabaret*, si no dejaba de bailar medio desnuda delante de la gente y de llamarse Lili y de salir por las noches y de beber en las mesas con clientes con bigote, calvos, mellados, rubios, bajos, altos o enanos. Pero ya nadie se alarmaba, y hasta los clientes más recientes del *cabaret* conocían a Cosme Cosme y la pistola de Cosme Cosme, y alguna gente decía que lo suyo era un número más del espectáculo y todos miraban con una sonrisa amable cómo aquel hombre con disfraz de desesperado giraba el tambor del revólver y se apuntaba la sien, la boca o hasta la coronilla y apretaba el gatillo para dejar escapar un crujido leve y seco que a veces era saludado por un redoble de tambor.

Nadie creía en el suicidio de Cosme Cosme ni en la pistola de Cosme Cosme, que todos suponían con el percutor limado o con su única bala, que ya debía de andar mareada de tanto girar en el tambor, sin fulminante ni pólvora. Y después de que probara suerte en el juego de la ruleta rusa, si don Mauricio Céspedes andaba por allí, se acercaba al frustrado suicida, le metía el revólver en el bolsillo de la chaqueta y, palmeando la espalda de Doble Cosme e invitándolo a una copa de coñac, se lo encomendaba a los camareros. De ellos, el que mejor atendía a Doble Cosme era el camarero Álvarez, que a pesar de no hablarle, porque Álvarez por aquello de la marcha atrás no le hablaba a nadie, le sonreía encogiendo los hombros y como diciéndole, Qué le vamos a hacer, Dos Cosme, ánimo, que hay cosas peores, hombre, no se preocupe usted, ya verá como todo se arregla y como una noche Lili deja de llamarse Lili para siempre y vuelve a llamarse Hortensia Ruiz y sale de aquí cogida de su brazo y se casan y nadie vuelve a verle el ombligo a doña Hortensia y usted deja ya por ahí arrumbado su revólver y se olvida de él y de estas noches tan tristes y del *cabaret* y del Paralelo entero.

Todo eso le decía, sin decirle nada, sólo encogiendo los hombros, el camarero Álvarez a Cosme Cosme que, aunque no se parecía a Gregory Peck, la verdad es que sí se daba un aire a Gary Cooper, o por lo menos a un Gary Cooper venido a menos y que llevara dos o tres noches sin dormir.

Pero no sólo el camarero Álvarez tenía debilidad por Dos Cosme, todo el mundo en el *cabaret* se acercaba por su mesa y procuraba distraerlo y calmarle los temblores que le daban cada vez que Lili salía al escenario medio desnuda y se ponía a bailar al ritmo de la música luciendo aquella sonrisa grande, roja como el terciopelo rojo de las cortinas, y el brillo verde, morado y azul de sus ojos. Y aunque lo dejaban que se apuntara la sien o se metiera el cañón de la pistola en la boca y que apretase el gatillo, al final, si Lili no estaba de humor para soportarlo y lo despedía del camerino gritándole, Cosme, coño, no seas más pegajoso, no quiero verte más en mi puta vida, que hasta el nombre lo tienes repetido, siempre acababan por llevarse con ellos a Cosme Cosme y a su pistola, y ya todo el personal del *cabaret*, el Trompeta, Almudena Fernández, Mari Carmen Molina, el chino Bonilla, la señora de los lavabos, Arturo Reyes, la Bella Manolita, el fotógrafo Rovira, la Mulata de Fuego y hasta mi hermano, todos, menos Anselmo el encargado, al que le daba asco el revólver por lo chupado que lo tenía Bis Cosme, todos se habían apuntado la sien y habían disparado, una, dos y hasta tres veces seguidas, riéndose a carcajadas cada vez que el percutor del arma daba un martillazo seco y leve, un martillazo oscuro que, según mi hermano, se parecía al ruido que hace un hueso de pollo al ser partido en dos, sólo que un poco más solemne, o más fúnebre, depende de cómo se mire o se oiga.

Por muy duros que fuesen los reproches de Lili, por mucho que se insinuara al público después de una disputa con su novio intermitente, al final de la noche siempre estaba la figura de Cosme Cosme paseándose entre las sombras de la calle a la salida del *cabaret*, esperando que Lili pasara por su lado sin reparar en él, riéndose con sus compañeros, dedicándole el susurro de un insulto o, si los dioses eran favorables, haciendo con la barbilla un leve gesto a las sombras, un gesto que significaba el inicio de una nueva y efímera reconciliación. Así fue siempre y así fue la madrugada aquella en la que Lili, en compañía de mi hermano y de varios bailarines más, abandonó el *cabaret*

y dejando en la penumbra, sin gesto ni insulto, a Cosme Cosme, se fue con ellos al Somorrostro hasta que la luz del día los sorprendió tumbados en la arena ante la presencia de unos gitanos que coreaban con palmas las canciones de mi hermano y el baile que, con las piernas desnudas, ejecutaba en la orilla, entre la espuma del mar, la bailarina Almudena Fernández.

Quizás aquella luz primera del amanecer, con sus colores suaves y desvaídos, amarillos, rosados, cerúleos, morados y hasta verdes, iguales a los que Lili desprendía constantemente de sus ojos, como si en el interior de la bailarina siempre estuviese amaneciendo, quizá aquella calma influyera en Lili y dispusiese su ánimo para que esa noche, cuando Cosme Cosme se presentara en el camerino más desaliñado que de costumbre, después de unas palabras de reproche, Lili llamase Tortolito a aquel Gary Cooper trasnochado y con sus labios de carmín, ya dispuestos para la escena, besara los de Doble Cosme y le prometiese amor. Y cuando, crecido por aquella tibieza, su amante volvió a proponerle que abandonase el *cabaret* y que se casara con él, Lili no le contestó con la sorna habitual ni con una carcajada, sino que se quedó mirando a Cosme Cosme con curiosidad, como si fuese la primera vez que oía aquellas palabras, y no respondió nada, simplemente puso en sus labios empingorotados una sonrisa tierna, como la que se le hace a un niño enfermo, como la que tenía en la foto esa que se había hecho con mi hermano y que mi hermano había mandado por correo y mi madre, entre tazas y figuritas de porcelana, había colocado en un saliente del chinero, que ya parecía un *cabaret* de cartón con tanta foto de artistas. Así sonrió Lili mientras su novio Cosme Cosme le pidió una vez más que se casara con él y le decía, Por favor, que volviera a llamarse Hortensia, que es como él la llamaba, Por favor, Hortensia, cástate conmigo, cástate y deja para siempre esta vida que no nos conviene.

Con esas palabras salió del camerino Cosme Cosme, con esas palabras y una remota alegría que sin embargo empezaría a pudrirse unos minutos más tarde, en cuanto la orquesta comenzó a tocar sus empalagosos compases y vio aparecer a Lili en el escenario, acompañando con otros bailarines los primeros górgoros de Arturo Reyes. La copa de coñac que el camarero Álvarez le acababa de servir empezó a temblarle en la mano, a punto de derramarse el caldo oscuro. Con un dedo, tenso como un garfio, se aflojó aún

más el aflojado y viajero nudo de la corbata, y los ojos le bailaban de un lado a otro de las órbitas siguiendo el baile y los pasos de Lili, siguiendo la sonrisa, la blancura de la piel y los ojos de Lili. Bebió Cosme Cosme de un trago su coñac y, limpiándose el sudor de las manos en la solapa de la chaqueta a la vez que murmuraba no se sabe si la letra de la canción que bailaba su amada, un rezo o tal vez una maldición, avanzó unos pasos hacia el escenario y allí, con el resplandor de los focos iluminándole la cara, como tantas noches, sacó del bolsillo su manido revólver y después de darle vueltas al tambor y de repetir el gesto tradicional de ponerse el cañón en la sien y apretar el gatillo, una, dos veces, estiró el brazo y apuntó a Lili. Nadie supo si aquel ruido fue un golpe de tambor o el estallido de un vaso o de una bombilla, y como todavía no estaban acostumbrados en el *cabaret* a que las bailarinas fueran muriéndose, la compañía continuó bailando, Arturo Reyes siguió enseñando sus mellas e incluso cuando Lili, con la sonrisa extraviada, perdió el compás y después de dar unos pasos con los tobillos reblandecidos cayó sobre el escenario con ese ruido blando que estaba mezclado con los crujidos metálicos de las lentejuelas y la pedrería de su biquini, todavía la Bella Manolita, Lolita Berruezo, Jerónimo de Córdoba y algunos de sus compañeros intentaron seguir la danza. Sólo cuando bajo la cabeza de Lili apareció una mancha creciente de terciopelo rojo, idéntico al de las cortinas que flanqueaban el escenario, y los bailarines empezaron a pisotear la sangre y a resbalar por la pista, cesó el baile y se desbarató la música.

Todo fue entonces carrera y chillido. Arturo Reyes, todavía medio cantando, gritó por el micrófono el nombre de Lili a la vez que Soledad Rubí y Almudena Fernández se inclinaban sobre la bailarina muerta y el Trompeta descubría el agujero negro y morado que Lili tenía en una esquina de la frente. En medio de aquel revuelo nadie reparó en Cosme Cosme, que, retrocediendo lentamente y dirigiéndose de espaldas hacia la escalera de la entrada, no dejaba de mirar con la boca y los ojos muy abiertos su revólver, caliente y más pesado que nunca. Dicen que iba diciendo, No nos conviene esta vida, Hortensia, no nos conviene, la vida, y otros dijeron que lloraba, y otros que no decía nada, sólo que había perdido el color de la cara y que parecía maquillado con polvos de talco. Dijeron muchas cosas, pero en realidad el único testimonio cierto que quedó de su huida, si es que así

podiera llamársele, fue la fotografía que Rovira tuvo la sangre fría de hacerle mientras Cosme Cosme empezaba a subir de espaldas las escaleras y que, según me contó muchos años después mi hermano, era una fotografía que daba miedo mirar a pesar de que en ella no había pintado ningún horror concreto, sólo unos bultos desenfocados y en movimiento que eran personas que corrían, y unas sombras muy densas que se alargaban misteriosamente como si quisieran dibujar un laberinto, un jeroglífico, alrededor de la figura de Cosme Cosme, cuya cara, completamente blanca en el blanco y negro de la fotografía, lucía una expresión que nadie podría saber nunca si era una mueca de dolor o una sonrisa espantada que a veces, si se observaba la foto con mucho detenimiento, viraba hacia multitud de gestos y expresiones cambiantes.

Pero, como digo, Cosme Cosme no huyó. No puede decirse que el hecho de abandonar el *cabaret* significara una huida sino todo lo contrario, porque lo que él hizo, con su chaqueta arrugada y su aspecto de un Gary Cooper insomne, enfermo y consumido al que ya prácticamente nada le quedaba del verdadero Gary Cooper, fue cumplir con un destino que desde mucho tiempo atrás venía anunciándose en su cuerpo y en su atavío. Atravesando calles vacías y explanadas solitarias, cruzó los arrabales y descampados de Barcelona y, allí donde silba el silencio, mientras escuchaba el canto de los grillos y el crujir de las ortigas en la oscuridad, se tumbó sobre las vías y, de cara al cielo, esperó en calma hasta que una luz diminuta, una luciérnaga parpadeante y rumorosa, apareció en la lejanía y un temblor extraño, una descarga eléctrica muy suave, empezó a correr bajo su cuerpo a la vez que la luz crecía y la rumorosa luciérnaga, después de aullar, se convertía en un fragor descontrolado, en un rugido vertiginoso que acabó por deslumbrarlo —los ojos de Lili— y absorber todo su cuerpo, que dejó de ser cuerpo y por unos instantes fue luz, locomotora, grillo, campo, hierro y cielo, todo revuelto, todo girando hasta no ser más que oscuridad.

De la pensión Ríos-España salió dos días después un cortejo de caras lánguidas, trajes oscuros y llantos desafinados que cuando ya abandonaban por completo la partitura e iniciaban el rumbo de la desmesura eran sabiamente reconducidos por la directora de aquella apenada orquesta, doña Angelines Cortés Esplá. Allí iba, volcada sobre su hombro, Almudena

Fernández, la inseparable compañera con la que Lili había compartido tanta vida y tanta noche, el chino Bonilla, que a modo de rezo llevaba en los labios su frase más querida de *La verbena de la paloma*, Poveda, el afilador noctámbulo que nunca afilaba nada y que por primera vez en muchos años salió a la calle antes que las estrellas, mi hermano, con el tupé repeinado, más triste y famélico que nunca y cogido del brazo de Rovira, que lucía un immaculado traje negro y llevaba los ojos tapados con unas gafas oscuras, el camarero Álvarez, que lloraba pero no como una bailarina más, sino en silencio, como lloran los hombres, mirando al frente y con la boca cerrada, y el Trompeta, bien afeitado, no como un músico, que los músicos, según él, nunca se rasuran en condiciones no vaya a ocurrir la desgracia de que los confundan con un oficinista. Así iban, todos solemnes, llevando la figura y las risas y los ojos de Lili en sus propios ojos y en las palabras que murmuraban, luchando para que Lili no entrase en el mundo de los recuerdos ni en la fosa de la memoria, todos secretamente juramentados contra la muerte.

En la puerta del cementerio, aquel flujo, como un pequeño río doloroso y lento, fue a desembocar en la marea de perfumes, pamelas y gafas de sol que formaba el personal del *cabaret*. Y todos juntos, Arturo Reyes casi un cadáver también sin maquillaje y alumbradas sus arrugas por el sol, don Mauricio con la escasez del pelo engominada y corbata negra, a su lado doña Adela, medio camuflada detrás de uno de sus más aparatosos abrigos de pieles a pesar de la tibieza del día, y Jerónimo de Córdoba, Lolita Berruezo, Mari Carmen Molina, la Mulata de Fuego, Fátima Combados, el barman Camacho, la Bella Manolita, todo ojos, bailando sus pupilas entre don Mauricio, su mujer y Sonsoles Aranguren, que parecía una novicia, con su cara lavada y la leve sombra de unas ojeras entristeciendo su mirada, Anselmo el encargado, que fuera del *cabaret* y del mostrador parecía menguado, más pequeño y frágil, como un militar sin uniforme, y bailarines, músicos, camareros y clientes asiduos del *cabaret*, todos se adentraron por el camino de grava del cementerio, escoltados por panteones, cipreses y naranjos alrededor de los cuales ya se presentía el olor del azahar, encabezada la procesión por una hermana de Lili llegada del sur la noche antes, una mujer apenas parecida a la bailarina muerta, mayor y más delgada, sólo



semejante a su hermana en la forma exacta de los ojos aunque no en el destello multicolor que a todas horas emitían las pupilas de Lili.

Iban todos, silenciosos y compungidos, hasta que a los pocos minutos de abandonar el camino principal y de tomar una vereda que ya no tenía el amparo de los árboles, fue la procesión a cruzarse con el ataúd de Cosme Cosme, que sólo iba seguido por un tipo delgado y joven con el que algunas veces Rovira y mi hermano habían visto a Cosme Cosme en la puerta del *cabaret* y por dos hombres más a los que nadie conocía. Durante un momento quedaron detenidos los dos cortejos, perfumado y abundante el de Lili, escuálido y mínimo el de su fatal amante, y viéndolos allí, frente a frente, aunque uno no quisiera, no tenía más remedio que pensar en aquellos dos cuerpos que volvían a encontrarse más allá de la muerte, sin saberlo ellos mismos, pálida y hermosa Lili, sus carnes probablemente oliendo todavía al perfume que se había puesto dos noches antes. Y también podía imaginarse uno el desastre que viajaba dentro del ataúd de Cosme Cosme, que, por la agilidad y holgura con que se movían sus portadores, parecía vacío y sin peso. Al final Cosme Cosme, Dos Cosme, Cosme Cuadrado fue un cadáver desaliñado, con la ropa ahora en verdad descosida y el cuerpo desmembrado, la cabeza seguramente en el lugar de los pies, rodando por el interior del cajón y los pies cada uno en un extremo del mismo.

Al ver alejarse el mínimo séquito de Cosme Cosme me dijo mi hermano que daban ganas de irse con él por lo solo que iba, y que él lo comentó con Rovira y que el fotógrafo le dijo lo mismo, pero al final todos siguieron detrás de Lili, mirando un par de veces hacia atrás para ver por dónde llevaban al amante suicida y negando con la cabeza como otros negaban, como estuvieron negando hasta encontrarse delante de una pared llena de boquetes que era el destino último de Hortensia Ruiz, la bailarina que todos, menos Cosme Cosme, llamaban Lili. Las negaciones y los movimientos de cabeza fueron sustituidos entonces por un llanto desigual que iba creciendo por un lado y por otro con hipidos, lamentos y suspiros que nada tenían que ver unos con otros, la orquesta por completo dislocada, sin que ya la antigua directora pudiese hacer nada, desbordada también doña Angelines por las lágrimas y por la imagen de aquella joven de mirada alegre que años atrás había llegado un atardecer a la puerta de su pensión preguntando si allí había

habitaciones para artistas y que ahora, metida en ese cajón reluciente, iba camino de aquel casillero extraño, pegada para siempre a la angostura de aquellas paredes.

Ahogado el coro de los lamentos, el cortejo empezó a disgregarse, a dividirse en pequeños grupos que bien desandaban cariacontecidos la vereda desnuda de árboles o bien iban a acercarse a la única representante de la familia de Lili y a don Mauricio Céspedes. Y mientras mi hermano y el Trompeta se decidieron a seguir el rumbo que habían tomado el frágil ataúd de Cosme Cosme y su escuálido acompañamiento para también darle adiós al amoroso asesino y suicida, doña Angelines, abrazando a Almudena Fernández, vio cómo don Mauricio, después de convencer finalmente a la hermana de Lili de que se quedase con lo que a su hermana pertenecía, empezó a perseguir con la mirada a Sonsoles Aranguren, y también vio doña Angelines cómo la Bella Manolita miraba a don Mauricio y a aquella muchacha inmaculada y cómo su marido, el fotógrafo Rovira, tocándose con la yema de los dedos el nudo de la corbata, empezó a avanzar hacia Sonsoles Aranguren.

Y a pesar de que, advertido de las intenciones del dueño del *cabaret*, Rovira siguiese su camino y pasara a más de un metro de la nueva bailarina sin ni siquiera mirarla, en aquel instante, mientras acariciaba el pelo y la frente de la inconsolable Almudena Fernández, doña Angelines supo que aquella niña de expresión dulce, aquella colegiala por la que había corrido el tiempo sin apenas alterar su apariencia adolescente, era quien le había arrebatado a su marido. Entre aquel jardín de mármoles y flores marchitas, doña Angelines la miró despacio, sabiendo que ésa iba a ser la única vez que tendría ante sus ojos a aquella mujer que sonreía con tristeza a don Mauricio Céspedes, mientras se limpiaba con la punta de un pañuelo blanco una lágrima perdida. Ésa era la mujer tras la cual Félix Rovira, el fotógrafo Rovira que tantas bailarinas, cupletistas y mujeres de la vida había conocido a lo largo de tantos años, emprendió aquel viaje sentimental del que, ocurriera lo que ocurriese, ya nunca iba a regresar.

También mi hermano, cuando regresó de dar su último adiós a Cosme Cosme y de hablar unos momentos con el hombre delgado que encabezaba su escaso acompañamiento, nada más ver a doña Angelines y captar la mirada

que la dueña de la pensión tenía posada en Sonsoles Aranguren, comprendió que ella había adivinado qué estaba ocurriendo en los laberintos interiores de Rovira y del propio *cabaret*, y ya no supo mi hermano si darle también el pésame a doña Angelines o abrazarla como la abrazó, abarcando con ella a la lacrimosa Almudena Fernández y emprendiendo con ellas el lento camino hacia la puerta del cementerio, donde minutos después se les unirían Rovira y el chino Bonilla, cuyo estómago, desnortado por la falta de su puntual desayuno y de su inmediato postre, emitía unos gruñidos de tuberías atoradas, los aullidos de un lobo afónico en la oscuridad de una película vieja.

De nada de lo ocurrido en el cementerio dio cuenta mi hermano en su carta, ni del descubrimiento de doña Angelines ni de aquella especie de ronquera y dislocados cantos gregorianos que el chino tenía en las tripas y que fácilmente podía haber incorporado a su número de magia. Lo que sí contó en su carta fue la muerte de Lili, lo del disparo que nadie creyó que fuese un disparo y lo de la caída de la bailarina en medio del escenario, que incluso cuando estaba en el suelo todavía siguió moviendo los pies como si continuara bailando, como Tatín, que al atrapar el balón y caer a tierra seguía moviéndose, gateando sobre la pelota como una tortuga. Y yo, al oír cómo mi madre les leía en voz alta la carta a mi padre y a mi hermana, ya con la imagen de Tatín y el ruido de Tatín y de la bailarina al caer con su biquini y su malla de pedrería metidos en la cabeza, me fui delante del chinero y miré la fotografía de Lili. Pensé en la de días que habíamos comido en presencia de su retrato sin saber que ella había muerto, y pensé que la foto de Lili era como esas estrellas que se mueren en los rincones del universo y que nos siguen alumbrando cuando ya no existen.

Al igual que esas estrellas que sólo tiempo después de su muerte desaparecen del cielo, al día siguiente de ser recibida la carta de mi hermano, la foto de la bailarina había sido discretamente retirada del chinero. Y aunque en esa comida, mi hermana, mi madre y sobre todo mi padre, como astrónomos obsesionados, sólo hablaron de la muerte de Lili en el escenario y de los peligros del *cabaret*, yo permanecí en silencio y sin preguntar nada, pasando a duras penas el potaje por la garganta y sin acabar de creer que Dios, Yavé, Alá, el Sagrado Corazón, la Virgen o quien de verdad mandara en el mundo, pudiese borrar del firmamento una estrella como Lili y no

permitiese que su luz volviera a brillar nunca jamás, como un triste carbón que ya ha consumido todo su combustible.

Pero muy pronto empezarían a apagarse luces a mi alrededor, e incluso hubo un punto, pasados los años, en el que pareció que el universo fuese una batería agotada y sin energía, con los fusibles mohosos, o que las estrellas que me iluminaban no fuesen otra cosa que los pobres candiles de una feria sobre la que soplaba un viento furioso que arrancaba de cuajo las serpentinas de bombillas y reventara sus filamentos y su vidrio con un aullido que nadie podía escuchar. Y también con el paso del tiempo llegué a pensar que la carrera que aquel día lejano emprendí en casa de Tatín, la huida de aquel laberinto de tías y de pasillos con retratos de más tías, estuvo motivada porque en las sonrisas de Tatín, de sus tías y de su amigo entreví, envueltos en gasas y en brumas, como si un gusano de seda urdiese un capullo sobre ellos, los sucesos que se avecinaban y que estaban anunciados en aquellas sonrisas congeladas que eran iguales a las muecas que en la Biblia del padre de Diego Manuel tenían los muertos de verdad, esos que se quedan con cara de no ser nadie, tan distintos a los muertos de las películas y a los hombres con vida.

Eso es lo que me ocurrió o lo que, pasado el tiempo, pensé que me ocurrió aquella tarde en casa de Tatín. Aunque lo cierto es que aquel gusano de seda siguió su trabajo con tal rapidez que cuando al llegar a mi casa intenté pensar en esa visión que no sabía si estaba dentro o fuera de mí, ya la trama de hilos se había hecho tan espesa que resultaba imposible saber qué estaban larvando los tiempos venideros, que de momento, y a modo de novedad, nos trajeron aquella inesperada relación de Tatín con los médicos. Una relación que en muy poco tiempo se hizo rutinaria y que nos habituó a todos a interrumpir los partidos y a cambiar rápidamente de portero cuando en mitad del juego aparecía la pequeña furgoneta de la tía de Tatín, la única que en medio de aquella marabunta podía reconocerse, por el cigarro que llevaba en la boca y por el modo de guiar la furgoneta, con un codo siempre asomado a la ventanilla, y nuestro amigo se iba andando hacia ella muy rápido, medio dejándose atrás las piernas y los hierros, como si fuese a parar un balón bombeado que el destino le hubiera lanzado.

Por todos lados y a todas horas veíamos la furgoneta de la tía de nuestro

portero llevando de copiloto a cualquiera de las otras tías intercambiables de Tatín y al propio Tatín viajando en la parte trasera, entre herramientas y ruedas de repuesto. Por la calle Mármoles, en la puerta de Serrano, subiendo por Eugenio Gross, delante del quiosco de Fortes o al volver del colegio por la calle Cataluña, por todas partes nos cruzábamos con aquel vehículo itinerante que a modo de estela nos dejaba el reflejo de Tatín y su melena rubia, sus manos enmudecidas diciéndonos adiós a través de los cristales traseros. Tatín sólo nos revelaba a medias la finalidad de aquel trasiego, hablaba de análisis y de enfermeras, pero nunca aclaraba por qué había iniciado aquella peregrinación en la que le sacaban sangre, le hacían mediciones de huesos, le hurgaban en los ojos y hasta le escarbaban detrás de las orejas y en la coronilla como si su cuerpo fuese Venezuela o el Mar Negro y los médicos buscadores de petróleo. Pero a pesar de que nadie le hacía preguntas ni él aventuraba pronósticos, por su actitud todos sobrentendimos que se estaba fraguando la posibilidad de curarlo o por lo menos de mejorar su estado. No hacía falta que hablara de placas subcutáneas y de prótesis cartilaginosas, como después habló, para advertir cuáles eran sus ilusiones, sólo había que oírlo amenazar a los delanteros con arrebatárles su puesto y hacer regates y rematar con más habilidad que el propio Castillo. Y es que Tatín tenía alma de delantero centro, no había más que verle la cara cuando, ya cansados de jugar entre nosotros mismos, después de varios partidos, Tatín ocupaba el lugar de algún delantero fatigado y apático que para descansar accediera a cambiarle su puesto. Sin poder correr la banda ni desmarcarse, con la polio haciéndole el marcaje más severo que cualquier defensa le pudiera hacer en la vida, nada más verse frente a la portería contraria las facciones se le desencajaban por la ambición, de las gafas le salían destellos y las piernas le bailaban en un disloque incontrolado. Las dos veces que en su vida marcó un gol, sin importarle que el resto de los jugadores estuviera ya de broma y peloteando sin ganas, Tatín juntó las manos y miró al cielo como si rezara, y si hubiera podido doblar las rodillas, seguro que se habría postrado con los brazos en cruz y los ojos cerrados.

Pero en esa época, esperando una próxima y gloriosa ocasión, Tatín no se movía de su portería. Su única ilusión era que lo operaran, que una gente extraña y enmascarada lo metiese en un quirófano con muchas herramientas

afiladas, berbiquíes y serruchos de acero en miniatura y se emplearan con él a fondo, dándole tajos y abriéndole boquetes, metiéndole los dedos y las herramientas por dentro del cuerpo igual que si estuviesen trabajando en una alcantarilla muy estrecha y acabaran cosiéndole la carne como si fuese una sábana o un pantalón roto. Ésa era su ilusión, una ilusión que a mí me daba vértigo y me dejaba medio desmayado, como si ya me hubiera caído del balcón o de la torre que fuera y estuviese volando en picado contra un suelo que a lo lejos se adivinaba que era de cemento y piedra.

En el colegio no me salía la voz del cuerpo cuando le pregunté a Luisito Sanjuán si a él le gustaría que lo operasen. Levantó la cabeza de la plana y se me quedó mirando sin saber de qué le estaba hablando, con los ojos tan entornados que sólo entonces me di cuenta de que ni estaba haciendo la plana ni la suma ni nada, sólo sosteniendo el lápiz y dormitando con la cabeza gacha. A pesar de todo insistí en la pregunta:

—¿A ti te gustaría que te operaran? Los médicos.

Y entonces ya no pareció que Luisito Sanjuán tuviera ojos de dormido, sino de borracho, como los borrachos que salen en las películas y que ya no pueden tenerse en pie porque lo que quieren es olvidarse de la niña que han atropellado con su coche o del amigo que han matado por su culpa. Y después de unos instantes, con los ojos lacrimosos por el bostezo que acababa de contener, me respondió:

—A mi primo le sacaron las amígdalas y luego le llevaban muchos dulces al hospital. Y helado de Casa Mira, de turrón. —Se quedó pensativo, no sé si recordando el sabor del helado de Casa Mira o la operación de su primo—. Pero luego escupía sangre, y lo vomitaba todo, el helado y todo lo que se hubiera comido. Parecía un surtidor —añadió con los ojos todavía más acuosos.

Todo el rato estaba escupiendo sangre, murmuró Luisito Sanjuán ya sin mirarme, como si se fuera a quedar dormido y el recuerdo de su primo formase parte de un sueño. Pero en vez de volver a dormirse se limpió los ojos y empezó a dibujar muy despacio las letras de la plana que nadie sabía cuánto tiempo llevaba escribiendo.

A Tatín su operación no le daba ningún vértigo, al contrario. Estaba radiante, y al ver a lo lejos la furgoneta de su tía no dudaba en emprender su

descoyuntada carrera y en dejarnos el equipo descuadrado. Después de una discusión inútil sobre quién tendría que sustituir a Tatín como portero, cada uno acababa ensimismado en sus cosas, Pepito haciendo señales de humo desde el interior del camión del Cuellicorto, su hermano Francisco escarbando hoyos para jugar él solo a las bolas, Castillo paseando con su pantalón largo y rascándose el picor de las espinillas, Diego Manuel pidiendo por la ventana de su casa algo para comer, un muslo de pollo, zanahorias crudas, berenjenas, pasteles o mortadela, el Mocos y el Guille haciéndose mañas y revolcados por la acera, Barea mirándose la punta de los zapatos y contándole al Nono cómo trabajaba su padre en Alemania, cómo eran de grandes las fábricas en Alemania y cómo había que abrigarse en Alemania para no congelarse y morir como un perro abandonado en las calles de Alemania. Y a veces, cuando el Mocos se cansaba de pelear con el Guille, mientras Barea seguía hablando de su padre y de Alemania a todo el que quisiera o no quisiera escucharlo y los demás seguían en sus asuntos, el Mocos y yo doblábamos la esquina de la calle Lanuza, cruzábamos la calle Pelayo y allí, en las puertas del barrio de la Trinidad, entrábamos en su portal, que a todas horas, aunque fuese al final de la tarde, olía a guisos y a lejía. El Mocos, cumpliendo no se sabe qué promesa o remota costumbre, siempre subía los escalones de tres en tres, sin importarle la altura exagerada de los peldaños ni que toda la escalera temblase, y menos todavía le importaba que las vecinas, mitad en broma, mitad asustadas, le gritaran desde el patio, Antoñito, me cago en tu nación, que nos vas a echar la casa encima.

El Mocos entraba a su casa subiendo por la pared, como una salamanquesa. Parecía que en los dedos y en las palmas de las manos tuviese unas ventosas que lo ayudaran a vencer la ley de la gravedad y a gatear en vertical pegado a la pared mal encalada hasta alcanzar la estrecha ventana que había casi tocando al techo. Yo, habituado a aquellas exhibiciones, lo oía caer al otro lado de la pared y, parado delante de su puerta, esperaba unos segundos a que el Mocos se sacudiera las manos y las rodillas de cal antes de abrirme. La casa del Mocos era una habitación, o una habitación y media, depende de cómo se mire, pero en su interior parecía que hubieran metido todas las cosas que malamente podían caber en dos casas enteras. Cacerolas, platos, libretas abiertas, jerséis, calcetines, sábanas arrugadas, libros escolares

a medio descuajaringar, pantalones, faldas, botellas, trozos de pan, recibos de luz, tazas con posos de café reseco, lápices, zapatos perdidos, toallas, cucharas, almohadas, tebeos rotos, calzoncillos, tijeras, naranjas, palanganas y nadie sabe cuántas cosas más, se amontonaban repartidas en desigual barahúnda por toda la habitación, como si acabara de pasar por allí una cuadrilla de gánsteres o de esos policías que en las películas entran en la casa del protagonista y se dedican a tirar las cosas que hay sobre los muebles, a poner boca abajo los cajones y a destripar el colchón en busca de una llave, de un diamante o de lo que en esa película anden buscando, sólo que en casa del Mocos no había más gánster ni más policía que el propio Mocos, ni tampoco la cama estaba rajada, o por lo menos eso creía yo, porque la verdad es que habría resultado muy difícil de comprobar según estaba el dormitorio —a la esquina donde estaban la cama y una mesilla de noche el Mocos la llamaba el dormitorio— de revuelto y la cama cubierta de trapos y cachivaches, que yo creo que ni los quitaban para dormir, y que el Mocos y su madre, por no mover tantas cosas, dormían en el suelo, al pie de un poyete que figuraba ser la cocina, o entre las sillas y la mesa que recibían el nombre de comedor.

Pero lo que más impresionaba de la casa era el armario, un armario ventrudo, un gigante harto de comida, borracho, un Polifemo con una puerta abierta que hacía las veces de despensa y por donde asomaban rabos de chorizo, zanahorias y latas de conserva a la par que los restos de una bata estampada o algún otro trapo escapado de la puerta vecina, que siempre estaba cerrada y lucía un espejo rajado en dos. Frente a ese espejo del Polifemo, no se sabe si burlándonos del gigante con el ojo mal herido o de nosotros mismos, tomábamos leche en polvo después de que el Mocos, como un Kirk Douglas que fuese a hincarle una estaca a la bestia, hubiese trepado por los cajones de su barriga para rescatar el bote de aquel polvo blanco que engullíamos a cucharadas mientras veíamos nuestras caras en el espejo y, moviendo la cabeza de un lado a otro, fingíamos aserrar el cuello de nuestra imagen con la raja que cruzaba el vidrio de parte a parte justamente a la altura de la nuez de nuestro otro yo.

Hartos de darnos guillotina con el armario tuerto y para mejor saborear aquel bendito polvo blanco, nos trasladábamos a la otra parte de la vivienda,



una especie de apéndice de la habitación y separado del resto por una cortina de color verde. Allí parecía no haber llegado la furia de los hampones o del huracán que cada día asolaba la casa. Sólo había un par de cajas de cartón, un baúl, unas cuantas libretas desperdigadas y una mesa sobre la que siempre estaban colocadas las piezas de un mecano con el que el Mocos se quedaba embebido hasta altas horas de la noche, esperando que su madre volviese de trabajar, a veces vencido por el sueño y con la cara metida entre tuercas y camiones de tiras metálicas que no parecían camiones ni nada. Y así, entre grúas y puentes a medio construir, dábamos cucharadas a aquel polvo que mi madre siempre se negaba a comprarme porque daba raquitismo y no alimentaba como la leche de verdad y que se pegaba al paladar igual que las hostias, pero sin ser pecado trastear el engrudo con la lengua y sin que al masticarlo se le apareciera a uno un niño cargando en los hombros un borrego, un niño con la cabeza brillante como si llevase una gran bombilla encendida en el cogote.

El Trompeta estuvo varios días seguidos tocando en su habitación, sin comer y sin ir al *cabaret*. No dejaba que doña Angelines le hiciese la cama ni comía lo que doña Angelines le llevaba a su cuarto, las naranjas y los bizcochos y la sopa que dejaba de humear y se enfriaba en la mesilla de noche mientras el Trompeta tocaba su instrumento en un tono muy bajo, casi en un susurro, y doña Angelines lo escuchaba con lágrimas en los ojos, apoyada en el quicio de la puerta, sin fuerzas para irse y dejar de sentir aquel lamento tan armonioso. A veces tocaba en medio de la noche, y la vibración de la trompeta era el aullido lastimero de un lobo herido en la oscuridad de la nieve, en la pradera revuelta de las sábanas del Trompeta, que permanecía insomne y mudo, y que a lo largo de aquellos días sólo dijo siete palabras: He visto la sonrisa de la muerte.

La pensión dejó de ser el paraíso. Antes de la muerte de Lili, a pesar de que el chino Bonilla se acostara con el maquillaje puesto y dejase un rastro de azafrán en las sábanas que levantaba la ira de sus compañeros, a pesar de que el Trompeta siempre pagara su cuenta con cinco, seis o nueve meses de retraso o de que el ascensor nunca funcionara, estaba claro que aquel lugar era el paraíso, y a todos parecía una locura que los estudiosos se llenaran los bronquios de polvo de tanto remover libros antiguos o que con sus piochas y

herramientas de arqueólogos anduvieran por el mundo investigando en qué época y en qué lugar estuvo el edén, si hace treinta y dos mil quinientos años o dos millones veinticuatro mil, si entre los ríos Tigris y Éufrates o en el corazón de la China, porque el verdadero paraíso terrenal creado por Dios era la pensión Ríos-España de Barcelona y así lo tendrían que poner las Biblias y todos los Antiguos Testamentos del mundo: Dios creó el paraíso terrenal y este paraíso estaba en la pensión Ríos-España y tenía un ángel de la guarda, mano derecha de Dios, que se llamaba doña Angelines Cortés Esplá.

La única víbora que hubo en ese paraíso fue la de los celos, la de la locura y la pasión, que todo es lo mismo. Y el Caín que tuvo aquel edén, Cosme Cosme, fue un Caín involuntario al que se le disparó la quijada sin querer. Así como les estoy contando fueron las cosas. Y del mismo modo que en la pensión pareció que los pasillos se hubieran alargado y que las palabras tuvieran un eco que antes nadie había oído y los muebles una sombra que nadie había visto, en el *cabaret* la muerte de Lili provocó un medio luto que se notaba en el compás adormecido que la orquesta marcaba, sin la vivacidad necesaria para enmascarar los gallos y patinazos de Arturo Reyes. Se notaba la tristeza en el paso que llevaban los camareros y en la escasa movilidad de sus bandejas, por no hablar de las caras y las miradas perdidas que tenían los bailarines o de las lágrimas que, provocando una riada de maquillaje, bajaban silenciosas por la cara de Almudena Fernández mientras bailaba y lucía la admiración de sus piernas.

Si algo elevaba la tensión del *cabaret* era la disputa sorda que entre Rovira y don Mauricio Céspedes se había establecido. Don Mauricio se pasaba las noches yendo de un extremo a otro del local, recorriendo los camerinos para dar estímulo a los artistas y decirles que lo que más le habría gustado a Lili, lo que más le gustaría ahora que los estaba viendo desde allí arriba, desde más arriba de los focos y la tramoya, era que actuaran con alegría y que bailaran mejor que nunca, en su memoria. Y viendo que su entusiasmo no era contagioso, mudaba don Mauricio la sonrisa por un gesto amargo y veladamente lanzaba la amenaza de que sin público el local no podría mantenerse y que sin local a todos esperaba la intemperie, el cielo raso. De los camerinos huía don Mauricio a la orquesta, y al hablar a los músicos daba golpes en el tambor para apoyar sus palabras, que eran muy

parecidas a las que decía en los camerinos, sólo que con menos sonrisas y más amenazas, y de allí corría hasta la barra, y se paraba medio ahogado en las mesas de los clientes conocidos, y les sonreía y les palmeaba los hombros y hacía como que se sentaba, pero antes de que sus glúteos tocasen la silla ya se había levantado para seguir su dislocado camino hacia la barra, donde el discurso echado a la orquesta ya degeneraba y, perdido cualquier atisbo de amabilidad, se secaba don Mauricio el sudor con una bayeta y ordenaba a los camareros que tuvieran más brío y decía que no quería ver a nadie dormido, que estaban todos dormidos, más muertos que la muerta, y que a nadie más que a él le dolía Lili, pero Lili estaba en la gloria y ellos en la puerta del infierno, y preguntaba si no sabían sonreír. Sonreír, decía, una cosa así, y ponía cara de chino, se metía los dedos en la boca y se tiraba de los extremos para arriba hasta parecerse a un pez sudoroso que hubiese mordido dos anzuelos. El camarero Álvarez se quedaba mirándolo con indiferencia, con la misma cara de aburrimiento con que miraba las películas en las que no salía Gregory Peck. Anselmo el encargado ni siquiera se paraba a oírlo, seguía andando por detrás del mostrador atendiendo a sus asuntos mientras Camacho, que era de Galdácano, en seguida contestaba, Yo soy barman, cuidado, barman, de Galdácano. Y nada más que los gemelos Benítez, por estar contratados como aprendices, se paraban a escuchar el sermón del dueño del local.

Aquella presión que don Mauricio Céspedes ejercía sobre sus trabajadores, y de la que, por su veteranía y rango, sólo estaba exento el solista Arturo Reyes, seguía una escala degradante que iba desde los bailarines hasta los camareros y llegaba a su punto más bajo con el fotógrafo Rovira, no porque Rovira hiciese menos fotos o éstas fuesen peores que las que hacía antes de que Lili se cayera en el escenario con el mismo ruido que habría hecho Tatín al parar un penalti lanzado por un futbolista de la Granja Suárez, al contrario, la desgracia y el enamoramiento habían afinado la sensibilidad de Rovira y todas las fotos de esa época eran dignas de ser enmarcadas, y aunque en ellas sólo saliera una bailarina sentada al lado de dos clientes daban ganas de estarse media vida mirándolas, y nunca acababa uno de verlas al completo, siempre quedaba algo pendiente, como si Rovira no les hubiese puesto su famoso líquido fijador y las figuras y las sombras

allí representadas mudaran de expresión y de lugar y a cada momento dieran lugar a una nueva y todavía más bella foto. Vas camino del arte con mayúsculas, Rovira, le decía en la pensión el afilador Poveda, mirando por encima del hombro del fotógrafo aquellos retratos. No desfallezcas, te espera la gloria postrera, la de los elegidos, sentenciaba Poveda antes de echarse a la calle con su bicicleta y sus aparejos de afilador, ya con la noche caída.

Pero a Rovira no le esperaba gloria alguna, sólo la cara congestionada de don Mauricio Céspedes, que al sorprenderlo en compañía de Soledad Rubí, baboseaba saliva y le ordenaba que cumpliera su trabajo, farfullando los desastres que acechaban al *cabaret* si el personal no se esmeraba en cumplir su cometido, cada uno el suyo. El fotógrafo Rovira, sin alterarse, apenas levantando la voz, sacaba un sobre con las fotos hechas el día anterior y como si fuesen papel viejo o algo inservible las arrojaba sobre el mostrador, sobre una mesa o encima de un sillón, depende de donde estuvieran, con la misma desgana con que un jugador tira sobre el tapete las cartas que le han hecho perder la jugada, y le contestaba al dueño del local:

—No abuse usted, don Mauricio, no abuse. No se vaya a aprovechar de la muerte de una mujer para meter bulla y explotar a la gente. —Se tocaba el tupé Rovira, ahora sí como un héroe en peligro, torcía muy ligeramente el bigote y añadía, con la mirada brillante—: Y conmigo no desperdicie su saliva ni gaste su tiempo. Lo que usted diga y lo que usted piense me importa a mí una mierda.

Antes de que don Mauricio se arrancara a contestarle, ya el fotógrafo, después de despedirse de Soledad con la mirada, le había dado la espalda y con su cámara en bandolera se dirigía a la barra, a los camerinos o al pie del escenario, depende de dónde se hubiera producido el encuentro y cuál fuese el punto más lejano del mismo. Todos en el *cabaret* estaban pendientes de aquella disputa, y la más pendiente de todos era la Bella Manolita. Allá donde iba Soledad Rubí y allá donde iba don Mauricio iban los ojos de la Bella Manolita, renegridos de celos. Dos cuevas, dos mazmorras, dos pozos sin agua ni fin, sus ojos.

En las visitas ocasionales que doña Adela y sus abrigos de pieles hacían a don Mauricio, la Bella Manolita, tan recatada a lo largo de tantos años con la señora de Céspedes, se acercaba a su mesa contoneando mucho las caderas y,

tuteándolo, le pedía fuego al dueño del *cabaret*. Sorbía con mucho detenimiento el cigarro y se quedaba allí de pie, al borde de la mesa con su biquini de piedras o su traje de habanera, con el ombligo desnudo a la altura de los ojos del matrimonio y sin atender a las muecas de don Mauricio ni a la petición de doña Adela para que se sentase con ellos, mirando las esquinas del *cabaret* como quien en un día de invierno se ensueña con un horizonte marino, echando humo por la nariz. Y sólo cuando don Mauricio estaba al borde de la congestión y a doña Adela se le había momificado la sonrisa, señalaba la Bella Manolita con la barbilla a Soledad Rubí y dirigiéndose a la esposa de don Mauricio, como si estuvieran solas y nadie pudiera oírlas, decía con la voz de raja y aguardiente:

—Ahí donde la ve a la mosquita muerta, la del taparrabos verde, es un putón de cuidado. A más de uno le tiene sorbido el alma, por no decir la bragueta, o lo que sea, la novata.

—¡A escena, Amalia! —intentaba imponerse don Mauricio.

—Ya he bailado, ¿no me ha visto usted? —preguntaba la Bella Manolita a doña Adela, echando más humo.

—Pues a los camerinos, o a dar palique al público.

—Un putón, señora, no hay más que verla —afirmaba muy despacio la bailarina, masticando el humo que no dejaba de manarle de la boca y las narices mientras se alejaba de la mesa con el péndulo de las caderas yendo solemnemente de este a oeste—. Una vampira.

Pero la ira de la Bella Manolita sólo alcanzaba su cumbre cuando don Mauricio Céspedes tenía la flaqueza de hablarle de alguna de las virtudes de la nueva bailarina o de cualquier modo le insinuaba que debía comprarse este o aquel traje que tan bien sentaba a Soledad, entonces la amante de don Mauricio se convertía en un auténtico calamar que ante sus enemigos todo lo embadurna de negro, como sucedió la noche en que el dueño del *cabaret*, en un acto de reconciliación, entró en el camerino de la Bella Manolita y, mirándole la cara a través del espejo, le besó el cuello muy despacio y a su lado, entre botes de crema y pinceles de maquillaje, dejó una cajita con envoltorio de regalo. Las afiladas uñas de la bailarina se abalanzaron como una nube de pájaros picudos sobre el papel y sacaron de sus entrañas un menudo frasco de perfume que si de inmediato provocó su alegría y la

impulsó a besar el sudor de don Mauricio, al ser destapado y percibir la Bella Manolita en aquellas esencias el olor que a su paso dejaba Soledad Rubí, la sonrisa se le hizo bilis, la voz caverna y los ojos y la cara entera noche oscura, con vendavales, truenos y relámpagos azotándole la expresión. El frasco voló sobre la cabeza de don Mauricio y fue a reventar contra otro de los espejos de maquillaje. Como diez gaviotas, buitres o tucanes, las uñas de la Bella Manolita pasaron en vuelo rasante sobre la cara del sorprendido empresario, que a duras penas pudo esquivar el ataque y quedó con la mejilla roturada en sangre.

A la vez que los gritos de la bailarina se apoderaban del camerino y de los alrededores, el olor del perfume derramado crecía y lo impregnaba todo. Aquel vaho actuó sobre ella como el veneno que en las películas y en América sueltan en la cámara de gas, y, del mismo modo que los condenados al quedarse sin aire, la Bella Manolita empezó a congestionarse. Se le atoraban los insultos en la garganta, se le crispaban los músculos y de la cara no acababa de írsele el último trueno que en ella había estallado. Antes de caer de rodillas, la tormenta reventó el alcantarillado de la Bella Manolita y de sus ojos brotaron muy rápidas dos lágrimas negras y largas que, en vez de llanto y rímel, parecían compuestas de la misma sustancia que sus pupilas, licuadas ante el ahogo.

Amalia Moreno, más conocida como la Bella Manolita, fue inmediatamente socorrida por Anselmo el encargado y por dos músicos que, atraídos por los gritos, la condujeron a un sofá en el que a fuerza de abanicarla y de meterle los pies y las manos en vasijas con hielo, de esas que sirven para mantener frío el champán, acabaron por devolver el resuello a la bailarina. Desentaponados sus bronquios y disuelto el gas venenoso del perfume por la ventilación y el abanico de los músicos, tras un largo y culebreante eructo, la Bella Manolita dio pruebas evidentes de su recuperación con un cavernoso grito que todavía arrinconó más a don Mauricio contra la pared en la que estaba apoyado:

—¡Mariconazo!

Don Mauricio Céspedes, el propietario del local, el que hasta ese momento había sido amante de la Bella Manolita, dejó de palparse la mejilla con su pañuelo blanco y muy despacio se quedó mirando aquellas tres líneas

borrosas de sangre que en el trapo quedaron marcadas como una especie de pentagrama menguado. Absorto por aquella visión, ni siquiera pareció oír el nuevo grito de la Bella Manolita, a quien se le generalizaba la riada de lágrimas enlutadas y ya medio incorporada en el sofá, apoyándose en el hombro de Anselmo el encargado, gimió vengativa:

—¡Asesino! Me la vas a pagar. ¡Criminal!

Pero don Mauricio, les repito, no escuchaba nada y ya se había dado la vuelta. En los fragmentos rajados del espejo que habían quedado pegados al marco de bombillas, se miraba medio hipnotizado los arañosos de la cara y volvía a cubrírselos con su pañuelo. Y así, dejando su inseparable pañuelo cuajado de rayas y menudas cuadrículas coloradas, salió del camerino y, caminando muy despacio, mirando aquellos pasillos oscuros como si fuese la primera vez que transitara por ellos, fue a sentarse en los umbríos escalones que subían al almacén de vestuario y allí, envuelto por aquella humedad que olía a cerveza aguada y a habitaciones en clausura, se quedó con los codos apoyados en las rodillas, la boca abierta y una sensación de cansancio tan grande que a duras penas conseguía mantener los ojos abiertos, lo mismo que le sucedía a Luisito Sanjuán cada vez que se ponía a escribir la plana y los párpados se le convertían en una manta, en una persiana con la cuerda rota, como el día que me habló de la operación de su primo y al rato, después de haber escrito cuatro o cinco letras de la plana y de haberlas borrado con mucha parsimonia el mismo número de veces, levantó la cara para decirme:

—Al Pitiraco también lo han operado.

—¿Qué?

—De vegetaciones en la nariz —me contestó—. Pero a él me parece que no le llevaron dulces y no sé si escupía sangre o tenía vómitos.

Tras mirar la plana y comprobar que el papel medio transparente ya no soportaría ni un solo borrado más sin *formar un agujero que equivaldría a un pasaporte seguro para ser conducido ante doña Carmen y sufrir su ira*, Luisito Sanjuán volvió a mirarme:

—A lo mejor le regalaron al Pitiraco un libro de mecanografía, o un abono para la Almi.

Y los ojos se le despejaron de bruma a Luisito Sanjuán cuando siguió diciéndome que a él, aparte de los dulces y del helado de Casa Mira, lo que

más le gustaría que le regalaran sería una navaja de esas que había en la Ferretería Maldonado, frente a la tienda de Serrano. Una navaja de lomo gordo que en sus tripas llevaba una navaja mediana, un sacacorchos, una lima, una navaja pequeña, unas tijeritas, un punzón, un serrucho en miniatura y no se sabe cuántas cosas más. Cada tarde de domingo, mientras la dependienta de la Jijona envolvía los pasteles que él había elegido, Luisito Sanjuán se quedaba un rato pegado al escaparate de la Ferretería Maldonado, mirando la navaja que allí había colgada de un hilo de nilón, con las cachas de nácar y con tantas cosas sacadas que parecía un erizo. Aunque la navaja que a él más le gustaba era una que tenían dentro de la ferretería, con las tapas rojas y muy pequeña. Había llegado a tenerla en las manos cuando una tarde había acompañado a su padre a comprar alcayatas. Mientras su progenitor valoraba con el dueño de la ferretería qué tipo de alcayata era la apropiada para colgar un cuadro, Luisito Sanjuán le había pedido a un dependiente joven, casi tan joven como él aunque con un bigote de pelusa negra y una bata azul que lo hacían mayor, que le enseñase navajas con sacacorchos y tijeras. Y allí, en una caja de cartón, revuelta con otras navajas y destornilladores, estaba la pequeña navaja con las cachas de color rojo oscuro que era la fascinación de Luisito Sanjuán. Pero nunca quiso su padre comprarle ni ésa ni ninguna otra navaja por más que Luisito Sanjuán se cansara de explicarle que no iba a cortar ni a pinchar nada con la navaja y que sólo la quería para llevarla en el bolsillo, para sentir su peso concentrado en el muslo y con mucho cuidado, las tardes de los domingos, abrir todos sus artilugios y volver a cerrarlos hasta la semana siguiente.

Y todavía, con los ojos ensoñados, sin querer mirar para su plana y el boquete que en ella amenazaba con asomar al menor movimiento, siguió Luisito Sanjuán hablándome de la navaja con las cachas rojas que el dependiente del babero azul había guardado en su caja con una sonrisa de triunfo, pero yo, lo mismo que le sucedió a don Mauricio Céspedes con la Bella Manolita después de que ésta le arañase la cara, apenas lo escuchaba, pues mi interés estaba en la otra esquina de la clase, en la figura y en la nariz del Pitracó, que a esas horas ya había acabado la plana que yo todavía no había mediado y de la que Luisito Sanjuán, entre borrones y boquetes, apenas había pasado de la segunda línea. A partir de ese momento, mientras lo veía



tan tieso en su pupitre, afanado en resolver las interminables cuentas que doña Carmen nos había puesto, la imagen del Pitracó cobró un nuevo valor para mí, y no sólo porque le hubiesen dado cloroformo y lo hubieran operado, por haber tenido el valor de enfrentarse con una cuadrilla de médicos embozados y con todos sus aparatos, sino por lo de las vegetaciones de su nariz. Repentinamente sentí que el Pitracó, con sus idas y venidas a la Almi, con su cara tiesa y su color amarillo pálido, con su amor por Conchi Canea y su velocidad para hacer planas, era un ser al que secretamente me hallaba unido, alguien que intentaba escabullirse de sí mismo a través de un laberinto mecanográfico, ametrallando teclas, pasando el carro. Las vegetaciones del Pitracó, aquella enredadera que yo me imaginaba saliéndole por los orificios de la nariz y extendiendo sus brazos y ramaje por el interior de su cuerpo, no eran ni más ni menos que un atisbo de la descontrolada selva que en las cavas de mis pulmones y en los sótanos de mis tripas habían empezado a crecer desde el momento en que Esperancita y su prima Quini aparecieron por la esquina de Diego de Vergara convertidas en una especie de ninfas con los pelos alisados y los jerséis a punto de reventar.

Del mismo modo que mi visión del Pitracó cambió con sólo una palabra de mi compañero, a más de mil kilómetros del colegio de doña Carmen y de mi casa, quizá mientras yo dormía y soñaba que nunca más tendría que hacer planas o que unos médicos sin cara, atendidos por todas las tías de Tatín, me operaban con el sacacorchos, con las tijeritas y el serrucho de una navaja con las cachas de nácar, a más de mil kilómetros de mi sueño, la Bella Manolita intentó que todos en el *cabaret* cambiaran la visión que de ella tenían, que dejaran de mirarla como a una mujer encelada y arisca. No significó eso que renunciara a derrumbar la imagen que los demás tenían de Soledad Rubí, pero ya no hablaba mal a todas horas de su compañera, ni se refería a ella como la niña con olor a corraleta ni la llamaba zorra ni putón. Como los detectives de las películas buscan entre la biblioteca del villano el libro falso, el libro que no es libro sino una clavija que abre la puerta del sótano o de la sala de torturas, desde la noche de su pelea con don Mauricio Céspedes, la Bella Manolita se afanó en buscar la palabra secreta, la clavija misteriosa que del mismo modo que a mí me había cambiado la visión del Pitracó, al personal del *cabaret* le mudara la idea que de Soledad Rubí tenía.

Un trabajo vano, lo mismo que el afán que le entró por hablarle de los encantos de aquella mujer de dos caras al fotógrafo Rovira. Bastante conocimiento tenía el fotógrafo al respecto, que las más de las veces, al estar al lado de la joven bailarina, se sentía sin fuerzas para contener la tentación de hundir la cara en el olor que desprendía el cuerpo de Soledad Rubí y de un momento a otro creía que iba a desvanecerse sobre ella y a enterrar los labios en esa aura con perfume de fresas que la envolvía. Viéndola medio desnuda ante él, con aquel biquini de cristales resplandecientes y lentejuelas, Rovira sentía que de un momento a otro sus brazos, escapados de su voluntad, se moverían por sí mismos para rodear con mucha calma y primor a Soledad Rubí. La abrazaría, la amaría lentamente, recorrería su piel con la misma ternura con que se acaricia a una niña indefensa, con la misma devoción con que se reza a la Virgen y con el mismo deseo con que se fornicaba con una prostituta, con todos esos sentimientos y con otros muchos que por un instante fulgirían en su corazón y, como fuegos de artificio, desaparecerían dejando en su ánimo un rastro de cenizas calientes. Con todos ellos, con todos esos sentimientos fundidos en un solo aliento, en un solo latido, amaría el fotógrafo Rovira a Soledad Rubí, a Sonsoles Aranguren y a todas las mujeres que en aquel cuerpo y en aquellos ojos de almendra y sol se adivinaban.

Rovira sabía que ese instante significaría el final de los tiempos, que en el momento en que aquel acto se cumpliera, su vida habría acabado, porque nada de lo que viniera después tendría valor ni en nada podría compararse a aquel momento anhelado que sería el culmen de su existencia, el verdadero motivo por el que había sido engendrado y por el que, sin saberlo, hasta entonces había vagado por el mundo. También Tatín parecía vivir únicamente para el día en que unos médicos se decidieran a emplearse a fondo con él y pusieran en funcionamiento sobre su cuerpo todos sus artilugios y herramientas. En ningún momento se le ocurría a nuestro guardameta pensar que muy bien podía quedarse en la sala de operaciones para siempre y no volver de aquel viaje oscuro, de aquel túnel que era el cloroformo y cuyas paredes lindaban con las de la muerte, sin poder jugar ya nunca de portero ni de nada, siempre quieto y siempre solo. A lo mejor porque para él, para Tatín, estar de portero ya era lo mismo que estar muerto y no correr era lo

mismo que no poder vivir.

Por ese mismo motivo no dejaba el fotógrafo Rovira de desear a la bailarina Soledad Rubí, sin importarle lo que después de conseguir su deseo pudiera ocurrir. También él sentía que no tener a Soledad Rubí era no tener la vida. Rovira era un cadáver andante, un zombi de los que salen en las películas de muertos vivientes, sólo que en vez de llevar la ropa hecha harapos y la carne medio colgando, llevaba un tupé de artista, una camisa recién planchada por doña Angelines y una cámara de fotos —un ojo siempre abierto, sin parpadeo ni duda, la mirada de su corazón— colocada en el pecho. Rovira era un muerto que bebía licores, y aunque en el *cabaret* nadie le vio nunca un momento de debilidad, cuando por las noches vagaba con mi hermano alargando siempre el camino de regreso a la pensión, supurando alcohol por el aliento y por los poros, de cara al mar, Rovira hablaba de su juventud en Casablanca, de un amor lejano con una mujer a la que él, en su perorata solitaria, llamaba mi marroquina, mi dulce marroquina. En medio de la noche se le iba el argumento de lo que contaba y sólo decía palabras deshilvanadas, dándole vueltas siempre al nombre de Soledad Rubí, Sonsoles, dame la luz, tú eres mi luz, Sonsoles, dámela, dame, Soledad, esta soledad que es la vida, Rubí, rubí de sangre, mi corazón de piedra encharcada, Aranguren, ojos de aguamarina y rocío, Rubí, Sonsoles Soledad Aranguren Gómez Rubí, Sonsoles, flor de rocío.

De nada servía que en la calma de la noche mi hermano, al que ya le quedaba poco de llamarse Ramón, entonara para el fotógrafo las melodías más dulces y entre el susurro de las palmeras, volando con el roce del viento en las ramas de los árboles, su voz ascendiera como un velo transparente y cálido, Yo te diré por qué mi canción te llama sin cesar. Lloraba Rovira por las Ramblas, lloraba en la Plaza de España, en la de Cataluña, en el Monte Carmelo, al pie de la estatua de Colón, frente al Tibidabo y al pie del Montjuich, en medio del primer trajín de la Boquería, con los pies enterrados en las playas de la Barceloneta, con el alma temblando como la voz de mi hermano, que ya mismo no se iba a llamar Ramón ni Solé: Cada vez que el viento pasa se lleva una flor.

Yo, al ver las cartas y las postales que mi hermano enviaba, procuraba leer muy despacio aquella retahíla que entre besos para mi madre, bromas

para mi hermana y mi padre y recuerdos para Cándida y mis tías, hablaba de sus bailes, del cinerama y de la cartelera que había en Barcelona, además de hacer comentarios de sus compañeros de *cabaret*, de don Mauricio, de la pena del fotógrafo Rovira y de algunas otras cuestiones que, así mezcladas, eran como las piezas de un rompecabezas que yo malamente iba recomponiendo, imaginándome una nebulosa de rostros, palabras y hasta sentimientos que al pasar los años mi hermano, ya de viva voz y vuelto de Barcelona y de su carrera de artista, me fue iluminando. Pero entonces, al concluir la lectura, yo me quedaba mirando las letras, ya sin leer lo que pegadas unas a otras decían, sino observando el dibujo de la escritura y cómo aquellas letras gordas y alegres parecían estar contagiadas por la danza de mi hermano y bailaban por los renglones como si también ellas, las letras, estuvieran vestidas con pantalón negro y camisa amarrada al ombligo. Vagamente me imaginaba lo que doña Carmen podría haber pensado de aquellas letras y la de palmetazos que le habría costado a mi hermano presentarle a la directora una plana con aquella caligrafía.

Pero donde yo en verdad me quedaba hipnotizado era en la contemplación de las postales que Ramón nos mandaba. Unas postales que a veces eran grandes, casi como un almanaque, postales brillantes que yo nunca había visto y que no me cansaba de mirar, asomado a ellas como a un balcón que me permitía ver a más de mil kilómetros de distancia. Veía calles y fuentes nocturnas, iluminadas por unos focos que apuntaban al cielo, iguales a los que en las noches de bombardeo perseguían a los aviones en el cine, sólo que en las postales de mi hermano no había bombas ni aeroplanos, sino avenidas llenas de coches y de gente desconocida y menuda que iba con abrigos y vestidos anticuados, transitando por el flujo de una vida que por todos lados rezumaba misterios y nombres sonoros. Y a la vez que percibía todo aquello, en lo hondo de esos paisajes también me parecía advertir la presencia del fotógrafo Rovira, como si el rastro de sus lamentos y el eco de las canciones de mi hermano de algún modo estuvieran prendidos, atrapados en el interior de aquellas fotografías, no importaba que estuvieran hechas mucho tiempo atrás.

Tanto era el hipnotismo que yo sentía, que cuando iba con mi padre a Los 21, mientras él, orgulloso, le enseñaba al comandante Villegas, al Toto, a

los camareros y al resto de sus amigos las cartas de mi hermano, yo le sacaba las postales del bolsillo de la chaqueta y, tomando buchadas de una gaseosa que me hacía lagrimear con la virulencia de sus burbujas, las volvía a mirar con mucho detenimiento, ajeno a los comentarios de mi padre, que siempre exageraba los éxitos de mi hermano y se inventaba actuaciones que Ramón no había tenido y contratos que mi hermano, por fidelidad hacia don Mauricio y su *cabaret*, había roto en la cara de los más importantes empresarios que, a pesar del desprecio, seguían rogándole que actuara para ellos.

Ni siquiera levantaba yo la vista de las postales cuando los amigos de mi padre, mientras bebían cerveza o paladeaban aquellas patas de pulpo llenas de ventosas chamuscadas, le preguntaban por la bailarina muerta a tiros y por el hombre que se había echado al tren. Con la tiza en la oreja y secándose las manos en el delantal, se paraban Pepe y su sobrino Juan, los camareros del bar Los 21 —que no estaba en los Campos 21 ni sabía yo por qué tenía aquel nombre, ni el bar ni el campo—, se quedaban a oír las explicaciones de mi padre, los detalles que él se inventaba del tiroteo que hubo en el *cabaret* y cómo una bala había pasado rozando la oreja de mi hermano, que hasta le hizo una quemadura, que el hombre aquel, el amante de la bailarina, se volvió loco y salió a la calle dando tiros, y también contaba cómo entre mi hermano y un amigo suyo que tocaba la trompeta sacaron a la bailarina gorda de la sala de baile y la metieron en un coche y mi hermano, que hasta ese momento nunca había conducido, se puso al volante y fue a toda velocidad por las calles de Barcelona como si toda la vida hubiese estado guiando un Chevrolet como el que llevaba, echando chispas por el tubo de escape y sin pararse en los cruces, que la bailarina, viéndose morir, le decía, Corre más, Ramón, corre más.

Se paraba mi padre para humedecerse la lengua con cerveza y mientras la fritura se achicharraba en la sartén y algún cliente esporádico reclamaba inútilmente la presencia de Pepe o de su sobrino Juan, mi padre calculaba que aquel aprendizaje espontáneo de mi hermano seguramente estaría motivado por haberlo visto a él conducir tantas veces su camión Leyland, asentía Doblas, el ayudante de mi padre, y sopesando el nerviosismo de los camareros, apurando el silencio y la chamusquina de la sartén hasta el límite,

después de hacer un gesto de negación con la cabeza, cuando ya los pies de Pepe o de su sobrino Juan se habían girado para acudir al fuego o al bebedor impaciente y la tensión estaba a punto de romperse por algún comentario o una tos, mi padre retomaba la palabra para decir que por mucho que mi hermano hubiese corrido no había nada que hacer y que la bailarina se quedó sin respiración en el quirófano a pesar de que mi hermano y su amigo Trompeta dieron dos litros de sangre cada uno, y que tanta lástima le dio a mi hermano ver morir a su amiga que le dijo al médico que ya que le tenía puesta la aguja le sacara un litro más, por si llegaba otra desgraciada y hacía falta más sangre para salvarle la vida. Y después de un nuevo silencio y de que Doblas volviera a confirmar con la cabeza lo narrado por mi padre, se enjuagaba la voz el comandante Villegas para contar cómo en la guerra un soldado de Alicante al que le dieron un tiro en la cabeza se fue andando como sonámbulo por la trinchera con un grifo de sangre, una fuente, saliéndole de la coronilla y con un recluta, de Sabadell, le parecía, recogiendo la sangre en un cubo, por ver si luego se la podían volver a meter los médicos al de Alicante, al del tiro.

Y ya salían corriendo para el fuego y la clientela desesperada los camareros Pepe y Juan, sin querer enterarse, o ya demasiado enterados de que el recluta de Sabadell llenó más de un cubo y medio de sangre y que no sirvió para nada porque el de Alicante, cuando paró de andar, después de hacerse de vientre con una peste que no se podía aguantar, dijo que estaba muy cansado y se cayó muerto, fulminado como si le acabaran de dar el tiro en ese momento, medio kilómetro más allá de donde en verdad se lo habían dado. Y ya se arrancaba el Toto a referir lo de la tórtola de la cacería aquella, la tórtola que se encontró en un matorral a una cuarta de su pie y que después de recibir un cañonazo a bocajarro, se quedó quieta, hasta que el Toto apretó el otro gatillo y el animal dio unos saltitos, sin plumas, pellejo ni cabeza, y emprendió el vuelo como si lo de los tiros no fuese con él, dejando caer unas gotas rojas muy finas, como un chirimiri de sangre. Doblas ya no asentía, miraba muy serio a los que hablaban, escarbándose los dientes con un palillo, y el corro empezaba a dispersarse, a repartirse la conversación por parejas, pedían gambas rebozadas, búsanos y más pulpo. Y mientras cada uno seguía hablando de lo que le venía a la cabeza, yo continuaba mirando las postales

de mi hermano, la fuente de Montjuich, la sierra de Montserrat, y me fijaba en el niño que a lo lejos corría detrás de una pelota en el Parque Güell, en un perro diminuto que había en la esquina de la calle Muntaner, en una moto con sidecar aparcada en el Paralelo.

Eructando gaseosa y medio mareado por el olor de la cerveza y el humo del Bisonte de mi padre, me iba con él por la calle Mármol, y a la vez que pensaba en el niño del Parque Güell, que ya no sería niño, que a lo mejor tenía bigote y bebía cerveza en los bares de Barcelona, y en el perro de la calle Muntaner y en la moto del Paralelo, muerto uno desde nadie sabía cuándo y cubierta de óxido la otra, desguzada en cualquier chatarrería o abandonada en los desmontes del Carmelo, la cabeza se me llenaba de disparos, oía como un redoble de tambor la sangre del soldado de Alicante, el del tiro, cayendo en el cubo metálico del recluta, y llevaba los pensamientos revueltos de tórtolas y conejos reventados, de bailes y gente del *cabaret* de la que mi hermano hablaba con su letra oronda, de transfusiones que nunca acababan. Y de ese modo embotado, llegaba con mi padre hasta la puerta de la frutería de Serrano, donde el frutero me preguntaba cada día cómo me llamaba. Y yo, siguiendo una fórmula que a mí ya me parecía prehistórica, le respondía con desgana, Como mi padre. ¿Y cómo se llama tu padre? Antonio. Entonces, ¿tú cómo te llamas? Antonio, como mi padre.

Mientras Serrano se reía a carcajadas, con su calva y una barba de dos días que le bajaba llena de púas blancas por la papada y se le perdía cuello de la camisa abajo dando la impresión de que tenía la piel entera llena de agujas canosas, yo me quedaba mirando la colilla seca y apagada que siempre llevaba pegada al labio de arriba y que ni era colilla ni nada, sólo un papel medio verde y chamuscado con una hebra de tabaco dentro, y me daban ganas de vomitar la gaseosa encima de sus tomates pringosos y de la baba de sus uvas. Vomitar como vomitaba el primo de Luisito Sanjuán, como un surtidor, vomitar la selva y los arroyos de gaseosa verde, de gaseosa empantanada que llevaba dentro de mí, los matorrales, raíces, lianas, frondosidades y arenas movedizas llenas de perros muertos, de sidecares herrumbrosos, cubos de sangre y soldados tiroteados que malamente flotaban en mi interior. Pero en vez de vomitar, miraba al suelo, lleno de ramas pisoteadas de alfalfa, de tierra de patatas y de serrín sucio, soportaba las

últimas carcajadas de Serrano y seguía el viaje con mi padre por la calle Mármoles, con la gaseosa y la selva dentro de mí, con mis vegetaciones.

Yo, como el fotógrafo Rovira, bebía para olvidar, para aturdirme todavía más, para enmascaramme. Sólo que en vez de beber licores, bebía una gaseosa rebelde y picante, una gaseosa que en Los 21, mientras miraba las postales, las fotos y las cartas de mi hermano, me permitía soltar lágrimas, sorber mocos y hacer muecas con la coartada de sus burbujas. Y por las noches, cuando la gaseosa bebida había sido excesiva y a través del sueño la vejiga me anunciaba que estaba a punto de estallar, me levantaba como un zombi, como Rovira iba por el mundo, sonámbulo, como el soldado de Alicante se fue andando por el campo con un tiro y una fuente de sangre en la cabeza. Y con la boca pastosa y seca, al pasar por el comedor me encontraba con aquella luz que salía del interior del chinero. Alrededor del mueble estaban sentados mi padre, mi madre y mi hermana, que me miraban con unas sonrisas muy raras, como si estuvieran detrás de un espejo, con las caras iluminadas por un fulgor amarillo y llenas de sombras alargadas. Por la superficie del chinero, como muñecos mecánicos, bailaban mi hermano y todas las figuras salidas de las fotos que allí había colocadas, girando sus compañeras de *cabaret*, rodeando tazas y figuritas de porcelana con sus trajes cubanos y sus lentejuelas brillantes. Pero nadie me decía nada, ni siquiera mi madre, sólo me miraban un momento y luego seguían allí a oscuras los tres, alumbrados por el resplandor del mueble, oyendo el latido de la noche, el goteo de un grifo, las mandíbulas de las lombrices devorando la tierra en los arriates del patio y un temblor que tenían las paredes, como si ellas también respirasen. Al volver del cuarto de baño los volvía a ver alrededor del chinero mientras yo regresaba a mi cama, dejando con mis pies desnudos un rastro fosforescente en las baldosas. Y al pasar por la puerta de sus dormitorios, yo adivinaba en la oscuridad los bultos de mis padres y de mi hermana como si estuviesen durmiendo, aunque yo sabía que en verdad eran fuelles vacíos bajo las mantas, sacos que sus dueños habían abandonado para contemplar aquel fulgor, aquel baile sin música que en el corazón de la noche se producía en el chinero de mi casa, en la calle Antonio Jiménez Ruiz número 36.

Cada vez se iba poblando el chinero de más fotos, de nuevos clientes y amigos del *cabaret*, de bailarinas repetidas, Fátima Combados, Inmaculada



Galván, Almudena Fernández, Mari Carmen Molina, o la Mulata de Fuego, tan bella que, según alegaba mi padre ante la incredulidad de mi madre, no había maquillaje en el mundo que se pudiera inventar aquellas piernas ni aquellos ojos que de verdad parecían que de un momento a otro se iban a echar a arder y a quemar la foto en la que estaban retratados. Porque aparte de beber y de decir lo de la marroquina de Casablanca y de murmurar los nombres de Soledad Rubí, aparte de eso, el fotógrafo Rovira seguía haciendo sus fotos, trabajando en el laboratorio con sus líquidos y componiendo aquellos trucos que tanto le habían gustado a mi hermano.

Pero ya no se reían como antes el fotógrafo y mi hermano. El primer truco que hizo entonces fue el de soldar a Lili con su amiga Almudena Fernández. Y es que el fotógrafo Rovira pegaba cabezas y cuerpos de gente distinta sin que por ninguna parte se notase la costura. Pegaba brazos, piernas de fotos antiguas, bigotes, vestidos de toreros, sombreros de copa y cualquier otra cosa que estuviese atrapada en la colección de sus clichés. Y si en tiempos anteriores se entretenía en ponerle a la cara de don Mauricio Céspedes el cuerpo de una morsa o de un caimán con zapatos de charol, en colocarle a la Bella Manolita las piernas recortadas de una enana con tanta precisión que don Mauricio y su amante parecían más verdaderos y genuinos según la composición de Rovira que como en la realidad se mostraban, en esa época los cosidos y apaños del fotógrafo estaban fabricados con el mismo material melancólico que le anegaba el alma. Aunque en sus fotos seguía apareciendo gente, Rovira ya no retrataba personas, ni caras ni bocas, lo que Rovira fotografiaba eran deseos, añoranzas, temores, angustias, ambiciones. Y lo mismo ocurría con sus trucos.

Como homenaje al pasado, a Lili y al tiempo perdido que con ella se fue para siempre, compuso aquel truco que dejó a mi hermano sin latidos en el corazón. La cara voluminosa de Lili se asentaba en el cuerpo ligero y en las piernas esculturales de su amiga Almudena Fernández, nítidamente reconocibles, no sólo por su perfección, sino por la cadenita de oro y el corazón que siempre flotaban alrededor de su tobillo derecho. Pero lo que dejó sin palpito ni voz a mi hermano no fue la limpieza del montaje, sino la expresión de Lili, aquella sonrisa que era idéntica a la que la bailarina tuvo en el momento de morirse, cuando, ya rota la danza y la música, mi hermano se

dio la vuelta y la vio caída a su espalda en medio del escenario, con aquella sonrisa que parecía ajena al disparo que había herido a su dueña y que apenas había tenido tiempo de estropearse, lo mismo que las sonrisas de los japoneses que estuvieran sonriendo cuando encima de sus cabezas cayó una bomba atómica y se quedaron con la sonrisa pegada en la boca y con un pensamiento partido por la mitad. A lo mejor tampoco Lili pudo terminar de pensar cuánto le gustaba la música que estaba bailando o dónde tenía que poner el pie en ese momento, o en los ojos del hombre que la estaba mirando desde la segunda mesa, o quizá en que de verdad iba a dejar el *cabaret* y de llamarse Lili para casarse con Cosme Cosme, y se quedó con el cosquilleo del pensamiento en la cara, con una sonrisa que era la misma que Rovira había puesto encima del cuerpo de Almudena Fernández. Tanto se parecía la expresión de la bailarina a la que tuvo en el momento de recibir en sus sesos la manoseada bala de Doble Cosme, que mi hermano le dio la vuelta a la fotografía buscando en la frente de Lili el orificio del proyectil o algún rastro de sangre, a la par que, ya con la respiración y el habla recuperados, le preguntó a Rovira:

—¿Esta foto?

—Igual, ¿verdad, tú? Pero no se la saqué allí. De aquello no hice más foto que la de Cosme Cosme yéndose por la escalera. De Lili no.

—Ya —contestó mi hermano con la fotografía cogida con la punta de los dedos y estirando el brazo para apartarla de su lado, aunque sin dejar de mirarla—. Pero mejor no se la enseñes a Almudena, ni a nadie. Da impresión.

A pesar de todo, a pesar de la ausencia irremediable de Lili, de la pena de Almudena Fernández, la desesperación de don Mauricio Céspedes, las estrategias de la Bella Manolita, los gallos cada vez más prolongados del solista Arturo Reyes y de la melancolía del fotógrafo Rovira, a pesar de todo esto y de otras muchas cosas más que ahora no les voy a contar, el *cabaret* seguía deslumbrando a mi hermano con aquella vida bulliciosa de lentejuelas, música, cortinas, humo y maquillaje, aquella vida que para mi hermano era la vida, algo tan distinto al camión Leyland de mi padre, al olor a fritura de Los 21, a los talleres de Oliveros, la voz de las vecinas riendo en la calle, o la ropa tendida en el patio de nuestra casa. La vida era Barcelona, el *cabaret* y la posibilidad de que un día un monstruo de la pantalla entrase en el local y

uno pudiera mirarlo a los ojos y decirle, Hola, Charlton, cómo me gustó *Ben-Hur*, lo bien que guiabas la cuadriga, o, Hay que ver, Gina, la lástima que Tyrone Power se muriera y no pudiese acabar *Salomón y la reina de Saba*, con la buena pareja que hacíais y lo guapa que estabas tú con el baile ese de los velos.

Y mientras alguno de aquellos monstruos o Hedy Lamarr o tal vez Ginger Rogers se decidían a visitar el *cabaret* de don Mauricio Céspedes, mi hermano, que en las últimas fotos estaba un poco menos famélico y tenía el tupé algo más aplacado, menos virulento, iba ampliando el círculo de sus amistades, ya era compadre de media clientela, de un abogado al que decían tío Tom, de un matrimonio de faquires que se llamaba Sánchez y había trabajado de tragasables en un circo, del dueño de una fábrica de harina y un corredor de pisos que no se entendía lo que hablaba porque todo el rato estaba borracho y además tenía un boquete en la garganta tapado con un pañuelo, que era por donde hablaba a base de ronquidos. Incluso llegó a trabar confianza mi hermano con el boxeador Avelino Padilla, uno de los acompañantes del entierro de Cosme Cosme, en realidad el único acompañante, porque de los otros dos uno era representante de la compañía de pompas fúnebres en espera de no se sabe qué firma que nadie quería estamparle por temor a posibles pagos y el otro un amigo de Padilla llamado Alberto Tesán y que por ser poeta y propenso a las historias de amores y los dramas había accedido a acompañar a su amigo Padilla a dar el último adiós a un celoso asesino y suicida ferroviario.

Por todos lados extendía mi hermano sus amistades y su buen ánimo, en todas las mesas se quedaba anclado en conversaciones que estaban siempre llenas de risas y palmadas en el hombro, con su tupé mi hermano, con aquel tupé que era su selva personal y que en vez de anegarle el alma le había crecido exuberante hacia afuera, como una bandera, como un estandarte de su propia alegría y de la del *cabaret* entero, que de nuevo contaba con la presencia del Trompeta en la orquesta y que por aquellos días, ante un ataque de afonía del solista Arturo Reyes, presenció el segundo debut anónimo de mi hermano, en esta ocasión como cantante del Paralelo.

Nos llegó la noticia en medio de una mañana limpia y con el cielo tan azul que a uno le daba la tentación de alzar la mano y cortar con los dedos

aquel gas celeste sobre el que se perfilaban las ramas del melocotonero y las hojas del níspero con tanta precisión que el día y el cielo parecían el dibujo de un evangelio pintado por Conchi Canea con sus tizas de colores. Llegó la carta sin postal ni foto, desnuda la letra de mi hermano. Y allí, en medio del patio, entre la fronda de las margaritas, los geranios y el jazmín, mi madre, con el delantal mojado y con la ropa que estaba lavando ahogándose en la pila, se quedó con una sonrisa muy tierna a la sombra del melocotonero leyendo la carta de mi hermano. Mientras yo miraba el sobre, con las huellas de humedad que los dedos de mi madre habían dejado en su esquina y olía aquel papel que desde la pensión Ríos-España había viajado por buzones, túneles y vías de ferrocarril durante más de mil kilómetros, mi madre leía cómo cierta noche fueron tantos los gallos, las salidas de tono y las partes completamente mudas que el solista Arturo Reyes introdujo en sus primeras canciones, que el público, tras unos momentos de duda, tomó aquello por un novedoso número cómico. Medio sepultado por carcajadas, silbidos y aplausos, se sulfuraba el solista Reyes mostrando ya sin recato las encías deshuesadas en un último intento de seguir el rumbo de una melodía que galopaba, huía como un caballo salvaje por delante de su voz. Contaba mi hermano que sólo después de mucha insistencia por parte de don Mauricio Céspedes consintió el achacoso y medio mudo Arturo Reyes en que Ramón diera remate, aunque nada más que fuese en esa ocasión, a su trasnochado repertorio.

Como la primera vez que bailó en el *cabaret*, aquél también fue un debut medio clandestino, porque de nuevo nadie anunció a mi hermano por el micrófono, ni dijeron su nombre, que todavía era Ramón, ni advirtieron de cambio alguno en el programa. Vestido como el resto de los bailarines, mi hermano simplemente dio un paso adelante y como un espontáneo se inclinó sobre el micrófono y empezó a cantar. Todavía parte del público tenía los ojos empañados en lágrimas por las carcajadas, todavía alguna risa sobresalía por encima de la música recordando la actuación de Arturo Reyes, y como siempre, por la barra se oía el estrépito de los vasos, las voces de los camareros y el ir y venir de los clientes que se aburrían con tanta copla. Pero a medida que la voz de mi hermano fue creciendo por en medio de aquella vaharada densa de rumores y humo, los camareros dejaron de mover vasos,

desapareció el eco de las últimas carcajadas y los ojos volvieron a brillar por el asomo de un llanto que ya no estaba motivado por la risa sino por una inundación de felicidad, por un aliento sonoro que nacía en la garganta de mi hermano y que el micrófono esparcía por el local entero. Y hasta las personas que en ese momento estaban en los servicios, en los pasillos de los camerinos o en lo hondo del almacén de vestuario, se quedaron detenidas en su quehacer, suspenso el ánimo por aquella melodía que al finalizar dio paso a unos tímidos e incrédulos aplausos pero que al instante se convirtieron en una apretada ovación que sin embargo no iba dirigida exactamente a mi hermano sino a su voz, a aquella voz que había surgido del micrófono conmoviendo al *cabaret* entero y que nadie identificaba con la figura de Ramón, que, disfrazado de marinero antiguo y con los pantalones arremangados, todavía continuaba con la espalda encorvada sobre el micrófono, sin ver otra cosa que la sonrisa grande, la sonrisa luminosa y los ojos brillantes del fotógrafo Rovira, aplaudiendo con su tupé de héroe herido.

También mi madre, como si a través de la carta hubiese oído la voz de mi hermano, se quedó en silencio en medio del patio, con su delantal, con el cielo azul flotando sobre ella, en silencio como mi padre cuando llegó a mediodía y se puso a leer la carta con una sonrisa que, al revés que la de mi madre, cada vez iba creciendo más a medida que leía. Y todos quedaron en silencio esa tarde en Los 21 cuando mi padre, después de leer en voz alta la noticia, comunicó a sus amigos que aquél era el mejor debut como cantante que nadie podía tener. La incredulidad y reserva de sus amigos —de todos menos de Doblas, que asentía con gran firmeza— fueron vencidas por un tráfago de pulpos fritos, gambas y chocar de vasos de vino y cerveza que, en medio de aquel día luminoso, brindaban por el futuro artístico de mi hermano, por su carrera en aquel *cabaret* que empezaba a recuperar su ritmo antiguo a pesar de que ante la rotura de un vaso o un golpe exagerado de tambor, todo el mundo volvía la cabeza en busca de algún revólver o miraba fijamente a los bailarines por si alguno se iba al suelo con un boquete en el cuerpo. Pero cuando la bailarina Fátima Combados murió no hubo ningún disparo ni golpe de tambor. Fátima Combados se murió sola.

Por la tarde el cielo seguía azul, y aunque había perdido un poco de brillo, todavía daba la impresión de que de un momento a otro iba a aparecerse allí

en medio el triángulo de Dios con el ojo dentro o el niño con los pelos rizados y el borrego a cuestras, o cualquier otra cosa de los Evangelios que Conchi Canea dibujaba en la pizarra los sábados por la mañana. Tatín y los demás también estaban callados, como si acabaran de oír cantar a mi hermano, sólo que a ellos no les vino ninguna alegría, ni se ponían a aplaudir ni a devorar pulpos y gambas, ellos seguían todos echados contra la pared o sentados en los escalones con la cara que a uno se le ponía cuando un camión reventaba la pelota o ésta se caía por encima de la tapia de la fundición un sábado por la tarde y ya no había forma de recuperarla hasta el lunes. Ni siquiera Barea hablaba de Alemania. Sólo Pepito, mirando muy entretenido la ceniza de su cigarro y los progresos de la brasa que él ayudaba con pequeños soplos, parecía medianamente satisfecho de la bonanza de la tarde.

Yo los miraba sin dejar de masticar mi bocadillo, entretenido con el silencio de ellos, cada silencio distinto del otro, ruidoso y atorado el del Mocos, concentrado el de Barea, parpadeante y nervioso el del Guille, atolondrado el de Diego Manuel y rotundo, silencio-silencio, el de Tatín. Fue al ponerse éste de pie cuando el Mocos me miró y con los ojos muy abiertos y soplando meneó muy rápido la mano derecha, como si le quemaran los dedos. Y mientras Tatín daba patadas al balón contra la pared, poco a poco fue quebrándose el silencio de todos —menos el de Pepito, que ahora fumaba con los ojos entornados, como un policía metido en su coche esperando que los ladrones salieran de su madriguera—, y unos y otros me contaban atropelladamente y a saltos lo que había ocurrido hacía un rato, que estaba Tatín solo con el Mocos, sentados en el escalón, que Castillo había pasado, y que luego había pasado Quini, y que se había ido por la escalerilla que daba a la calle Eugenio Gross, y que luego aparecieron Castillo y Quini juntos y que cuando los vio desde lejos Tatín se había reído pero que luego ya no se rió, que se le puso mal color y que le crujieron los dientes lo mismo que le sonaban los hierros de las piernas, como si tuviera herrumbre en las encías, que se quedó callado, como el Mocos, mirando los dos a Quini y a Castillo, y la mano derecha de Quini y la mano izquierda de Castillo, que iban unidas, con los dedos hechos una trenza, y que después llegaron el Guille y Barea, y que aunque venían andando despacio traían la cara como si hubieran llegado corriendo, y que no sabían qué decir, que el Guille medio se puso tartamudo,

pero que Barea dijo lo que habían visto, que habían visto a Quini y a Castillo en la esquina de la calle Cataluña, medio escondidos entre las ramas del jazmín que se escapaba de la casa del electricista, y que Castillo tenía puesta la mano en la lana del jersey de Quini, en el costado, justo al lado de la prominencia izquierda de Quini, en un sitio que ni era la espalda ni el pecho ni la cadera ni nada, y que ella tenía los brazos alzados, moviendo los dedos muy despacio por el cogote y la nuca de Castillo, Castillo y ella con las caras juntas y los labios rozándose primero y luego pegados como ventosas, respirando Quini por los pulmones de Castillo y Castillo por los de Quini.

Y así, con palabras de unos y otros, me fue encajando el ir y venir de días anteriores y aquel picor que tenía Castillo en la cara, con los granos revolucionados como si estuviéramos en primavera, los chupinazos que daba, que parecía que hubiese nacido en la Granja Suárez. Todo encajaba, los paseos tan largos de Quini y su prima Esperancita, dándole vueltas a la calle sin parar, sus risas, y los recados que Manolito Tejada hacía con su bicicleta, y la de veces que Castillo iba al quiosco de Eugenio Gross para no comprar nada, y lo que tardaba en volver, con sus pantalones largos. Y mientras yo recomponía todo aquello, no dejaba de mirar a Tatín, miraba cómo le daba a la pelota, intentando golpearla varias veces seguidas sin que el balón tocara el suelo, como hacía Castillo, que se paraba el balón en la frente, y le daba de tacón y otra vez se lo pasaba al empeine, enamorando al balón, que se quedaba pegado a su cuerpo, al revés que con Tatín, que el balón se volvía arisco y no quería saber nada de él ni de sus botas ortopédicas.

Pero no se amilanó Tatín por aquel contratiempo. Ilusionado con los viajes en la furgoneta, parecía tener la certeza de que todo mudaría desde el mismo instante en que saliera por la puerta del quirófano. Estaba seguro de que el corazón de Quini iba a ser la primera cosa en variar el rumbo de sus palpitaciones, así que, después de la descomposición de esa tarde, él era el primero en burlarse de la afición que Castillo y Quini cogieron a camuflarse a la caída de la tarde en el ramaje de casa del electricista. Se reía Tatín como los gánsteres de las películas antiguas. Se reía igual que se reían ellos antes de que los amarraran a la silla eléctrica o al butacón ese que había en la cámara de gas, no como lo hacía Pepito, que los imitaba con su humo y sus ojos entornados, no, a Tatín aquella sonrisa maligna le salía de dentro, y era

suya, los gánsteres imitaban la sonrisa de Tatín. Ya insultaba directamente a Manolito Tejada, y cuando lo veía cruzar con su bicicleta le decía mariconazo y que no pasara más por allí. Pero no lo decía irritado, lo decía con la sonrisa aquella, enseñando los dientes como si estuviesen a punto de llegar el alcaide, el cura de la prisión y dos guardias para ponerlo en la silla eléctrica, para freírlo, y daba miedo.

Tenía Tatín los hierros de las piernas completamente abandonados, sin engrasarlos ni darle embadurne a las correas de cuero, reseca y también crujientes, como una chicharra Tatín. Nada más que quería entonces ir a los Sordomudos, y allí era él quien directamente negociaba el tamaño de las porterías. Le daba una patada a la piedra que servía de poste para achicar la portería y les decía a los de la Granja Suárez que así eran las reglas y que cuando él tuviera sus prótesis interiores y le quitasen los hierros pusieran la portería como les diera la gana, como si querían poner un poste en Teatinos y el otro en el Puente de la Aurora, a él le daba igual porque ya no iba a jugar nunca más de portero. Y allí se quedaba, entre los postes que había situado a su medida, con las gafas colocadas y las manos en las caderas, dispuesto a parar todos los balonazos que quisieran tirarle. Miraba con desprecio a las niñas de la Granja Suárez que se arremolinaban al borde del campo, y ellas empezaron a hacerle caso y le daban agua cuando la pedía, después de tirarse al suelo y parar un balón haciendo el mismo ruido que hizo Lilí y el mismo que muy pronto iba a hacer Fátima Combados al caerse muertas. Y ellas, las niñas de la Granja Suárez, con aquel bizqueo que tenían, no en los ojos sino en el interior de los ojos, en las ideas y pensamientos torcidos que les andaban por dentro de las cabezas, se reían al verlo caer o recibir un balonazo en mitad de la cara, igual que se reían cuando sus amigos, el Francis, el Cani o el Escoba se caían rodando y levantaban una polvareda con su galope desbaratado.

Y si alguna tarde éramos pocos y no teníamos equipo suficiente para ir a los Campos 21 o a los Sordomudos, Tatín, antes de vernos sentados en el escalón o de que a alguien se le ocurriera subirse al camión del Cuellicorto y quedarse allí hablando entre restos de fideos y garbanzos perdidos, se empeñaba en ir a la chatarrería de la Pellejera, sin importarle los gitanos que rondaban por allí, que más de una tarde tuvimos que salir medio huyendo y a



pedradas por empeñarse Tatín en echar a rodar la lavadora que los gitanos alevines estaban destripando o en meterse dentro de un coche abandonado que los otros consideraban de su propiedad. Allí pasábamos la mitad de las tardes viendo funcionar la grúa, y como los propios gitanos de la Pellejera nos aficionamos a hurgar entre los hierros, a dar saltos sobre el capó y el techo de los coches medio desguazados o a arrancarles las puertas a base de pedradas y mucha palanca. Sólo que luego no nos llevábamos nada ni los guardas nos registraban en busca de cobre, y nada más que nos regañaban cuando desde su cabina nos veían escalar por las cumbres de aquellas montañas de latones y planchas de hierro oxidado. Siempre gritaban lo mismo, ¡Niño! Me cago en tu madre, que nos vas a buscar una ruina. En la madre que se cagaban casi siempre era en la de Tatín, que después de estar un rato sentado al volante de algún coche haciendo como que guiaba, emprendía el ascenso por aquel Everest mohoso, andando con más holgura que los demás, como si los hierros de sus piernas reconocieran su propio medio y lo guiaran por tanta chatarra. Siempre lo despedían igual los guardas, El cojo tenía que ser, me cago en su madre.

Las bailarinas casi siempre llevaban una costura en el revés de las piernas, en la parte de atrás de las medias. Era una especie de río oscuro y sin afluentes que les recorría la parte trasera de las piernas y las dividía en dos partes que nunca eran iguales. Se les veían aquellas costuras cuando se daban la vuelta o cuando en uno de sus bailes alzaban tanto el pie que uno acababa viendo aquel río espeso que silenciosamente desembocaba al final del muslo, bajo la marea centelleante de la malla de pedrería. Daban ganas de embarcarse y navegar a lo largo de aquel río de aguas negras, recorriendo la dársena de las pantorrillas, los rápidos de las corvas y las aguas templadas de los muslos. Como yo nunca vi bailar a ninguna bailarina, ni nunca ninguna giró delante de mí, yo lo descubrí, el río, en una fotografía en la que Almudena Fernández estaba de perfil, abrazada en el baile de un tango a mi hermano. Y si la noche aquella hubiese estado en el *cabaret*, tampoco yo habría sabido si lo que estaban del revés eran las piernas o la cabeza de Fátima Combados. Se quedó hecha un ovillo, una madeja de esas que venían reviradas de la tienda y mi madre tenía que desliar enrollándolas en el respaldo de una silla. Eso es lo que le pasó a Fátima Combados, que se quedó

hecha un garabato. Fueron las pastillas las que la pusieron así, las pastillas que a todas horas se estaba tomando la bailarina, las pastillas de pintitas azules que le calmaban los nervios por la mañana, las cápsulas verdes y las moradas que la ponían a tono para el baile y el alterne, las pastillas blancas para la angustia, otras menos blancas para dormir sin escuchar los maullidos de los gatos y las pisadas de las ratas que ella decía escuchar en mitad de los sueños, los polvos amarillos para el vértigo, y todo migado siempre en ron de caña, porque el agua le daba miedo, el agua, le habían dicho, estaba llena de culebras menudas, de bichos y gusarapos que no se veían ni tenían color pero que estaban ahí, nadando.

La noche aquella, Fátima Combados sólo se tomó una cápsula verde y dos moradas con el ron de caña que el camarero Álvarez le servía nada más verla dirigirse hacia la barra, sin mediar palabra ni gesto alguno. Y se las tomó despacio, porque según le comentó a Anselmo tenía la barriga revuelta y llena de tantas pastillas como se había tomado ese día. Después se fue a los camerinos, a quitarse las ojeras, y mientras se las intentaba quitar, dicen que estuvo riéndose con Lolita Berruezo y la Mulata de Fuego, y que se reía mucho, de ella misma y de sus ojeras. Cuando salieron a bailar ya se le había quitado la risa, aunque por el pasillo se había tenido que parar dos veces, agarrándose a las paredes y poniéndose en cuclillas, con unas carcajadas ahogadas y llorando de la gracia que le hacían sus ojeras, y hasta estuvo a punto de volverse para ir a los servicios, de la risa. Pero nada más oír la música de la orquesta se puso muy seria, se colocó en su sitio el casquete con las plumas y se ajustó los pechos en el biquini, que tenía tatuadas flores de pedrería azul, sólo dos o tres flores, porque ella siempre escogía el biquini más pequeño, tan pequeño que ni siquiera los pechos, pequeños, de Fátima Combados cabían dentro y siempre estaban escapándosele por un lado o por otro, asomándose al tendido, decía don Mauricio Céspedes, aprendiendo a volar como tímidas palomas, afirmaba con ojos de sueño el poeta Alberto Tesán, el acompañante extra del funeral de Cosme Cosme.

Y muy seria emprendió el baile, más seria que nunca, y con sus músculos, que no parecían de bailarina, sino de gimnasta o saltimbanqui, queriéndosele salir también de la piel, medio cuerpo de Fátima Combados en fuga. Y ella dando vueltas y alzando los brazos, correteando por el escenario al ritmo de

las trompetas, las guitarras, el acordeón y los dos violines, brincando al son desgañitado de Arturo Reyes, hasta que los ojos también se le quisieron ir de las órbitas y una espuma verde empezó a salirle por una esquina de la boca y luego por las dos. Le dieron ganas de reír, pero al instante la luz de los focos se le metió en la cabeza, la cabeza de Fátima Combados —sintió Fátima Combados— era un foco de luz, la luz se le escapaba desde dentro de la cabeza, un cañón de luz que barría las caras, las risas y los párpados y los dientes del público, pero ella seguía bailando, siguiendo el compás de la música, las palomas estremecidas y un sabor amargo en la boca, la baba verde, las burbujas y los restos de pastillas cayéndole sobre las flores de piedra azul del biquini azul, azul como el vestido azul y los ojos azules de Hedy Lamarr en la última escena de *Sansón y Dalila*, como el mar en los días más azules, hasta que la luz estalló, todo se hizo blanco para Fátima Combados y el público súbitamente la vio volar, despegarse del suelo y caer impulsada por una fuerza invisible tres metros más atrás, al pie de las cortinas, acompañada por el aullido de gato espantado que lanzó el solista Arturo Reyes al verla volar. Todas las pastillas del mundo estallaron en el interior de Fátima Combados, reventaron todos los nervios, tendones y clavijas de su cuerpo, se escaparon al unísono de sus asideras y se convirtieron en una maraña de cables que le dejaron un temblor en el plumón azul que llevaba sobre la cabeza, un tictac de morse que también tamborileaba en sus párpados tartamudos y le sacudía alguna parte aislada del cuerpo, no se sabía muy bien cuál, porque el cuerpo de Fátima Combados, ya les dije antes, era una madeja retorcida y no se sabía muy bien si era la cabeza o el tronco lo que se había girado ni por qué tenía la barbilla apoyada en la espalda y las piernas del revés, con las costuras de la media, el río oscuro por el que entonces navegaba la muerte, de cara al vientre, ya sin respiración ni espasmos.

Fátima Combados fue la segunda bailarina muerta en el escenario del *cabaret* de Barcelona. Cayó con un ruido estrepitoso, dijo mi hermano en su carta, un ruido de cristales, de hierros y de huesos, es decir, con el ruido con el que en cada partido Tatín caía quince o veinte veces, cuarenta y tantas si jugábamos contra los de la Granja Suárez. Y al revés de lo sucedido con Lili, que todo el mundo empezó a correr en medio de un griterío que sólo acabó

media hora más tarde, nadie dijo nada ni se movió de su asiento cuando Fátima Combados fue a estrellarse al pie de las cortinas de terciopelo rojo. Cesó la música y sólo el camarero Álvarez, que nunca hablaba, dijo muy bajo, Jesús. Y era tal el silencio que todos se volvieron a mirarlo, como si él tuviera algo que ver en el vuelo y muerte de la bailarina. Poco a poco, quizá temiendo que los respingos de la pobre Fátima no hubieran acabado, andando de puntillas empezaron a acercársele las compañeras, mi hermano y Jerónimo de Córdoba, el violinista Angulo. Crujió la silla de don Mauricio Céspedes al levantarse el dueño del local, crujían las tablas del escenario, la garganta temblorosa de Arturo Reyes y los zapatos de don Mauricio avanzando por entre las mesas. Burbujeaba el *flash* del fotógrafo Rovira sin que éste se decidiera a alzar la cámara para retratar a la difunta. Ay, dijo muy bajito la Mulata de Fuego, viendo cómo media cápsula verde le asomaba por la nariz a su compañera. Pobrecita, sollozó Almudena Fernández. Fátima, Fátima, medio coreaban en un susurro la ayudante del chino Bonilla, Sonia Setúbal, y Lolita Berruezo. Se aceleró el crujido de los zapatos de don Mauricio Céspedes al atravesar el escenario, ¿Esto qué es?, dijo arrugando la cara el dueño del local sin comprender la disposición del cuerpo de Fátima Combados. ¿Esto qué es?, repitió, y luego otra vez, Pero ¿esto qué es? Y ya de entre el público empezó a surgir un susurro, un rumor que aumentó con el arrastrar de sillas, el tragar saliva y los pasos del personal. ¡Fátima!, gritó Jerónimo de Córdoba sin paciencia para seguir aquel compás tan lento que aquello llevaba. Sobresaltado por el grito, tropezó con el bombo el representante Carmona, ¡Booom! ¡Se ha muerto!, gimió en alarido el camarero Romera aprovechando el retumbar del instrumento, y ésa fue la señal definitiva para que público, músicos y bailarinas se convirtieran en una marea cuyo rumoroso oleaje iba y venía por la sala de fiestas, como los cortesanos de *Sansón y Dalila* corrían de un lado para otro viendo cómo el forzado empezaba a derrumbar columnas y a echar abajo la estatua de un dios que no era Dios. Y todos preguntaban por un médico, por la policía, por un asesino, proclamaban a voces lo efímero de la condición humana y, como siempre ocurre, como ya empezaba a ser habitual entre quienes frecuentaban el *cabaret*, pedían cuentas y razones al destino y a Dios, al Dios de los Evangelios que Conchi Canea nos pintaba encima de un campo medio verde

con un Ojo y un Triángulo.

Fue en medio de aquel revuelo, al encontrarse de frente la asustada Soledad Rubí y el impasible Rovira en la salida del escenario, entre el cordaje de las cortinas y los restos amontonados de decorados antiguos, cuando ambos se quedaron mirándose como si de pronto se hubiesen encontrado desnudos uno frente a otro, ya sin mentiras ni sentimientos que disimular. El brillo en los ojos, los pasos detenidos, la boca entreabierta de la bailarina, sin palabras en la lengua, sólo el aliento, y la voz del fotógrafo pronunciando su nombre, Soledad, un paso al frente y los dos abrazándose, Rovira sumergido en el olor, en el mar y las aguas que rodeaban a Soledad Rubí, buceando en su pelo y en aquel aroma que tantas veces había intuido, oyendo lejanamente el sollozo de la bailarina, el latido de su pecho, las algas de su melena enredadas en la boca de Rovira, que al emerger de su larga zambullida de nuevo se encontró ante el fulgor de aquellos ojos en cuyo interior flameaba el reflejo azul de las plumas y los vidrios azules que, como a Fátima Combados, como a Hedy Lamarr, envolvían a Soledad Rubí. Y allí, en los ojos, en el horizonte de los ojos, Rovira vio el color amarillo de un trigal de verano y el verdor de los árboles frutales que había al fondo del trigal, al fondo de los ojos. El color de un río. Y delante de sus labios estaban los labios de Soledad Rubí, los labios entreabiertos de Sonsoles Aranguren, y la profundidad, el túnel oscuro de un beso. El fotógrafo Rovira y Soledad Rubí huidos del *cabaret* por la puerta secreta de un beso, alejados de los lamentos, del correr de la gente que pasaba por su lado y los apretaba aún más contra la cal oscura de la pared, arrinconados hasta que el fotógrafo Rovira sintió en su pecho y en sus hombros las manos de la bailarina impulsándolo hacia atrás, alejándolo de su cuerpo, de su marea y de su corazón.

Una lágrima empañando de rocío el trigal de los ojos y un gesto de negación fue lo primero que el fotógrafo Rovira vio al abrir los párpados y volver al mundo. Soledad Rubí negaba en silencio, y a la vez que extendía los brazos, daba un paso atrás y alejándose del fotógrafo, decía en un susurro:

—No. No, Félix.

Y el fotógrafo Rovira, ahogado, como si de verdad hubiera buceado durante no se sabe cuántos minutos por las profundidades del mar, atropellado por un hombre que se decía médico, por dos bailarinas que

corrían detrás de él, pronunció, casi suplicó el nombre de Soledad Rubí, Soledad, y extendió su mano, que ya no alcanzó a tocar a la bailarina, como un ciego mientras ella volvía a negar y a decir, No, Félix, nunca, y el fotógrafo Rovira notaba cómo una parte de su cuerpo, no sabía muy bien si el hígado, los intestinos o quizá un costado entero se le desmoronaba y caía al suelo convertido en ceniza, como si en su interior un sansón diminuto le derrumbara las bóvedas del cuerpo. Entornó los párpados y paladeó en sus labios y en su lengua el sabor de la bailarina, el sabor de la piel y de los labios de la bailarina Sonsoles Aranguren a la que ya todos decían Soledad Rubí, y muy despacio volvió a abrir los ojos con la esperanza de que la negación de Soledad hubiera sido un espejismo. Pero Soledad Rubí continuaba retrocediendo, envuelta ya en la marea de gente que iba de un lado a otro, y volvió a decirle que no, ya sin voz, sólo con el movimiento de los labios que Rovira acababa de besar, con los labios en los que todavía brillaba la saliva del fotógrafo Rovira, No, y las flores azules del pecho se le estremecieron a Soledad Rubí con el amago de un llanto, osciló la melena en un último gesto de negación y en ese instante la mano de un espectador perdido en el remolino de gente fue a pulsar la cámara de Rovira y el fogonazo del *flash* iluminó de blanco el rostro de la bailarina, la nuca de Jerónimo de Córdoba, las caras asombradas de varios clientes y el pecho de don Mauricio Céspedes, que, nadando malamente en aquel oleaje de personas que se apretaba en la embocadura del escenario y en la salida de artistas, se dirigía presuroso hacia el desvalido y flácido fotógrafo.

Lo cogió don Mauricio de las solapas, sudoroso, y con cara de repugnancia, como si don Mauricio Céspedes también se hubiese atiborrado de pastillas de colores y a duras penas contuviera las arcadas. Pero la náusea no le venía a don Mauricio de ver a Fátima Combados hecha una madeja enmarañada, sino por lo que había intuido al observar el modo en que se despedían Rovira y Soledad Rubí. El fotógrafo Rovira se notaba zarandeado y veía delante de la suya la cara de don Mauricio susurrándole unas palabras ahogadas que, como su dueño, también parecían sudorosas, jadeantes, y le decían que no lo molestara más, ni a él ni a sus bailarinas, que se mantuviera apartado de ellas, antes de que le arruinase el negocio lo echaba a la calle, le importaba una mierda los años que llevara allí echando fotos, todo el mundo

sabe echar fotos y retratar artistas, siempre salen bien las artistas, para eso son artistas, para salir bien en las fotos que les eche cualquiera, le había consentido demasiadas cosas. Y, señalándole el lugar en el que tras la barrera de gente se encontraba el garabato de Fátima Combados, le preguntó si no se daba cuenta de lo que estaba pasando, si es que no se daba cuenta.

Pero, vuelto de su asombro y de los vahos de la ensoñación, de lo único que el fotógrafo Rovira se dio cuenta fue de que don Mauricio Céspedes estaba enturbiándole con su aliento el aliento y el sabor que Soledad Rubí le había dejado en la boca. Del zarandeo y las voces que le propinaba el dueño del local tuvo un conocimiento vago, difuminado por la ira que le provocó la pérdida de las esencias de Soledad Rubí, y aquella sensación de robo, de sacrilegio, fue un latigazo en la conciencia del fotógrafo. Se echó para atrás el tupé Rovira, despeinado ya como de verdad se despeinan los héroes al final de las películas, dio un salto atrás y, arqueando el cuerpo, de derecha a izquierda soltó un puñetazo en el abdomen panzudo y blando de don Mauricio Céspedes. El brazo, como una hoz, como una guadaña trabajando en semicírculo, todo tendones y músculos, volvió a golpear en la camisa fofa y húmeda del dueño del local, que, ya sin habla ni fuelle, se desplomó muy despacio, con el sudor súbitamente enfriado.

No llegó a tumbarse del todo el empresario, se quedó medio sentado en el suelo, con las piernas extendidas y apoyado en los codos, en postura de bañista. A Rovira le oscilaba la cámara en el pecho de un lado a otro, como un péndulo cojo o un corazón sin pecho, pero la mirada, al ver a don Mauricio en aquella pose, se le quedó sin saña ni fuego. Después de levantar la vista y ver cómo la pluma azul de Soledad Rubí se perdía definitivamente en el tumulto, Rovira volvió a mirar a don Mauricio, la cara desencajada y lívida del dueño del *cabaret*, y le tendió una mano, la misma con la que acababa de golpearlo, para ayudarlo a levantarse. Pero don Mauricio, aún sin aliento ni color, la rechazó de un manotazo y tartamudeando por la ira y el ahogo le dijo:

—¡Fuera, Rovira! Fuera de mi *cabaret*. No quiero verte más mendigando por aquí, que Anselmo te pague. Se acabó. Vete a tu mierda de pensión y no vuelvas. ¿Me escuchas, Rovira? Nunca.

Y así fue como esa noche, por segunda vez, alguien le dijo Nunca al

fotógrafo Félix Rovira de Barcelona. Y todavía se quedó unos instantes con la mano extendida, medio mordiendo el labio de abajo en busca de algún resto de carmín o sabor de Soledad Rubí, hasta que muy despacio fue retirando la mano para llevársela a la frente, al tupé desmoronado, y alzarlo con un toque de magia. Y ya sin oír las protestas de don Mauricio, se dio la vuelta y lo dejó allí sentado, repentinamente rodeado por un círculo de gente que a toda costa quería levantar al dueño del local a pesar de que éste seguía dando manotazos y gritando, ¿Me oyes, Rovira? ¿Me estás escuchando, matón de mierda? Pero Rovira ya iba subiendo a grandes zancadas las escaleras y la voz de don Mauricio no podía tocar la voz de Soledad Rubí que Rovira llevaba metida dentro de la cabeza, los ojos, el trigal maduro y las hojas de los árboles frutales que había en la mirada de la bailarina estremecidos por un viento desapacible y húmedo, el anuncio de una tormenta, el dibujo lejano de un rayo o una vena incendiada en la pupila.

Al encontrarse con el aire frío de la noche, el fotógrafo Rovira se dio cuenta de que tenía pulmones, y de que el fuelle de su respiración se había quebrado. Detenido en los escalones del *cabaret*, con una foto de las piernas de Almudena Fernández convertidas en cartel a su espalda, sintió un escalofrío en los riñones, en la nuca, y al darse la vuelta vio cómo unos hombres vestidos de blanco sacaban por la puerta de carga una camilla cubierta con una sábana que en sus tiempos también debió de ser blanca pero que ahora tenía un tono amarillento claro, casi verdoso, el color de la muerte. Abultaban la sábana los huesos y la musculatura circense de Fátima Combados, y a la altura de la cara, la tela marcaba el perfil de la bailarina como el de una momia recién embalsamada. El plumón azul sobresalía cimbreante de la camilla y daba colorido al cuadro de la sábana y los uniformes de los transportistas sanitarios. A su paso dejó la bailarina inerte un helor en el aire y por el suelo un rastro de diminutas cápsulas y pastillas de colores, mayormente verdes, que con el movimiento continuaban saliendo de su cuerpo y derramándose de la camilla.

Cuando la ambulancia se puso en marcha, sí levantó Rovira la cámara hasta su ojo derecho y pulsó el botón para hacer una fotografía, aunque más que la ambulancia, Rovira retrató la calle, sólo que había una luz al fondo que si se miraba bien se veía que era la luz de una ambulancia, el aullido de una



sirena partiendo en dos la madrugada. Después de hacer la foto y de bajar los dos o tres escalones del *cabaret* y de alejarse del fulgor del neón y las bombillas de colores, Rovira empezó a andar por la noche, buscando las veredas más oscuras y las calles más vacías, hasta que a su espalda oyó un taconeo aparatoso y la voz de mi hermano que lo llamaba. Asfixiado por la carrera, llegó mi hermano a su lado, con la cara a medio maquillar y todavía vestido con una chaquetilla de lentejuelas azules y un pantalón que en sus costados también llevaba unas franjas estrechas adornadas con trocitos de metal azul brillante, como las botas que habían provocado el alboroto de los adoquines. Agarrado al hombro de Rovira y exagerando el ahogo, mi hermano medio volvía los ojos y abría la boca como los peces que los pescadores dejan morir al borde del agua. Así, entre ahogos y parodia, le fue diciendo a Rovira que nada más enterarse de lo que había pasado en el *cabaret*, de lo segundo que había pasado, lo primero era lo de Fátima Combados, hay que ver la pobre Fátima, el salto que dio, ¿has visto tú el salto que ha dado?, oye, parecía que le hubieran dado un cañonazo, respiraba mi hermano, se limpiaba el sudor y el maquillaje con el dorso de la mano, pues nada más enterarse de lo suyo, de lo de Rovira, había salido corriendo a la calle y se había puesto a buscarlo, que no había derecho a hacer lo que hacía don Mauricio, abusar, pero que Rovira no tenía que hacerle caso, que ya se le pasaría, cosa de los nervios, por lo de Fátima, la pobre. Viendo la mirada triste del fotógrafo, mi hermano dejó los ahogos y, después de un momento de silencio, sin quitarle la mano del hombro, le dijo:

—Y luego está lo de ella —dudó mi hermano antes de decir el nombre de Soledad Rubí—. Lo de ella, ya sabes.

—Sí.

—Lo tiene loco. Pero mejor no hacerle caso. —Mi hermano ensayó una sonrisa y volvió a respirar con fuerza—. Que me ahogo. La pobre Fátima, cómo ha salido por los aires.

—Todos estamos locos, Ramón. Algunos por ella como tú dices y otros por otras cosas. Pero todos. Yo siempre he estado loco, ahora es cuando me he dado cuenta. —Se quedó Rovira con los ojos fijos en el cristal de un escaparate oscuro en el que apenas se reflejaban las lentejuelas de mi hermano—. Miro para atrás y no me conozco. No sé quién he sido. —Probó

también él a sonreír—. Y la verdad, tampoco me importa.

Ya, le dijo mi hermano, las cosas. Sí, las cosas, le contestó el fotógrafo Rovira y entonces sí que medio se sonrieron los dos de verdad y mi hermano empezó a quejarse del dolor que le hacían las botas, que eran dos números menos del que le correspondía. La roñería de don Mauricio, dijo mientras iban calle adelante levantando con el taconeo un ruido de caballo cojo. Y la pobre Fátima, ¿te quieres creer que no me la puedo quitar de la cabeza, Félix? Y todo se fue convirtiendo en negro alrededor de los dos amigos, la voz se fue apagando y ya sólo se los vio en medio de un círculo que cada vez se fue haciendo más pequeño hasta cerrarse del todo. Y cuando el círculo de nuevo empezó a abrirse, el fotógrafo Rovira y mi hermano estaban en un bar estrecho y muy largo, casi vacío, que por todas partes tenía lamparitas rojas, y ya habían pasado por otros muchos bares y garitos nocturnos, mi hermano sin camisa y con su chaquetilla azul de lentejuelas, cojeando primero y llevando después las botas en la mano, soltándolas al pie de los mostradores o encima de las mesas, entre las botellas y los vasos de vodka que él y su amigo Rovira iban despachando por toda la madrugada de Barcelona, siempre diciéndole mi hermano a Rovira, Acuérdate de las botas, no se me vayan a olvidar, acuérdate.

Se reían por ratos, hablaban del *cabaret* y Rovira contaba historias antiguas y rememoraba los tiempos en que a su mujer le decían Lina y todavía bailaba. Él la había conocido al poco de dejar el *cabaret*, por historias, la mejor mujer que había puesto los pies en Barcelona. Se le encendían los ojos al fotógrafo, y luego estaban un rato callados, se iban a otra parte, orinaban en las esquinas, mi hermano pisaba cristales y se quejaba, lo miraba la clientela del sitio al que llegaban y él meneaba la cabeza, diciendo que no con el remolino de la pelambre, y murmuraba, Pobrecita Fátima, qué cosa no le entraría por el cuerpo para dar ese salto que dio, ¿tú lo viste, no?, y sin esperar la contestación de su amigo mi hermano torcía la boca y empezaba a reírse, se reía como se había reído Fátima Combados antes de salir al escenario, medio ahogado por la risa y sin poder hablar hasta que muy despacio, con la mano medio temblando, se llevaba a la boca el vaso de vodka con naranja, y como un enfermo que se acabara de tomar la medicina, empezaba a decir, Pobrecita, pobrecita Fátima, con lo bien que

bailaba el mambo. Así hasta que llegaron a aquel bar vacío cuyo dueño, que era gordo y no tenía pelos en las cejas ni en la cabeza, se limpiaba el sudor de la frente con su peluquín de color verdoso y, como si fuese una bayeta, se restregaba el cuello y la nuca con los rizos aquellos, inquieto por el silencio del fotógrafo y las continuas risas de mi hermano. Y aunque aquel sitio no cerraba nunca, el calvo, después de estar un rato soplando por la nariz como soplan los animales, acabó por decirles:

—Ustedes huelen a muerto.

—¿Qué? ¿Qué dice? —preguntó mi hermano con la lengua blanda del vodka.

Pero aunque hablara empleando el plural, el camarero sólo se dirigía al fotógrafo:

—Así que es mejor que se vayan —se colocó el peluquín, que parecía de bronce, echado para atrás, dejándose mucha frente—. Me pagan y se vais de aquí.

Mi hermano miró alrededor, a su espalda en busca de testigos, incrédulo. Pero como sólo vio a un tipo con cara de asesino que andaba acariciándole los muslos a una joven rubia en una mesa del fondo, volvió a preguntar:

—¿Qué? ¿Quién se vais?

—Nosotros —dijo Rovira arreglándose las solapas de la chaqueta, como si estuviese acostumbrado a que lo echaran de todas partes—. Nos vamos ya, sí.

—Pero, el tío este... El calvo —tartamudeaba mi hermano.

—Las botas.

Señaló Rovira con las cejas las botas azules que mi hermano había dejado en una esquina de la barra.

Al cogerlas, con la indignación y la borrachera, mi hermano tiró una de esas lámparas pequeñas que había por todo el local. Al reventar la bombilla contra el suelo, el camarero dio un salto atrás y de entre unas botellas con mucho polvo sacó una navaja que abrió muy despacio, con crujido de muchos muelles. El tipo con mala cara que había al fondo tosió, y como mi hermano supo que aquella tos era una señal de apoyo para el camarero y una advertencia para ellos, cogió rápidamente una botella por el gollete y, después de dar con ella dos o tres golpes en el mostrador sin conseguir

romperla, como si fuese una espada o un revólver, apuntó con ella al camarero lo mismo que éste, con el brazo extendido, apuntaba con su enorme navaja al pecho del fotógrafo Rovira a la vez que le gritaba:

—¡Venga! ¡Ya se estáis yendo a la puta calle! Y no quiero verte más por aquí, ¿te enteras? ¡Nunca más! Nunca.

Rovira dejó de quitarse pelusas de la chaqueta y miró a mi hermano:

—Todavía no ha cantado el gallo, ¿no, Ramón?

Mi hermano, con la botella temblándole en el pulso, ya no entendía nada. Miró al hombre del rincón, por ver si allí adivinaba algo de algún gallo. Miró también a la joven rubia, que tenía los ojos turbios, y luego a Rovira, ya para preguntarle:

—¿Cuál gallo?

—El gallo. Fíjate. —Señaló Rovira las ventanas pequeñas que había casi pegadas al techo y que en ese momento empezaban a clarear y ponían de color rojo el aire del local—. Todavía no ha cantado el gallo y ya me han negado tres veces. Éste ha sido el tercero.

El camarero, temiendo no se sabe qué treta, abrió todavía más los párpados y de reojo miró las pequeñas ventanas que Rovira había señalado y que en ese momento parecían una brasa al rojo. En el fondo del local se oyó arrastrar una silla, el hombre de la mala cara se ponía de pie, la rubia miraba la escena con una sonrisa torcida, mi hermano llevaba la botella de un lado para otro, con su palidez y sus lentejuelas, y el camarero, meciendo la navaja muy despacio, observaba cómo Rovira, con mucha parsimonia, casi rozando la punta de la faca con los botones de su camisa, levantaba la cámara fotográfica hasta su ojo derecho y apuntando al camarero empezaba a mover para un lado y para otro las ruedecitas de la máquina hasta que hizo sonar un clic y el relámpago del *flash* le estalló al calvo delante de la cara.

—Éste ha sido —dijo Rovira a mi boquiabierto hermano mientras empezaba a ponerle la funda de cuero a la máquina—. Éste es el hijoputa que esta noche me ha negado por tercera vez.

—¿Qué ha sido eso, Fermín? —preguntó la voz del hombre del fondo.

—¡Me ha retratado!

El camarero se movió detrás del mostrador como los animales en la jaula, para un lado, para otro.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó el hombre acercándose.

Mi hermano dio un nuevo golpe que dejó la botella intacta pero hizo retumbar el mostrador entero.

—¡¡Me ha retratado!!

El camarero, con el peluquín volado por el impulso, se abalanzó sobre Rovira justo cuando éste acababa de enfundar la cámara y ya se despegaba de la barra. Los dedos carnosos del calvo pudieron agarrar en el último instante la punta de la corbata del fotógrafo y tirar de ella. Avanzó el de la cara de asesino, se levantó de su silla la rubia con los ojos enturbiados por el peligro y esgrimió mi hermano la botella dispuesto a lanzarla, pero ya la navaja del calvo había dado su tajo hacia la cara del fotógrafo y, rozando la nariz y los labios de Rovira, la hoja fue a cortar la corbata dos o tres dedos por abajo del nudo. Todos se quedaron callados, cruzando las miradas entre sí, sin saber qué paso debían dar ahora. Al camarero le colgaba de la mano la corbata recién decapitada, Rovira intentaba verse el desaguizado de la pechera, mi hermano miraba de reojo el potente vidrio de la botella, el hombre de cara atravesada tenía una mano escondida en los riñones, no se sabe si por el lumbago o por ver si tanteaba alguna herramienta de fuego con la que resolver aquel asunto. Y así estuvieron unos instantes hasta que Rovira le dijo al camarero:

—Bueno, hombre, la cuenta te la has cobrado en corbata. Yo ya veré cómo ha salido la foto.

Y aunque el gordo se atragantó con dos o tres insultos que le querían salir a la vez de la boca y, estrujando la corbata, volvió a dar algunos pasos de fiera enjaulada a la vez que mi hermano, ya medio olvidado de lo que allí estaba pasando, se agachó para martillear curioso la botella contra el suelo, las palabras de Rovira y la llamada de la rubia al tipo de los riñones, Medina, déjalos con lo suyo, acabaron con el zumbido y la electricidad que las primeras palabras de la disputa habían metido en el aire.

Ramón, ten cuidado, no te vayas a cortar, le dijo Rovira a mi hermano. Y así, el fotógrafo Rovira con una corbata de cuatro centímetros y medio y una gota de sangre asomándole por la cresta de la nariz y mi hermano vestido de azul y lentejuelas, con la botella irrompible en una mano y las botas bajo el brazo contrario, salieron del bar de las lámparas encarnadas y, cruzándose

con la primera gente que salía de los portales, bebiendo el vino removido de la botella y parándose de vez en cuando para que Rovira hiciera alguna foto a las calles mojadas, llegaron al pie de la pensión Ríos-España, en cuyo balcón principal, rodeada por la sangre y el terciopelo verde de los geranios y alumbrada por la luz primera del día, estaba doña Angelines Cortés Esplá esperando la llegada de su marido, inquieta por las noticias que le habían llegado del *cabaret* y venciendo el helor del amanecer con una toquilla de color rosa y la compañía del Trompeta, el afilador nocturno Poveda y el chino Bonilla, que, acodado en la baranda, todavía lucía su túnica estampada de dragones y su bigote de chino, desmoronado por la vigilia y los bostezos.

La muerte de Fátima Combados llevó al *cabaret* una alegría bulliciosa, un ajetreo de brindis y copas por el que nadie habría apostado tras la segunda desgracia que entre las bailarinas aconteció. Pero es que todo el mundo en Barcelona contaba cómo en aquel *cabaret* del Paralelo las bailarinas se morían en medio del escenario y cómo, por hacer una gracia, al morirse daban volteretas increíbles o se dejaban tirotear por su amante y con una bala en el cuerpo seguían dando quiebros y zapatazos al compás de la música. Una gentileza de la casa, un detalle. Y todo el mundo iba ya al *cabaret*, y nadie hacía caso del baile, siempre esperando ver morirse a alguien y empapando la espera con botellas de champán y licores que los camareros, para alegría de don Mauricio Céspedes, no paraban de portear. Sólo algunas bailarinas y algunos músicos tenían luto por dentro, aunque, para decir la verdad, nunca la tristeza por la muerte de Fátima Combados cundió como la pena que la desgracia de Lili produjo en el *cabaret* entero, que fue, la pena, como una capa de brea que hubieran dado en el alma de los trabajadores y en las paredes del propio *cabaret*.

En medio de aquel trapicheo, de aquella euforia medio funeraria, se produjo la gran ocasión, el verdadero debut de mi hermano Ramón, que ya a partir de aquella noche, aunque siguió siendo mi hermano, no tuvo el mismo apellido que yo ni se llamó más Ramón. Al final no fueron los miles o los millones de horas metido en la oscuridad de los cines ni las clases en la academia de don Braulio o en Atarazanas ni el estudio con lupa de los pasos que Ginger Rogers daba por las películas los que llevaron a mi hermano a la cumbre de los escenarios de Barcelona, sino los disparos de Cosme Cosme y

las pastillas verdes, las pastillas blancas y los polvos amarillos de Fátima Combados, porque si ya de por sí el solista Arturo Reyes llevaba tartamudo el cantar y por todos los lados de las canciones le salían gallos y asfixia, desde que Lili cayó muerta a su espalda, las melodías de sus coplas le parecían un tobogán, una montaña rusa llena de sobresaltos, con golpes de tambor que semejaban disparos, resoplidos de músicos que al solista se le figuraban estertores y taconazos de bailarines que para él eran el preludio de la muerte.

Desde lo de Fátima Combados, el pobre Arturo Reyes ya sólo atinaba a mirar de reojo al cuadro de los bailarines, se olvidaba de lo que estaba cantando y por todos lados veía la sombra de la guadaña. Hasta tal punto llegó el desvarío de sus actuaciones, que don Mauricio Céspedes, a pesar de tantos años y de su alergia a los cambios, cayó rendido ante la evidencia y, finalmente convencido por las carcajadas cada vez más numerosas del público, decidió mantener una larga conversación con el desdentado solista. Después de esa charla en la que el propietario del local se vio obligado a emplear mucho revuelo de gestos, multitud de elogios y por lo menos tres pañuelos empapados en sudor, medio exhausto, comunicó a mi hermano que a partir del sábado siguiente él sería el sustituto definitivo de Arturo Reyes, que fuese al modisto para encargarse de un traje que él mismo habría de pagarse y que siempre tuviera presente la humildad, la dignidad y la generosidad de Arturo Reyes, que, en la plenitud de su carrera, se apartaba para dejar paso a la juventud. Un ejemplo a seguir, dijo don Mauricio quitándose como si fueran lágrimas las gotas de sudor que le bajaban por la cara.

Y así fue como Carlos del Río verdaderamente debutó en Barcelona, en un *cabaret* lleno de humo que tenía las cortinas rojas de terciopelo y que estaba a más de mil kilómetros de mi calle, de la casa de Tatín y del Colegio de los Sordomudos. Carlos del Río era mi hermano, así lo ponía en los carteles que había en la puerta del *cabaret* y por todo el Paralelo: ESTA NOCHE DEBUT DEL SOLISTA CARLOS DEL RÍO, y así lo anunció el propio don Mauricio Céspedes por el micrófono, aunque, más que presentar a mi hermano, lo que el dueño del *cabaret* hizo fue ensalzar la figura de Arturo Reyes, que a partir de esa noche se incorporaba a la orquesta para tocar los bongos. Pero una vez que don Mauricio se cansó de hablar de los años difíciles pero tan bonitos del pasado, cuando se cantaba sin micrófonos y todo

el mundo era muy joven, la luz del *cabaret* se hizo muy tenue y un foco se quedó alumbrando el escenario vacío, y en mitad del silencio, justo cuando de la orquesta empezaba a oírse el soplo de un violín, el anuncio de una melodía, en medio del círculo apareció la figura de mi hermano, de Carlos del Río, vestido con una chaqueta de seda plateada, un pantalón oscuro y un fajín blanco, y delante de él iba su voz, muy suave, subiendo por el foco de luz, expandiéndose como el humo por el *cabaret*, y a la vez que la voz, la música crecía por todos los rincones de la sala, como si la orquesta se hubiera diseminado por todas las esquinas y unida a la voz fuese una enredadera, una yedra, una selva que reverdecía en el interior del público, sólo que era una selva de tallos suaves, de hojas limpias como la voz trepadora, la voz de mi hermano, que al instante recibió la escolta de seis bailarinas, todas con biquinis de pedrería blanca, cristalina, y penachos blancos, todo suavidad, seis nubes blancas cimbreadose en el algodón del humo, y mi hermano, que parecía haber crecido con el traje, con la delgadez perdida y el tupé aplacado, abría los brazos para que su voz se extendiera, para que la tibieza de su melodía pudiese ensanchar sus horizontes, y la pajarita blanca subía y bajaba por su cuello al ritmo de los górgoros, y él templaba los versos de la canción, con el ritmo amaestrado, que parecía que las bailarinas se deslizaran por su voz y estuvieran unidas por unas serpentinas invisibles a sus cuerdas vocales. Ésa era la impresión que daba al ver la fotografía que una mañana llegó a mi casa.

En esa foto, mi hermano, que ya no se llamaba Ramón, robustecido por su debut, aparecía en medio de la cartulina con los brazos abiertos como un cura oferente, y a su alrededor estaban las caras de Almudena Fernández, la Mulata de Fuego, Lolita Berruezo, Mari Carmen Molina, la Bella Manolita y Soledad Rubí, su cuerpo también de plata, todas con una sonrisa idéntica, todas con las piernas alzadas al mismo tiempo y a la misma altura y todas con la mirada levantada al cielo del *cabaret* como si en verdad siguieran la estela de la voz que desde la garganta de mi hermano subía a la bóveda de aquel templo sagrado del Paralelo.

Las lágrimas que asomaron a los ojos de mi madre eran brillantes, transparentes como la pedrería de las bailarinas, dos diamantes haciendo equilibrio en el lagrimal y rodando luego de alegría por las mejillas, Está muy



repuesto, muy guapo, decía mi madre mientras mi padre, ideando ya la plástica que aquella tarde habría de soltar en Los 21, observaba la foto con una sonrisa ilusionada, como si en ese momento él estuviese oyendo la canción que mi hermano había cantado ocho o diez noches atrás y participase de aquel *ballet* de sonrisas que las bailarinas llevaban en la cara. Ahora se llama Carlos del Río, le dijo mi padre sin apartar la vista de la fotografía a Doblas, su ayudante, que, asintiendo, masticaba sus propios dientes y por encima del hombro de mi padre miraba con mucho detenimiento las piernas y los sostenes brillantes de las artistas.

En los días que siguieron a la llegada de la fotografía del debut, mi madre y mi padre siempre decían lo mismo a todos los que se la enseñaban, ya fuera mi tía Antonia, el Toto, Anita la de los Bilbaínos, el Primo Paco el Guardia, Cándida o Fortes, Mira, la última foto de Ramón, ya canta, y se llama Carlos del Río, y todos decían, Ah, sí, o no decían nada y se quedaban mirando la foto, y ya, depende de cada uno, después de mirarla un rato decían otra vez, Ah, sí, o, Qué guapo, qué alto, qué alto está, ¿no?, ha crecido, yo lo veo más alto, o será lo guapo que está, Pues vaya niñas que hay por Barcelona, Sí, sí, se ve que canta bien, no hay más que ver la foto, se nota, si parece que se siente lo que está cantando, seguro que es *Ojos verdes*, A esa de la esquina me parece que la llevé yo al tribunal de menores, si no es ésa se parece mucho, le echó veneno a su padre, en las lentes, Vaya cuerpazo, y el traje, lo bonito que es, Con la de las piernas me estaba yo bailando hasta el día de mi entierro, todas tienen piernas, pero la de las piernas más.

Todo eso y muchas cosas más decían al ver a mi hermano delante del micrófono, pero nadie comentaba nada del nuevo nombre de mi hermano, si es que seguía siendo mi hermano, porque los hermanos todos se llaman igual, no uno Martínez y el otro Quintana. A todo el mundo le parecía natural que él ya no se llamara Ramón ni Solé y que incluso en el remite del sobre pusiera Carlos del Río y al despedirse en la carta dijese vuestro hijo que tanto os quiere, Carlos. Sólo mi hermana pareció advertir el cambio, pero, lejos de alarmarse, lo recibió como una gran noticia y a partir de entonces ella misma dejó de llamarse Mari Carmen y se bautizó con el nombre de Olga, y nada más ocurrírsele la idea lo primero que hizo fue ponerse en la mesa del comedor y estarse allí más de dos horas firmando una montaña de cuartillas

con su nuevo nombre hasta que le salió una firma oronda con una O medio abierta y con flequillo para arriba, un tupé alocado. A partir de entonces ya nunca contestaba cuando alguien la llamaba por su nombre de siempre, y lo más que consentía era que le dijeren Mari Olga. Su amiga Mari Carmen Lavado, desde esa misma tarde de las firmas y el bautizo, ya la estaba llamando por la ventana, Olga, que a qué hora vas a salir, Olga, no te olvides los discos, Olga, préstame el pañuelo rojo, y cada dos palabras Mari Carmen Lavado metía el nuevo nombre por en medio de las demás palabras, como si tuviera que usarlo mucho para gastarlo y que no se notara que era nuevo, que hasta se inventaba algo que decir con tal de mentar el nombre, Ya son la cuatro, Olga, Olga, hoy no llueve, Oye, Olga, el melocotonero de tu patio está muy alto, Olga.

Viendo a mi hermana actuar de aquel modo, yo me temía que en cualquier momento diría que ella también se iba y saliera corriendo a meterse en uno de esos trenes que durante toda la noche van culebreando por más de mil kilómetros de vías hasta llegar a Barcelona. Hasta hablaba de otro modo mi hermana, y todavía estaba más loca y era más estrafalaria que antes, cuando se llamaba Mari Carmen. Echaba la cabeza para atrás al reírse, como se ríen las Olgas o como ella pensaba que debían reírse las personas que se llaman Olga, y se ponía flores en la felpa, y todo el rato estaba metida en su cuarto con la música puesta y hablando con su amiga Mari Carmen Lavado o subida en la moto de cualquiera de sus amigos, con los pelos y las flores al viento, y al llegar a la casa, mientras masticaba una zanahoria cruda o cualquier otra cosa que antes aborrecía, le preguntaba a mi madre si había habido carta de Carlos o directamente se iba al chinero para ver si alguna foto nueva se había incorporado a aquel *cabaret* de cartulina que poco a poco iba enterrando tazas y porcelana, todo lleno de lentejuelas y de gente que no se llamaba como de verdad se llamaba.

Yo, al ver la naturalidad con que aquel cambalache de nombres era aceptada, pensé si aquella manía no sería una enfermedad que perseguía a mi familia, y con mucha preocupación empecé a preguntarme si al hacerme mayor no llegaría un punto en el que también a mí me daría por mudarme el nombre, y que de pronto un día me despertaría con el apellido cambiado y con ganas de ponerme a bailar y de irme a Barcelona. Me veía a mí mismo en

lo alto de un escenario dando pasos para adelante y para atrás, meneando la barriga y formando dúo con Luisito Sanjuán, él con las manos en los bolsillos de su abrigo vainilla, la cara de sueño y un tupé muy alto y yo con una chaqueta de seda y una pajarita blanca, y sin saber qué nombre ponerme, Marcos Márquez, Goliat Jiménez o Liborio García, no como Luisito Sanjuán, que, al preguntarle yo cómo le gustaría llamarse si no se llamara Luisito Sanjuán, al cabo de dos días y cuando yo creí que no había oído mi pregunta o que se le había olvidado, levantó la mirada de la plana y con los ojos iluminados, como si en la mano le acabaran de poner su navaja con cachas coloradas o la dependienta de la Jijona le estuviera escogiendo con sus pinzas un cargamento de merengues, me dijo con mucha decisión que a él como de verdad le gustaría llamarse era Leonard T. Kimberly, que a mí, la verdad, me pareció un nombre que cuadraba muy poco para un bailarín del Paralelo. La T. era T de Theodor.

Tatín siempre se llamó Tatín y todo el mundo siempre le dijo Tatín aunque en las listas del colegio y en los sobres marrones de las radiografías que paseaba en la furgoneta de su tía pusiera Alberto Farra Anglada. Él, que siempre se llamaba igual, quizá tendría que haberse cambiado el nombre, porque desde el inicio de sus visitas a los médicos, poco a poco fue transformándose en otro. Y no era sólo que Tatín hubiera dejado de cuidar los hierros de sus piernas, llevase el pelo revuelto o apedreara a Manolito Tejada cuando éste pasaba en bicicleta por la calle, en los últimos tiempos, además de todo eso y de estar engolosinado con la chatarrería de la Pellejera, se pasaba mucho rato sin hablar y cuando hablaba casi todo eran gritos, y en los partidos de fútbol siempre le parecía que los delanteros corrían muy poco y que los defensas estábamos muertos de miedo.

Pero el más asustado de todos era el propio Tatín. Su tía, la que tenía cara de ser su tío, cada vez asomaba menos el codo por la ventanilla de su furgoneta, y los viajes de Tatín empezaron a distanciarse de modo misterioso y ya casi nunca veíamos la furgoneta de su tía pasar por delante del colegio de doña Carmen, ni calle Mármoles arriba y abajo, y cuando por casualidad alguien se cruzaba con el coche siempre se quedaba con la sonrisa por la mitad y con la mano parada en el aire al comprobar que en el reflejo de los cristales traseros no aparecía la cara de Tatín ni nadie a quien decirle adiós.

Yo percibí ese miedo cuando una tarde acudí a casa de Tatín con una remesa de tebeos de *El Teniente Negro* y, después de atravesar el barullo de tías que andaba pululando por los pasillos, entré en la habitación de mi amigo. Ese día, esa tarde, Tatín estaba medio tumbado en su cama y tenía puesto su traje de portero, el jersey azul con dos picos blancos en el pecho, y su pantalón corto con almohadillas en los costados que de nada servían para amortiguar las aparatosas caídas de un guardameta con polio. Y aunque en un principio Tatín se quedó un rato ensimismado con los dibujos de los tebeos, luego, a cada instante levantaba la cara y apuntando para la puerta de la habitación daba un grito llamando a una de sus tías. Yo me quedaba callado, viendo los coches americanos, ya con la pintura medio descascarillada, metidos en una vitrina, y presintiendo en aquellas llamadas el reflejo de un desprecio y una violencia que debían de ser los mismos que casi habían convertido en chatarra aquellos coches. Hasta que una de las tías de Tatín apareció en el marco de la puerta y con mucha calma le preguntó a su sobrino qué quería, y como éste, sin apartar la vista del tebeo, dijo que ya era la hora de ir al médico, su tía, mirándome a mí como si fuese yo quien la hubiera llamado, me explicó con una sonrisa compasiva que ese día no tenían que ir a ningún médico, en toda la semana no tenían que ir a ningún médico, ya se lo habían dicho la noche anterior y la noche anterior a la anterior, Tatín, hijo, ya lo sabes, susurró la tía con tanto cariño que en vez de tía pensé que aquélla a lo mejor era la madre de Tatín, Ya te lo hemos dicho, el doctor Cubero dice que hay que tener paciencia y ver los adelantos que salen. *El Teniente Negro* temblaba en las manos de Tatín como si el tebeo estuviera lleno de dibujos con terremotos y cataclismos.

—Sí, cuando me haya muerto.

Y como la voz, más que voz fue un zumbido, un crujir de dientes o un chisporroteo como el que hacen los cables que están pelados y llevan la corriente a tropezones, la tía preguntó temblorosa:

—¿Qué? ¿Qué me has dicho, hijo, Tatín?

—Que quiero zumo de melocotón. Sin zurrapa. Y para mi amigo también.

—Sí, hijo. Un poquito de zumo.

Temiendo volver a oír cualquier nuevo disparate transmitido por el flujo que flotaba en aquella habitación medio electrocutada, la tía de Tatín

desapareció veloz de la puerta. Y sólo entonces, cuando ya se oían sus pasos trotando por el pasillo, levantó Tatín la vista de los tebeos y empezó a hacer gestos y muecas, a murmurar insultos y a hacer cortes de manga con tanta furia que el cuerpo entero se le estremecía y las gafas le galopaban alocadas sobre la nariz, toda la electricidad y los chirridos que había en la habitación metidos dentro de Tatín, que tiritaba como el hombre de la película aquella al que le afeitaron la coronilla y lo sentaron en la silla eléctrica y daba tantos saltos que dejaba la habitación y todo Alcatraz o Sing Sing en penumbra, sin corriente, y echaba humo por los sobacos mientras el periodista de la historia que todo el rato le había estado advirtiéndole que lo iban a freír, lo miraba con sus ojos azules a través del escaparate que tienen las cámaras de gas y las habitaciones vacías, sin cuadros, ni cortinas ni sofás, donde siempre ponen la silla eléctrica.

Pero lo de Tatín no era como lo de la película, en la película, después de verse cómo la camisa gris del hombre echaba un humo blanco y de enfocar la cara del periodista, salían unas letras llenas de grietas que ponían The end, todo se quedaba a oscuras un momento como si en cualquier sótano del cine estuvieran friendo a alguien y enseguida encendían las luces y salía la música por los altavoces y todo el mundo le sonreía a su amigo o a su novia o a su padre y se levantaba de la butaca, no fuera a ser que lo frieran, y se iba andando muy despacio por el pasillo lleno de otros amigos, otras novias y otros padres.

En la casa de Tatín no salía música por ningún lado, y aunque había muchas cortinas, sofás y cuadros, a Tatín parecía que no dejaban de electrocutarlo, crujían los hierros, confundiéndose los del somier y los de las piernas, tintineaban las bisagras aquellas que llevaba Tatín y que parecían un sonajero, y yo oía caer al suelo a la bailarina Lili, oía el disparo de Cosme Cosme, las trompetas desafinadas, oía el golpe de cristales y lentejuelas de Fátima Combados estrellándose contra el suelo, el crujido de la bombilla y sus filamentos ardiendo sobre la cabeza de Tatín. Hasta que ya con el tebeo arrugado entre las manos, después de agotar el contador de la luz de su casa, de toda la calle, de la manzana entera, empezó a apaciguarse mi amigo, y su cuerpo se quedó flotando en el colchón tembloroso como un naufrago mecido por la marea suave que viene después de los tifones. Y como si en medio de

aquel trance hubiera podido leer el tebeo, alisando las arrugas de sus espasmos, me preguntó que cuándo me había comprado ese número de *El Teniente Negro*, que le gustaba mucho. Yo le dije que me lo había traído mi padre hacía dos o tres noches, de un quiosco que había cerca de la estación, porque Fortes no vendía *El Teniente Negro*.

—Ya —me dijo Tatín acabando de planchar el tebeo—. Se ha arrugado.

—No importa.

—Pero no se ha roto —seguía Tatín alisando la portada.

—No importa.

—Se puede leer bien. Se ven las letras.

No importa, volvía yo a decir. Y es que a pesar de que siempre me importaba tener los tebeos lisos, sin dobleces ni manchas, en aquel momento me daba igual lo que le ocurriera al Teniente Negro y al tebeo de *El Teniente Negro*. Mi amigo había dejado de rechinar los dientes y su tía dejó sobre una mesa los zumos de melocotón y unos bollos suizos que vendían en La Espiga de Oro y que tenían mucho polvo blanco por encima, una especie de caspa dulce que tiznaba los dedos y los alrededores de la boca, pero yo estaba deseando salir de aquella casa, y una y otra vez me juraba que ya nunca volvería allí. No importaba que Tatín, hablando de Manolito Tejada, se riera a carcajadas y que sus ojos de loco parecieran menos locos, ni tampoco que abriese la vitrina con una llave que llevaba colgada con una guita del cuello y me regalase un coche de hierro que en su chasis tenía escrito, Bentley Continental, Tatín cada vez se me parecía más al hombre que le habían afeitado la coronilla, cada vez lo veía más claro: Tatín era un preso que se distrae en su mazmorra tomando zumos sin zurrapa y recibiendo visitas en espera del día de su ejecución. Yo era el amigo periodista, el que al final veía cómo le daban jabón en la coronilla mientras un cura con cara de borrego leía cosas de la Biblia a su lado, sólo que yo no le advertía a Tatín que lo iban a freír ni le decía nada, sólo apretaba el Bentley Continental en mi puño y procuraba tragarme el bollo de La Espiga de Oro para irme lo más pronto posible, aunque esta vez no salí corriendo ni dejé a Tatín con la palabra en la boca como aquella otra tarde en la que él estaba acompañado por un niño relamido que se llamaba Ramón. Esa tarde aguanté mis ganas de correr y lo dejé hablar de Quini, que según él estaba menos guapa, con una espinilla

llena de pus al lado de la boca, contagiada por Castillo, que estaba entero lleno de pus y tenía la sangre infectada, que a veces la gente se muere de eso, de tanta pus como lleva dentro, que no da abasto para salirle espinillas y le da una cosa que se llama septicemia y la tienen que enterrar en cal viva. A lo mejor a Castillo no le pasaba, o a lo mejor sí, eso no se sabía.

El bollo suizo bajaba hacia mi estómago como una anguila, se deslizaba despacio, yo miraba los ojos azules de Tatín, el prisionero que llevaba en las piernas los barrotes de su cárcel, y poco a poco me fui acercando a la puerta de la habitación y le dije a Tatín que me iba y que no importaba que se quedase él con el tebeo de *El Teniente Negro*, que ya me lo daría otro día, pero que procurara no arrugármelo más. Y me fui por el corredor muy despacio, como van por los corredores de las prisiones los acompañantes de los presos y los presos que van a ejecutar, los techos tan altos como los de las cárceles, y un rumor de tías de Tatín saliendo de todos los rincones, como si las tías fuesen cucarachas y estuvieran metidas por las grietas de las paredes, cuchicheando con sus antenas extendidas. Y una de ellas, una de las tías que no era la que conducía la furgoneta sacando el codo por la ventanilla ni la que me había abierto la puerta ni la que había acudido a los gritos de Tatín, asomó la cara por una de las puertas y ya vino a mi lado por lo que quedaba de pasillo, hablando en latín como el cura de la Biblia, yo sin entender nada, sonriéndole hasta que cerró la puerta de la calle y yo, por las rendijas de la sonrisa con la que me acababa de despedir de ella, pude vomitar, en el mismo escalón de su casa, el bollo de La Espiga de Oro, el zumo de melocotón y una zurrapa que si no la llevaba el zumo me había crecido en el estómago y tenía un sabor amargo, como debía de saber la saliva venenosa de Castillo.

Tambaleándome, bajo el primer parpadeo nocturno de las farolas, me fui para mi casa, en la otra punta de la calle Antonio Jiménez Ruiz. El reluciente edificio de la telefónica con su torre de hierros perdiéndose cielo arriba como el muslo de un gigante con polio fue un espejo de mi soledad. Mis pasos también eran los pasos de un reo, alargados por las sombras, silenciados por el viento que me estremecía la camisa y el alma. Aceleré la marcha temiendo que al llegar a mi casa la casa no estuviera en su sitio, temiendo que hubieran pasado los años y al llegar a la puerta me encontrara delante de un solar desnudo en medio de cuyos escombros crecía un melocotonero desvencijado.

Quería ver a mi madre, ver las manos de mi padre, las manos que sostenían las cartas de mi hermano, las que cogían sus paquetes de Bisonte y los vasos de cerveza, las que acariciaban como un arado suave el trigal amarillo de mi cabeza. Y allí encontré mi casa, como una aparición, como si de verdad hubieran pasado los años y yo entrara en un encantamiento, las vidrieras verdes y rojas de la puerta disimuladas por la noche, el pasillo de azulejos azules, los dormitorios cada uno con un aliento diferente, el comedor con el tapiz de un león altivo y mi madre en medio de la cocina. Esa noche mi madre fue mi madre más que nunca, con su delantal y su voz, sus ojos, preguntándome llenos de ternura dónde había estado:

—Con Tatín, el de la polio. En su casa.

—Pobrecito.

Sí, pobrecito Tatín, con sus hierros, sin madre en medio de tantas tías, pobrecito Tatín, preso, electrocutado todos los días, todos los días por los corredores de la muerte, pobrecito Tatín, de verdad encerrado en una selva de la que uno no puede escapar, no como la mía ni la del Pitiraco, que le salía por la nariz y los médicos la podaban como alegres jardineros, no una selva con charcas, sol y animales, sino una selva metálica y fría, una mazmorra con ventanas llenas de barrotes a través de los que podía verse la selva de la vida, una prisión toda niquelada. Tatín estaba preso en una celda vacía como las cámaras de gas, como los cuartos con tornillos donde colocan las sillas eléctricas y sólo hay un crucifijo puesto en una de las paredes.

—Pobrecito.

—Sí.

El olor de mi madre, el olor de mi casa, el olor del paraíso terrenal antes de que hubiera manzanas en los árboles, antes de que el tiempo fuese una flor blanca de la que el viento se lleva los pétalos. Aquella noche sentí cómo al taparme con las sábanas de la cama me envolvían todos los olores buenos y puros que había flotando por el mundo, y cuando ya estaba en las puertas del sueño y a mi memoria desvanecida acudían paisajes y rostros de personas que yo nunca había visto —caras imaginadas en la penumbra de las fotos enviadas por mi hermano que se combinaban con otras caras con las que me iría encontrando con el transcurrir de los años y entre las que también estaba mi propia cara futura—, de la calle me llegó un rumor vigoroso, a través del



duermevela reconocí los dóciles bufidos del camión de mi padre. Y el susurro de su motor, el susurro del motor Leyland, fue un arrullo cálido, el latido de un corazón poderoso que acabó de llenarme de paz y me cubrió el cuerpo y el sueño con el calor de una caricia.

La fotografía del verdadero debut de mi hermano como cantante también fue hecha por Rovira a pesar de que don Mauricio Céspedes lo había despedido y Rovira había dejado de ser para siempre el fotógrafo oficial del *cabaret*. Esto lo supe pasado el tiempo, cuando ya mi cara casi se había convertido en ese rostro anguloso que yo a veces había vislumbrado en mis sueños infantiles. Aunque después de la pelea con don Mauricio Céspedes, Rovira estuvo varios días sin aparecer por el *cabaret*, encerrado en su habitación y ahogando las penas en sus baños reveladores y fijadores, haciendo experimentos y fabricando monstruos con fotografías de cuerpos y cabezas distintas como un científico loco que pone patas de ratón a una rana y cabeza de jirafa a un caballo, cuando Rovira supo que mi hermano iba a ser el solista del *cabaret*, después de decirle, Lo primero que tú tienes que hacer es llamarte Carlos del Río, fue asegurarle que él estaría en su debut y que su *flash* sería el primero en derramar su luz sobre él. Y mi hermano lo abrazó emocionado, diciéndole, Sí, Carlos del Río, como si fuese Rovira quien se llamara de ese modo y no él.

Don Mauricio Céspedes había contratado a un fotógrafo de las Ramblas en sustitución de Rovira. Era el fotógrafo Porpeta, que estaba acostumbrado a hacer retratos en su estudio, con el fondo de Montserrat o de la Sagrada Familia y la gente muy quieta, las luces siempre iguales y las distancias más que repasadas, y que al llegar al *cabaret* y ver a tanta gente yendo de un lado para otro, a don Mauricio pidiéndole que le echara una foto con este o aquel cliente sin importarle los contraluces ni los contrastes, se sentía un poco mareado, con un vértigo que todavía le metía más lentitud en los dedos y en las pupilas. Y con las bailarinas ya era un desastre total Porpeta, porque las bailarinas bailaban, las bailarinas no se estaban quietas, daban vueltas, se mezclaban unas con otras, se metían por en medio de las sombras y de improviso salían a la mitad de la luz lanzando por todas partes destellos y ráfagas luminosas con sus lentejuelas y su pedrería. Las fotos de las bailarinas salían todas torcidas, como si Porpeta las hiciera desde el *Titanic*

en el momento de su naufragio.

—Porpeta, ¿es que no sabe usted echar fotos? ¿Quién mierda hace las que usted me enseñó en su casa? Bien bonitas que eran, y la gente con sus caras, que aquí ni se sabe quiénes son.

—Don Mauricio, es que no dejan de moverse.

—Si no se movieran serían estatuas, y no trabajarían en el *cabaret* sino en un parque, Porpeta.

—Usted, no se apure, don Mauricio, que con la práctica todo se arregla.

—Pues arréglole pronto, que tampoco es tan difícil. Apretar un botón.

Pero de momento, Porpeta no arreglaba nada, y nadie quería que él le hiciera fotos para luego tener que estar un rato adivinando si uno era éste o era aquel de más allá, reconocerse por la corbata o por el lunar que tenía al lado del ombligo porque las caras estaban con los ojos volados o todas en sombra, o, lo que era peor, que a veces uno se reconocía al primer golpe de vista pero al mirar la foto con atención se daba cuenta de que tenía los mofletes aplastados, el cuerpo rechoncho o una nariz demasiado puntiaguda. Pero la verdad es que si Porpeta hubiera hecho unas fotografías angelicales, completamente nítidas y en las que a todas las bailarinas les salieran unos perfiles de diosas y unas piernas tan largas y bien rematadas como las de Almudena Fernández, tampoco nadie del *cabaret* habría querido que Porpeta le hiciera un retrato. Todos echaban de menos a Rovira, no sólo sus fotografías sino su presencia, sus ojos que eran dos objetivos bien enfocados que todo lo captaban.

Por eso cuando la noche del debut de Carlos del Río, mi hermano, el fotógrafo Rovira, con su tupé de aventurero, su bigote como un latigazo corto y negro y su cámara de fotos flotando sobre la pechera de su camisa recién planchada acabó de descender la escalinata de entrada e hizo aparición en lo hondo de la sala, el *cabaret* entero fue recorrido por un rumor que acabó por explotar en una ovación que, partiendo del escenario y de la orquesta, atravesó el público hasta llegar al propio Rovira, que, con una sonrisa contenida y un guiño muy leve, apenas esbozado, saludó a la concurrencia mientras Emilio Blázquez el Chispas, ya en plena rebelión, le daba la vuelta al foco y dirigía su cañón de luz al fotógrafo a la par que el camarero Álvarez, con la mudez perdida, gritaba, ¡Bravo! ¡Rovira, bravo! Anselmo el

encargado aplaudía triunfal y sereno desde detrás del mostrador, con la servilleta al hombro, de los camerinos salían bailarinas a medio maquillar, con los penachos de plumas torcidos y mal puestos. Salió Carlos del Río, mi hermano, sin fajín ni pajarita, con la camisa reluciente, y Chin Lu, alzando las manos en mitad del escenario, sacó, de sus mangas estampadas dos palomas blancas que en un aleteo jubiloso, entre los aplausos, levantaron el vuelo hacia la bóveda del *cabaret*. Sólo don Mauricio Céspedes permanecía mudo y sin aplaudir, mirando a unos y a otros, porque hasta el propio Porpeta, sin saber qué estaba ocurriendo ni a quién iba destinada la ovación, dejó su cámara sobre una mesa y se arrancó en un tímido aplauso que, al saber que estaba dedicado al fotógrafo Rovira, menguó unos instantes para inmediatamente ser reanudado, ya con más decisión, para mayor gloria del gremio fotográfico.

Entre bastidores, ataviada ya con su biquini de piedras transparentes y asomada por un lateral del cortinaje, tampoco aplaudió Soledad Rubí, aunque en sus ojos también volaban palomas y una sonrisa ensoñada le alzaba los labios, de carmín rojo pintados. Todavía detenido en la entrada de la sala, Rovira se quedó mirando un instante aquella sonrisa que lo miraba a él, hasta que el terciopelo de la cortina cayó muy despacio, como un mechón de mujer, y la bailarina Soledad Rubí, que dentro de sí también llevaba a otra mujer llamada Sonsoles Aranguren, quedó oculta tras el dulce balanceo del terciopelo.

Los aplausos empezaron pronto a disminuir entre el público, y aunque don Mauricio, con el pañuelo achicando sudor de la frente, repartía sonrisas y todos sabían que era una sonrisa envenenada, peor que cualquier grito o maldición, los empleados y bailarines todavía prolongaron con zapatazos y palmas la bienvenida al fotógrafo Félix Rovira Crespo, que pasó por al lado del dueño del local andando muy despacio, rozando su hombro con el de don Mauricio pero sin llegar a mirarlo. El ambiente eufórico creado por la aparición de Rovira no pudo ser más propicio para el debut de mi hermano, para que en medio de un silencio entusiasta su voz trepara en forma de humo y se expandiera por todo el local, como ya unas cuantas páginas antes les he contado con mucho detalle. Como en una ceremonia sagrada, el fotógrafo Félix Rovira se acercó al pie del escenario cuando mi hermano ya estaba

lanzando el gas de su copla, y muy despacio se llevó la cámara a la cara y durante un buen rato, mientras la música iba y venía y las bailarinas daban vueltas como girasoles de cristal, mantuvo el dedo rozando el botón del disparador hasta que mi hermano, creciendo con la música, empezó a elevar los brazos, aliñando la canción con una sonrisa, y el *flash* de Rovira lo bautizó en esa pose, con los brazos despegados del cuerpo, iluminado por un rayo divino.

Todo el *cabaret* fue un aplauso. Y ahora Rovira sí que sonreía como si fuese a él a quien le aplaudieran. Carlos del Río nació aquella noche que quizá fuese la misma noche en la que yo dormía acunado por el rumor de un motor Leyland, aquella noche en la que mi madre andaba por la cocina entre el crepitar de las sartenes pensando en su hijo mientras su hijo, en medio de un foco de luz, con una pajarita blanca y una chaqueta de seda gris perla, recibía besos de bailarinas y abrazos de músicos que ya iniciaban una nueva melodía, una cabriola de trompetas y tambor que eran un reclamo para nuevos aplausos y vítores. Y dicen que en medio de aquel festival, el fotógrafo Porpeta se acercó a Rovira para presentarse y rendirle admiración a la vez que se excusaba por haber ocupado su lugar, algo a lo que lo habían abocado las continuadas y perniciosas hambrunas de sus nueve hijos y una legión de despiadados acreedores a los que nada importaba la desnutrición ni el malvivir de su prole. Rovira le sacudió los zurcidos del hombro con unas palmadas y le dijo que ya hablarían, y mientras decía esto a su colega, Félix Rovira llevó los ojos al escenario y volvió a cruzar su mirada con la de Soledad Rubí. Pero como ésa era la noche de su amigo Carlos del Río, no quiso el fotógrafo empañarla de ningún modo y, repitiéndole a Porpeta que ya tendrían ocasión de hablar en las próximas semanas, se acercó al corro de amigos que abrazaban a mi hermano y, dándole la espalda a Soledad, esperó a que el grupo, advertido de su presencia, se abriese en un pequeño pasillo para dejarlo ante la sonrisa, las lágrimas y el abrazo del solista Carlos del Río.

Aquella noche, primero en el *cabaret* y luego por no se sabe cuántos bares, por las Ramblas, el Somorrostro y las playas de la Barceloneta, Rovira se limitó a acompañar a mi hermano, a ensalzar su debut, a darle consejos y a reírse con el Trompeta y Almudena Fernández, con Lolita Berruezo, Anselmo el encargado y Jerónimo de Córdoba. Y como si a él no le ocurriera nada, sin

dar muestras de que los sentimientos se lo estaban comiendo por dentro y de que el alma se le derrumbaba como una casa devorada por la termita de los amores, Rovira hacía nuevas fotografías, fotografías que en compañía de la fotografía principal, aquella en la que Carlos del Río tenía los brazos alzados, mi hermano envió a mi casa en varias tandas. En esas fotos siempre aparecía mi hermano abrazado a alguien, y siempre riéndose, menos en una, una que Anselmo el encargado le hizo al lado de Rovira y que verdaderamente es la única foto que Félix Rovira se dejó hacer en toda su vida. Los dos amigos, con los ojos empañados por un velo de emoción, serios y mirando al ojo de cristal de la cámara como si a través de él viesan el Tiempo, los años por venir, la Vida o la mirada incierta del Destino, estaban uno junto a otro, con los brazos echados por el hombro de su compañero y el cuerpo casi en posición de firmes. Tupés y camisas arrugados por el alcohol y la madrugada, la sombra suave del blanco y negro dulcificando aquella tristeza en la que los congeló Anselmo el encargado al borde del amanecer.

Yo, viendo aquellas fotos de la noche de su debut, me consolaba al ver que, a pesar de llamarse de otro modo, mi hermano se abrazaba a la misma gente de siempre, Almudena Fernández, Lolita Berruezo y hasta el Chino Bonilla, que, según la memoria de los más antiguos del *cabaret*, nunca había pasado una noche como aquélla, trasegando cualquier líquido que se le pusiera por delante, con el bigote postizo puesto en la frente y sacando más y más palomas de sus mangas y de debajo de la túnica hasta quedarse sin un solo pájaro, que en los días siguientes lo vieron con un lazo, cazando por los jardines palomas para su número de magia. A pesar del puesto de solista, mi hermano seguía enviando cartas, aunque ahora tenía la letra un poco más oronda y los rabos de las vocales, de las eles, las enes y las emes en vez de bailarle como antes, tiraban hacia arriba, elevándose como la yedra de su voz cada noche se elevaba por la humareda blanca del *cabaret* de don Mauricio Céspedes, que, a pesar del bullicio y de las cajas tan altas que se producían, andaba cada noche más taciturno y sin parar de humillar a Porpeta. Porpeta, vaya preparando los diafragmas y las cosas de su máquina, que dentro de una hora, en este sitio y con la misma luz que hay ahora, quiero que me eche una foto con un cliente, le decía al fotógrafo, o, Porpeta, a ver si un día quiere Dios que venga un terremoto y ya puede usted sacar una foto que no esté muy

borrosa.

Lo que de verdad le molestaba a don Mauricio Céspedes no era la lentitud de los camareros ni la dieta de las bailarinas, ni siquiera la ineptitud de Porpeta para hacer fotografías en movimiento, lo que sacaba de quicio a don Mauricio Céspedes era el fotógrafo Rovira, que a pesar de estar despedido, después del debut de su amigo Carlos del Río reanudó sus visitas al local sin que nada pareciese haber cambiado. Clientes y artistas seguían encargándole las mismas fotografías de siempre aunque él, que ahora tenía un horario caprichoso y andaba por entre las mesas con mucha calma, cada vez se demoraba más en hacer sus fotos, cada vez se quedaba más rato apuntando con su cámara a la persona que iba a fotografiar, como si se le hubiera contagiado la lentitud de Porpeta o una torpeza rara le impidiese entender aquello que veía a través del visor de su máquina, y la mitad de las veces, después de estar un rato apuntando a una bailarina o a un músico, se retiraba la cámara del rostro sin ni siquiera haber hecho la fotografía. Aunque cuando se decidía a apretar el botón y a hacer la foto, ésta no tenía nada que ver con las de Porpeta, no sólo porque no salían borrosas y se conocía a la gente, sino porque las figuras que retrataba Rovira parecía que estaban en relieve y que se iban a salir del papel, y eran tan bonitas que daba miedo verlas. Las fotos de Porpeta estaban llenas de nervios, en ellas salían los temblores del fotógrafo, su desazón y todas sus angustias y el hambre de sus hijos, pero las fotos de Rovira estaban hechas sin pulso, sin un solo temblor. Eran las fotos de un muerto. Y es que en realidad, aunque siguiera andando, yendo y viniendo al *cabaret*, peinándose o comiendo, Rovira estaba muerto por dentro. Se había muerto definitivamente a los dos días del debut de mi hermano, cuando, recuperado de la celebración, volvió al *cabaret* y después de hacer unas cuantas fotos al Trompeta y al poeta Tesán, se fue disimulando hacia los camerinos y se encontró con Soledad Rubí.

Aunque la bailarina adivinó desde el primer instante cuáles eran las intenciones del fotógrafo, lo recibió con la misma sonrisa que le había dirigido desde el escenario cuando Rovira acudió al *cabaret* para presenciar el debut de su amigo Carlos del Río, sólo que esta vez delante de ella no cayó ninguna cortina ni ninguna otra cosa que pudiera ocultarla. Estaban frente a frente, solos en el estrecho corredor que conducía al último de los camerinos,

y ninguno hablaba. Soledad, subida encima de unos zapatos muy altos de tiras negras y ataviada con un pantalón corto del mismo color y una camisa que en vez de lunares tenía estampados notas de música y pentagramas, dejó caer muy suavemente un hombro contra la pared, y después de estar no se sabe cuánto tiempo jugueteando con el nudo de la camisa, alzó los ojos y sin perder la sonrisa dijo, Hola, Félix.

Pero Félix Rovira, el fotógrafo, no dijo nada, siguió mirándola unos instantes inmóvil y sin expresión. Ni siquiera pudo avanzar ni extender su mano y acariciar el pelo de la bailarina, ni acercarse a su aura de perfumes y tibiezas, ni mirar sus labios ni besar sus ojos. Anticipándose a cualquier movimiento del fotógrafo, la voz de Soledad Rubí lo detuvo: No. No, Félix. Y allí, sintiendo cómo en su interior se levantaba muy despacio una nube igual a la que seguía a las explosiones atómicas y cómo su cuerpo se llenaba de cadáveres, de gente que moría dentro de él, el fotógrafo Rovira fue escuchando cómo Soledad Rubí le decía que a pesar de todo, a pesar de que nunca se había encontrado con un hombre que la atrajese de aquella forma, no quería tener nada que ver con él.

—No quiero tener nada que ver contigo. No me preguntes por qué. No lo sé. Pero nunca he estado más segura de nada. No es por tu mujer ni por la edad ni por don Mauricio. Es por mí, hay algo dentro de mí que me dice que no, que no eres bueno para mí. Ni yo para ti.

—Quizá es que no soy bueno para nadie. —La voz de Rovira fue un túnel.

—Quizá. —Soledad Rubí siguió mirándolo con calma, todavía con el recuerdo de la sonrisa en los labios.

Rovira se dio la vuelta y empezó a avanzar por el pasillo, que se había estrechado y olía a humedad. A su espalda le pareció oír, Siempre te querré, Félix. Pero no estaba seguro, los muertos no oyen bien. A partir de ese instante, el fotógrafo se sentía un cadáver, un cadáver con tupé y bigote que hacía fotografías, que bebía ginebra con hielo, escuchaba canciones de amor y a veces hasta sonreía, sobre todo si se sentía observado por don Mauricio Céspedes. Si el dueño del *cabaret* andaba cerca, el muerto Rovira procuraba estirar la carne sin vida de sus labios y alzarlos en una mueca alegre que envenenara al ya envenenado empresario, que en esa época siempre andaba

escoltado por Padilla, el amigo del poeta Tesán y único acompañante en el sepelio de Cosme Cosme, y que, haciendo de recadero de don Mauricio, se encargaba de transmitir las órdenes malhumoradas y las quejas que al dueño del local se le amontonaban en la cabeza.

—Padilla, vaya a Mari Carmen Molina y pregúntele si es que ha cogido reuma y no puede mover la cintura en el número de la samba.

—Padilla, le dice a Camacho que por mucho barman que sea nadie lo ha autorizado a poner media botella de coñac en cada copa que le sirve a la pelirroja del escote.

—Padilla, al Trompeta. Que para ir al cuarto de baño ya tiene los descansos. Si se quiere pasear que me lo diga y yo lo mando de paseo, con una carta de despido en el bolsillo.

Y allá iba Padilla de un lado para otro, excusándose por los mensajes que llevaba, diciendo que él, o sea, no servía para eso de hacer de comadre, que lo único que quería era una oportunidad y que lo suyo era el boxeo. Avelino Padilla era boxeador. Lo contó mi hermano en una carta. Avelino, por ser paisano nuestro y recién llegado a Barcelona, le había tomado mucha ley a mi hermano. Yo te tengo mucha ley, Ramón, o Carlos, o sea, le decía cada dos por tres a mi hermano. Su madre vivía en las Viviendas, entre el cine Cayri y la chatarrería de la Pellejera que tanto le gustaba a Tatín, y cuando podía le mandaba una caja de cartón llena de chorizos y salchichones de García Agua, pero podía poco la madre de Avelino, y cada vez iba la charcutería más desahogada en las cajas de cartón. La madre de Avelino, que era viuda desde siempre, había luchado toda su vida por que su hijo llegara a ser conductor de autobús, o por lo menos cobrador, de la empresa Oliveros, la que hacía el recorrido de Puerta del Mar a Teatinos o a la Colonia de Santa Inés. Pero a Avelino no le entraban las cuentas, de niño siempre estaba haciendo la rabona y luego a todas horas andaba escapado del taller en el que los amigos de su difunto padre lo habían colocado de aprendiz y metido por las tabernas y los garitos de pescadería, hasta que un día volvió diciendo que él iba a boxear, que iba a ser boxeador. Peso pluma. El Sandalias, que había estado en América y había visto boxear a los negros, le había dicho que tenía una zurda de oro, y cintura, mucha cintura. Y a partir de ese día ya nunca quiso Avelino volver a mirar los libros de contabilidad ni el código de la circulación, por



mucho que le rogara su madre.

—Mamá, o sea, un boxeador gana más que cualquier chófer. Por muy bien que guíe el chófer, o sea, y por mucho que trabaje en Oliveros siempre ganará más un boxeador. No sabes tú, o sea, el dinero que tienen las bolsas de los boxeadores. Un chófer ni tiene bolsa ni nada.

—Lo que iba a decir tu padre, el pobre.

—Mi padre ya hace un rato, o sea, que se murió y no dice nada. Mi padre está K. O., o sea. Ahora soy yo el que tiene que sacar esto adelante.

Y se llevaba los puños a la cara Avelino y le hacía dos fintas a su madre, Uno, dos, marcaba los golpes en el aire ante la mirada cada vez más amarilla y siempre medio ida de su padre, personalizado en el retrato de un hombre canoso y con cara de enfermo que desde que Avelino tenía memoria había presidido el comedor de muebles oscuros por el que ahora él se fajaba con el viento. Avelino se pasaba el día entero en el gimnasio, levantando pesas, dándole puñetazos a un saco lleno de arena y haciendo como que se peleaba con su sombra. Y también boxeaba, o mejor, boxeaban con él, porque el Sandalias le había dicho que necesitaba curtirse, contenerse las ansias de soltar el puño para así acumular agresividad y dejar que el Tigre Trinitario, Soto Carratalá, Quintana y los demás muchachos se entrenaran con él. Es decir, que Avelino era el *esparring* de medio gimnasio y sólo de tarde en tarde lo dejaban emplearse a fondo y combatir de igual a igual, aunque siempre con un peso superior, un welter o incluso un pesado. El Sandalias siempre le decía lo mismo, Paciencia, Padilla, te tienes que hacer de acero, la zurda ya la tienes, y la cintura, ahora te toca aprender a sufrir. El boxeo, mayormente, es sufrimiento.

Pero quien más sufría era la madre de Avelino, que cada mañana veía marcharse a su hijo a que le dieran todos los puñetazos que quisieran darle y por las tardes lo miraba volver yendo de un lado a otro de la calle, no se sabe si a causa del hambre y la endeblez o de los golpes recibidos. Aparte de golpes, todo eran promesas, pero Avelino Padilla, que también medio se había cambiado el nombre como si fuese un artista y ahora se hacía llamar Kid Padilla, nunca debutaba. Y aunque después de varios meses el Sandalias le dio fecha para su primer combate en una velada que iba a celebrarse en el Campo Deportivo de Carranque y por las noches soñaba, o mejor, ni soñaba

ni dormía imaginando, no el combate en sí, sino el cartel anunciador del combate con su nombre estampado en letras de molde, al final Avelino quedó como púgil suplente y pasó su ansiada velada de segundo del Sandalias, poniéndole y quitándole el protector a Soto Carratalá y estrujando toallas en un balde de agua fría. En el cartel, si uno se ponía unas buenas gafas, podía verse su nombre en una orilla del mismo, al lado de la dirección de la imprenta: Kit Padilla.

Si a lo mejor hubiesen puesto su nombre correctamente, pensó más adelante, Avelino podría haber estado seis meses o un año más dando manotazos a su sombra o poniendo la cara para que el welter Quintana, el medio Soto, o el semipesado Tigre Trinitario, y quien hubiese querido, se explayaran con él. Pero aquella forma de poner su nombre y las palmadas del Sandalias en la espalda acabaron por desanimarlo. El Sandalias lo estaba engañando. Avelino no lo vio en los ojos del Sandalias, pero lo vio en los ojos de su padre, en aquellos ojos cansados que flotaban como dos botones negros en medio de la fotografía casi descolorida que presidía el comedor de su casa:

—Avelino, el Sandalias es un sinvergüenza.

Avelino no había oído nunca la voz de su padre, que se había muerto casi nueve meses antes de que él naciera, pero esa noche, mientras se comía sin ganas las batatas que su madre le había hervido en agua azucarada, la oyó nítidamente. Y cada vez que miraba la foto volvía a oírla. Avelino, el Sandalias es un sinvergüenza. Así que después de tres días sin aparecer por el gimnasio, de manosear el código de la circulación y de ver pasar con la mirada perdida los autobuses de Oliveros rumbo a Teatinos o a la Colonia de Santa Inés, tomó la resolución de coger esa misma noche, o sea, el tren para Barcelona, tierra prometida para el boxeo, según había oído en el gimnasio. Pensando devolverlo con creces algún día, cogió del cajón de la cómoda el dinero que para el resto del mes le quedaba a su madre y en su lugar dejó una nota. «Mamá me boy a Barcelona para hacerme un buen boxeador peso pluma. Con mi cintura y también con mi izquierda de oro que tengo boy a triunfar y ha ganar miyones. Para los dos. Ya no quiero hacer más sombra. Tu hijo que te adora, Kid Padilla. Avelino. No llores porque boy a ser mucho mas que si fuese chofer y a papá le abría gustado».

Avelino Padilla, aunque se había cambiado de nombre, no se instaló en una pensión de artistas, ni siquiera en una pensión de artistas pobres, sino que lo hizo en una pensión de boxeadores pobres, que son mucho peores que las pensiones de artistas pobres. Los boxeadores siempre van a las peores pensiones del mundo y de ellas pasan casi sin darse cuenta a los hoteles de más lujo. Eso si tienen suerte y no se quedan, para toda la vida en la pensión de las cucarachas y la peste a potaje frío o, ya medio mareados de tanto puñetazo, se aprenden como pueden el libro de cálculo y consiguen trabajar de cobradores o en un taller. La pensión a la que fue a parar Avelino Padilla estaba cerca de la Estación de Francia y tenía cientos de metros de pasillo oscuro y montones de puertas de las que nunca se veía salir a nadie, tan distinto todo a la pensión Ríos-España de doña Angelines, siempre rebosante de gente y de voces, de una alegría que ni siquiera las muertes de las bailarinas ni la pena de Rovira podían enturbiar. Si la pensión Ríos-España había sido sede terrenal del paraíso, la de Avelino, con una especie de enano llamado Ramó a modo de encargado, era la estampa misma del purgatorio, y sus habitaciones cerradas no eran otra cosa que las puertas del infierno, que estaba allí mismo, a punto de rebosar, crepitando tras la cal despintada de aquellas paredes.

El Gimnasio Mateu olía como el sótano de un barco. Parecía que allí se fregara con petróleo y que los gimnastas sudaran amoníaco. Aunque muy pronto comprobó Kid Padilla que allí con lo que de verdad se fregaba era con agua. La que él, a cambio de la mitad de la cena del Austríaco, cogía del caño triste de la ducha en un cubo de hojalata y con la que limpiaba el suelo cuando ya los usuarios se habían marchado dejándolo todo encharcado y lleno de huellas de zapatos que Avelino, mientras las borraba con su bayeta mojada, se entretenía en adivinar si pertenecían a Bocanegra, al Malayo o a Pastrana. En el Gimnasio Mateu, en vez de sombras, se hacían desconchones, porque la silueta de los púgiles, ayudada por la escasa luz, se camuflaba entre los rodales de las paredes y uno en vez de con su sombra parecía estar boxeando con un fantasma o con el fantasma de su sombra. Sin embargo, Kid Padilla no tenía ningún Sandalias que le ordenara recibir puñetazos de nadie. Él iba a lo suyo, con los desconchones, las pesas y el saco. Y cuando acababa, mientras esperaba la hora de empezar la limpieza, le contaba a todo

el mundo que él había hecho ya diez combates, sólo que con otro nombre, y que por eso no estaban registrados en ninguna parte. Nueve victorias, dos por K. O., y un nulo. La Pantera de Carranque, según él, le decían de sobrenombre en su ciudad, y eso que había empezado un poco tarde, él, que iba para chófer de Oliveros. Pero nadie le hacía mucho caso a Avelino, le volvían la espalda para seguir dando golpes al saco o iban a ducharse silbando mientras él aclaraba que Oliveros era una empresa de autobuses que iban de Puerta del Mar a Teatinos y que él, o sea, prefería boxear con una mano atada a la espalda contra dos negros del Bronx de América antes que leerse el código de la circulación que era así de gordo. Ni siquiera el Austríaco, el encargado, lo escuchaba.

Era verdad que en Barcelona nadie lo engañaba como el Sandalias, pero tampoco nadie le decía nada de su cintura ni que tenía una zurda de oro, ni de hierro ni de nada. Como si fuera manco. Sólo una vez, un hombre de pelo blanco al que todos llamaban señor Muniesa y que al parecer era muy amigo del dueño del gimnasio, comentó al pasar por su lado, Mira, tiene piernas, el chaval. Avelino, Kid Padilla, se quedó mirándose las extremidades inferiores, sorprendido él mismo de encontrarse allí con aquellas piernas suyas. Gracias, gracias, jefe, le gritó a la nuca del señor Muniesa, que ya se perdía por la escalera de salida, hablando con don Mateu. Con una sonrisa petrificada, volviéndose a mirar las rodillas y los pies, Avelino reemprendió la golpiza al saco, burlándose en su interior del Sandalias. Piernas, te enteras, tengo piernas y tú no te habías dado cuenta, tú que tanto sabías de boxeo, una mierda sabías, Sandalias. Piernas, tengo piernas.

No se sabe si fue por lo de las piernas, pero, unos días después de aquel comentario, el Austríaco le dijo que para la velada del sábado siguiente habían tenido una baja en los plumas, si la quería cubrir. Avelino, al pronto, no supo qué decir. Lo primero que sintió fue miedo, se vio encima del *ring*, y oyó la voz del presentador y su nombre en la megafonía. Miedo del público, de las luces, de la cara del árbitro. Apenas tuvo aliento para decir sí, y lo dijo como quien confiesa después de una sesión de tortura:

—Sí. Sí.

El Austríaco, que no era de Austria, sino de Mataró, le preguntó incrédulo:

—¿Y tú dices que eres pluma?

—¿Eh? Pluma, auténtico. Me lo tenía dicho el Sandalias, o sea, cincuenta y siete y medio. Pluma.

—Ya —le dijo el Austríaco a la par que se daba la vuelta y le hacía un gesto con la cabeza para que lo siguiera hasta la báscula—. Súbete ahí.

Avelino, Kid Padilla, había dejado de ser pluma. Sus hambres barcelonesas lo habían convertido en un peso gallo menguado, tirando a mosca. Avelino se vio encima del cuadrilátero, pero ya sin luz ni megáfonos, desnudo y solo en medio de la penumbra.

—¿No estará, o sea, escacharrada la báscula? Estos aparatos tienen, o sea, sus cosas. Sus averías.

Negó con parsimonia y seguridad el Austríaco, pero fue tan desesperada la petición de clemencia por parte del expluma Padilla, que el encargado del gimnasio accedió a sus ruegos de postergar el anuncio de su disminución de peso e incluso con cierta ironía llegó a proponerle un modo con el que ganar algún dinero y así poder alimentarse y subir de peso en los cinco o seis días que quedaban para el combate. Avelino pasó todo ese tiempo pintando el Gimnasio Mateu. Azul metálico llamaba el Austríaco al color en el que vivía sumergido Padilla. Azul podrido o azul enfermo lo habría llamado cualquiera. Avelino pintaba muy despacio, y a todas partes iba andando con mucha lentitud, como un reloj que está a punto de pararse, y todo para no perder ni un gramo de peso. El dinero de la pintura iba a parar cada noche directamente a su estómago, transformados los billetes en pasteles y en patatas crudas, que según el Austríaco era lo que más engordaba y que Avelino, por no desaprovechar nada y sin tener en cuenta el dolor de estómago que acompañaba las digestiones, comía con cáscaras y tierra incluidas.

La avaricia de peso lo llevó a abandonar cualquier tipo de entrenamiento, y cuando no pintaba, Avelino pasaba las horas tumbado en la pensión, sin apenas hablar ni rascarse. Decían que estaba concentrado, que ese Kid Padilla al final a lo mejor era un tipo de cuidado, de esos que llevan la película del combate tatuada en la cabeza y cuando suben al *ring* no sólo saben en qué asalto van a tumbar al contrario sino hasta el rincón y el milímetro exacto en el que el desgraciado de su rival va a caer. Pero en realidad, Avelino no

pensaba nada, tenía la mente en blanco, sólo abierta a hacer cábalas y números sumando y restando gramos, metros pintados, cantidad de dinero y kilos de patatas que podía comer. Como un autómatas sordomudo, se levantó de la cama el día del pesaje y con mucha calma se fue al mercado del Borne y en un puesto de fritangas se compró un kilo de empanada de bonito que lentamente fue comiéndose camino del gimnasio.

Entre arcadas y mareos, apurando las últimas migajas de empanada y sorbiendo el papel aceitoso que la había envuelto, Kid Padilla llegó a la puerta del Gimnasio Mateu. No había fotógrafos ni periodistas, sólo el Austríaco, un tipo rechoncho, renegrado y con bigote al que todos llamaban el Doctor y que era el mánager de su contrincante, y un hombre que remotamente se asemejaba al padre de Avelino y que como aquél también parecía enfermo, sólo que éste, el enviado de la federación, debía de tener una enfermedad más grave y avanzada que la que acabó con la vida de su progenitor. El Austríaco metió prisa a Avelino:

—Venga, Padilla, que la fiera está impaciente.

—No lo enfurezcas más, a la fiera, cachito —sonrió con dientes muy blancos el llamado Doctor.

La fiera era Óscar Troncoso y Avelino se encontró con ella una vez que en el vestuario se despojó de sus ropas y ya vestido con su pantalón corto arrimó la boca al grifo del lavabo y empezó a beber hasta que, ya medio ahogado, se quedó sin respiración y con una presión que desde el estómago se le expandía hacia la espalda y el pecho. Todavía, con cuidado de no bosar, se inclinó y bebió un poco más. Debajo de la lengua se metió dos barritas de plomo. Todo su cuerpo parecía estar fabricado del mismo material y si ahora se movía con lentitud ya no era para ahorrar energía, sino porque en verdad sus articulaciones estaban medio agarrotadas y quejumbrosas. Al pasar por delante del espejo, Avelino vio cómo una barriga prominente destacaba entre su menguada musculatura, reblandecida por la falta de entrenamiento y el reposo.

La fiera, Óscar Troncoso, era casi igual de rechoncha y renegrada que el Doctor, sólo que sin bigote y con unos colmillos muy puntiagudos, más de gato que de perro. Al verlo, Avelino, por primera vez desde que el Austríaco le habló del combate, por primera vez desde que empezó a hacer sombra con

el Sandalias, tuvo plena conciencia de que iba a boxear, de que iba a subirse a lo alto de una tarima para pelearse y golpear con todas sus fuerzas a un hombre que no conocía de nada. La fiera lo miró de reojo, y Kid Padilla tuvo la tentación de decirle que no tenía nada contra él, que lo único que él quería era ser boxeador y quitarse de estudiar el código de circulación y de estar todo el día guiando un autobús de Oliveros. Pero no estaba Avelino para mucha conversación, las empanadas se le removían en la barriga, primero flotando como los restos de un naufragio, después dando brincos, saltando como si también la empanada tuviera piernas y corriese de un lado para otro. Era la náusea.

Avelino quería que lo pesaran, pero el Austríaco reía con don Mateu, recién llegado, que gastaba bromas a Troncoso y a una mujer rubia platino que se abrazaba a Óscar y que de no ser por la negrura que asomaba por las raíces de su pelo muy bien podría servir para novia de boxeador en las películas de Hollywood. Fumaban puros regalados por don Mateu, todos fumaban, hasta la fiera, que hacía aritos apuntando con la barbilla al techo mientras el Austríaco roía su puro correspondiente y los demás hablaban masticando un humo espeso. Sólo la rubia de la Paramount venida a menos no fumaba puro, ella fumaba un cigarrillo blanco y fino, emboquillado. Y mientras embadurnaba de carmín rojo el filtro, dándole vueltas y metiéndolo y sacándolo de los labios como un caramelo empalagoso, con sus ojos de color verde esmeralda ciento por ciento *glamour* y séptimo arte miraba curiosa a Avelino.

Al pesarse, la fiera Troncoso, a pesar de aquella musculatura apelmazada y brillante que dejó al descubierto una vez despojado de su batín de seda negra, dio en mitad de la báscula, que es como el Austríaco llamaba al peso idóneo de un boxeador. La platino vio en los ojos de Padilla la impresión y el relumbre del músculo, del torso de su hombre. Avelino, sin tener nada de lo que despojarse, se subió a la báscula con la incomodidad de una parturienta, a punto de romper aguas y ya inmune a la humareda de los puros y al rictus de extrañeza con que don Mateu le miraba el abdomen. El Austríaco lo tuvo que pesar dos veces, negando con la cabeza ante la tos y el puro del hombre enfermo de la federación, que cada vez se parecía más al padre de Avelino.

—Se pasa unos gramos —le dijo el hombre amarillo a don Mateu—.

Nada que no pueda arreglarse con una meada y dos carreras.

Ante la mirada de todos, Kid Padilla tanteó con los dedos en su boca y cuidadosamente se sacó una y después la otra barrita de plomo.

—Se me había olvidado, el plomo. Lo tomo, o sea, por lo de las vitaminas. Lo voy chupando mayormente.

Don Mateu miró con cara de preocupación al Austríaco, que le respondió con un movimiento de hombros antes de volver a equilibrar la báscula:

—Vale. Quince gramos más y te metes en peso ligero.

—Si es que no se puede abusar de la comida, hombre. Un poquito menos de yantar y un poquito más de entrenar —sonrió aliviado don Mateu—, que luego la báscula se queja.

—Déjelos usted, don Mateu, que de algo tienen que disfrutar —se reía el Doctor palmeándole la espalda al propietario del gimnasio y empezando a andar hacia los vestuarios—. Para sufrir ya tienen el *ring*. Y las faldas —señaló con la barbilla las caderas de la rubia Paramount, abrazada con su contoneo a la fiera fumadora de puros Óscar Troncoso.

Fue al bajarse de la báscula, solo y de espaldas a los demás, cuando Avelino sintió que el bonito de la empanada, remontando la corriente como si fuese un salmón a punto de desovar, se le había subido directamente a la boca. Sólo le dio tiempo de dar dos pasos en dirección a los servicios, al tercero, el torrente de las tripas se le desbordó y Avelino tuvo la sensación de que de una sola vez echaba todas las patatas crudas, toda la tierra, la saliva emplomada, el bonito, los pasteles y el humo de los puros. El terrible aullido de su estómago detuvo e hizo volver la cabeza a la comitiva, que con el ceño fruncido vio cómo a los pies de Avelino rompía una catarata encarnada.

—Mira ése. Oye, pelear con un enfermo trae muchas complicaciones. Se muere y todo viene para uno. No vuelves a oler un *ring* en tu puta vida —oyó Avelino decir a su espalda, identificando la voz con el rostro renegrido de Troncoso y sintiendo ante esa imagen la arremetida de una nueva arcada.

—¿Enfermo? No. —Le pareció que era el Austríaco quien hablaba.

—Será la emoción. Es su debut al fin y al cabo. —Ése era don Mateu, el cabrón—. ¿No os habéis fijado, así, cómo se mueve? Está nervioso.

—Yo lo veo que es raro, el cachito —dijo el Doctor en su turno—, con los plomos en la boca.



—Qué asco —se oyó murmurar en voz baja, y Avelino deseó que no hubiera sido la rubia quien hubiese hecho el comentario.

Mejor que hubiera sido el hombre medio muerto de la federación. A saber qué vómitos tendría él, con esa cara y esa enfermedad que lo estaba dejando consumido.

—Tendríais que verlo con el saco. Y con la comba, la agilidad que tiene. De todo menos confiarte por lo que estás viendo, Troncoso —comentó el Austríaco.

—No sé... —murmuró Troncoso— la barriga que tiene...

—Mira, ya se le ha pasado. Un mareo —siguió el Austríaco, dirigiéndose ahora a Avelino—. ¿Ha pasado, Padilla?

Avelino, con una baba rebelde que no quería desprendérsele de la nariz, se dio la vuelta ensayando una sonrisa despreocupada y saludó alzando la mano, también mojada.

—Nada. Algo que habré comido, o sea. Nada.

—¿Lo veis? —masticó con energía su puro el Austríaco—. Ya sabes, ahí detrás está el balde. Échale agua limpia.

Asintió, cómplice, Avelino.

—A cuidarse y a dar la talla en el combate —se despidió don Mateu con el puro colgando de una esquina de la boca.

Del combate, Avelino, lo que mayormente recordaba era la pared del vestuario, la juntura con el yeso renegrido de los mosaicos, y un sabor espeso y salado que le taponaba la boca y la nariz. Lo demás todo era una nebulosa que empezó cuando el Austríaco asomó la cabeza por el vestuario y le indicó que era la hora. No se acordaba de su camino al *ring*, sólo de la gabardina de un hombre que estaba sentado en un bidón metálico, una gabardina verde que tenía una mancha amarilla, como de huevo, y un ruido de voces y algunos ojos que lo miraban y que eran como los ojos que tiene la gente que aparece por los sueños, ojos borrosos, mitad humo. También oyó una voz, una voz que a su paso dijo, Mira, uno de los que boxea. Miró para atrás Avelino, para sonreír a quien había hablado, pero no vio a nadie, es decir, vio a veinte o treinta personas pero no supo quién había hablado. Sentía cómo el tiempo andaba a saltos y había segundos negros, tramos de tiempo que parpadeaban y desaparecían. Dio varios brincos para intentar subirse al cuadrilátero, echó

los guantes a la lona y miró para todos lados, buscando una escalinata, un cajón, oyó un silbido, una risa, agarró una lata grande, con una etiqueta roja: Pimientos Morrones La Campesina 5 Kg, le pareció soñar, y apoyándose en la lata dio un salto y se encaramó al *ring*, se puso de pie y un hombre con una camisa blanca se acercó a él y a la par que le señalaba un rincón le dijo, Soy Vidales, el árbitro, y Avelino, Kid Padilla, le sonrió y de pronto vio que Vidales era el hombre enfermo de la federación, que todavía se parecía más a su padre, con el peinado y la camisa blanca que no estaba demasiado blanca sino amarilla, con un velo de suciedad antigua, como la foto de su padre, y Avelino se quedó de pie en su rincón, al lado de un cubo metálico que él conocía muy bien porque era el cubo metálico en el que había recogido los trozos mojados de empanada, el agua y la bilis, miró hacia la parte de los espectadores que estaban sentados y vio a don Mateu, que no lo miraba a él, riéndose con el señor de pelo blanco, el señor Muniesa que a su paso por el vestuario había visto a Avelino y había advertido que tenía piernas, soy yo don Muniesa, tengo piernas, míreme, pensó gritarle Avelino, pero no dijo nada, entre la gente que había de pie apareció la melena renegrada y los ojos ahuevados del Doctor, y tras él el batín negro de Troncoso y la melena rubia de la Rubia Paramount, la Rubia Fox con su raya oscura de raíces, y Avelino sintió que el corazón se le ensanchaba y era un feto que pataleaba en su pecho, y en el siguiente parpadeo Óscar Troncoso ya estaba en medio del *ring*, moviendo los hombros, el cuello, y sin necesidad de haberse aupado en ninguna lata de conservas el Doctor también estaba arriba y de pronto Avelino sintió que por los dos altavoces que había instalados al fondo, decían su nombre, Kid Padilla, y Vidales lo llamaba al centro del cuadrilátero, y allí vio la cara de Troncoso, y Avelino le dijo a Troncoso y al Doctor buenas noches, pero nadie le contestó, Vidales dijo algunas palabras que el burbujeo interior de Avelino le impidió oír a pesar de que las dijo gritando, Me lo cargo, se acuerda de mí, le pareció escuchar, como si Vidales fuese a boxear, enfadado, Troncoso no parpadeaba, parecía de cera, fue corriendo a su rincón Avelino, el Austríaco le hizo una seña y del fondo del cubo sacó el boxeador debutante su protector dental, se metió los guantes y agachado, sacando las manos del *ring* como los presos sacan los brazos de sus celdas dejó que el Austríaco le atara las cintas, al ponerse de pie ya no había nadie en el *ring*,

sólo Vidales con su camisa amarilla, y Troncoso, que al sonar el martillazo en la campana empezó a andar despacio, con sus músculos brillantes y de color marrón, con las venas, miró atrás Kid Padilla y sólo vio de refilón la melena amarilla de la rubia y se acordó del Sandalias mientras empezaba a botar pensando que botaba demasiado, pensando que se le había olvidado cómo se bailaba en el boxeo, y en su cara sintió el olor del cuero, el olor de los guantes de Troncoso, y a pesar del directo encajado en la mandíbula, Kid Padilla perdió miedo y por un momento sintió que dejaba de flotar, se acordó de sus piernas, de su zurda y de su cintura, y lanzó los brazos, empezó a girar alrededor de Troncoso, sin saltar, como un gato, con madera y ritmo, izquierda izquierda, y tuvo la sensación de ir subido en un carrusel, oía su respiración y la de Troncoso y chocaba sus guantes con los de su rival, impecable, todo estilo, lanzó los brazos, izquierda derecha izquierda, y de pronto sintió un malestar en el costado, una punzada, una bomba que le hubiese explotado en lo hondo de su cuerpo, y supo que Troncoso le había encajado un golpe seco en el hígado, se acordó del plomo, medio se abrazó a Troncoso y olió su sudor que era igual que el sabor del plomo y vinieron nuevos golpes y el empujón de Vidales, las luces del fondo que se movían como faros de coches corriendo por una carretera que hubieran abierto en mitad del gimnasio, la cara del Sandalias, el olor y el humo del garaje de Oliveros, y una luz muy fuerte y blanca, el puño de Troncoso en su cara como el faro de un tren que lo dejó agarrado a las cuerdas, de rodillas, con demasiado sueño como para poder vomitar, las manos de Vidales, su padre en la foto no tenía manos, no tenía piernas, ni medio cuerpo, los dedos haciendo una cuenta y él diciendo que no, se levantaba y pensaba por qué tenía su madre una foto de Vidales en el comedor de su casa, volvió a oler el sudor de Troncoso y sintió ganas de decirle cachito te voy a matar, cachito, ya iba a lanzar la izquierda cuando sonó la campana, fue andando deprisa hacia su rincón Kid Padilla, metió la toalla en el cubo y se mojó la cara, había voces, y dientes y ojos, hizo movimientos con los hombros, miró a Troncoso sentado en su rincón, masajeador por el Doctor, la humareda del público, el Austríaco gritándole no se sabe qué, la campana de nuevo, los ojos ahuevados de Troncoso, bailó Padilla, adelante atrás, sacó la izquierda, dos pasos en retirada para huir del fuelle ahogado de su rival, una izquierda en la

cara de Troncoso, la derecha en el pecho, en el pecho otra vez, en el cuello la izquierda, en la sien, y de pronto el Gimnasio Mateu al revés, Avelino con el cuello torcido como una gallina a medio sacrificar, el sabor de la sangre en la garganta y la sensación de que seguía de pie, una ráfaga de chillidos y todo blanco, las manos acariciando la lona picada y sucia, la voz de su madre en su oído, Avelino, el *ring* levantado como un barco en el naufragio y el hombre amarillo sonriendo desde las alturas, un sueño viscoso en el que giraban la cara de Troncoso, destellos y sirenas, la toalla húmeda, el sabor de la sangre.

Le dijeron que estuvo muy bien, que se le vio falto de preparación y que Troncoso era Troncoso. Lo que él necesitaba era un padrino, alguien que confiara en él, se lo había dicho el Palanca, de eso sí se acordaba, cuando entre él y el Austríaco lo llevaban al vestuario, Lo que es estilo se te ha visto, Padilla, ahora, lo que no se te ha visto por ningún lado son medios, un padrino es lo que a ti te hace falta.

Y así fue como Avelino, Kid Padilla, empezó a frecuentar los Billares Tesán, que era lugar de encuentro de federativos, boxeadores y gente del ramo además de mujeres que se te acercaban y medio chupándote la oreja te decían, Te hago una manola en el retrete por no sé cuántas pesetas, anda, muchacho, que es muy bueno para la circulación de la sangre y para la cosa esa del boxeo y los puñetazos. Pero Avelino no quería manolas ni gallardas ni carlotas, ni que le hicieran un servicio que es como lo decían las más finas, Venga, muchacho, ¿te hago un servicio?, lo que él quería era un padrino, alguien que lo llevara al campo a correr por los montes y a darle jamón y a pesarlo todos los días, alguien que le llenase los pulmones de oxígeno y no lo anduviera metiendo por retretes, medio intoxicándolo de tanto pintar paredes. Lo que ocurre es que los padrinos, promotores o como se los quisiera llamar, no aparecían por ningún lado y a lo más que llegó Avelino en los Billares Tesán, además de a ceder a la tentación de irse un par de veces a los retretes a que le hicieran lo de la manola, fue a trabar cierta amistad con un tal Cosme Cosme que de tarde en tarde iba por allí, más que nada para insultar a las señoritas de los servicios y jugar al billar solo y lleno de desesperación, como si en cada carambola le fuese la vida. Él fue quien le dijo que lo podía relacionar con un empresario, alguien que metía dinero aquí y allá, en una cantera, en un supermercado o en lo que fuese. Don Mauricio Céspedes se

llamaba el posible promotor que también era dueño de un *cabaret* en el Paralelo.

Venciendo los malos prontos de Cosme Cosme, los cambios repentinos de humor y sus rarezas, Avelino, que una y otra vez decía que un boxeador al fin al cabo es una cantera, consiguió convencer a su desaliñado amigo para que se dejase acompañar por él hasta el *cabaret* del tal don Mauricio, sólo que Cosme Cosme nunca le consintió entrar con él y siempre lo dejaba esperando en la puerta:

—Ahí trabaja mi novia de bailarina, y como tú comprenderás, mientras ella esté ahí enseñando el cuerpo, medio desnuda, no voy a ser yo quien encima le lleve público, para que la vea todavía más gente. Como un cabrón, que ya mismo se la follan delante de mi cara y además tengo que aplaudir.

De nada valían los ruegos de Avelino, ni las promesas de que iba a mirar para otro lado, que lo único que quería era que le presentara al don Mauricio ese y explicarle lo suyo, lo del boxeo, con los ojos cerrados si era menester.

—Si tú lo que quieres es que pase algo me lo dices —susurraba Cosme Cosme en la callejuela oscura que había al lado del *cabaret* mientras sacaba un revólver y apuntaba al pecho de Avelino y a su propia cabeza como si estuviese sorteando la muerte entre ellos—. Me esperas aquí y yo te lo arreglo. Te veo dentro y disparo, eso lo puedes jurar. Ya está bien de tanto puterío. Cuando yo me case con Hortensia entras todas las veces que te dé la gana, y si quieres te quedas a vivir ahí dentro con toda esa chusma.

Pero Cosme Cosme nunca arreglaba nada. Kid Padilla se quedaba rondando las sombras del *cabaret*, oyendo el eco lejano de su música como si fuese la música que llevaba un tren que pasara a lo lejos, dando paseos que no lo conducían a ninguna parte y ensayando golpes en la penumbra de las farolas hasta que medio vencido por el sueño, el frío y el cansancio veía aparecer a Cosme Cosme, que ya no se acordaba de él y que al verlo salir del callejón siempre se echaba la mano al bolsillo de la pistola. Ah, eres tú, le decía sin detenerse, andando tan rápido que Kid Padilla casi tenía que correr tras él, preguntándole si había visto a don Mauricio.

—¡¿Ése?! ¡Ése es un hijoputa! Un día va a pasar algo, te lo juro. ¡Y no me persigas más! ¡No me persigas, tú, como te llames!

—Avelino —murmuraba Avelino—. Avelino Padilla.

Y allí se quedaba Avelino, vagando por la madrugada de Barcelona. Y no entres ahí, como entres, como yo me entere que entras, alguien se va a quedar seco, gritaba Cosme Cosme perdiéndose en el laberinto de callejuelas, que no sabía Avelino cuáles eran peores, si esas noches en las que salía del *cabaret* como llevado por el diablo y se quedaba por allí rondando o aquellas otras en las que aparecía medio abrazado a una mujer gruesa y alegre. En esas ocasiones, Cosme Cosme ni siquiera le dirigía una de sus habituales amenazas, sólo le hacía gestos con una mano, indicándole que lo dejase en paz. Dando traspies y patadas a las latas, después de mirar la boca del *cabaret*, se iba Avelino andando hacia la pensión La Estrella, donde el Ramó, el medio enano aquel con cara de niño, estaba en medio del laberinto de pasillos, mirando muy fijo su mostrador, como si en mitad de la madrugada se entretuviera en leer el significado de los nudos y los dibujos de la madera.

Así fue la vida de Kid Padilla, el prófugo de los autobuses Oliveros, yendo al Gimnasio Mateu a hacer sombra y pesas, y a limpiar sus percutidos suelos, recalando en los Billares Tesán para ver si Cosme Cosme le arreglaba lo suyo o para charlar con Alberto Tesán, el sobrino del dueño, que escribía poesías y de tarde en tarde iba por allí para pedirle al encargado algunas cuartillas y lápices con los que poder plasmar unos versos que hablaban de amores y de habitaciones a las que se les hundían los techos. Los días que habla veladas, por gentileza e imposición de don Mateu, Avelino vendía con el Palanca avellanas y gaseosa entre el público, sólo que Avelino prefería hacer su reparto de espaldas al *ring* y a los boxeadores, para no envenenarse la sangre pensando que era él quien debía estar allí arriba, con los guantes puestos y no pregonando cacahuets, que para eso mejor se metía uno a chófer o a cobrador de Oliveros. Y una noche, eso fue lo peor, sin darse cuenta le ofreció su mercancía a la Rubia Paramount, la Rubia Fox, que se quedó mirándolo con sorpresa y llena de ternura y nada más reaccionar hizo que el Doctor le comprara media canasta de cacahuets y tres gaseosas, sólo tres, porque Avelino, Kid Padilla, no consintió que le compraran seis más, Por si nos da sed, se excusó con un parpadeo de destellos verdes la Rubia. Troncoso ni siquiera lo miró, siguió con la vista alzada, haciendo aritos con su puro mientras Avelino huía para no oír cómo la rubia decía a su espalda, Pobre.

Así fue hasta que un día le dijeron que Cosme Cosme se había tirado al tren después de haber matado a tiros a una bailarina del Paralelo. Fue a los Billares Tesán para verificar la información y allí una de las niñas de los servicios le dijo que sí, que gracias a Dios que se había ido del mundo aquel mamarracho, que al final ni siquiera él pudo aguantarse a sí mismo de lo pesado que era, con la mierda de su pistolita, y que lo iban a enterrar dentro de un par de horas. En la misma puerta de los billares se encontró con Alberto Tesán, y, rogándole y diciéndole que a los poetas eso de los cementerios les inspiraba mucho y luego les salían unos versos que aunque tristes tenían mucha hondura, lo convenció para que lo acompañara al sepelio de Cosme Cosme.

Además, si a ti te gustan las poesías en las que se caen los techos de las casas también puedes hacer una en la que se caiga, o sea, el techo de una tumba, le dijo Avelino mientras lo cogía del brazo y ya empezaban a andar camino del cementerio, donde primero se encontraron ante el cajón de Cosme Cosme en medio de una habitación vacía, una especie de trastero para muertos, y después con el larguísimo séquito que daba compañía y llanto a la víctima del suicida y entre el cual Avelino intentó adivinar quién sería el tal don Mauricio Céspedes. Y aunque de inmediato tuvo la certeza de que era el señor aquel algo rechoncho que andaba secándose el sudor con un pañuelo, Avelino no vio el modo de dejar sin cortejo a su amigo Cosme Cosme para acercarse a los dolientes vecinos y en medio del duelo presentarse al empresario como una futura estrella del *ring* con aquel discurso breve que tanto había repasado en sus horas de espera en la puerta del *cabaret* y en el que se retrataba a sí mismo como un peso pluma que en realidad era, o sea, una cantera, una mina que en vez de dar a la luz todo el filón que llevaba dentro, no había tenido más remedio que dedicarse a fregar suelos, pintar desconchones y a empuercarse, o sea, con perdón, el estómago con papas crudas y empanadas, o sea, medio descompuestas.

Avelino tuvo conciencia de que se estaba produciendo un milagro cuando, después de que metieran el cajón de Cosme Cosme en su agujero y el empleado de la compañía fúnebre insistiera de nuevo en que él o Alberto Tesán le firmaran no sé cuál documento, vio cómo se les acercaban dos personas que Avelino supo procedentes del cortejo del *cabaret*. Y por si el

milagro y el camino de conectar con aquel mundo que tanto había rondado fuese poco, Avelino identificó remotamente a una de aquellas dos personas que no eran otras que el Trompeta y mi hermano Ramón, que entonces todavía no se llamaba Carlos ni tampoco del Río.

—¿Que tú no eres de las Viviendas? —le preguntó directamente a mi hermano.

—¿De las Viviendas?

—Detrás del Cayri, el cine Cayri. ¿No vives tú por allí?

—En Antonio Jiménez Ruiz, una bocacalle de Eugenio Gross —le contestó mi hermano frunciendo el ceño antes de aclarar—: Pero ahora vivo aquí. En Barcelona, digo.

—¿No te lo he dicho? —le dio en el brazo Avelino a Alberto Tesán, al que, la verdad, nada le había dicho y lo miraba todo con sorpresa, o por lo menos con esa sorpresa triste que tienen los poetas que escriben poemas de amores y de techos que se derrumban—. ¿No te lo he dicho? Me sonaba, o sea, tú cara, nada más verte. Lo he dicho: éste de las Viviendas, o de Eugenio Gross, ¿no?, da igual, de por allí. Tan lejos.

Y ya se presentó Avelino como boxeador pluma, un combate-una derrota, pero, bueno, otros han empezado peor. Y le habló de Oliveros, y del niño de Oliveros, el Fichi.

—¿Conoces tú al Fichi?

Y mi hermano:

—¿Al Fichi? Claro. ¿Tú conoces al Fichi?

—Y a Fortes, o sea, Fortes para mí es lo más grande. Le tengo ley.

—¡Fortes! —exclamaba mi hermano con una alegría empañada por la distancia—. ¡Fortes! ¡Y Remeditos!

—¡Y Serrano!

—Serrano, claro.

—¡Y el Patachula!

—El Patachula. El Patachula, no —dudaba mi hermano.

—Es igual, el Patachula tampoco merece la pena mucho, sólo que vive por allí, y su padre, o sea, que es guardia y tiene un lobanillo aquí, en la frente.

Y ya se quedaron allí, después de presentarse respectivamente a Tesán y



al Trompeta, hablando con los ojos iluminados de aquel barrio que no era barrio, que era un barrio en el que se encontraban varios barrios y arrabales, extrañados mi hermano y el púgil Padilla de no conocerse a pesar de llevar toda su vida frecuentando casi los mismos lugares, Los 21, el portal de Fortes, el Cayri, el Capitol y la taberna del Chato. Y al final, cuando las sonrisas primeras del Trompeta y de Tesán se habían desvanecido y ya, mirándose las puntas de los zapatos o leyendo los nombres y las edades de los muertos de las lápidas vecinas, no escuchaban lo que sus respectivos amigos decían, desembocó la conversación en Cosme Cosme, y mi hermano y Padilla hicieron un gesto triste, una mueca apenada a la vez que miraban el lugar en el que acababan de meter al atormentado pistolero, momento aprovechado por el insistente operario fúnebre para pedir a mi hermano y al Trompeta que firmaran el documento que Avelino y Alberto Tesán no habían querido firmar.

—No, no gracias —negó mi hermano apartando la mano del bolígrafo que le alargaba el empleado—. A quien yo conocía sobre todo era a su novia, a la otra difunta. Lili.

—¡Yo soy músico! ¿Qué se cree? Los músicos no firman nada, nunca —argumentó ofendido y malcarado el Trompeta. Y mirando a mi hermano—: Nos vamos, ¿no, Ramón? Ya no puedo más con tanto muerto y tanta lápida.

Pero todavía retuvo Avelino a mi hermano un momento y, con misterio y sin atreverse, o sea, pensándose, le preguntó, o sea, Ramón, si él podría, o sea, ir al *cabaret*, o sea, entrar en el *cabaret* un día de éstos.

—¿Entrar? —dudó mi hermano—. El *cabaret* está para entrar, o sea, para que la gente entre. Para eso está.

Y así, después de que Avelino, Kid Padilla, un combate-una derrota, se abrazara emocionado a mi hermano y de que, eufórico, llamara a voces al empleado de la funeraria que ya se perdía por los panteones del fondo, Traiga usted que le firme, yo firmo donde haga falta, o sea, donde haya que firmar, después de que dejaran atrás al extraño boxeador y a su silencioso amigo, volvieron mi hermano y el Trompeta a reunirse con los llorosos y perfumados acompañantes de Lili, no sin que antes el Trompeta volviese a decirle a mi hermano, Estoy harto de muertos, Ramón, no me gusta cómo se ríe la muerte. Ésas fueron las últimas palabras que el Trompeta dijo en no sé cuánto tiempo,

porque nada más llegar a su cuarto de la pensión Ríos-España, se metió en su revuelta cama de músico y estuvo varios días sin salir de ella ni ir al *cabaret*, sólo entonando con su trompeta algunas melodías que nadie había escuchado nunca pero a través de las cuales todo el mundo podía reconocer la risa, los ojos luminosos y la voz de Lili, la bailarina gorda que tenía pechos como baldes de natillas y la piel tan lisa como los flanes de la casa Mandarín.

Pocas noches después de que el Trompeta regresara al *cabaret*, hicieron su aparición en la sala de fiestas Avelino Padilla y su amigo, el poeta Alberto Tesán, que se había resistido a entrar en aquel lugar poniendo la excusa de que su corazón había sufrido los desgarros de la Chelo, una mujer de alterne mayor que él, y no quería el convaleciente vate volver a caer en los abismos de otros amoríos ni en los brazos de ninguna de aquellas mujeres que en las vitrinas del *cabaret* se anunciaban con sus biquinis de plata y sus casquetes de faisanes. Más de una semana tardó Avelino en convencerlo de que aquellas señoras, por mucho que tuvieran sus fotos allí en un escaparate y medio desnudas, no eran fulanas como las de los billares de su tío ni como la Chelo que había tenido la desgracia de conocer y que, aunque él siguiera adorándola, debía de ser, o sea, una arpía, una hiena humana.

Atravesaron pues, al cabo de los días, Avelino y Tesán los umbrales del *cabaret*, las dos figuras tanteando con timidez la escalera que bajaba a las tinieblas. Se quedaron detenidos en el último peldaño, observando aquel trasiego de voces, músicas y camareros que en principio hizo dudar a Avelino pero que misteriosamente atrajo a su amigo Tesán, quien de inmediato puso la negrura de sus ojos en la luminotecnia del escenario y empezó a andar hacia él lenta y decididamente hasta llegar a la orilla de la luz y desde allí ver con toda nitidez los labios, las narices, los lunares, cuellos y ombligos de las bailarinas que corrían por el escenario y cuyos rasgos diseminados, piezas de un rompecabezas mágico, recompusieron en la mente de Alberto Tesán el cuerpo completo de la Chelo. Por un instante la Chelo estuvo allí, bailando delante de él, con los ojos de Mari Carmen Molina, el cuello de Lolita Berruezo, las manos de la Bella Manolita, los labios de Almudena Fernández, las piernas de la Mulata de Fuego y los movimientos pausados de Soledad Rubí. La Chelo eran todas y todas eran la Chelo, y el corazón de Alberto Tesán floreció como un capullo que de pronto hubiera viajado del helor de las

estepas a la dulzura de los trópicos, se le abrieron los pétalos del pecho como una flor encarnada y veloz, y sin dejar de mirar a las bailarinas, tanteando el respaldo de una silla libre la acomodó contra una columna y allí se sentó, con las sombras y los contraluces de las bailarinas dibujándose sobre su rostro ensoñado mientras al fondo del local Kid Padilla se preguntaba a sí mismo por los extraños peregrinajes que ha de realizar un boxeador y por los ambientes que ha de frecuentar para poder acercarse al triunfo. Se acordó Avelino de su madre y por primera vez pensó que ella tenía razón y que lo del boxeo era demasiado duro, no porque a uno le dieran puñetazos ni menos todavía porque tuviera que dárselos a otro, que eso era un juego de niños, sino porque el *ring* en el que uno tenía que boxear era inmenso y en él cabían árbitros moribundos como Vidales, retretes encharcados y duchas pestilentes, kilómetros de paredes llenas de desconchones imposibles de pintar, gente que te decía cachito o que hacía aros de niebla con el humo de los puros, pensiones umbrías y *cabarets* y calles vacías, y ciudades enteras. El *ring* era un laberinto inmenso por el que hasta el mejor chófer de Oliveros podía perderse.

El *cabaret* estaba animado por las muertas y mi hermano estaba esplendoroso por las coplas que cantaba vestido con su chaqueta gris perla, su tupé domesticado y su nombre nuevo. Pero lo que a mí en esa época más me llamaba la atención no era que mi hermano fuese un hombre que se llamaba Carlos del Río y que cada vez se parecía menos a aquel hermano mío que un día se montó con una maleta de cuadros azules en el camión Leyland de mi padre para ir a la estación y coger un tren que a través de más de mil kilómetros de estaciones vacías y paisajes nocturnos lo llevaría hasta Barcelona. Lo que a mí más me maravillaba era que mi hermano conociese a un boxeador. Y también que mi padre no hablara de Kid Padilla a sus amigos de Los 21, y que en vez de contarle un combate de Avelino y su vida de boxeador se inventara unos amoríos de mi hermano con una u otra bailarina, que todos sus amigos se acercaban a mirar la foto que mi padre les enseñaba con un poco de desdén mientras decía, Sí, ahora está con ésta, la del moño negro. Qué patas tiene la niña, Y lo de arriba, el buche, Qué desarrollo, Lo que hace el cante, decían todos mientras yo sacaba del bolsillo de mi padre la carta medio arrugada y casi hipnotizado leía lo que mi hermano contaba de

Avelino, del boxeador Kid Padilla, cuatro líneas de letra oronda que más o menos decían, Y también he conocido a un boxeador que es de ahí y se llama Avelino Padilla aunque se ha puesto Kid Padilla, dice que es peso pluma y que vivía detrás del Cayri en las Viviendas y que pasa mucha hambre, su madre quería que fuese chófer pero él no. Y ya no decía nada más mi hermano en aquella carta sobre Kid Padilla.

Yo sólo había visto boxeadores en las películas. En la vida de verdad había limpiabotas, panaderos, alicatadores, almacenistas como el Cuellicorto, trabajadores de fundición, oficinistas con la corbata negra como el padre de Diego Manuel, tenderos, sastres, maestros y guardias, pero no había boxeadores, los boxeadores eran como los gánsteres, los exploradores o los policías del FBI, gente que se bajaba de los coches en marcha y que llevaba una pistola en el sobaco, gente como Alan Ladd o Glenn Ford, que vivía en rascacielos y nada más llegar a su casa se bebía un *whisky* de un trago o se tiraba por la ventana si alguien lo estaba esperando con una cachiporra o una metralleta detrás de la puerta. Aunque la verdad es que yo nunca me imaginé a Kid Padilla, ni entonces ni cuando mi hermano mandó nuevas cartas hablando de él y sus penalidades, con la cara de Alan Ladd ni de Glenn Ford. Yo, no sé por qué, siempre imaginé a Kid Padilla con la cara de Juan, el camarero de Los 21. No fue el nombre de Kid Padilla lo que se me pegó a su rostro, sino la cosa esa del peso pluma, aquella ligereza que tan bien cuadraba con los pómulos marcados y las mejillas angulosas del camarero al que yo siempre suponía ataviado con calzón corto, doblando la cintura y lanzando puñetazos al aire entre sartenes, pescados y fogones cuando ya todo el mundo se había marchado del bar, con el delantal enroscado al cuello como una toalla y dejando por el suelo cubierto de serrín el rastro zigzagueante de sus botines de boxeador, que yo imaginaba muy parecidos a las botas oscuras y ortopédicas de mi amigo Tatín.

A veces soñé con Juan/Kid Padilla. Era un sueño viscoso y lleno de niebla, como si en él uno siempre fuese pisando pescado crudo y tragándose el humo que una rubia platino echaba por los cráteres de la nariz con mucha fuerza y abundancia, pero no era un sueño de miedo. El miedo sólo asomaba al sueño cuando en mitad del entrenamiento yo entreveía cómo las botas oscuras de boxeador empezaban a dejar en el serrín los trazos de unas letras

que yo no acertaba a leer y entre la bruma del sueño adivinaba unos hierros que, agarrados a la bota, subían por la pierna encanijada de la persona que boxeaba, que ya no era ni Padilla ni Juan el de Los 21, sino Tatín, un Tatín pavoroso al que yo nunca le veía la cara, sólo el inicio de la pierna, que era un esqueleto, un hueso apenas cubierto de pellejo amarillo y enfermo, el anuncio de un jadeo asfixiado, un ronquido que era el ronquido que al tío Victoriano le había entrado antes de morir y del que mi tío Gutiérrez siempre hablaba en sus visitas: Al tío Victoriano, el pobre, nada más llegar yo a su casa le dio el ronquido de la muerte, nada más llegar yo se murió. Mi tío Gutiérrez era el mensajero de la muerte.

La voz de Tatín se iba haciendo cada día más oscura, era una voz de caverna, que ya no le salía de la boca sino de más adentro, de lo hondo de las tripas, de los pantanos donde uno lleva la tristeza. Tatín ya no se parecía a Tatín, y cuando menos se pareció a sí mismo fue un día medio nublado en que su tía paró el coche cerca del escalón donde estábamos Pepito, el Guille, el Mocos y yo, y vimos cómo Tatín salía por las puertas traseras de la furgoneta enana. No nos miró. Tatín no miraba nada, llevaba los ojos empañados y cojeaba más que nunca. Se dejó abrazar por su tía fumadora y todos vimos cómo el brazo de aquella mujer al rodear los hombros de su sobrino se convertía en un manto que lo cubría de la intemperie, de todas las calamidades y miedos que corrían sueltos por el futuro y los sueños. Y el Guille, el Mocos y yo, y también Pepito con su falsa indiferencia, sentimos envidia de Tatín, de los hierros de Tatín y de la pena de Tatín. Por un instante deseamos que nos segaran las piernas si con ello alguien se acercaba a nosotros y nos cubría con aquel manto de ternura, y como a Tatín nos llevaba envueltos calle adelante, vida adelante, hasta el calor de nuestra casa.

Sólo al cerrarse la puerta de su vivienda y desaparecer tras ella las dos figuras se disipó nuestro espejismo y sentimos el espanto de aquella imagen. Al instante llegó hasta nosotros Barea, que iba a comprar pan y acababa de cruzarse con Tatín y con su tía y que medio asfixiado quiso contarnos lo que había visto y los susurros que aquella mujer que nunca hablaba le iba diciendo a Tatín. Pero no había nada que contar, nada más ver a Tatín saliendo del vehículo, el Guille, Pepito, el Mocos y yo supimos que aquél era el punto final a tanto viaje, a tanta visita a los médicos y a tantas y tan

ilusionadas radiografías. Esa tarde, en vez de al médico, Tatín había ido a oír una sentencia, a que un juez vestido de médico diera un martillazo en la mesa y con su voz, toda martillos, toda golpes, lo condenara a la prisión de sus hierros, a permanecer para siempre en aquella habitación vacía, donde ni siquiera hay silla eléctrica, de los condenados a la nada.

Nunca supimos bien si aquellas visitas a los médicos no fueron otra cosa que una serie de pruebas rutinarias, alguna posibilidad remota de mejora a la que una tía de Tatín o el propio Tatín se aferró sin sentido haciéndola crecer con la ceguera del deseo hasta convertirla en un flaco y elevado andamiaje del que ahora se despeñaba nuestro amigo. Iba llorando, dijo Barea mirando para la puerta por la que se acababan de perder Tatín y su tía, iba llorando casi sin llorar, con un ruido de motor en el pecho. El Mocos se rió y Barea volvió a decir que era un ruido raro, como había llorado su madre cuando su padre se fue la primera vez a Alemania, como lloran las personas mayores.

Se fue Barea con su talega vacía a comprar pan, y se fue Pepito después de manosear un cigarro que no llegó a encender. Se empezaron a ir las nubes del cielo y el Mocos volvió a reírse y el Guille y yo miramos muy serios cómo se reía con el sonido de sus mocos, y el Guille le dijo guarro y yo me levanté del escalón para que no me salpicara con sus salivas y para que dejara de reírse, pero las caras de asco del Guille y mía le aumentaban la risa al Mocos, que nos señalaba con el dedo y, acercándoseme, hizo ademán de abrazarme, y fue justo entonces cuando el Guille le dio una patada, fuerte, en los tendones que hay detrás de las rodillas y que al Mocos, siempre con pantalón corto, parecía que se le iban a escapar del cuerpo y a salirse de la piel.

Al Mocos se le torció la cara de dolor, se dio la vuelta y levantó el puño como para golpear al Guille, pero enseguida volvió a reírse. Y mientras decía, Te parto la cara como me toques otra vez, yo le miré las corvas, los tendones, y la tizne negra que le había dejado el zapato del Guille, y sentí ganas de golpearle la pierna yo también, pero el Mocos ya se había vuelto y me decía, ¿Y tú, qué? La farola de la esquina de la calle Lanuza empezaba a parpadear llenando las sombras de espasmos amarillentos. Guarro, le dijo el Guille. Ven aquí, corrió el Mocos detrás, amenazando con restregar su nariz en la cara y las ropas del otro. Se detuvieron ya casi en la esquina y el Mocos fue

acercándose muy despacio al Guille, con los brazos en alto imitando a un monstruo que sale de los pantanos, sólo que muy pronto me di cuenta de que su forma de andar se parecía mucho más a la de Tatín que a la de ningún monstruo. El Guille, que se estaba quieto contra la pared y miraba aquella cojera exagerada, lo dejaba acercarse mientras yo andaba hacia ellos sintiendo que la oscuridad del día también entraba en mi pecho y que todo mi cuerpo y mi alma se llenaban de sombras.

Hubo un movimiento rápido, una risa más del Mocos y un grito del Guille, sobre cuyo jersey había caído parte de la mucosidad del otro, que riendo se dio la vuelta y emprendió una huida que apenas duró un par de metros, hasta que chocó contra mí. Mientras yo sentía su cuerpo y sus huesos y su olor luchando conmigo, intentando zafarse, el Mocos, entre ahogos y risas, gritaba, Suéltame, suelta. Hubo un ruido sordo, una patada, y la cara de alarma del Mocos, y un redoblado intento de soltarse, el crujido de su jersey rajándose, la cara del Guille y otra patada más fuerte, el grito del Mocos, Maricones, y mi negrura, que era igual a la oscuridad de aquellos ojos, los ojos del Mocos, que brillaban con una luz pequeña y blanca en su corazón. Al ver aquella luz fue cuando le di el primer puñetazo, que fue el primer puñetazo verdadero de mi vida, mi primer anhelo de destrucción, el primer deseo de apagar la luz de aquellos ojos y sacarla del mundo. Y entonces vino otra patada del Guille, y las contorsiones del Mocos intentando escapar, salirse del jersey que yo tenía atrapado con una mano mientras con la otra volvía a golpear, la oreja, la nuca, el hombro, el pecho del Mocos, que, lanzando patadas, avanzaba a trompicones hacia la pared y, ovillándose, trataba de esconderse sobre sí mismo.

Y allí, contra la pared, giraban abrazados, gimiendo, ahogados, la espalda del Mocos desnuda, con el jersey enrollado en el cuello y las costillas y los nudos de la columna vertebral asomando bajo su piel como si su cuerpo fuese un plástico relleno de piedras y papeles arrugados. Cayeron a tierra con un ruido sordo, la cabeza del Mocos contra el suelo, el Guille encima, arrastrándose uno sobre otro como un animal deforme, y yo, viendo cómo el Mocos clavaba sus piernas en el suelo e intentaba derribar al Guille de encima de él, le di una patada en la corva, en los tendones que el Guille había golpeado por primera vez, y sólo oí un gemido apagado bajo el cuerpo del

Guille, un ruido que parecía salido de las honduras de la tierra.

Entonces me di cuenta de que estaba medio ahogado, asfixiado no como cuando corría o jugaba al fútbol sino como cuando en el colegio doña Carmen me llamaba a su mesa para castigarme o darme palmetazos, y casi sin voz le dije al Guille, Déjalo, y lo dije muy bajo, para que el Guille no me oyera y siguiese arrastrándose encima del Mocos, dándole puñetazos y retorciéndole los brazos. Déjalo, Guille, me dije a mí mismo mientras veía los dedos oscuros y nudosos del Mocos asomando bajo los cuerpos y dudaba si pisarlos, aplastarlos contra el suelo. Pero ya el Guille se había arrodillado sobre el Mocos y con los puños cerrados golpeaba su espalda como un tambor sordo, cada vez con menos frecuencia, cada vez con más fuerza. Hasta que también el Guille recuperó la respiración y el sentido y mirando muy fijo al Mocos, aquel nudo de miembros ovillados que ya apenas se movían, se puso en pie con mucha lentitud, restregándose la ropa con la palma de las manos como si quisiera borrar no la suciedad del suelo sino cualquier rastro del Mocos. Todavía pasándose la mano por el pecho y la manga contraria, levantó el Guille la vista del suelo, miró mi cara y la calle vacía como si no me conociera ni supiese en qué lugar del mundo estaba, y enseguida volvió a mirar al Mocos, que, asomando su cara por el amasijo de ropas que lo cubrían, con los ojos borrosos y turbios, murmuró, Maricones. Me incliné sobre él pensando que lo iba a ayudar a levantarse, pero al percibir de nuevo su olor, el olor de la leche en polvo que había en su casa, el olor del armario inmenso, de los lebrillos y las paredes de su casa, al sentir su aliento diciéndome, Déjame ya, hijoputa, la marea negra de mis venas volvió a anegar mi interior y en medio de su oleaje ya estaba golpeando de nuevo la cara del Mocos, sus lágrimas, golpeando no al Mocos sino mi negrura, golpeando mi miedo, a la vida, al futuro, a Tatín y a los médicos de Tatín, golpeando a aquel testigo de nuestra cobardía, al Mocos, golpeando su memoria, sus ojos, hasta que el Guille, empezando a correr, me dijo, Vámonos, que viene alguien. Y sólo entonces dejé de golpear al Mocos, sólo entonces me levanté y sin oír los insultos del Mocos, su voz quebrada por el llanto y la ira, me aparté de él y di unos pasos hacia la esquina sintiendo que los latidos de mi corazón salían de mi pecho y resonaban fuera de mi cuerpo, en la oscuridad de los arriates y los arbustos, en el bombeo de las estrellas y



en las hebras sucias de nubes que medio envolvían una luna turbia.

La luna tenía el mismo jadeo que el Mocos, el mismo olor que su respiración y sus ropas. El aire entero, la noche olía a él, al olor de su casa, al olor de esa madre que nunca nadie había visto, al olor de su pelo y sus lágrimas. La farola de la esquina había dejado de parpadear, y su luz estaba hecha con la misma esencia enferma y amarilla que el vaho de la luna. Huí de su resplandor porque estaba seguro de que aquella luminosidad, aquel gas espeso que flotaba a su alrededor estaba cargado de veneno. Huí andando, sin correr ni mirar atrás, huí en silencio, sólo acompañado por el compás severo de mi respiración, por voces y pasos y gritos que nada más que se oían en el interior de mi cabeza.

Con ese eco, con esa turbamulta silenciosa, llegué a mi casa, y al cruzar la puerta y entrar en ella pensé que yo ya no era yo, que la persona que unas horas antes había salido por esa misma puerta había desaparecido por los laberintos del mundo. Ni Tatín era Tatín ni yo era yo, ni nunca más lo sería. Aunque tuviese el mismo nombre que antes, aunque no hubiera buscado una nueva forma de llamarme, Del Río, Kimberly, Rubí o Kid Solé, yo no era yo, no importaba que mi madre me reconociera ni que mi padre, como si yo fuese yo, me acariciara el pelo y me dijese que mi hermano había mandado una carta nueva y que en ella hablaba de su amigo, el boxeador ese que tanto me gustaba. Pensé en el Mocos tumbado contra la pared en la calle Lanuza, ovillado en las sombras. Pensé en él como si aquel suceso hubiera ocurrido hacía mucho tiempo o como si nunca hubiera ocurrido y fuese la imagen brumosa de un sueño. Y mientras oía la voz de mi padre, pensé que él no volvería a hablarme así ni a acariciar mi cabeza si adivinara, si supiera lo que yo acababa de hacer. Me sentí Como Caín, como el hombre que baja la palanca de la cámara de gas y luego se va a su casa a cenar con su familia o a meter los pies en agua o a beberse un jarabe porque tiene tos y le duele la garganta. Entonces fue cuando empecé a aprender que Caín somos todos, que todos llevamos una quijada de asno metida en la cintura y que en cualquier momento podemos usarla contra quien sea, no cuando nosotros queremos sino cuando quiere ella, la quijada.

Y allí, al ver a mi madre colocando los platos sobre la mesa, al ver el tapiz del león, los adornos del chinero, las fotografías y los muebles, sentí

vergüenza de todo aquello, del olor limpio que dentro de poco me acogería en mi cama, de la luz blanca que nos iluminaba y de la lámpara que sostenía la luz. El Mocos andando por las sombras de la calle Lanuza, con el jersey roto, camino de una casa que no era casa, de una cama con mantas recosidas, de una casa sin madre, ni chinero ni hermanos ni padre ni luz. Y yo dejaba que mi padre me leyera la carta de mi hermano, sin oír cómo Kid Padilla comía patatas crudas y peleaba con Óscar Troncoso, embebido en la estampa de mi amigo Mocos, en la soledad de la calle Lanuza, de la calle Pelayo, de todas las calles que el Mocos debía cruzar solo hasta llegar a la soledad de su casa. Y supe entonces que el castigo de Caín, el verdadero castigo, no era que Dios lo hubiera dejado sin cosechas y con la tierra reseca que Conchi Canea pintaba en los dibujos de Historia Sagrada, no, el verdadero castigo, el que ninguna lluvia ni fuego podría nunca borrar, era el remordimiento. Ésa era la verdadera maldición, el veneno que a lo largo de años, a lo largo de la eternidad, iría resucitando un día tras otro, reverdecido y siempre dispuesto a destilar su ponzoñosa esencia.

Yo, sin ser yo y envenenado, me acosté esa noche siendo otro pero con el mismo nombre de siempre, al revés que mi hermano, que a pesar de llamarse de otro modo era el mismo de siempre y escribía cartas con la misma letra y las mismas palabras de siempre. Andaban por mi memoria y mi mente los zapatos del Mocos camino de ninguna parte. En vano intentaba yo pensar en la carta que mi padre me había leído, en Kid Padilla y en los pies y en los zapatos de Kid Padilla, que yo no sabía cómo eran pero que en mi ensueño eran de un color marrón claro, zapatos de boxeador pobre que noche a noche acudían llevados por su dueño y en compañía de los zapatos negros de Alberto Tesán al *cabaret* de don Mauricio Céspedes, el *cabaret* donde tan lejos de mi casa cantaba mi hermano por las noches, mientras el Guille y yo dormíamos y el Mocos no paraba de andar con sus zapatos por todos los descampados y calles vacías del mundo.

Los zapatos de Padilla eran como los pantalones de Padilla, como las camisas de Padilla y la chaqueta de Padilla. Eran materia de desecho. Eran mejores que los calcetines de Padilla, que eran un gran boquete con algunos hilachos uniendo un archipiélago de troneras que en tiempos remotos fueron calcetín, pero la ropa entera de Padilla era materia de desecho, ropa

derrumbada como los derribos de la Trinidad por los que paseaba el Mocos, ropas con hebras y arbustos perdidos asomando entre los cascotes de la lana y los escombros del tejido regastado. Era ropa antigua, ropa gastada que Avelino no conseguía renovar con su menesteroso jornal de limpiador del Gimnasio Mateu ni con las ganancias ridículas que le proporcionaba la venta de avellanas y gaseosas las noches de velada. Tampoco la escasa chacina que su madre le enviaba en cajas de cartón daban holgura a Kid Padilla para deshacerse de aquellas prendas que serían arrojadas a la basura en cuanto su dueño lograra triunfar en los cuadriláteros y pudiera comprarse abrigos forrados de seda, chaquetas con solapas enormes. A pesar de todo, las prendas de Kid Padilla se dejaban usar dócilmente y cada noche acompañaban a su dueño en busca de un padrino que propiciara su definitivo abandono, en busca de don Mauricio Céspedes, que finalmente, después de varias noches en las que Padilla apenas pasó de los alrededores de la entrada, le fue presentado por mi hermano:

—Aquí don Mauricio, aquí Avelino Kid Padilla, que es boxeador peso pluma y quiere hablar con usted de algunas cosas de boxeo.

—De la promoción, o sea —apostilló Avelino.

Pero Avelino no pudo hablar esa noche de nada relacionado con el boxeo ni con la promoción de combates. O, por lo visto y según supe años después, sí pudo hablar. Le habló a don Mauricio del gran negocio que tenía don Mateu con sus veladas, y de la inversión tan buena que era un boxeador con clase, del combate que él había tenido con Óscar Troncoso, de los kilos de patatas crudas y de una empanada de bonito que había tenido que comerse, de gaseosas y avellanas, de los autobuses Oliveros, del Sandalias y de las sesiones de sombra. De todo eso le habló Avelino a don Mauricio Céspedes, lo que ocurrió fue que unas veces Avelino le hablaba a la espalda de don Mauricio, otras a su cogote y otras a su perfil, y sólo por unos instantes conseguía contarle sus cuitas y proyectos al rostro frontal pero inexpresivo del dueño del *cabaret*, siempre vigilando por encima de los hombros y la cabeza de Kid Padilla los movimientos de sus empleados y el ir y venir de la bailarina Soledad Rubí que, una vez acabado su número, con un maquillaje que realzaba su palidez, posaba al pie del escenario para el fotógrafo Rovira.

—¿Dónde está Porpeta?! —increpó con aires de insulto don Mauricio a

Avelino—. ¡¿Dónde se ha metido?!

—Porpeta... O sea... ¿Boxeador quizá? ¿De los pesados?

—¿Dónde se ha metido Porpeta? —giraba la cabeza don Mauricio Céspedes—. ¡Búsqueme a Porpeta!

Y allá se fue Avelino, Kid, Padilla por el humazo del *cabaret*, preguntando a unos y a otros por Porpeta, si habían visto a Porpeta y quién era el Porpeta ese que él buscaba, hasta dar con el fotógrafo en los retretes y llevarlo, con la bragueta medio abierta y cara de sorpresa, ante don Mauricio. En las noches siguientes, mientras su amigo Tesán, hipnotizado por las bailarinas, escribía al pie del escenario poemas en trozos de servilletas, en facturas manchadas de licor o en etiquetas del guardarropa, Avelino Padilla tuvo ocasión de volver a referirle sus aspiraciones pugilísticas a don Mauricio Céspedes, que nunca negó nada al hambriento boxeador. Sí, hombre, sí, respondía don Mauricio a las cuestiones de Avelino a la vez que le palmeaba la espalda y miraba inquisidor para cualquier rincón del local, Sí, hombre, sí. ¿Sí?, preguntaba ilusionado Padilla, entonces ¿para cuándo? ¿Cuándo qué? Mi combate, ¿para cuándo lo montamos? ¿Qué combate?, ande, Padilla, díglele a Anselmo el encargado que vaya cerrando la caja, y que me lleve las cuentas a los camerinos.

Siempre estaba don Mauricio yendo a los camerinos, rondando a Soledad Rubí e impidiendo con su presencia el merodeo de Rovira, a quien de todas formas le había colocado la escolta perenne de Porpeta con el doble objetivo de que el nuevo fotógrafo aprendiera las buenas maneras de su antecesor y le impidiese cualquier tipo de intimidad con la bailarina, que cada día parecía más bailarina, cada noche más pálida aunque sin perder nunca bajo aquellas capas de sofisticación su aire de campesina inocente, la limpieza de aquella mirada por la que, a pesar del maquillaje, de los focos y el humo insano de la madrugada, parecían correr pájaros y reflejarse la luz de los amaneceres y las transparencias verdosas de un río bordeado de juncos y hierbas olorosas. Don Mauricio Céspedes quería meter los pies en las aguas de ese río, introducirse en él desnudo y muy despacio, como decía Pepito que se introducían los hombres entre las piernas de las mujeres. A veces don Mauricio se veía ya con los dedos rozando la transparencia del agua, dueño de aquellos parajes silvestres, mientras que en otras ocasiones la actitud de la bailarina hacía que

se sintiera desterrado de ellos para siempre.

Había noches en las que Soledad se negaba a abrirle la puerta del camerino y ni siquiera contestaba a las llamadas de don Mauricio, ni a los golpes de sus nudillos ni a las súplicas que él le lanzaba a través de la madera y los barnices de la puerta, Sol, Sol, Soledad, hija mía, que sé que estás ahí, déjame que te vea, abre sólo un momento, para darte las buenas noches, Sonsoles, que soy yo, Mauricio, Sol, Soledad. Y allí se quedaba don Mauricio, pegado a la puerta, como un perro delante de la tumba de su amo, como Luisito Sanjuán en el escaparate de la Ferretería Maldonado mirando su navaja, como yo miraba las cartas de mi hermano Ramón que se llamaba Carlos. Sol, niña, ábreme. Y ya no le importaba a don Mauricio Céspedes que lo vieran allí al lado de la puerta, ni siquiera le importaba que lo viese la Bella Manolita, que lo miraba con los ojos rebosantes de alquitrán y le decía, Mariconazo, que no te da vergüenza, va a acabar contigo y yo me alegro, me alegro de verte ahí, sin pelotas, y ella riéndose de ti ahí dentro, que desde mi camerino se oyen las risas, los cuernos que tienes, maricón.

Pero al dueño del *cabaret* le daba igual la Bella Manolita, los ojos de la Bella Manolita y todo el alquitrán y los imanes que llevase dentro de sus ojos la Bella Manolita, él seguía allí, con lo suyo, Dime, Soledad, dime, ¿estás sola?, dime que sí y me voy, ¿quién hay contigo?, si estás sola da un golpe en la puerta y yo me voy. Y esperaba don Mauricio con la respiración contenida, retirándose de la puerta unos milímetros porque el bombeo de su corazón chocaba sordo contra la madera y levantaba ruidos y golpes que lo confundían, Dime, Sol, niña, contéstame, y seguía sin respirar don Mauricio, hasta que ya soliviantado y sin aire, limpiándose de sudor el cuello y la frente, atravesaba el pasillo penumbroso y asomado a la sala principal, llamaba, ¡Padilla! ¡Rápido, Padilla! Y Padilla, que ya había asumido su nuevo empleo de recadero con sueldo variable según los humores de don Mauricio Céspedes, ya estaba allí delante del empresario para oír la cantinela de las noches de clausura, que es como entre los empleados se conocían las escenas esas de súplicas a través de los tabiques:

—¡Que me busques a Rovira, Padilla! Lo buscas pero no le dices que yo...

—Está en la barra, con el Trompeta y Almudena Fernández, y sin hacer

fotos —interrumpía bien adiestrado y aburrido de su oficio Avelino—. O sea.

Y entonces ya no sabía don Mauricio qué rumbo tomar ni qué palabras o estrategias inventarse para llegar al paisaje frondoso que asomaba a los ojos de la bailarina Soledad Rubí, quien en otras ocasiones lo recibía en el camerino con una sonrisa que parecía inventada para ese momento, una sonrisa nueva que por primera vez cruzaba, iluminaba, la cara de la bailarina, como el sol limpio que asoma por el horizonte los días que siguen a la tormenta y que a don Mauricio lo dejaba debilitado, perdido en el mismo laberinto por el que iba el muerto Rovira, sólo que Rovira no golpeaba ninguna puerta ni suplicaba, sino que también él se encerraba en su laboratorio y allí pasaba los días, sin querer salir nunca. Es que tengo mucho trabajo, accedía de modo excepcional a explicarle a mi hermano cuando éste lo llamaba para pasear por las Ramblas o para ir al cine. Asomaba la cabeza por la puerta entornada, completamente derrumbado el tupé: Tengo mucho trabajo, Carlos, decía mirando al suelo, mirando con detalle la juntura de las baldosas, el caminar de una hormiga menuda por la geometría del suelo antes de levantar el pie y aplastarla con un crujido que nadie oía.

Pero la verdad es que Rovira apenas hacía fotos, y las horas que allí pasaba encerrado entre bombillas encarnadas y sombras bañadas en sangre, en terciopelo rojo, las dedicaba mayormente al cultivo de su desesperación y a hacer aquellas composiciones con las que en otro tiempo se divertía y tanto habían hecho reír a mi hermano cuando se llamaba Ramón pero que ahora tenían un aire insano, casi siniestro. Según me contó mi hermano una tarde de invierno muchos años después mientras alrededor de la mesa oíamos caer la lluvia en los cristales de nuestra casa, la casa que estaba cerca de la Granja Suárez y que ya no era la de la calle Antonio Jiménez Ruiz, pues según me contó mi hermano esa tarde, digo, Rovira nada más que se dedicaba en aquella época desesperada a construir monstruos, como si su cámara fotográfica también se hubiera vuelto loca y en medio de su angustia escupiera películas disparatadas. Entre los montajes que vio mi hermano había una fotografía en la que la cabeza del camarero Álvarez estaba pegada al mismo cuerpo que la de Gregory Peck, como si fueran siameses el camarero y el artista. Había bailarinas de cuatro piernas y tres pechos, un retrato del Trompeta tocando al modo de un funambulista, subido en un

alambre tirado entre dos rascacielos cuarteados y a punto de derrumbarse, y una foto de Lili sosteniendo en una bandeja la cabeza cortada y sangrante de Cosme Cosme. Y lo que le daba mayor horror y espanto a la cosa era que por ninguna parte se veían soldaduras ni trucos y todo aquello parecían fotos sacadas directamente de una pesadilla o de algún mundo que alentaba bajo las solapas y los dobleces del mundo real.

Quizá todas aquellas visiones cruzaran por el cuarto de sombras y penumbras rojas cuando el fotógrafo Rovira estaba a solas con sus demonios, lo mismo que quizá le ocurría a Soledad Rubí durante sus noches de clausura. Quizá fuese así y de algún modo secreto aquellos dos seres se lo comunicaran uno a otro sin necesidad de palabras mientras estaban acodados en la barra del *cabaret* y rodeados de gente. Y quizá fuese aquel entendimiento subterráneo que a veces impulsaba a Soledad Rubí a acompañar en las madrugadas al fotógrafo Rovira y a mi hermano a las chabolas del Somorrostro lo que acabó de exasperar a don Mauricio Céspedes y hacerle tomar una determinación que al pronto se le reveló como una ocurrencia repentina pero que en verdad había estado acariciando, sopesando calladamente desde el mismo momento en que mi hermano le presentó a Padilla y le habló de su experiencia en el mundo del boxeo.

«Padilla, hoy sí tengo un encargo importante que hacerte, un encargo importante para ti y para mí porque si sale, si tú haces como te digo el encargo este, yo voy a hacer por montarte la pelea que tú quieres —se secaba el sudor don Mauricio—, el combate de boxeo, ¿sabes? El fotógrafo, no Porpeta, sino el otro, el que no trabaja para mí pero está aquí siempre metido, Rovira, me está haciendo perder dinero y me tiene arrinconado al otro fotógrafo, que le pago para nada, que la gente vuelve la cara cuando le va a echar una foto, y además, te habrás fijado —miraba a un lado y a otro don Mauricio Céspedes dejando los ojos en blanco como dos huevos duros que en cualquier momento le fueran a rodar por las mejillas, asentía Avelino Padilla—, te habrás fijado que no deja en paz a Soledad Rubí, te has fijado, ¿no? —hacía un gesto de duda Avelino, ponía una mueca de congoja como queriendo decir algo que el dueño del *cabaret* no le dejaba decir—, en el *cabaret* no se habla de otra cosa y yo ya le he dicho a Rovira que está despedido, me pegó —se señalaba el labio don Mauricio, se limpiaba la frente y también el cuello

de sudor—, pero sigue viniendo, y esto —miró fijo don Mauricio a Padilla, sin parpadeo y con el péndulo de las órbitas detenido en las pupilas del boxeador—, esto hay que cortarlo. Te vas a buscar un compañero de esos del boxeo, uno de esos que están fuertes y que no son pluma como dices que eres tú, más grande, y, ya sabes —mirada de reojo, sorbo de nariz—, lo esperarás una noche, al fotógrafo, una noche que vaya solo, que no vaya con Soledad, con Soledad Rubí, la bailarina mía, y me lo reventáis, una paliza, que sepa que no tiene ya que venir nunca por aquí y que cada vez que venga va a tener lo mismo, una pelea de boxeo en un callejón con olor a meados —se limpió la boca don Mauricio con el pañuelo como si la mención de los meados le hubiera amargado la saliva y los labios—, costillas rotas y cosas de ésas, dinero hay para los dos, para tu amigo y para ti, fuera aparte del combate que tú quieres hacer y que yo te voy a procurar, Padilla. Si quieres te lo piensas, pero antes de irte esta noche me lo dices, me dices lo que vas a hacer, si no estás de acuerdo mejor que no vuelvas por aquí, yo ya no puedo soportar tanto parásito, quiero gente que me cumpla —yo es que le tengo mucha ley, a Ramón, a Carlos, o sea, que es amigo suyo, del fotógrafo, se atrevió Avelino —, me da igual, te lo piensas, sí o no, y me lo dices luego, antes de irte. Sí o no, tú ya sabes lo que yo quiero».

Así debió de hablarle, palabra arriba, palabra abajo, don Mauricio Céspedes a Avelino, Kid, Padilla, cierta noche, mientras mi hermano Carlos del Río cantaba en el escenario una canción melodiosa y a su alrededor giraban con biquini de plata y lentejuelas aquellas bailarinas que cuando caían muertas en el escenario producían el mismo crujido, el mismo sonido alegre y a la vez siniestro que levantaba del suelo mi amigo Tatín cuando en Los Campos 21 o frente al Colegio de los Sordomudos intentaba parar los balones que con tanta saña agujereaban nuestra portería. Avelino Padilla se vio toda la noche libre de encargos, ni una sola vez fue llamado por don Mauricio, de quien sólo tuvo noticia esa madrugada por las miradas que desde lejos cruzaron el empresario y el boxeador, intensa y penetrante la de don Mauricio, quebradiza y fugitiva la de Avelino.

Acabado el segundo número de mi hermano, Kid Padilla observó cómo aquél, mi hermano, y Rovira recibían en una mesa a Soledad Rubí, ya desprendida de sus plumas y su pedrería, ataviada con un traje negro y



escotado. Le pidió de beber Avelino al barman Camacho, Un coñac, o lo que sea, ponme lo que quieras, tú que entiendes, lo que bebe la gente cuando no quiere pensar ni acordarse de que está viva. Se bebió el coñac con prisa, como si estuviera en una estación y hubieran nombrado su tren por los altavoces. Bebió otro coñac, más despacio, sin importarle ya los trenes ni los altavoces, y se mezcló con la gente que había por las mesas, pasó bajo los focos, alumbrada su silueta por la luminaria que en el escenario realzaba los números de magia del chino Chin-Lu y las piernas y el vientre desnudo de Sonia Setúbal, la asistente del chino. De su cabeza, de la cabeza de Padilla, agachándose rápido en el borde del escenario, el chino Bonilla sacó una paloma con pintas negras, olió Padilla el viento y el perfume que desprendía Sonia con el movimiento de su capa solicitando aplausos, vio revolotear la paloma y se santiguó el boxeador como si el Espíritu Santo acabara de salir de su cuerpo y lo dejara solo, abandonado a su suerte.

Fue a sentarse en la mesa que desde el primer día de su visita ocupaba Alberto Tesán, que ya nunca dejó pasar ninguna noche sin acudir al *cabaret* y había trabado mucha amistad con el Trompeta, aunque hablaban poco, sólo se hacían guiños y se reían, de Porpeta, de don Mauricio, de cómo a un cliente le temblaba el pulso y se le derramaba la copa mirando a las bailarinas. Y mientras el Trompeta fumaba y con las piernas puestas encima de una silla miraba al chino Bonilla y Tesán escribía en sus papeles y servilletas alguno de sus poemas, unos poemas nuevos en los que ya no se caían los techos, Avelino le pidió al camarero Álvarez un coñac y se lo bebió despacio, mirando al Trompeta y mirando a Alberto Tesán, que no lo miraban a él. Se levantó Avelino en medio de los aplausos que le dedicaban al número final de Chin Lu, el aserramiento de Sonia Setúbal metida en una caja y con una palangana debajo para recoger la sangre —el caldo rojo ese que con mucha peste el chino fabricaba cada dos o tres semanas en la pensión Ríos-España— que entre los alaridos de Sonia caía de la caja, aunque luego, acabado el aserramiento y vueltas a pegar las dos mitades de la caja, salía de la misma Sonia Setúbal, entera y sonriente, más hermosa que antes de que la partieran en dos.

Y cuando ya llegaba Padilla a la mesa en la que estaban mi hermano, Rovira, un cliente y Soledad Rubí, se levantaron los cuatro entre risas y,

apresurado, Avelino, Kid Padilla, se colocó delante de mi hermano y le dijo, Ramón, Carlos, o sea, yo te tengo mucha ley, y aquí a tus amigos, tú eres de las Viviendas, y conoces, o sea, al Fichi y a Fortes, y te tengo mucha ley, pero yo tengo que vivir, Carlos, Ramón, hacerme boxeador y quitar a mi madre, o sea, de la miseria, ya, la pobre, no me queda más remedio. Nada, Padilla, Avelino, yo también te tengo ley, aunque no conociera al Fichi ni a Fortes te la tendría igual, pero mira que para el boxeo no es bueno beber, ya se arreglarán las cosas, eso le dijo mi hermano antes de irse del *cabaret*, antes de dirigirse con Rovira, con el desconocido y con Soledad Rubí, risueña como un nido de pájaros en primavera, hacia las escaleras y dejar a Padilla allí de pie, clavado frente a la mirada que desde lejos, desde una mesa envuelta en humo, le dirigía don Mauricio Céspedes.

Desde ese instante, o tal vez desde que el dueño del *cabaret* acabó de hablarle, ya sabía Avelino que una o dos horas después se acercaría a don Mauricio Céspedes y mirándolo a los ojos, ahora él severo, el empresario con la inquietud de lo inesperado, iba a decirle sí, Sí, don Mauricio, lo voy a hacer. Y así, sabiendo cuál era ya su destino, sabiendo ya que uno es un laberinto para sí mismo, se dirigió a la barra y le dijo al barman Camacho, Camacho, ponme otro coñac, ponme otra copa que me la voy a beber aunque sea mentira que el coñac borre las ideas de la cabeza y se olvide uno de que está vivo y de que está preso en el mundo, ponme una copa y déjame ahí la botella, que quiero ver lo que pasa cuando uno ya no sabe lo que pasa. Quizá también se sintiera Avelino, Kid Padilla, peso pluma, un combate-una derrota, como uno de los hombres que aprieta el botón de la silla eléctrica, como el hombre que baja la palanca de la cámara de gas, como Caín.

Yo quise ser Abel, yo quise ser el muerto, el hombre con la coronilla pelada y las muñecas atadas a la silla eléctrica cuando por la mañana, en el colegio de doña Carmen, levanté la vista de la plana y vi entrar en la clase a mi amigo el Mocos. Llevaba un jersey nuevo, un jersey que yo nunca le había visto y que contrastaba con su pantalón corto de todos los días y aún lo hacía parecer más gastado y viejo. Iba el Mocos mejor peinado que cualquier mañana de su vida, y de la pelea de la noche anterior sólo se le notaba un arañazo en la frente y el color morado que le oscurecía el ojo derecho y que, de cerca, al observarlo mientras él entregaba a doña Carmen una nota

disculpando su falta a las dos primeras horas de la mañana, parecía la entrada de un túnel, con los párpados hinchados y llenos de colores, como el trozo de un paisaje al caer la noche. Un paisaje o una noche en los que había un incendio o un rayo encarnado dividiendo el cielo, cruzando la blancura del ojo del Mocos, una vena manchada de sangre que apenas alcancé a ver de refilón, fingiéndome embebido en mi plana pero sin tino para escribir, temiendo alzar la vista y encontrarme con la mirada ensangrentada de mi amigo. Y ni siquiera cuando Luisito Sanjuán, advertido de las mataduras del Mocos, empezó a darme con el codo y a señalarme con disimulo al herido, dejé yo de mirar mi plana, la blancura del papel, tan parecida a la luz que dentro de su cabeza verían los condenados a la silla eléctrica en el momento de la descarga, la luz que vio Abel al recibir el último golpe de su hermano, la luz de la bomba atómica, la luz de Dios.

Y todavía se quedó ese vértigo luminoso rondando por mi interior cuando el Mocos se retiró de la mesa de doña Carmen y, perseguido por una amenaza de la maestra, por la orden de recuperar el tiempo perdido y ponerse a hacer de inmediato las cuentas y la plana del día, fue a colocarse en su banca. Hasta que llegó la hora de ir al retrete y ponernos en fila en el patio, yo apenas alcé la vista de mi libreta, pero cada vez que lo hice fue para mirar de modo automático al Mocos, que de inmediato, como si mi vista agitase no se sabé qué misteriosa campanilla, me devolvía la mirada tuerta y una sonrisa que yo aún no sabía si era el anuncio de una venganza o un gesto de reconciliación que, ya sin posibilidad de equívoco, me mostró en toda su plenitud cuando nos cruzamos en los servicios y el Mocos, sosteniendo la puerta para que yo entrase en el retrete del que él salía, volvió a sonreír mientras yo, por no verle el ojo, miraba su jersey, que parecía una bandera, con una franja blanca y otra roja cruzando el fondo azul, y él me dijo, Es nuevo. Entonces sí lo miré a la cara, vi el arañazo en la frente y el ojo ensangrentado, con una lágrima roja flotando al lado de su pupila, el párpado raspado y la piel de alrededor verde y morada. Me lo ha comprado mi madre, añadió sin perder la limpieza de su sonrisa, y yo, sin dejar de mirarlo, sin sonreír, solté la puerta y dejé que se cerrara con la sensación de que la noche anterior tendría que haberle pegado más, pensando que quizá el Guille y yo deberíamos haber golpeado al Mocos hasta ensangrentarle los dos ojos o hasta haberle provocado una desgracia

imprecisa y remota.

Allí, mirando la suciedad gris de los ladrillos, la ranura oscura por la que mis orines se perdían, me sentí libre de todos los pensamientos y temores que desde la noche anterior me habían estado rondando. Por el desagüe se iban Abel, Caín y toda su familia de reos y condenados. Ya sólo pensaba en el copiado que me quedaba por hacer y en la hora de salir del colegio sin que doña Carmen me pegara. Ni siquiera le presté atención a Luisito Sanjuán ni a lo que me decía subiendo la escalera, que el Mocos le había contado que el día antes había tenido una pelea conmigo y que entre uno que le decían el Guille y yo le habíamos roto la ropa, pero que su madre, al verlo por la mañana en la cama ni le había regañado ni nada, sólo le pasó la mano por la frente con mucho cuidado y le dijo, sin preguntarle, Antoñito, qué te has hecho, y luego le lavó la sangre del ojo, lo peinó muy despacio y, después de decirle a una vecina que sabía escribir que le hiciera una nota para la maestra, lo llevó a la calle Mármoles y en Confecciones Domínguez le compró el jersey que el Mocos quiso.

Yo me sentía aliviado, aliviado como debían de sentirse los criminales en serie, que lavaban el recuerdo de una víctima con la sangre de la siguiente, aliviado como Dios después de crear el mundo y desentenderse de él o como Conchi Canea al acabar de pintar los Evangelios en la pizarra, como se habría sentido mi hermano después de matar a una persona que no le dejara ver una película de Ginger Rogers o de Hedy Lamarr, como el Pitiraco al quitarle los médicos las vegetaciones, la selva de la nariz, o Luisito Sanjuán al comerse cada domingo los pasteles de la Jijona. Y así de aliviado, como yo de aliviado quería sentirse Avelino Padilla. Aspiraba al alivio de la desmemoria, del olvido. Pero para alcanzar ese estado beatífico, esa especie de santidad maligna, Kid Padilla debía hacer lo que le había prometido a don Mauricio que iba a hacer, aunque lo cierto es que no sabía muy bien cómo hacerlo ni de qué modo dar comienzo a tan penoso trabajo.

En el Gimnasio Mateu, mientras los vahos del coñac ingerido la noche anterior le resucitaban agriados en el estómago y en el paladar, estuvo mirando Avelino a los boxeadores que cada día iban allí a entrenar, sólo que esa vez Avelino los miraba de otro modo. Ya no estaba pendiente del juego de cintura ni de cómo sacaban el puño en un gancho casi imposible, sino de

la furia con la que golpeaban el saco o a su contrincante, de la saña y la cara con que pegaban. Y así, eligiendo a uno y a otro para luego descartarlos a todos, se pasó la tarde Padilla, y sólo cuando el gimnasio se quedó vacío y él se vio frente a las duchas y los retretes, transportando el cubo y los trastos de la limpieza, se decidió a ir a la caseta del Austríaco:

—Austríaco, yo necesito, o sea, alguien que quiera hacer un trabajo. Un trabajo de noche y en un callejón. Un pesado o semipesado.

—¿Para robar?

—No, no, o sea. No.

Hubo un silencio. Avelino se estuvo estudiando las puntas de los zapatos hasta que levantó decidido los ojos medio aguados por el recuerdo del alcohol:

—Para pegarle a uno. Para darle una paliza.

—¿Y el dinero?

—Bastante.

Cabeceó el Austríaco y siguió mirando con cuidado a Avelino:

—Esto no es un negocio de matones, Padilla, ni un club de la delincuencia.

—Ya.

—Esto es un centro deportivo, y don Mateu un caballero, que tú lo has visto.

—Ya, yo lo decía, o sea, por si tú conocías, por si tú sabías de alguien. Como llevas años.

—Por eso mismo, Padilla. Si estás en un apuro a lo mejor don Mateu te puede prestar, darte un anticipo.

—Yo anticipos no quiero, Austríaco. Yo lo que quiero es boxear.

—En un callejón.

—Boxear de verdad, Austríaco.

Entonces hubo otro silencio, sólo que ahora Avelino no miraba sus zapatos, sino los ojos del Austríaco, que andaba meneándose la lengua por dentro de la boca, sacándose bultos por un lado y por otro, como si le rodara una bola por la escalera amarillenta de los dientes.

—Eso que tú buscas lo tienes en el sitio ese al que tú vas. Los Billares Tesán.

—¿Los billares?

—Sí. Pregunta.

—Allí, o sea, nada más que hay putas. Y gente jugando al billar.

—Y uno que se llama Machuca que es de la policía. Con bigotito.

—¿Cómo de la policía?

—Machuca. Chulea alguna niña de los billares. Lo único que tienes que ver es que haya bastante dinero, y que no te mate al desgraciado al que quieres pegarle.

Cuando Avelino Padilla, ya sin aspiraciones dentro del mundo del boxeo, se enroló en una compañía ambulante de lucha libre para ir de feria en feria, fue al *cabaret* para despedirse de mi hermano, y allí, con todo detalle le contó su conversación con el Austríaco y cómo a partir de esa misma tarde estuvo rondando los Billares Tesán hasta que el encargado le señaló con la barbilla a un tipo alto, con las mejillas arreboladas y un bigote fino y negro que, a pesar de ir vestido de paisano, desde lejos se veía que tenía el cuerpo y las maneras hechos a los uniformes. Machuca no sacaba dinero a ninguna de las prostitutas de los Billares Tesán como había dicho el Austríaco. Nada más que era cliente, sólo que un cliente especial, que no pagaba por los servicios que le hacían en los cuartos de aseo y que en más de una ocasión había abofeteado a la muchacha que acababa de aliviarlo. «A Consuelo le partió el labio, y a la Bocas le estrelló la cara contra la pringue de los azulejos y la dejó con la nariz rota y medio desangrándose, con la cara metida en el retrete», le susurraron a Padilla cuando Machuca salió de los billares después de que Avelino hubiese hablado con él. «Es un cabrón. Hoy ha venido nada más que para ponernos nerviosas, por saludarnos y ver si tenemos el chocho averiado, dice él. Nos suelta unas porquerías que sólo se le ocurren a un degenerado y ya se va con la medio risa esa de puerco que tiene», me dijo mi hermano que le dijeron las niñas de los Billares Tesán a Padilla.

El policía tenía un olor raro, como huelen las casas que llevan mucho tiempo cerradas, que uno ya no sabe si es la transpiración de las paredes, la humedad o la inmundicia que a su paso van dejando las ratas. Y le salía el olor por la boca, como si dentro de Machuca todo fuese sótano. Mientras Avelino lo sondeaba, mientras le decía que lo estaban molestando, que una persona molestaba de continuo a su jete y que él estaba dispuesto a darle un

escarmiento a esa persona, Machuca lo miraba con la boca entreabierta, no se sabe si a punto de una carcajada o de un insulto. Tenía las pupilas de color verdoso y parecía que flotaran en agua o que ellas mismas fuesen un agua a la que acaban de removerle sus posos de lodo. Machuca no dejó que Kid Padilla terminara de hablar. Con una voz un poco quebrada le preguntó a Avelino quién era su jefe, y como el aspirante a boxeador empezara a argumentar que su jefe no quería que su nombre saliera a relucir ni venía a cuento mentarlo, que él era el encargado de aquel asunto, Machuca, con mucha tranquilidad, le dijo en voz baja, Anda, dime quién es, que si no nos vamos a tener que ir a los retretes y allí te voy a partir las dos rodillas y luego voy a meterte en la cárcel, por soborno y por lo que me salga del nabo. La voz venía llena de la peste de los pulmones, del olor rancio de los sótanos, y aunque Avelino Padilla se sintió preso, atrapado en una oquedad tan oscura como el lugar de donde procedían aquel vaho y aquella voz, todavía intentó la huida. Me parece que no nos vamos a poner de acuerdo, dijo con la calma que pudo, acariciando con un dedo el borde de una mesa de billar a la vez que hacía un amago de darse la vuelta. No, si ya estamos de acuerdo, dijo la peste, la voz. El nombre ese o los retretes y la cárcel, no hay más. La noche que fue a despedirse al *cabaret* le dijo Padilla a mi hermano que nunca se le iba a olvidar la cara de Reyes, una de las mujeres de los retretes, el miedo que tenía en los ojos al mirarlo a él y al policía y que era la estampa del miedo que él mismo tenía por dentro, la cara de su resignación y de su cobardía.

Llegaron al *cabaret* Machuca y Padilla cuando las bailarinas ya habían concluido su trabajo y Rovira y mi hermano Ramón, que ahora se llamaba Carlos del Río y tenía el tupé con las pasadas exuberancias medianamente aplacadas, ya se habían ido de vuelta a la pensión, solos y cansados por varios días de poco dormir. El policía Machuca parecía que en vez de pies llevase ruedas o cojinetes, que por todos lados se deslizara sin pasos ni esfuerzo, mirándolo todo con parsimonia, siempre con aquel reflejo de estanque sucio asomando a sus pupilas. Nada más posar sus ojos de charca en don Mauricio Céspedes adivinó el policía que ése era el jefe del pluma Padilla, aunque en vez de acercársele se limitó a echarle una sonrisa, como el enamorado que desde lejos ve a su novia y con la mirada le habla de sus complicidades y sus secretos, sólo que en este caso don Mauricio nada sabía

del personaje aquel que, apoyándose en la barra, le hacía un gesto con el mentón a Padilla para que éste fuese a hablar con el dueño del *cabaret*. Y desde allí, desde la barra, saboreando la bebida transparente que el camarero Álvarez le acababa de servir, observó distraído el policía Machuca cómo Avelino informaba sobre su persona a don Mauricio, y los gestos de ira contenida, mal disimulada del empresario, las miradas de reojo a Machuca y a la sonrisa de Machuca, como una esfinge el policía, con su bigote fino y los labios colorados, brillantes por el ron, entretenido en mirar el ajetreo de la clientela y el bullicio de los músicos y las bailarinas hasta que don Mauricio, dejando atrás a Avelino y el eco de sus excusas, se dirigió hacia él ondeando sobre su frente sudorosa su famoso pañuelo blanco.

Los años nos dejan una música lenta y un crujido de violonchelo metido en los huesos. En los míos, en mis huesos, me parece sentir la orquesta melancólica de aquel *cabaret* al que mi hermano se fue a trabajar de artista, la voz de sus canciones y el crujido de la madera en el escenario, el entrechocar de tanta lentejuela, el fulgor de un disparo y la noria del público con su rumor quebrado de gritos y carreras. Resuenan en mis huesos más que en mi memoria los ruidos del tiempo, la voz del chino Bonilla y el aleteo de sus palomas grises, el sonido alegre que producían las bailarinas muertas cuando se derrumbaban exangües y lánguidas sobre el entarimado quejoso. Los solos del Trompeta en su cuarto de la pensión Ríos-España, la risa antigua de doña Angelines y el hervor lento de los líquidos del fotógrafo Rovira alumbrando con una luz roja cuerpos fantásticos y monstruos cotidianos, todo se alía en mí, dentro de mí, en la memoria de mis huesos, donde van a fundirse esos ecos imaginados —extraídos de la letra y el relato de mi hermano— con la voz de otros sonidos que en verdad estremecieron el tambor de mis oídos pero que de ningún modo tienen mayor intensidad ni verosimilitud que aquellos ruidos que aún hoy siguen retumbando en las cavas de mi osamenta. Allí anidan, pues y como les digo, revueltos, la voz pastosa de Tatín y el crujido de sus hierros, el estrépito del *cabaret* y las voces de alarma que siguieron al disparo de Cosme Cosme, el goteo lento, apenas un tictac de reloj, que producían las pastillas de colores de Fátima Combados al caer de su boca al escenario, las risas de las niñas de la Granja Suárez nubladas por el humo de sus cigarros, la melodía menguante y desafinada de los instrumentos



al interrumpir la orquesta su música, el entrechocar de las tizas de colores en su caja y el arañazo armónico con el que Conchi Canea trazaba en la pizarra sus dibujos de los Evangelios, y el retumbar de cristales que salía de la garganta del policía Machuca hablando aquella noche con el sudoroso y cada vez menos agresivo Mauricio Céspedes Quesada de Oliveira. Oigo la voz de Machuca pero no distingo sus palabras, sólo veo su figura, que, desde el primer día que escuché hablar del policía, siempre asocié a la del primo Paco el Guardia, el primo de mi madre que durante un tiempo vivió en la esquina de la calle Antonio Jiménez Ruiz y que, como dijo mi hermano que ocurría con Machuca, también era alto y calvo prematuro, con bigotito y un arrebol de sangre en las mejillas.

Lo mismo que yo, Avelino Kid Padilla tampoco pudo esa noche escuchar lo que hablaban el dueño del *cabaret* y el policía putero de los Billares Tesán. Desde la mesa sola que había en el camino de los retretes, la mesa de mi hermano Carlos del Río y de Rovira, Avelino veía cómo Machuca movía muy despacio los labios empingorotados de alcohol, y cómo don Mauricio a cada palabra miraba a un lado y a otro por encima del hombro esperando nadie sabe qué sorpresa a la vez que hacía gestos afirmativos o se quedaba pensativo mientras el otro le hacía una señal al camarero Álvarez para que le sirviera otra copa. Se despidió Machuca de don Mauricio con una mueca que a pesar de ser una sonrisa sólo podía producir solivianto y temor, una sonrisa que el policía mantuvo mientras avanzaba por el *cabaret* con sus pies de rodillo y antes de salir se entretenía cruzando alguna palabra con Almudena Fernández, con Lolita Berruezo y alguna de las bailarinas que a esas horas todavía quedaban por allí con sus pantalones diminutos y sus camisas con adornos de Jamaica o La Habana.

Avelino no supo lo que hablaron don Mauricio y el policía, porque nada más irse Machuca del *cabaret* acompañado por la última ovación de la noche, la que despedía a la orquesta con unos aplausos cansinos y decepcionados porque en esa velada no se hubiese producido la inmolación de una nueva bailarina que diese continuidad a las muertes de Lili y Fátima Combados, nada más, digo, salir del *cabaret* el policía, don Mauricio Céspedes atravesó el local sonriendo a los últimos clientes de la noche y se perdió por la entrada que llevaba a su oficina y también a los camerinos. No lo supo Avelino, no

supo entonces qué habían hablado aquellos dos hombres, pero sí supo Kid Padilla que pasados unos días, unas noches, cinco, quizá seis, el fotógrafo Rovira dejó de ir al *cabaret* y que su ausencia coincidió con una tristeza repentina de mi hermano, que esa noche, la primera en la que Rovira no acudió a la sala de fiestas, después de hablar con la orquesta salió a cantar solo, sin bailarinas.

El escenario se quedó a oscuras, sólo un cañón alumbrando con su círculo de luz a mi hermano. Se oyeron sus pasos en el entarimado, y antes de que empezara la música se acercó al micrófono y, con la voz muy templada, le dedicó la canción que iba a cantar a su amigo, A mi amigo, dijo mi hermano Carlos del Río, al mejor fotógrafo que ha tenido y tendrá nunca el *cabaret*, este *cabaret* y cualquier *cabaret* del Paralelo, el fotógrafo Félix Rovira. Nada más acabar el eco de su voz de estremecer el silencio de la sala, acometió muy suave la orquesta los primeros compases de *Perfidia*, y mi hermano, como aquella noche en la que todavía se llamaba Ramón y había acunado con su voz el sueño de Barcelona, empezó a decir, envuelta la voz en terciopelo, abrigada, cálida la voz, Mujer, si quieres tú con Dios hablar, pregúntale si yo alguna vez te he dejado de adorar. Cantaba mi hermano sin levantar los brazos como él siempre hacía, sin mover nada más que los labios y la garganta, solo en mitad del escenario y rodeado por aquella penumbra en la que se ocultaban Almudena Fernández, Inmaculada Galván, la Mulata de Fuego y el resto de las bailarinas —también Soledad Rubí— que se habían quedado sin actuar en el borde del escenario, escondidas entre el cortinaje y con los ojos alumbrados —también los de Soledad Rubí— por la misma emoción que se contagiaba, como una epidemia dulce y fulminante, por entre el público y los empleados del *cabaret*, que hasta el fotógrafo Porpeta dudaba entre avanzar de puntillas hasta el borde del escenario para fotografiar a mi hermano o estrellar la cámara contra el suelo y no volver a pisar nunca más aquel *cabaret* que entonces, cuando mi hermano sólo llevaba mediada su canción, ya estaba aplaudiendo entero, olvidado el público de las bailarinas y sin ganas de que se muriera nadie ni de que nadie disparase contra nadie. Y a pesar de los aplausos, la voz de mi hermano seguía cantando, elevándose por encima de las palmas, El mar, espejo de mi corazón, las veces que ha visto llorar la perfidia de tu amor.

Cuando yo vi a Tatín, desarrapado y mirando de reojo a Castillo y a Quini, también me dieron ganas de cantarle algo aunque yo no tuviera tupé, ni voz, ni ninguna chaqueta de seda. No lo habíamos visto desde el día aquel que se había bajado de la furgoneta y se había ido llorando con su tía la del codo. Y cuando esa tarde apareció por la esquina, nadie supo muy bien si llamarlo o hacer como que no lo veía y dejarlo seguir su marcha, hasta que el Guille, alzando la mano, levantándola a plazos, como un robot, dijo, Tatín, eh, y Tatín se detuvo y nos saludó desde lejos, levantando la barbilla, Eh. Viéndolo venir desde la esquina, y a pesar de que él andaba como siempre, sacando las caderas y el cuello a cada paso, a mí me parecía que cojeaba más que nunca y que nunca acababa de llegar hasta nosotros. Y es que yo lo veía con los ojos de Quini, imaginaba cómo Quini, que estaba sentada delante de mí, lo veía andar.

Eh, dijo Tatín al llegar. Eh, Oh, Ah, Hum, le contestamos más o menos, Aquí, fue la respuesta larga del Guille. Ya, le volvió a contestar Tatín mientras se sentaba a mi lado. Y ya todos nos quedamos sin acordarnos de qué estábamos hablando, el silencio iba y venía de unos a otros como un bumerán trastornado, y todos procurábamos respirar sin ruido y con poco movimiento. Mientras yo miraba el pelo enmarañado de Tatín, su jersey viejo de color verde, de un verde que era el de la hierba cuando empieza a secarse, mientras yo miraba sus hierros, con el cromado todo lleno de arañazos y rincones de óxido, él, Tatín, miraba muy fijo y medio resoplando cómo Castillo y Quini tenían las manos cogidas, que ya no se atrevían a soltarse, atrapados por aquella mirada que por un instante fue de sus manos a sus caras y de pasada registró el abultamiento del jersey verde, de hierba lozana y oscura, de Quini, para luego volver a examinar con detenimiento los dedos entrelazados, las rajas y cortes de la piel, los badenes rosados de las uñas, hasta que Castillo murmuró algo, una mezcla de Ah, Eh y Hum, y se puso de pie, sin soltar a Quini, que también se levantó, sólo que ella no tuvo necesidad de decir nada, ni Ah, Eh ni Hum, y se quedó mirándonos a todos con sus ojos incendiados de marrón mientras Castillo se despidió con un nuevo murmullo y los ojos de Tatín se fueron tras ellos, tras sus manos soldadas, tras los pasos y la melena dulce y caoba de Quini.

A mí, viendo a Tatín, no sé si entonces o ahora que lo recuerdo con su

jersey viejo, con sus ojos, que también tenían esa tarde un reflejo de hierba tronzada, me daban ganas de cantarle algo, de decirle algo en voz alta mientras lo veía levantarse del escalón y después de un Hum, Eh o Ah, empezar a andar con sus pasos ya incurables camino de su casa, al fondo de la calle Antonio Jiménez Ruiz, aquella calle que entonces a mí me parecía tan larga y a cuyas fachadas, más allá del almacén de comestibles, iban a asomarse los arriates, las hojas de los nísperos, las ramas de las madreselvas y los troncos desnudos de los geranios. Si yo hubiera sido mi hermano, Tatín habría vuelto esa tarde a su casa acompañando la música de sus hierros con una canción que yo sentía ahogarse en lo hondo de mí, muriéndose antes de nacer. Ésa era la diferencia de un artista con alguien que, como yo, no lo era. Por eso se fue mi hermano a Barcelona, por eso hizo un viaje de más de mil kilómetros y le salió aquel tupé virulento que durante unos meses le transformó la apariencia. Por eso se había cambiado de nombre, porque para él, lo mismo que para Kid Padilla y para otra tanta gente, la calle Antonio Jiménez Ruiz, sin música, bailarinas ni madrugadas de humo y risas y lágrimas, sólo con el triste almacén de comestibles del Cuellicorto, con la tapia de la fundición y el ruido triste de sus camiones tristes —el Avia del Cuellicorto, el Leyland de mi padre y el motocarro del Pamplonica— se les había quedado pequeña. Se les había quedado pequeña aquella calle tan larga, o eso creyeron, porque pasado el tiempo, pasados los días y los años, habrían de darse cuenta de que la calle, con sus arriates y la melancolía de sus camiones, fue el centro del mundo, el corazón tibio de una memoria a la que a toda costa habrían querido retornar, como yo ahora, aquí solo y contándoles a ustedes esta historia en mitad de la madrugada, desearía volver a esa calle y a ese tiempo pasado. Pero los pétalos de la flor han caído y ya es tarde, es tarde para cualquier retorno, porque aquella calle ya no existe —no importa que exista una calle que siga teniendo el mismo nombre y esté situada en el mismo lugar que esa otra calle de la que hablo y viví—. Nadie puede retornar a la nada y por tanto a mí sólo me quedan las mañan de la escritura y la memoria, contarles los recuerdos de aquel tiempo y lo que a mí me contó mi hermano y yo interpreté en sus cartas, en sus palabras y también en sus silencios.

Lo que hablaron el policía Machuca y don Mauricio Céspedes en la barra

del *cabaret* no fue Padilla quien se lo contó a mi hermano, sino al revés, mi hermano a Padilla. Se lo contó al final de aquella noche, la última que se vieron, cuando ya la madre de Avelino Padilla había muerto y él estaba para levantarse, para salir por última vez del *cabaret* y meterse en la cabina de un camión pintorreado de colores y emprender un viaje interminable por pueblos y ciudades para hacer exhibiciones y peleas falsas de lucha libre. Hasta esa noche Padilla no supo nada sobre la conversación de Machuca y el dueño del *cabaret*, sólo sabía lo que sabía todo el mundo, que el fotógrafo Rovira había dejado de ir a la sala de fiestas y que, a pesar de que no hubo pelea ni paliza alguna, el causante de aquella ausencia era el policía Machuca. Pero mi hermano no quiso que Avelino se fuese de viaje para siempre sin que en el equipaje se llevara los detalles de aquella culpa, de aquel remordimiento del que, según decía el propio Padilla, nunca iba a curarse. No sabes lo que me arrepiento, Carlos, Ramón, o sea, Carlos, aparte de la ley que yo te tenía, que te tengo, o sea, está la ley que yo le tenía al fotógrafo, que era de verdad. Así que cuando Avelino Padilla, Kid Padilla, un combate-una derrota, después de hablar con mi hermano de los días, de las noches que había pasado en aquel lugar, de las Viviendas y la Pellejera, de su madre y la lucha libre y ya había apurado su copa y le había echado una última mirada al *cabaret*, le dijo mi hermano:

—Pues tú no sabrás de verdad lo que pasó con Machuca y Rovira, ¿no, Avelino?

—O sea, no. Pero me supongo que algo grande tuvo que ser para que el fotógrafo, Rovira, ya no viniera más por aquí con la inclinación que tenía por Soledad Rubí, o sea, que no había más que ver cómo la miraba, como si le fuera a rezar, rebañándola, y ella, o sea, que parecía una diosa. Yo sabía, estaba cien por cien seguro, que con una paliza no se arreglaba nada, ni aunque se la diera un pesado, aunque fueran dos pesados, o tres, o sea, lo mismo daba, el fotógrafo iba a seguir viniendo igual. O todavía con más ganas, mira lo que te digo.

Y mi hermano, después de quedarse un momento callado mirando los ojos pequeños y cansados de Padilla, le dijo que sí, que el policía Machuca, pasadas las primeras palabras de don Mauricio, el primer arranque de ira, le habló con mucha amistad al dueño del *cabaret*, dándole confianza y

asegurándole que él le podía solucionar el problema que tenía. De ese modo, don Mauricio acabó diciéndole que era verdad que había una persona que no lo dejaba vivir, y que había una bailarina a la que esa persona, ese hombre, no dejaba respirar, molestándola, y molestándolo a él, y a los clientes, con aquel baboserío que se traía el fotógrafo, que ése era a quien él quería escarmentar, al fotógrafo Rovira, para que no volviese más por el *cabaret* ni por los sitios que frecuentaba la bailarina, Soledad Rubí. Y le dijo mi hermano a Avelino que el policía se quedó pensativo y con el bigote medio doblado por una sonrisa, paladeando el ron, la ginebra o lo que estuviera bebiendo, y luego de decir por lo bajo algo sobre las bailarinas y las putas, le pidió más información a don Mauricio, que quién era el Rovira ese, y desde cuándo era fotógrafo, y que dónde vivía y quién era su mujer, que dónde estaba la pensión esa, la pensión Ríos-España, y también dijo Machuca, el camarero Álvarez lo oyó, No se preocupe usted, señor Mauricio, no se preocupe, que a ese pájaro le queda muy poco de venir por aquí, en tres días levanta el vuelo y usted ya nunca lo ha visto, ni la bailarina Rubí tampoco: un fantasma, menos que una sombra va a ser el fotógrafo.

A Machuca le debió de sonar la historia. A lo mejor todavía no estaba destinado en Barcelona cuando ocurrió, pero debió de sonarle. Algún compañero en las rondas del coche patrulla o en las guardias de comisaría que hablaría con otro o que debió de contarle algo a él, no lo sabía Machuca, pero le sonó la historia de Lina, la bailarina que después del incendio y del desastre aquel dejó el *cabaret* y se juntó o se casó con un fotógrafo de artistas. Nada más que tuvo el policía que acudir a los archivos, que como sus bronquios y su aliento olían a sótano y verdín, y pedirle al viejo Solana el expediente de aquel caso antiguo y ver cómo el nombre y los apellidos de la dueña de la pensión Ríos-España, Angelines Cortés Esplá, eran los mismos que los de la bailarina que se había cruzado en la vida de Alberto Santos Cambrí, de 36 años, casado, con domicilio en la parte alta de la ciudad y despacho en la calle Córcega número 562, abogado y dueño de una sala de fiestas que después compró y reabrió don Mauricio Céspedes.

El policía Machuca ya tenía el trabajo hecho, lo supo nada más ver la foto de la tal Angelines y leer aquel expediente en el que se contaba la historia de la bailarina, la misma que mi hermano le estaba contando en la noche de su

despedida a Avelino. Eran los tiempos en que a doña Angelines la conocían como Lina, la bailarina con cuerpo de escultura y sudor de almíbar —tiene sudor de almíbar, que es como huelen las tigresas cuando están en celo y la selva entera se trastorna y no duerme, se decía entonces en el *cabaret*—, la bailarina con sudor de almíbar que una noche se retrasó en salir de los camerinos, quizá limpiándose aquel sudor del que a pesar de todo le debió de quedar algún rastro perdido en el cuerpo, en el dobléz de las axilas, en el musgo negro de la nuca, algunas gotas ínfimas que Alberto Santos, repasando en la soledad de la madrugada la contabilidad del local que acababa de heredar, percibió desde la mesa que ocupaba al lado del escenario incluso antes de ver aparecer por la puerta de los camerinos a la bailarina de pelo negro y piel resplandeciente, que se le acercó con una sonrisa, extrañada de ver allí al dueño del *cabaret* y de que Anselmo, el encargado, se hubiese ido ya. Le he dicho que iba a quedarme a mirar los libros, o algo parecido le debió de decir Alberto Santos, con sus ojos inocentes de color verde claro, casi amarillentos, a Lina, y ésta debió de reparar en su propio escote, en sus propios pechos, al ver cómo la mirada furtiva de Alberto se detenía fugaz, casi temerosa, en aquella parte de su cuerpo para inmediatamente volver a la sonrisa y a hacer un gesto de resignación frente a tanto libro abierto y tanto número como se le amontonaban sobre la mesa.

Ya todo esto que les cuento, como algunas otras cosas que antes les he dicho, son figuraciones, inventos míos que se alejan muy poco de lo que en realidad ocurrió, porque, sabiendo cómo a partir de esa noche se sucedieron los hechos, lo normal es que ella, Lina, se quedara mirando a Alberto Santos, mitad seria mitad sonriente, y, obedeciendo a no se sabe qué deseo o remota llamada, en vez de marcharse decidiera acercarse a la barra y se sirviera una copa mientras preguntaba, Usted quiere algo, don Alberto, y éste le dijese, con la voz templada que dicen que tenía, No, gracias, si acaso que no me llames de usted, si no te importa que nos tuteemos, y ella, No, claro que no, mientras el líquido, digamos que era anís, caía lento y haciendo ondas pastosas en su copa. Lo decía por un respeto, por ser usted el dueño. El respeto va a ser el mismo, dijo inseguro Alberto Santos, casi sin levantar la mirada de la mesa, sin entender muy bien qué números estaba haciendo mientras ella se acercaba de nuevo, despacio, dejando por el aire el almíbar

aquel, el aroma de su sudor o lo que fuera, e iba a sentarse de lado en el borde de la mesa, dejando una pierna en la orilla de los números y las libretas rayadas de rojo. Es un negocio que no entiendo muy bien, lo del *cabaret*, digo, no acabo de entenderlo, sonrió Alberto mirando hacia arriba, hacia los ojos de Lina, a la vez que soltaba el lápiz sobre la mesa. Dicen que es usted listo, y esto no tiene mucha complicación, sumar y restar. Que no me quite muchas horas de sueño, es lo que espero, dijo en tono de disculpa Alberto Santos, y como Lina ya no respondiera a su sonrisa y se quedase mirándolo muy fijo, viendo a través de él, de sus ojos, no se sabe qué extraños paisajes o ensoñaciones, añadió, Es una vida distinta, la de la noche. Y ya esto último lo dijo Alberto Santos dejando de sonreír, mirando cómo Lina bebía lentamente sin apartar los ojos de los suyos, el carmín de los labios como una herida abierta recibiendo el oleaje suave del anís, hasta que la bailarina retiró la copa de sus labios y con cuidado la llevó a la boca de Alberto Santos, arrimó él los labios a la mancha de carmín que habían dejado los labios de Lina y ella le dio de beber como a un niño enfermo, como a un animal herido, a la vez que hundía los dedos de la otra mano en el pelo de Alberto y recibía en los pechos, en el escote entreabierto, su mirada, ya sin importar que una gota de anís se derramara por un lado de la boca del hombre ni que la mano temblorosa de éste subiera lenta como un reptil por la cintura de la bailarina.

Alberto Santos había dejado ya de mirar aquellos ojos marrones, líquidos, casi negros, que lo traspasan, que lo asfixian, y roza con sus yemas la blusa, los encajes del sostén de Lina, retira los labios de la copa —se le vuelca el anís por la barbilla— y entierra la cara en un olor en el que se sumerge por entero como en un pozo de agua tibia. Alberto Santos Cambrí siente cómo los sabores pastosos del carmín y el anís se le mezclan en la lengua con el gusto a canela que tienen los pechos de Lina, el color crema que asoma por entre el encaje blanco, por la piel blanca, el sudor de almíbar y sal, los ojos negros de la bailarina que no dejan de mirarlo, apenas nublándose con un parpadeo, resistiéndose a la embriaguez del sueño mientras en su mano derecha todavía sostiene la copa donde el anís se agita y derrama.

Abrazándose, bailando sin ritmo ni música al borde del escenario es de suponer que caerían sobre él Lina y Alberto Santos con un ruido semejante —el sonido cristalino de las lentejuelas sustituido por la copa de anís al



romperse en la mano de la bailarina— al que años después provocarían con sus caídas Lili y Fátima Combados. Entre los crujidos del entarimado reptarían uno sobre otro, la sangre y el anís derramados, reptarían como las boas que devoran y tragan un cordero de un solo bocado, sólo que allí los dos eran boas y se tragaban, intentaban tragarse, uno al otro, Alberto Santos abriendo ropas y abotonaduras, lamiendo el cuerpo de la bailarina, queriendo beber, abreviar en alguna fuente subterránea, intuyendo manantiales, flujos que le espoleaban una sed que lindaba con la locura, y ella, ahora sí, sonriente, con la vista oscilando entre las pinturas del techo y las bambalinas, cada vez más sonriente, como si en aquel horizonte oscuro de cortinas, rieles y cordajes viera acercarse no se sabe qué amanecer, un rayo blanco que la cegó y se la llevó de la vida durante un instante, unos segundos que pudieron ser una hora, una eternidad, y que la devolvieron al mundo cuando ya Alberto Santos se había incorporado sobre ella y con una expresión de ternura en los ojos —no se sabe si amarillos, no se sabe si verdes— contemplaba la mano de Lina, la copa rota que todavía tenía asida y la sangre que le manaba brazo abajo. Llevó los labios Alberto Santos a la herida, y a la vez que en el paladar percibía el sabor de la sangre mezclado con la dulzura del anís y sobre el entarimado del escenario caían, rojas y aciagas, unas gotas de sangre, Lina abría la boca en una sonrisa ya definitiva.

Así debió de ser, así encontró al día siguiente Anselmo el encargado unos restos de cristal roto y unas gotas de sangre seca en el escenario. Así, o de modo muy parecido, iniciaron su relación la bailarina morena y el joven Alberto Santos, que a partir de aquella noche ya siempre anduvo robando horas al sueño y a su vida para estar al lado de Lina. Pasó mucho tiempo antes de que nadie en el *cabaret* tuviese sospechas de aquella relación. Sólo Anselmo el encargado, al ver a la noche siguiente la mano vendada de la bailarina, intuyó lo que sucedía, se lo certificaron los ojos de Alberto Santos, la expresión que afloró a su cara cuando la bailarina salió al escenario, el modo en que hablaban y cómo el abogado pasaba en una caricia los dedos por el vendaje de Lina.

Alberto Santos aprendió lo que era el *cabaret*, aprendió lo que era tener dos vidas y ser dos personas a un mismo tiempo. Sólo que Alberto Santos no se cambió de nombre como hacían los artistas, y si se reía, amaba y lloraba

como si fuese otra persona siempre lo hacía en secreto, siempre huyendo de quien en realidad era, siempre huyendo de su mujer, inventándose horarios, inventando gente, citas y documentos que revisar, clientes que no existían y dificultades con las que camuflar las horas que pasaba en el *cabaret* o en el piso que había alquilado unas manzanas más arriba del *cabaret* y donde cada noche se veía con doña Angelines, que entonces era una bailarina alegre y morena que en las noches señaladas por su amante, nada más acabar su número, iba a reunirse con él en aquella casa sin muebles a la que Lina llegaba todavía con el maquillaje de la actuación, con un abrigo largo y negro bajo el cual sólo llevaba un biquini plateado, una pedrería de brillos pobres o una malla que Alberto Santos le sacaba entre caricias y unos arrebatos amorosos que entre aquellas paredes vacías sonaban como un susurro lejano, como si las paredes mismas jadearan.

El piso aquel, según vio después la policía, nada más que tenía una cama, una silla y un espejo en el que se reflejaba la silueta desnuda de los dos amantes, fragmentos de sus cuerpos, espaldas, codos, pechos o miradas extraviadas, un espejo al que iba a asomarse la cara de Lina para arreglarse el maquillaje o el rostro cansado de Alberto Santos para revisar el nudo de la corbata antes de salir camino de su casa. Subido en una motocicleta celeste, el abogado de ojos serenos atravesaba los gélidos amaneceres de Barcelona dejando atrás una cadena de fulgores rosados, fumarolas de un azul desvaído y reflejos amarillentos que se encadenaban dulcemente en el primer cielo del día.

Iba embriagado de colores, con el sabor de Lina en los labios, embocando calles vacías y aceras recién regadas cuando una mañana, al doblar una esquina vio sobre los tejados de unos viejos caserones una nube negra ascendiendo lentamente, un mal presagio que acabó por agriarle el paladar cuando al final de esa calle empinada vislumbró un resplandor encarnado y por las aceras, a esa hora normalmente vacías, vio gente corriendo, mujeres apresuradas y hombres con el pijama asomando bajo los abrigos que tomaban el camino de su calle y de aquella espesa nube negra. Lo primero que vio Alberto Santos fue un camión rojo de bomberos atravesado en mitad de la calle y un surgir festivo de agua hacia las alturas, hacia unas llamaradas de color naranja que brotaban de las ventanas de su casa y que, con una avaricia

frenética que sólo pudo recordarle a su propio deseo devorando el cuerpo de Lina, lamían la fachada del edificio. Nadie, ni siquiera el propio Alberto Santos, supo si derrapó con el agua que inundaba la calzada o si es que tiró la motocicleta al suelo y dando traspiés, mudo y sin aliento, emprendió una carrera hasta el cordón de bomberos y policía, hasta la orilla de aquel zumbido sordo que el fuego arrancaba del interior de su casa.

Le dijo mi hermano a Avelino Padilla que aquel tal Alberto Santos, antiguo dueño del *cabaret*, tuvo que ser reducido por la policía, y que parecía loco y sólo agitaba los brazos, las piernas y el cuerpo entero, sin decir ninguna palabra, señalando hacia la casa con los brazos extendidos y llorando sin voz hasta que fue identificado por unos vecinos, y un bombero, o quizá un policía, mirándolo con desconfianza, le dijo que a su mujer y a su hijo, si es que de verdad le importaba lo que pasara con ellos, se los habían llevado al hospital, hacía una hora, o quizá más. Y que de allí habían salido vivos, le parecía a él, le dijo el bombero o policía, viendo que Alberto Santos le preguntaba con los ojos, mudo como un mudo Alberto Santos.

La mujer de Alberto Santos sí estaba viva, aunque no quería estarlo, quería tener el reposo y la ignorancia de los muertos. El silencio de su hijo, al que Alberto Santos tuvo que ver abandonado en el rincón de una sala vacía, apenas un bulto liado en un trapo sucio, un hato con tizne que, como los cartones que había en el suelo, como el periódico viejo que había en el mármol de al lado, alguien había olvidado en aquella sala mortuoria en la que Alberto Santos permaneció no se sabe cuánto tiempo, olvidado también él del mundo de los vivos hasta que el padre de su mujer y un médico que sólo tenía una oreja lo rescataron de aquel lugar mientras él, ya con la voz recuperada aunque distinta, con una voz nueva y más joven, la voz de un niño enfermo, murmuraba, Ya me iba, ya me iba a ir, no podía estar más tiempo aquí, en este sitio con tanto ruido, con tantos gritos.

Dijeron por aquel entonces en el *cabaret* que su propia conciencia se comió a Alberto Santos. Fue comido a dentelladas, como las hienas devoran a sus presas agonizantes. Deambulaba de un lugar a otro, durmiendo en uno de los camerinos del *cabaret*, mirándose en el espejo del piso vacío, abrazándose a Lina, incapaz de resistir la mirada de su mujer, que tenía el rostro desfigurado por las llamas. Fue interrogado por la policía, lo mismo que Lina,

a la que habían visto rondar la casa de Alberto Santos, merodear por los alrededores. Sólo por ver dónde vivía él, por ver a su mujer, y al niño, había confesado Lina mientras la policía indagaba el incierto origen del incendio. Al *cabaret* iban policías a verla bailar, calibrando su cuerpo y los placeres que habían tenido a Alberto Santos apartado de su familia aquella noche en la que su presencia pudo haber evitado la muerte de su hijo. Mientras te lo follabas cualquier bailarín de estos que menean el culo le metía fuego a la casa del panoli, Qué te estaba haciendo Albertito mientras ponían la parrilla en su casa, Para cuándo tenías prevista la boda con el viudo, Lina, por curiosidad, dínoslo, Por qué no nos enseñas el material que le ofrecías a don Alberto, anda, Lina, puta.

A doña Angelines, a la que entonces los policías llamaban puta y le hablaban muy cerca, casi rozándole el cuello con sus labios, la tuvieron detenida tres días en los calabozos de prevención. Cuando la soltaron en la mañana del cuarto día, Lina atravesó la ciudad a pie, dejando que el aire frío del invierno le limpiara la piel y la mente. Fue andando hasta el piso vacío en el que tantas noches se había refugiado con Alberto Santos, y nada más abrir la puerta supo que él estaba allí, adivinó su presencia. Lo llamó avanzando por el pasillo y sintió un vaho, un aliento que decía su nombre, miró hacia atrás y sólo vio las paredes vacías, puertas entornadas. Ya no volvió a llamar a Alberto ni a oír ninguna respiración. Dio unos pasos más. Se detuvo y luego se asomó a la habitación del espejo y la cama. Primero vio doña Angelines las letras arañadas en la pared: SOY YO, la silla volcada, y luego el sexo y el vientre y el cuerpo desnudo de Alberto Santos ahorcado con una sábana.

Fue entonces, le dijo mi hermano a Avelino Padilla la noche de su despedida, fue entonces cuando doña Angelines dejó el *cabaret*. Ya nunca más bailó, ni volvió a bajar por esas escaleras, y si pudo dejar atrás la historia de Alberto Santos, del fuego y la policía, fue gracias a un fotógrafo que estaba recién llegado de Casablanca.

—Rovira —cabeceó afirmativo Avelino Padilla mientras mi hermano, que ya hacía mucho tiempo que había dejado de llamarse Ramón, terminaba su historia.

Rovira, repitió mi hermano. Así que ya sabes lo que ocurrió con el policía Machuca, ya sabes de qué le habló el policía a don Mauricio y cómo una

noche, cuando Rovira y yo ya íbamos llegando a la pensión, se nos apareció el policía, asomando muy despacio de un portal oscuro y siseándonos para que nos detuviésemos. Tú ya no vas a ir más al *cabaret* del señor Mauricio Céspedes, le dijo Machuca a Rovira después de que a mí me ordenara retirarme. Tú ya no vas a ir más a darle por culo al señor Mauricio ni te vas a acercar en tu puta vida a la bailarina esa que le dicen Soledad Rubí, que si quieres acordarte de ella te haces una paja, pero lejos del *cabaret* y de la calientahuevos esa. Yo, le decía mi hermano a Padilla, los oía cuchichear, y vi cómo Rovira se encaraba con el tipo aquel que decía que era una autoridad, de la policía, pero luego vi cómo el hombre se sonreía, como si todo fuese una broma, y cómo Félix lo miraba fijo.

—Yo —le dijo Machuca a Rovira— no sé si voy a poder levantar el caso otra vez, si algún testigo de entonces va a venir a contarme algo de tu mujer y del incendio aquel, algo que entonces se le pasara por alto, ya sabes, algo que de pronto alguien recordara de tanto preguntarle yo. Yo tengo mucha paciencia para preguntar, fotógrafo. No sé si voy a poder meter en la cárcel a tu mujer o nada más que va a estar unos cuantos meses yendo a la comisaría a contarnos cosas, yo soy ignorante y no sé adivinar el futuro, a lo mejor le pregunto al chino mago ese que tenéis en el *cabaret*. Pero lo que sí sé, fotógrafo, es que a mí no va a dejar de verme la cara tu señora, la Lina, y la voy a llevar a ver la casa que se quemó, o que quemaron, y al piso donde se le ahorcó el amante, para que me explique dónde estaban escritas las letras y todo eso. Vamos a repasar tu mujer y yo el álbum familiar, las fotos del niño chamusquina, y vamos a ir a ver a la madre del niño en persona, que me han dicho que nada más que tiene media cara, para charlar de los viejos tiempos.

Le escupió Rovira en la cara a Machuca, le agarró el cuello mientras el otro se metía la mano en el bolsillo de la chaqueta y hacía un ruido metálico que detuvo al fotógrafo y, como si ya hubiera sacado la pistola que allí llevaba, también me frenó a mí, que había empezado a correr hacia ellos, le dijo mi hermano a Padilla.

—Te lo voy a perdonar, Rovira. Mira cómo soy. Te lo voy a perdonar — le dijo el policía Machuca al fotógrafo dejando que la saliva de éste se le derramara muy despacio por un lado de la cara y le pasara rozando los labios —. Y tampoco voy a ir a hablar con tu mujer. Eh, mira cómo soy. Pero tú,

favor por favor, ya no vas a ir más a lo del señor Mauricio, ni vas a ver en ninguna parte a la bailarina Rubí. Y si quieres hacer retratos te metes la máquina por el culo y le das al botón. Ponle el *flash*, Rovira, porque va a estar muy oscuro.

—Todo por mi culpa, ¿no, Carlos? —le dijo mirando los dibujos de la madera y las menudencias de la mesa Padilla a mi hermano. Y después de suspirar, levantando la vista, añadió—: Por la ambición del boxeo. Cada uno con la suya, o sea, con su ambición, que es como una ceguera que a uno le entra. El Santos ese con el sudor o lo que fuera, o sea, de doña Lina, don Mauricio con la Rubí, y el fotógrafo. Todos igual, ¿no, Carlos? Solamente que algunos hemos tenido más torpeza que otros. Pero yo le tenía ley al fotógrafo, nada más porque fuera amigo tuyo ya le tendría ley, Carlos, o sea, Ramón, tú.

Y se levantó Avelino, Kid Padilla, un combate-una derrota, y le dio un abrazo a mi hermano, se abrazaron callados, sólo con el ruido de las ropas y unas palmadas que Avelino le dio a mi hermano en la espalda. Sin volver la cabeza, con su bolsa medio vacía y con un asa rota, se dirigió Padilla hacia las escaleras y salió del *cabaret*. Ya nunca mi hermano supo de él, así que ya no puedo contar nada más de Avelino, si acaso que unos años después, cuando mi hermano ya había dejado Barcelona y estaba de cantante en el Teatro Chino, en una feria de Zamora o de por ahí, unos luchadores le dijeron que sí, que un tal Padilla que decía haber sido boxeador había estado con ellos en una compañía de lucha libre, pero que ese Padilla al que ellos se referían era medio manco, tenía un brazo como vuelto del revés, y durante un tiempo estuvo haciendo los números cómicos del espectáculo. Acabó casado o juntándose con la taquillera de un cine, no se acordaban si de Plasencia o de Talavera, y allí se había quedado, les parecía a ellos que colocado de acomodador.

Mi hermano, cuando ya no cantaba en el *cabaret* ni en el Teatro Chino ni en ninguna parte y había vuelto a llamarse Ramón, una tarde en la que el aire caliente del verano mecía los visillos de la casa, me dijo que él estaba seguro, casi seguro, de que aquel Padilla manco que le dijeron los de la feria era Padilla, Avelino Padilla, que harto de vagar por el mundo y con el brazo tronzado por cualquier pelea o accidente había encontrado el calor de la

taquillera y del cine y allí se habría refugiado, ya sin querer acordarse de su afán de ser boxeador ni de sus años de hambre, reviviendo si acaso las cartas amorosas que su madre le escribía o los consejos que en un tiempo remoto le había dado para que se convirtiera en un próspero chófer, o por lo menos cobrador, de los autobuses Oliveros.

Eran suposiciones de mi hermano, certezas del corazón, pero lo que son noticias, ya les digo, nunca volvió a tener Ramón ni yo puedo decir más, a no ser que algún día quiera inventarme qué le pasó en el brazo a Padilla y cómo los pasos de la vida lo llevaron a aquel cine de Talavera de la Reina. De quien sí supe más fue de mi amigo Tatín, que después de aquella tarde en la que se fue solo a su casa y a mí me dieron ganas de cantarle, apareció a los pocos días ya por completo transformado. Venía bien vestido y peinado, pero con la mirada sin lavar, con toda la suciedad que antes había llevado en el cuerpo acumulada ahora tras las gafas, como si los ojos fueran la alfombra bajo la que había ido a parar toda la basura y el moho de su vida. Tatín se había pertrechado para vivir ya siempre con la polio a cuestas, y muy pronto el Guille, Barea, Diego Manuel, el Mocos y yo nos dimos cuenta de que traía hierros nuevos, brillantes de cromo y con correas de cuero color vainilla, todavía olorosas a fábrica o a ortopedia. Las botas, con su aspecto de blindaje marrón, también eran nuevas, y a la altura de los tobillos llevaban una estrella roja de cinco puntas, metálica y brillante que rompieron el disimulo general y llevaron al Guille a arrodillarse para acariciarlas con la yema de los dedos:

—No veas, la estrella.

—¡Y aquí otra! ¡Y otra! —señaló el Mocos, ya casi con envidia de la polio, las rodillas de Tatín, donde el correa de nuestro guardameta lucía en cada pierna un emblema rojo de cinco puntas.

Orgulloso, la mirada por un momento reluciente y límpida, nos dijo Tatín que estaban hechas expresamente para él las estrellas, eran un regalo del ortopédico. Y subiéndose el jersey muy despacio nos mostró una quinta estrella, de tamaño mayor, que a modo de hebilla le coronaba el cinturón con un arbol anaranjado, como si a Tatín le hubieran puesto el corazón a la altura del ombligo, un corazón en llamas, ardiendo como las granjas de los colonos en mitad de la noche, como los establos en los que se queman los caballos encerrados, sólo que a la estrella de Tatín, al corazón de Tatín nadie

acudía con cubos de agua. Tatín ardía en silencio, y a los ojos no paraba de subirle la humareda turbia y venenosa de su incendio interior.

Tatín volvió a ser nuestro portero, ahora estrellado, un águila roja de vuelo raso y algo estrepitoso que esa misma tarde comenzó a castigar sus hierros relucientes en nuestra calle, en la calle Antonio Jiménez Ruiz, y que en los días siguientes prosiguió su tarea en los Campos 21 y frente al Colegio de los Sordomudos. Aunque a los futbolistas de la Granja Suárez siempre les había dado igual la indumentaria de Tatín y nada más que uno de ellos, el Cani, se fijó en las estrellitas que nuestro portero llevaba prendidas en su esqueleto metálico, Mira el cojo, con estrellas, le dijo a un compañero que acababa de meternos un gol y que ni siquiera se volvió a mirarlo, aunque antes siempre había sido así, digo, muy pronto empezaron a gastarles bromas y a cuchichear con él, a tirarle de las orejas y a darle golpes en la espalda como siempre estaban haciendo entre ellos. Y Tatín les contestaba poniéndoles zancadillas, tirándoles piedras o riéndose a voces.

Y es que Tatín, desde que había aparecido con los hierros nuevos y la mirada empercudida, nada más llegar al campo de los Sordomudos se acercaba al equipo de Suárez y hasta que nos tocaba el turno de jugar, se quedaba con ellos, hablando con el Cani, el Sánchez o el Escoba y con las niñas que a todos lados iban tras el equipo. Y mientras nosotros estábamos sentados aparte, los niños pequeños que llevaban los de la Granja Suárez le trasteaban las estrellas de las piernas a Tatín y las niñas, mientras fumaban o se hacían trenzas, se interesaban por la polio de nuestro amigo, le daban pellizcos y le tentaban las piernas encanijadas y con mucho desparpajo le preguntaban si lo de la polio dolía, y que desde cuándo la tenía él, si no tomaba medicinas, y que si se quitaba los hierros para dormir. Se reían todos sin que nosotros supiéramos de qué, hasta que al empezar el partido Tatín se despedía de sus amistades y se venía con nosotros como de prestado, por hacernos un favor, que a veces, cuando el Cani, el Migue o el Sánchez le metían un gol, Tatín se reía con ellos, casi tan contento como los de la Granja Suárez. O más. Porque ellos, los de la Granja Suárez, nos metían tantos goles que ya les daba lo mismo y ni se abrazaban ni nada, sólo corrían para la mitad del campo, para empezar a jugar y ver quién era el que nos iba a meter otro gol. Y las niñas le gritaban a Tatín igual que al Sánchez, al Cani, al Escoba o



al Arias, le decían, Venga, Tatín, tírate, tírate, siempre riéndose y siempre murmurando entre ellas cuando al fin Tatín se tiraba y levantaba aquel ruido metálico que era el mismo ruido que a más de mil kilómetros del campo de los Sordomudos levantaban las bailarinas al morirse en el escenario del *cabaret* de don Mauricio Céspedes, un ruido de lentejuelas y estrellas, de carne y huesos, de vidrio, piedras y flanes aplastados.

Al final del partido las niñas de la Granja Suárez le daban agua a Tatín, y era tanta la amistad que nuestro portero tenía con ellas que a veces, viéndonos a su lado, al lado de Tatín, también a nosotros nos dejaban beber de sus garrafas mientras nuestro antiguo amigo se ponía a fumar con ellas. Como Pepito, que llevaba años arrastrando a su alrededor una nube de bisontes, de menceys, de goyas, celtas, chesterfields y de no sé cuántas marcas más, también Tatín se había puesto a fumar, como Castillo, como Quini, todos enfrascándose en una humareda apestosa, todos recontando monedas y peregrinando a quioscos lejanos donde los quiosqueros no conocieran a sus padres, purgándose el aliento con caramelos de menta o, como hacía Barea, comiendo los hierbajos que salían en las orillas de las calles, pegados a las paredes y meados por los gatos, para que su madre no le oliera el aliento a tabaco ni emprendiera los lamentos y los gritos que le hablaban a Barea de su padre y de Alemania, que se estaba dejando la vida allí, en Frankfurt, en Munich, Wilhelmshaven o en algún sitio de éstos, dejándose la vida en la nieve, en la fábrica, para que él se lo pagara de ese modo. Si Barea no comía, si no estudiaba, si llegaba tarde o herido siempre sacaba su madre lo de Alemania, el frío y la fábrica, y lo de la forma de hablar, que no se entendía nada de lo que decían los alemanes, que su padre, el pobre, además del frío y de la fábrica, era como si fuese sordo, y mudo, en Alemania.

Pero a pesar de todo, Barea fumaba hasta quedarse medio mareado, y también el Guille fumaba, aunque tosía, y Diego Manuel, y el Nono. Nada más que el Mocos y yo nos habíamos quedado al margen del clan de la nicotina, aunque al final tragábamos casi tanto humo como Barea, porque el aire que había bajo el toldo del Avia era una especie de algodón espeso en medio del cual nos asfixiábamos cada tarde, sentados todos alrededor de Pepito. Yo es que ya estoy malo de los bronquios, decía Pepito tosiendo,

orgullosos.

—Y yo —tosía también Barea.

Se le acercaba Pepito y arrimaba la oreja al pecho del nuevo fumador mientras le ordenaba:

—Tose. —Y tras escuchar con atención, negaba Pepito—: No es lo mismo, a mí me suena por dentro, a cascado. Son los bronquios. Tú no, a ti lo que te suena es la tos nada más.

Y ya íbamos todos escuchando un pecho y otro en la negrura del camión Avia que ya no olía a fideos ni a garbanzos ni a nada que no fuera a humo. Lo mismo que olíamos nosotros, nuestros pelos, nuestra ropa y nuestra piel. Menos mal que a la calle no me traigo el jersey nuevo, me decía cómplice el Mocos cuando nos bajábamos del camión. Nada más que para el colegio me ha dicho mi madre que me lo ponga, para el colegio o para el cine cuando ella me lleve. Sí, menos mal, le decía yo mirando de reojo su jersey viejo, el zurcido que como una cicatriz mal curada llevaba allí donde yo, Caín de la lana, le había desgarrado la ropa. Una cicatriz con los bordes arrugados y con la piel marchita, como la que se había ido formando en mi interior desde la noche aquella en que el Guille y yo le pegamos en la calle Lanuza, una cicatriz cambiante que a veces desaparecía para luego tensar la piel de mi alma con todo su rigor, como me ocurrió aquella tarde al bajar del Avia y ver su jersey roto, su jersey mal cosido que olía a miseria, a medicina antigua y a carbón mojado, con sus mocos el Mocos, él de verdad con los bronquios malos, siempre resfriado, siempre tosiendo. Su garganta y sus bronquios, o lo que fuera, sí que crujían y tenían un retumbo de caverna, que parecía que por su interior, en vez de selva, el Mocos tuviese un laberinto de minas y de galerías por las que corrían vagonetas con las ruedas rotas, siempre rechinando, no como los bronquios de Pepito que, a medio bajar del camión del Cuellicorto, enseñaba al Guille y a Tatín a hacer aros de humo, maestro de la niebla Pepito.

A Tatín le hicieron una gayola, y fue Pepito quien me lo contó. Fue la primera vez, aquella tarde de lluvia, que yo vi en los ojos de Pepito o en su habla alguna inquietud, algún atisbo de inseguridad. A Tatín le han hecho una gayola, me dijo nada más ver mi cara asomar bajo el toldo del Avia, que estaba empaado y desprendía un olor raro.

—¿En las piernas? ¿Los médicos? —pregunté mientras me aupaba hacia adentro y entre la penumbra y la niebla percibía la figura de Barea sentada al lado de la de Pepito.

—No. Una gayola. En la picha, una paja. La Valeria, de la Granja Suárez. El domingo por la noche.

Medio me maté al entrar en el camión. Caí como caía Tatín contra el suelo, como las bailarinas sobre el entarimado del *cabaret*, sólo que sin ruido de cristales ni de hierros, nada más que con el retumbo de mis huesos y el crujido de la camioneta.

—Ten cuidado —me dijo desde el fondo Pepito—. Parece que han llevado aceite.

—Es tocino —aclaró Barea.

—Tocino —repitió Pepito mientras, al ir a levantarme, yo volvía a patinar.

—El tocino resbala más que el aceite —sentenció Barea ante mi segunda caída.

Y ya cuando a gatas había dejado atrás la zona embadurnada de aceite o de tocino y Pepito comprobó que me encontraba en terreno firme, me dijo que Tatín había llegado esa tarde sin ganas de jugar al fútbol. Se había sentado al lado de él, de Pepito, y mientras Diego Manuel y el Guille le chutaban al Nono, no paraba de mirar a un lado y a otro de la calle, empañándolo todo con la mirada, todo el rato medio riéndose. Primero le preguntó por lo bajo a Pepito si había oído hablar de la Valeria, de la Granja Suárez, y antes de que Pepito le contestara ya había dicho él, No tú no la conoces, si no vas a los Sordomudos no la puedes conocer, tiene la boca, los labios, como una ventosa. Y ya en voz alta, mirando para la escalerilla y para Diego de Vergara, medio les gritó a los tres que estaban jugando con la pelota si no conocían a la Valeria de la Granja Suárez, morena y con el pelo muy largo, con una felpa roja y un niño pequeño que era su hermano y siempre estaba haciendo hoyos al lado del campo. Sin importarle si los otros sabían quién era la Valeria ni si la confundían con la Nati, la Piqueras o la Benita, les dijo a Pepito y a todos que luego les iba a decir lo que le había hecho el domingo la Valeria, en la alberca de los Sordomudos.

Esperó Tatín a que llegara Castillo para contar los detalles, me dijo Pepito

sin dejar de fumar en el Avia del Cuellicorto mientras a su lado Barea se abrazaba a la talega del pan, callado y envuelto en humo y olor a tocino, o a lo que fuese. Con sus ojos de alimaña, esperó Tatín a que Castillo dejara de hacer malabarismos con el balón, a que se sentara al lado de Pepito y a que todos se quedaran callados para contar lo de la gayola. Esperó incluso a que fuese Pepito quien preguntara a Castillo si él conocía a la Valeria del campo de los Sordomudos, esperó a que Castillo pensara y dijese para sí, La Valeria, ¿una del pelo largo con la felpa? Ésa, dijo Tatín. La del niño de los boquetes, aclaró Castillo. Sí, se le abría la sonrisa a Tatín, la Valeria, el domingo me quedé en los Sordomudos con ella. Nos quedamos el Cani, el Sánchez y yo con la Valeria, y ella todo el rato estaba tocándome las estrellas de las piernas, mirando si las puntas pinchaban, y si se podían despegar de los hierros, preguntándole al Sánchez lo que valía una estrella de ésas y dónde las vendían, si a él no le gustaría tener una, y el Sánchez le decía que para qué quería él una estrella si no tenía hierros en las piernas, y ella, la Valeria, me tentaba por arriba de las rodillas, los muslos, y me preguntaba si los hierros no me daban frío, y el Sánchez y el Cani apagaron sus cigarros en una piedra y dijeron que se iban para la Granja, que si ella se quedaba, y la Valeria no les dijo ni que sí ni que no, nada más que dobló la cabeza hacia un lado y encogió el hombro, y el Sánchez y el Cani se fueron riéndose por en medio de la noche, el Cani botando el balón, y desde la otra punta del campo se oían sus voces, que al principio creí que no se habían ido y que estaban mirándonos desde los derribos, brillando los cristales rotos con la luna como si alguien corriese por la escombrera. Y luego, contó Tatín, la Valeria y él empezaron a andar por la vereda que había entre los escombros y los matorrales y se sentaron a fumar en el borde de la alberca, la luz del cigarro iluminando de naranja el resplandor de la luna en la cara de la Valeria, un ruido líquido y de ranas deslizándose por el agua negra de la alberca, por los sumideros que los troncos, los muebles destripados y las vigas habían formado en su superficie. La Valeria lo miró con la sonrisa y las sombras en la cara y le dijo si le daba la estrella, la estrella del cinturón, la estrella grande, y Tatín le preguntó si le gustaba, y ella le dijo que sí y que si él le daba la estrella ella le hacía una gayola, eso le dijo. Y Tatín miró al suelo, y a la luna, y a la cara de la Valeria, y dijo casi sin voz, Bueno. ¿Sí?, dijo la

Valeria. Bueno, volvió a murmurar Tatín, ya con la mano de la Valeria en su barriga, que creía que le iba a coger la estrella, pero la Valeria no le cogió nada, sólo le desabrochó el pantalón y le tiró de él para abajo, que Tatín estuvo a punto de subírselo, como si estuviera en el médico y le fuesen a mirar las caderas y la columna vertebral. Pero la Valeria no le iba a examinar nada, la Valeria le puso una mano fría en el vientre desnudo, con la sonrisa, y fue bajando muy despacio la mano, moviendo los dedos, tentando a Tatín, que empezó a quedarse con la respiración partida, con la luz de la luna entrándole en los ojos envenenados, la mano de la Valeria, moviéndose cada vez menos despacio, sin dejar de sonreír, ¿Que te gusta?, Tatín sin contestar, mirando la mano, mirando los dedos, mirando el brazo y el jersey, los pechos estremecidos de la Valeria, ¿Te gusta?, y Tatín aplastando el jersey, los pechos de la Valeria, y la Valeria esquivando su beso, esquivando su boca, medio riéndose, moviendo más rápida la mano, volviendo a preguntar, ya sin reírse, ¿Que te gusta, guarro?, los hierros de Tatín temblando, la mano de la Valeria detenida y ella agachándose, arrodillada delante de él y metiéndose la picha de Tatín en la boca, chupando sin dejar de mirarle la cara y los ojos a Tatín, que tenía calambres, una electricidad, sillas eléctricas en miniatura que le subían por las ingles y que le bajaban por detrás de los riñones y se le perdían por la boca de la Valeria, por los labios oscuros de la Valeria que parecía que hablaba sin poder hablar, la baba de la lengua, y fue como si la luna se derritiera de pronto y sus gotas blancas le salpicasen a Valeria la cara, el ojo y los labios, derramándose sobre el vientre de Tatín y saltando sobre su pierna al vacío de la alberca, cayendo como estrellas las gotas contra el agua negra, cometas de la noche goteando por las vigas y los muebles a medio hundir en el agua, que se estremecía y ondulaba en lo hondo de la alberca.

La lluvia golpeaba contra el toldo del Avia, y el camión entero estaba húmedo, con aquel olor rancio y la grasa del tocino o lo que fuera pegada a mis manos y a mi ropa con su tacto viscoso. Pepito hablaba y Barea miraba pensativo la negrura del toldo, abrazado a la talega y al pan que llevaba dentro de la talega. Todos se habían quedado callados esa tarde cuando Tatín contó lo que la Valeria le hizo al borde de la alberca, rehuendo cada cual la mirada de los ojos encharcados de Tatín y de su entrepierna, todos en silencio hasta que Pepito le advirtió a Tatín que lo que le hizo la Valeria con la boca

era muy peligroso, porque si a uno le soplan por ahí le da una embolia en el cerebro y se muere de momento. Y Tatín con su media sonrisa dijo que él lo haría otra vez, aunque le tuviera que dar a la Valeria todas las estrellas que le quedaban, aunque tuviera que darle los hierros enteros y tuviese que ir arrastrándose a todas partes. ¿No es verdad?, le preguntó Tatín a Castillo, que al momento no supo qué decir ni estaba seguro de que Tatín le hablase a él, ¿No es verdad que da mucho gusto? Quini te lo hace a ti, lo de la gayola por lo menos, ¿no, Castillo?, eso lo hacen todas, allí en lo del electricista, ¿no te hace nada Quini? ¿Que no la registras tú por debajo de la ropa, Castillo?

A Castillo las espinillas se le pusieron todavía más blancas, rojas por abajo, como volcanes que fuesen a empezar a tirar piedras y lava. Se levantó del escalón, sacudiéndose mucho los pantalones, que no estaban manchados.

—¿Qué te hace, Castillo?

—Te vas a meter la lengua por el culo, tú. Y las estrellas también.

—Sí. Pero ¿qué te hace Quini en lo del electricista?

—Te aprovechas de que eres un cojo.

—Yo ya he contado lo de la Valeria, ahora habla tú.

Castillo se había dado la vuelta y empezaba a andar hacia la esquina de Diego de Vergara, todavía sacudiéndose:

—Un cojo y un maricón.

Me dijo Pepito, entre la lluvia y el humo y la peste, que ellos, el Nono, Diego Manuel, el Guille y él, ya no sabían para quién hablaba Tatín, si para ellos, para Castillo o para él mismo:

—Quini sí que lo tiene que hacer bien. La boca que tiene. —Se quedó callado Tatín, viendo cómo Castillo se alejaba y ya no podía oírlo, cada vez hablando más bajo—. La boca que tiene, y sin parar de mirarte.

Los miró a todos con su sonrisa torcida Tatín. Y fue justo entonces cuando empezó a llover y de la calle comenzó a brotar un olor a tierra seca. Mientras los demás recogían las camisetas y la pelota y se preparaban para subirse al camión del Cuellicorto, Tatín seguía allí sentado, mirándolos con la sonrisa y los dientes, unas gotas de agua bajándole despacio por el cristal de las gafas. Y cuando Pepito le preguntó si él no iba a subir al Avia, Tatín le contestó que no moviendo la cabeza. Se levantó Tatín con un tirón violento, medio saliéndose de las caderas, y Pepito, subido ya a lomos del portón

trasero de la camioneta, lo vio alejarse camino de la calle Mármoles o de la Pellejera, el pelo brillándole como un campo mojado.

Nada más acomodarse en el camión, apareció Barea, que sólo fue a asomarse para ver quién había dentro pero que al comunicarle Pepito lo de la gayola de Tatín entró medio patinando con su talega de pan y allí se quedó sentado hasta que Diego Manuel, el Guille y el Nono se fueron, sin importarle a Barea su padre, ni Alemania ni el sermón que su madre le iba a dedicar cuando llegara a su casa, oyendo una y otra vez los detalles del encuentro entre Tatín y la Valeria, repasando en silencio el cuento de Pepito y oyendo cómo éste le hablaba de los peligros que tenía que a uno le soplaran por el boquete por donde se orina. Yo me quedé igual de callado que Barea, pensando que algún día, quizá muy pronto, también yo tendría que ir a que me hicieran una gayola y a que en medio de la noche me bajaran los pantalones como habían hecho con Tatín, como irían el Mocos, Barea, el Guille y todos, cada uno por su lado, cada uno en la soledad de una noche distinta, igual que se muere la gente, siempre sola, no importa que a su lado se muera su amigo o su vecino o que una ciudad entera se muera a la vez con una bomba atómica. La muerte se lleva a cada uno por un camino diferente y oscuro, cada cual por un corredor interminable y vacío.

Así tendríamos que ir todos a que nos hicieran una gayola en medio de cualquier escombrera o en el borde de alguna alberca, como andan los presos a los que van a sentar en la silla eléctrica, nada más que con el guardia que les va a poner las correas y con un cura que lo único que hace es empeorar las cosas hablando todo el rato de la muerte y de los muertos. Así tendría que ir yo una noche, con la Valeria o con otra como la Valeria andando a mi lado, dispuesto a que me chuparan lo que me quisieran chupar y a que me soplaran por donde no debían soplarme, que hasta era posible que me entrase aire y me muriese como decía Pepito que se moría mucha gente, de una embolia, de un rayo blanco que te entra en la cabeza y que ya no se apaga nunca, que eso es la muerte, un rayo que te deja los ojos y la cabeza entera en blanco, para siempre.

Luisito Sanjuán hacía su plana con media lengua fuera, con los ojos entornados por el sueño, embelesado con la navaja de cachas coloradas que había en la Ferretería Maldonado o quizá con los pasteles de la Jijona que ese

domingo escogería en la vitrina de la pastelería, ajeno a gayolas y a descampados. Conchi Canea nunca haría ninguna gayola a nadie, y menos se pondría a chupar nada Conchi Canea, Conchi Canea dibujaba los Evangelios, dibujaba un infierno de colores por donde a uno le daban ganas de pasear, con sus rocas y sus ríos de lava encarnada, tan distinto al infierno de verdad, el que salía en la Biblia del padre de Diego Manuel y por el que la gente se retorció por los suelos, comida en el blanco y negro de las láminas por unos monstruos llenos de escamas y donde uno tenía que vivir toda la eternidad con el pecho atravesado por una espada, con un vecino sin cabeza y niños a los que les habían hecho las piernas rodajas. Ni siquiera el Pitracó, por mucho que lo hubiesen operado de vegetaciones, parecía preocupado por el asunto de las gayolas, él sólo pensaba en irse corriendo para la Almi y hacerle gayolas a las máquinas de escribir, dándole para arriba y para abajo al carro y a las teclas de la mecanografía. Nadie parecía enterado de nada, cada cual iba a lo suyo, unos a la Almi, otros pintando Evangelios y otros, como el Guille y el Nono, dándole efecto al balón y aprendiendo a chutar de rosca. Nada más que Barea parecía verse ya sentado en el borde de la alberca y con la Valeria o alguna amiga de la Valeria arrodillada delante de él. Pero como Barea nunca decía nada, aparte de hablar de Alemania, yo llegué a pensar que a lo mejor lo que Tatín había contado era mentira, una patraña para provocar a Castillo y envenenarle la sangre.

Pero nada era mentira, a la semana siguiente, cuando fuimos al campo de los Sordomudos, allí estaba ella, la Valeria, con la estrella de Tatín colgando del pecho. Todo el rato se estuvo riendo la Valeria, gritando cuando a Tatín le metían un gol o el balón iba a estrellarse contra su cara o en mitad de su pecho. Silbaba y aplaudía, hablaba en voz baja con sus amigas y cuando Tatín la miraba ella torcía la cabeza y con un dedo dibujaba con mucho tiento el perfil de la estrella color de fuego. Nada más acabar el partido se nos acercó la Valeria, cruzando el campo con una garrafa de agua y con el niño pequeño que siempre estaba haciendo boquetes dando tumbos detrás de ella. Después de Tatín, bebió ella, y como yo estaba allí, a su lado, mirándole la boca y los labios oscuros por los que se derramaba una gota de agua, me acercó la garrafa y me dijo que bebiese si quería. Al ir a beber por donde ella había puesto los labios me pareció que era como si al final yo también le



anduviera chupando la entrepierna a Tatín, pero aupé la garrafa y bebí, bebí mirando de reojo cómo la Valeria pegaba su cuerpo al de Tatín, cómo pegaba sus labios a los de él y chupaba como yo chupaba de la garrafa. Y mientras ella se apartaba de Tatín y reía con su voz ronca, yo todavía seguía bebiendo, ahogándome, no sé si con el agua, con la saliva de la Valeria o con la de Tatín, ahogándome y pensando que todo el mundo va chupando la boca y la entrepierna de todo el mundo, chupándola por los vasos, por los caños de las botellas que van de boca en boca, siempre chupando cosas que otros ya han chupado, libando todos de las mismas flores, como decía Tatín que les contaban los curas cada vez que se ponían a explicarles la reproducción, que en vez de follar nada más que les hablaban de abejas y de flores y de las miasmas y el polen que los bichos llevaban de un lado para otro.

Yo a todas horas estaba mirando bocas, y donde mejor y con más detenimiento podía mirarlas era en las fotografías que mi hermano, Carlos del Río, había mandado desde Barcelona. Ya no sólo miraba la palidez de los cuerpos ni la lisura de la casa Mandarín que tenían los pechos de las bailarinas, sino que también examinaba sus labios. Y me di cuenta de que había labios muy distintos, labios cremosos por los que daría gusto pasar los dedos y los labios y la lengua, y labios oscuros de carmín que en las fotos salían negros y que no se sabía si estaban manchados de sangre o eran la puerta de un túnel, labios pálidos que no parecían labios, labios curvos como águilas que volaban amenazantes por el cielo de la cara y labios gruesos como un animal dormido al sol, labios tan rectos como el horizonte y los muelles y labios brillantes como la luz de los *cabarets* en mitad de la noche. Y a todas horas imaginaba yo todo lo que aquellos labios habrían chupado en sus vidas, la de líquidos, la de saliva de otros labios, la de baba blanca de hombres que en ellos se habría derramado, cientos, miles o millones de niños en miniatura, niños microscópicos que habían caído sobre esos labios por los que yo me iba dejando la vista, mirando también las fotografías emborronadas que entonces mandaba mi hermano y que ya no eran fotos en las que uno se creía que de un momento a otro iba a oler la piel de las bailarinas, a sentir su aliento empañando ese velo de vidrio que parecía recubrir el papel. Yo los labios de las bailarinas los miraba mayormente en las fotografías antiguas, porque las que iban llegando en ese tiempo eran unas

fotos desmañadas en las que la gente aparecía con la cara en sombras y medio escondida, los labios removidos y todo lleno de tinieblas, como si el *cabaret* se hubiera incendiado y nadie se hubiese dado cuenta. Así eran las fotos de Porpeta. Rovira ya nunca hizo más fotografías, ni a mi hermano ni a nadie.

Rovira ya nunca más fue al *cabaret* desde que aquella noche en que el policía Machuca le salió al paso y le habló de los antiguos amores de su mujer con Alberto Santos Cambri, del incendio que había habido en su casa y del ahorcamiento del antiguo dueño del *cabaret*. A partir de entonces, Rovira se refugió en el laboratorio de la pensión, recomponiendo fotografías antiguas y mezclándolas con otras más recientes, fabricando sus monstruos y viendo cómo bajo las luces rojas pasaba ante su vista la memoria entera del *cabaret*. Bailarinas de las que ya apenas recordaba el nombre, clientes a los que el tiempo y la vida les habían mudado la cara, músicos que acabaron por cambiar de profesión, Lili, Fátima Combados y otros difuntos que allí revivían, estremecidos bajo los líquidos del fotógrafo Rovira, nadando unos personajes sobre otros, amontonados como si estuvieran en lo hondo de un infierno líquido y oloroso.

Y así, mezclados unos con otros, la cabeza de Almudena Fernández con el cuerpo de un faquir antiguo, la figura de don Mauricio Céspedes riéndose entre las llamas de un incendio, cuerpos de enanos con piernas de bailarinas, iban llenando las carpetas del fotógrafo Rovira, que desde lejos era vigilado por doña Angelines, ignorante de la causa que había alejado a su marido del *cabaret* pero consciente del dolor descarnado en el que vivía aquel naufragio en el que Rovira se había convertido. Don Mauricio me ha echado, fue toda la explicación que el fotógrafo le dio a su mujer aquella noche mientras se metía en la cama, todavía con el aliento del policía Machuca en el paladar. Ya no quiere que haga más fotos en el *cabaret*, ni que vaya por allí. Las harás en otra parte, donde tú quieras, le contestó doña Angelines, apoyándose con un codo en el colchón y mirando la nuca y el perfil de Rovira. No, ya no voy a hacer más fotos nunca, dijo Rovira con los ojos cerrados. Ya me procuraré un trabajo, de otra cosa que no sea fotógrafo.

Pero el único trabajo que Félix Rovira se procuró fue el de fantasma. Se convirtió el fotógrafo en el fantasma de la pensión Ríos-España, en una presencia que a todas horas se dejaba oír con ruidos minúsculos, trasteando

tras la puerta de su laboratorio, meneando líquidos, papeles y cubetas, un alma en pena de la casa Kodak que a pesar de todo no alteraba el ritmo de la pensión, que en realidad era el ritmo de doña Angelines, entregada por encima de su pena al cuidado de aquella clientela de noctámbulos cuya avanzadilla siempre la constituía el chino Bonilla, dispuesto cada día a tomar su aperitivo de café y magdalenas y siempre bostezando por el pasillo con su batín de dragones y su bigote postizo revoleado por el sueño. Seguía doña Angelines cronometrando el hervor de los huevos pasados por agua del camarero Álvarez y recogién-dole con mucho mimo la postal de Gregory Peck, olvidada la mitad de los días entre el ropaje de la cama, seguía hablando de bailes, de tacones y de piernas y de medias con Almudena Fernández, escuchando las poesías del afilador que continuaba sin afilar nada, seguía doña Angelines sin hacerle la cama al Trompeta, sólo cambiándole las sábanas arrugadas por otras que ella misma le enmarañaba para que la del Trompeta pareciera la cama de un músico y no la de un oficinista, que era lo que más miedo le daba al Trompeta, parecer un oficinista, parecerse a sí mismo cuando trabajaba en un banco de Albacete y tocaba la trompeta a escondidas.

Y mientras en el comedor cada cual, menos el camarero Álvarez que, como ustedes recordarán, siempre estaba callado y parecía sordomudo por la cosa de la marcha atrás, cada cual, digo, contaba los sucesos de la noche anterior y cómo había salido su número, si la Bella Manolita había resbalado al salir al escenario o si el cliente aquel de las gafas de culo de vaso en medio de su borrachera se había metido en los camerinos y se había puesto a gritar viva España al sorprender a Mari Carmen Molina desnuda, mientras el Trompeta hacía música con los cuchillos y los vasos, mi hermano seguía en la cocina cantándole a doña Angelines por lo bajo a la vez que ella le daba fuego a las patatas o hacía la masa de las croquetas, hasta que ya a última hora, cuando los platos empezaban a llegar a las mesas, Rovira salía de su laboratorio, sin tupé y con ojeras, cansado de hacer monstruos como el doctor Frankenstein, todo el rato recosiendo trozos de gente distinta en busca de no se sabe qué misterios, y ya mi hermano dejaba de cantar y el rumor del comedor bajaba ante la presencia fantasmal del fotógrafo, al que ya todo el mundo empezó a tratar como a un enfermo y a preguntarle cómo se

encontraba, igual que si la tristeza esa que tenía le fuese comiendo los pulmones o matándole la sangre.

Sólo mi hermano se atrevía a hablarle del *cabaret* y de lo mal y lo distinto que estaba, que sin él, sin Rovira, parecía que lo hubieran cambiado por dentro, que el decorado brillase menos y hasta que la música sonara de otro modo, como si le hubieran robado algún instrumento. Hasta llegó a confesarle mi hermano que su representante, el representante Carmona, le había aconsejado que aceptara hacer una gira con el Teatro Chino y dejase por una temporada el *cabaret*. Aunque la verdad es que mi hermano, Carlos del Río, en esa época no tenía ningún pensamiento de dejar Barcelona y sólo lo decía por conformar a su amigo Rovira, que lo escuchaba todo sin escucharlo, con la mirada metida en la sopa que se estaba tomando, como si mirase lo hondo de un horizonte marino y no un plato de caldo con trozos de zanahorias y puerros flotando en aquella marisma turbia y caliente.

—¿Y ella? —le preguntaba de tarde en tarde Rovira a mi hermano.

—Ella sigue allí, y me pregunta por ti. Que por qué no vas.

—¿Y tú qué le dices?

—Yo no le digo nada —le contestaba mi hermano.

Tomaba la sopa Rovira arrugando la cara, y mi hermano seguía contándole alguna cosa del *cabaret*, aunque la verdad de lo que allí ocurría no se la contaba. Se tomaba la sopa mi hermano y no le decía que ahora todas las noches estaba rondando por la sala de fiestas el policía Machuca, que se movía por entre las mesas, por los camerinos y por todas partes —menos por detrás del mostrador, que Anselmo el encargado se le puso delante de la entrada de camareros y el policía le sonrió, le dio un pellizco en las mejillas colgantes y tuvo que darse la vuelta sin entrar— como si el dueño del *cabaret* fuese él, y que el policía empezó a aficionarse a Lolita Berruezo, a la que le faltaba medio diente pero a la que le sobraban meneo de caderas y ganas de reír. Tampoco le hablaba mi hermano a su amigo Rovira del vagabundeo que por el *cabaret* y por media Barcelona llevaba Avelino Padilla desde que Machuca se les apareció en mitad de la noche, ya sin que don Mauricio le hiciera ningún encargo, olvidado por don Mateu, fregando el gimnasio y sin ánimo para hacer sombras ni pegarle al saco de arena, pasando las horas en los bancos penumbrosos de los Billares Tesán en compañía de las muchachas

que acompañaban a los clientes a los retretes y que de vez en cuando, por quitarle la pena, le hacían un servicio gratis, del mismo modo que Anselmo el encargado le daba de beber en el *cabaret*, donde ya apenas hablaba con su amigo Alberto Tesán, que ahora les leía sus versos a las bailarinas, al Trompeta y a un cliente tuerto que decían que era poeta profesional y que sacaba sus poesías en los periódicos y hasta por la radio.

Se tomaban la sopa, se comían sus filetes empanados y sus croquetas y mi hermano le preguntaba al fotógrafo Rovira si se acordaba del mago aquel, Rafael Pérez Estrada, que hacía aparecer y desaparecer ángeles del escenario y que llevaba bandadas de palomas en la manga de la chaqueta o no se sabía dónde, y le decía que la otra noche había estado en el *cabaret* para saludar a los amigos y ver a Chin Lu, que los dos magos se tenían mucha admiración, pero no le decía Carlos del Río, mi hermano, a su amigo que don Mauricio Céspedes se había decidido a comprar nuevo vestuario para los bailarines y hasta para los músicos, que no era raro verlo invitar a la clientela a champán y que el público vivía un periodo de efervescencia y de alegre nerviosismo, todo el mundo expectante, como si de algún modo se supiera que en el escenario iba a producirse una nueva tragedia.

Y si mi hermano no le contaba a su amigo Félix Rovira nada de esto que yo sí les cuento a ustedes, menos todavía le contaba que don Mauricio Céspedes había nombrado a Soledad Rubí segunda bailarina del espectáculo y que a todas horas estaba llenándole de flores el camerino, y que una noche, al regresar de su actuación, la bailarina encontró colgado de una de las bombillas que rodeaban el espejo de su camerino un collar todo de pedrería blanca. Soledad Rubí se quedó mirándolo con atención, pero después de observar aquellos fulgores que nacían del corazón de los cristales y que resplandecían como gotas de sol, se sentó en su butaca y empezó a untarse la cara de pomada y a limpiarse el maquillaje con mucha parsimonia, hasta que, titubeante y con una sonrisa ilusionada, don Mauricio Céspedes llegó al camerino. A través del espejo, Soledad Rubí vio cómo se le desbarató la sonrisa y se le atravesó el ceño al empresario al ver el collar colgando a un lado del cristal, recalentado por las bombillas, despreciado.

—¿Que no lo has visto, el collar, Soledad?

Pero Soledad Rubí no contestaba, seguía con el embadurnamiento y las

pomadas, sin que nadie pudiese afirmar si aquel fulgor que había en sus ojos y que era tan intenso como el del propio collar estaba motivado por el orgullo, la timidez o el miedo.

—Es un collar de diamantes. Para ti. —La cara de don Mauricio expresaba pena—. Para ti, Soledad. ¿No lo has visto?

El maquillaje azul de los párpados ya sólo era un borrón turquesa, un churrete multicolor que la bailarina arrastraba con un algodón hasta las sienes, hasta el nacimiento de su pelo color de trigo. Sí, dijo en un susurro, con los ojos entornados.

—¿Y no te ha gustado?

Bajo el nubarrón oscuro de los párpados, los ojos de la bailarina Soledad Rubí se abrieron con el color y la profundidad que en las tormentas tienen las aguas de los estanques y los manantiales, llenos de verdor y del reflejo amarillento de la maleza. Y como si su voz en verdad fuese un viento lejano, un susurro de aire removido, la bailarina dijo que no quería collares ni flores ni regalos, y que ella sólo quería bailar, bailar en el *cabaret*. Hubo de suplicar, de dar largas explicaciones y de achicar el sudor de su frente con un pañuelo de seda don Mauricio Céspedes, y sólo después de muchos ruegos y de que el empresario se postrara de rodillas ante ella, aceptó Soledad Rubí el collar. Y en esa pose, ella en su sillón, ya sin apenas maquillaje en la cara, sólo con el carmín de los labios difuminado y dejándola con una boca que no parecía boca, y él arrodillado y besando la punta de sus dedos, la superficie lacada de sus uñas, los vio por la puerta entreabierta la Bella Manolita, que en realidad se llamaba Amalia Moreno y que durante años había sido la amante de don Mauricio Céspedes.

Cada día tenía los ojos más alquitranados la Bella Manolita. Todo se lo tragaban aquellos ojos que ya sólo eran dos pozos de tinta negra en la que se ahogaban espectadores, camareros, músicos, bailarines y a cuyo fondo habrían ido a parar todos los marineros de Ulises y el propio Ulises por mucho que lo hubieran amarrado sus compañeros al palo mayor. Velas, troncos, barcos enteros eran tragados por aquel abismo cenagoso que la Bella Manolita tenía por ojos y a cuyo fondo ya nadie osaba asomarse, todos mirándola de soslayo o apuntando la vista al hablar con ella al entrecejo o a la punta de la nariz de la veterana bailarina. Sólo doña Adela de Céspedes, en

sus contadas visitas al *cabaret*, le aguantaba con templanza la mirada mientras ella, la Bella Manolita, le hablaba de la tal Soledad Rubí, la bailarina que no era bailarina y con la que había que tener mucho cuidado porque sólo quería enredar hombres y aprovechar cada momento para pegarse a don Mauricio y rodearlo como una serpiente que está llena de veneno. Se estremecía doña Adela, arrebujaada en sus zorros y chinchillas, murmurando, Hija, Amalia, qué desagradable te pones cuando quieres, y negando con la cabeza se llevaba a los labios empingorotados un trago de champán.

—Si parece que hasta te huele el aliento cuando hablas así —la provocaba por ver si la otra la dejaba saborear en paz las burbujas y la música.

—Yo se lo digo porque es su marido.

—Muchas gracias, Amalia. Pero también lo podías haber pensado cuando te metías con él en la cama. Que me lo dejabas seco.

Se removía en un reflujo negro la Bella Manolita, que a cada paso estaba ahora yendo a la pensión Ríos-España, enredando en el cuarto de Almudena Fernández, hablando de muertos y de los tiempos pasados, y aprovechando la menor ocasión para entrar en el laboratorio de Rovira y con la excusa de ver sus experimentos incitarlo a que volviera al *cabaret*, que no podía ella explicarse el porqué de aquel abandono después de tantos años, con lo que allí lo querían, que nadie hacía las fotos como él y que ningún artista se dejaba retratar por Porpeta, que los sacaba arrugados y metidos en sombras como si estuvieran en un tugurio. Si lo que tenía era un problema con don Mauricio, a todos en el *cabaret* les pasaba igual, y todos iban a ayudarle en esa lucha. Se callaba la Bella Manolita, escudriñando con sus ojos la impasibilidad de Rovira, tanteando y bajando la voz para decir que la niña esa, Sonsoles, preguntaba por él, y que si había sucedido algo con la bailarina todo podía arreglarse, ella, Amalia, estaba dispuesta a ayudarle en lo que hiciera falta, aunque nada más fuese por su propio interés, que ya sabía Rovira lo que ella quería a don Mauricio y lo que le había soportado para que ahora viniese una niña con olor a gallinero y le arruinase la vida.

El fotógrafo Rovira la escuchaba volcado en sus carpetas negras y no le decía nada, sólo que no, que no iba a ir más al local de don Mauricio y que iba a trabajar en otra cosa, no de fotógrafo. Eso decía. Aunque la verdad es

que Rovira nunca dejó de ir al *cabaret*. Muchas tardes, nada más abrir Anselmo el encargado, aparecían los zapatos de Rovira bajando muy despacio las escaleras y desde el pie de las mismas, con una palabra o sólo un gesto, el fotógrafo saludaba a Anselmo y entraba en la sala, mirando muy despacio los focos apagados, el escenario y el cortinaje de terciopelo rojo, un musgo sangriento que ascendía hasta el techo. Deambulaba el fotógrafo Rovira como una sombra por los pasillos que conducían a los camerinos, acariciando las paredes, oliendo los trajes que habla colgados en las barras que atravesaban de un lado a otro de las pequeñas habitaciones, y al final de su ronda iba a sentarse en una mesa con su tupé de aventurero algo marchito, se bebía una copa de ginebra que Anselmo el encargado le llevaba, y después de bebérsela mirando el escenario callado y en penumbra, con un nuevo gesto o sólo una palabra, se despedía de Anselmo y se iba antes de que nadie llegara.

Fue en una de aquellas visitas furtivas cuando Rovira vio la fotografía de Soledad Rubí, un cartel en el que la bailarina aparecía con su nombre rotulado y con un casquete de piedras azules cubriéndole la cabeza, como si su pelo, corto y brillante, hubiera cristalizado en un mar de olas congeladas del que surgían todas las gamas y los tonos del azul. El rostro de la bailarina, con el fulgor amarillento de sus ojos rodeado por un maquillaje azul sobre el que destacaban unos copos cristalinos del mismo color, parecía surgido de una leyenda o de un sueño, y cuando Rovira extendió los dedos para acariciar la fotografía, tuvo la certeza de que su mano iba a hundirse en el agua, que aquel rostro flotaba bajo un líquido que lo separaba del mundo y de las leyes del tiempo. Le contó Anselmo el encargado a mi hermano que una lágrima, solamente una brotó del ojo derecho de Rovira y que, con la cara alumbrada como si verdaderamente estuviese asomado al fulgor de una piscina iluminada en la noche, le preguntó quién había hecho aquella fotografía, si don Mauricio había despedido a Porpeta.

Aquél fue el día que más palabras cruzaron Rovira y Anselmo el encargado desde que el primero de ellos tuvo el encuentro con el policía Machuca y empezó a ir furtivamente por el *cabaret*. Sólo que Rovira no parecía escuchar nada, miraba la foto de la bailarina Rubí, pasaba sus ojos por los ojos de la foto y por los labios, por el diente blanco que asomaba tras



la dulce barrera del carmín, el cuello blanco y liso con el fino collar de diamantes cayendo clavículas abajo como una cascada de agua helada. Muy despacio miraba el inicio redondeado de los pechos, recubiertos por dos casquetes de piedras azules que formaban una cadena de espirales y de armónicos dibujos entre los que se adivinaba la lisura de la piel, de un tono crema, casi rosado. Y así, mientras la lágrima se evaporaba de la mejilla de Rovira y éste miraba el cartel de la segunda bailarina del *cabaret*, Anselmo el encargado le dijo que don Mauricio había buscado un fotógrafo especial para aquel trabajo con el que quería presentar su espectáculo renovado, un reportero de fútbol acostumbrado a hacer fotos en movimiento y que estuvo una noche dando vueltas por el *cabaret*, metiéndose entre el público y entre la orquesta para hacer fotos con mucha soltura y velocidad, no como Porpeta, que cada día tardaba más en apretar el botón de su cámara. Ante la insistencia de don Mauricio, que le ofrecía trabajar en el *cabaret* con mejor sueldo que el que tenía echándole fotos a los futbolistas, el reportero, que le parecía a Anselmo el encargado que se llamaba Ochoa, o algo así, le contestó a don Mauricio que él no se quedaba allí, que en el fútbol no tenía él costumbre de ver a los hombres con los ojos pintados ni con aquellos pantalones tan estrechos, dando pasitos para adelante y para atrás. Y luego estaban las bailarinas, que tampoco se sabía quiénes eran, con aquellos maquillajes y los nombres cambiados. Y mirando a Soledad Rubí, que en ese momento caminaba cerca de ellos, dijo el reportero que él no quería padecer tormentos y que de quedarse trabajando allí estaba seguro de que iban a arruinarle la vida. Entonces fue cuando hizo la fotografía esa del cartel, muy rápidamente, justo cuando Soledad Rubí pasaba por su lado y el asomo de una sonrisa estaba a punto de aflorar a sus labios, como una ola en el instante de romper y extenderse por la orilla, por la playa serena que eran los labios y el rostro de Soledad Rubí. Y una vez hecha la fotografía, se quedó Ochoa o como se llamase, con la cámara pegada a la cara, mirando por el visor cómo Soledad Rubí, deslumbrada por el *flash* y sin interrumpir su marcha hacia los camerinos, le sonreía abiertamente. Retiró la máquina muy despacio de su rostro y negando con la cabeza rechazó la copa que don Mauricio le ofrecía, a la vez que murmuraba que la espina dorsal se le había levantado como una cresta, de miedo.

Anselmo el encargado le dijo a Rovira que el tal Ochoa nunca volvió al *cabaret* y que cuando don Mauricio Céspedes fue a su casa para recoger las fotos que había hecho esa noche y volvió a insistirle y a hacerle nuevas ofertas para que trabajase en el *cabaret*, el otro cogió a don Mauricio del brazo y lo sacó de su casa, le cerró la puerta en la cara. Y cuando el empresario ya había bajado un piso por las escaleras, el reportero volvió a abrir la puerta y por la barandilla le tiró en un sobre los negativos de las fotos y todas las copias y las pruebas que había hecho, como si todo lo relacionado con el *cabaret* y las bailarinas estuviera lleno de microbios, que es lo que empezó a pasarme a mí con el campo de los Sordomudos y las niñas de la Granja Suárez, que al verlas ya era como si me viese a mí mismo andando por un descampado en mitad de la noche, como si por en medio de las escombreras me llevaran hasta una silla eléctrica que por allí hubiera arrumbada, lo mismo que en la chatarrería de la Pellejera estaba la silla eléctrica de Tatín.

La silla eléctrica era un coche destripado que había en lo alto de una montaña de hierros retorcidos, un Renault 8 pintado de color rosa en cuyo interior Tatín pasaba las tardes haciéndose gayolas. Desde abajo de aquella cumbre de palanganas aplastadas, lavadoras sin tripas y láminas amarillas de óxido se oía el castañeteo de los hierros, un temblor metálico que descendía rumoroso y vibrante desde aquel coche al que todos llamábamos la silla eléctrica por los espasmos que sacudían a sus ocupantes. A veces viajábamos hasta cuatro personas en la silla eléctrica, cada cual metido en su gayola y en sus pensamientos, cada uno absorbido por el vértigo y el desmayo de su entropierna.

Todos viajábamos con Quini en la silla eléctrica. No importaba que quien más nos gustara fuese su prima Esperancita, que tenía el pelo más claro y los ojos más dulces y olía mejor, a la hora de iniciar el traqueteo en el coche rosa de la Pellejera todos invocábamos el recuerdo de Quini, y su imagen se iba fraguando en la mente de cada cual, que a veces el propio Tatín, situado siempre al volante de la silla eléctrica, como si en verdad nos condujera a todos en aquel coche por no se sabe qué caminos de la imaginación y de la vida, nos iba indicando el recorrido mental que él iba haciendo por el cuerpo de Quini, y así, con la voz medio traspuesta, preguntaba, Las tetas, ¿se las

estáis viendo cómo las tiene, las tetas?, ya se las estoy palpando, y la barriga, por abajo, y las bragas, se las voy a bajar, ya se las estoy bajando y le salen los pelos. Y todos, entre ahogos, protestas y risas, le bajábamos las bragas a Quini, y volvíamos a mirarle los pechos, y a tocárselos con la punta de los dedos y de la lengua, sólo que a mí lo que más me gustaba de Quini no eran las prominencias de su jersey, ni siquiera su boca ni la forma de andar, tan despacio y con tantas eses, o el modo en que se llevaba las manos al pelo para echárselo hacia atrás como en el cine se lo echaba Brigitte Bardot, lo que a mí más me atraía y me turbaba de Quini era el abismo que tenía en los ojos, un pozo oscuro en el que se concentraban su boca, su contoneo y toda su persona y que yo vi en toda su profundidad cuando al salir de uno de los innumerables castigos de doña Carmen, ya de noche, doblé la esquina de la calle Cataluña y por casualidad fui a encontrarme de frente con ella y con Castillo, que justo en ese momento abandonaban los arbustos de la casa del electricista. Los ojos de Quini, removidos por el encuentro que acababa de mantener, me miraron con un brillo que yo nunca había visto en ninguna persona, un fulgor que no era el mismo que el que el llanto ponía en los ojos de mis tías al recordar la muerte del tío Victoriano o el que el alcohol introducía en los ojos de algunos hombres en Los 21. Aquel resplandor oscuro, en el momento en que los ojos se posaron sobre mí, sólo pudo recordarme el que tienen los rescoldos de las hogueras, con el aire caliente temblando a su alrededor. Y además de los labios y del cuerpo entero de Quini, en la profundidad de aquellos ojos también percibí el susurro que había en el interior de la alberca de los Sordomudos, y el soplo que despertaba la piel de las culebras al deslizarse por la negrura de sus aguas, y el canto de los grillos y el rumor de los escombros y los crujidos de la luna que Tatín decía haber oído mientras la Valeria se arrodillaba ante él y con sus labios oscuros y calientes le sorbía la vida.

Poco a poco, mientras íbamos a vueltas con la vida y sus jugos y sus semillas, Tatín fue perdiendo las estrellas de sus piernas, que en un vuelo nocturno y mágico iban a anidar al pecho de la Valeria o de sus amigas. Y aunque a Tatín ya nunca lo volvió a ganar el abandono y siempre aparecía bien peinado y con sus ropas limpias y en orden, de su mirada jamás desapareció la tormenta. Nunca volvió a subir al Avia del Cuellicorto, que ya

siempre permaneció vacío, aparcado en silencio frente a mi casa como un animal viejo en cuyas tripas seguía rumiando en medio de una humareda densa el solitario Pepito, rey desbancado por las aventuras de Tatín, símbolos Pepito y el Avia de un tiempo pasado que de pronto había sido sustituido por el espacio abierto de la Pellejera y su vieja chatarrería, aquella selva metálica que se había convertido en el refugio de Tatín, un Tarzán con polio al que le habían arrancado el corazón y que a todas horas vagaba por ella, caminando como un robot, haciéndose gayolas o simplemente sentado al volante de la silla eléctrica, con la vista perdida en un horizonte de chatarras y huertas abandonadas.

En todo aquello yo veía el tiempo último, o quizá fuese el primero, de una época. Todo lo sentía yo a punto de quebrarse, con el elástico de la vida tomando una tensión que a duras penas podía soportar. Empecé a pensar que quizá lo mejor era huir, cambiarme también yo de nombre, ser otro yo sin dejar de ser yo, como habían hecho mi hermano, el chino Bonilla, el Trompeta y toda esa gente que pasaba las noches en el *cabaret* con el nombre mudado y la vida cambiada, huidos de sí mismos como yo quería huir de mí y de aquellos malos presagios que vislumbraba en el color de las nubes, en el ronquido del camión Leyland de mi padre o en las sombras que en la calle acompañaban, alargadas y más deformes que nunca, a mis amigos.

Quería fugarme de mí y de los sucesos que me tenía preparados el destino, aunque al final, ya ven ustedes, he ido a dar en todo lo contrario, y lejos de emprender una huida, de borrarle la memoria o de disfrazarme, me he puesto con este cuento a ahondar en mí mismo y a recuperar un tiempo que ya me parece remoto. Pienso, y mi pensamiento es un dedo que recorre el perfil de las personas y los objetos del pasado. Pienso, y al pensar oigo la risa de mi hermana Mari Carmen, que por aquel entonces se llamaba Olga, quizá también deseosa de una deserción parcial, de una huida de aquel tiempo que sólo con la distancia nos mostró lo apacible de su naturaleza. Sigo yendo por el laberinto de las letras y la memoria a Los 21, siempre acompañando a mi padre, siempre oyéndolo contar las aventuras de mi hermano en Barcelona mientras Doblas, su ayudante, asentía severo y entre el olor de la fritura el Toto preguntaba si no había habido ninguna muerte más en el *cabaret* y el comandante Villegas se preparaba para narrar cómo durante la guerra conoció

a un soldado al que fusilaron en tres ocasiones, siempre por agosto, dos veces en un bando y una en el otro, y nunca se murió, no importaba que en la última ejecución le dieran el tiro de gracia y medio lo enterraran en una fosa de la que salió veinte horas después, con la boca llena de tierra, un mareo muy grande y la cabeza embadurnada en sangre seca, pesaroso por los nuevos agujeros que tenía en el pecho y por el rasponazo y la quemadura que el tiro de gracia le había ocasionado en la sien derecha aunque habituado ya a aquel trámite de la resurrección. Toda la ceremonia del fusilamiento era para aquel hombre pura monotonía y en parte ya empezaba a aburrirle un poco por más que cada oficial y cada pelotón se esforzaran en introducir alguna novedad en los prolegómenos de la descarga, adobándola con insultos, pedradas o miradas de pánico, como le ocurrió a un recluta del último pelotón, que se hizo lo suyo encima y tenía tantos temblores que al plurifusilado le dieron ganas de infundirle ánimo y decirle que no era para tanto.

Cada vez eran más largas las historias del comandante Villegas y cada vez las adornaba con más verborrea y detalles. Y es que mi padre cada día le dejaba más hueco y hablaba menos, contagiado por las cartas de mi hermano, que ahora llegaban sin sustancia y escurridas, como si con el traqueteo del tren nocturno las letras se hubieran caído del papel, que a veces, mi padre, viendo las cartas y las postales de Carlos del Río, mi hermano, llenas de espacios blancos allí donde antes se apelmazaba la letra oronda, miraba el fondo del sobre para comprobar, digo yo, si no estaban allí las letras y las palabras que a las misivas les faltaban.

Está rácano Carlitos, decía mi padre desilusionado, hablando para sí mientras le echaba un vistazo a alguna foto de las que por entonces mandaba mi hermano y que ya no iban a parar al chinero, porque eran las fotos de Porpeta y mi madre sólo les veía defectos, la boca tan rara que le sacaba el fotógrafo a mi hermano, los ojos cerrados y la nariz tan larga, aunque por otro lado parecía que aquellos escuálidos reportajes venían a confirmar su teoría de que lo de las bailarinas todo era cosa del maquillaje y los focos y que cuando alguien las sacaba desprevenidas y sin tanta preparación salían como de verdad eran, dentudas, patizambas o un poco bizcas. Y aunque en Los 21 todavía iban esas fotos de mano en mano y cada cual se pasaba más tiempo del preciso en el estudio de las tinieblas por las que se movían las

bailarinas, todos los amigos de mi padre y la clientela en general del bar no paraba de lamentar el despido del fotógrafo Rovira ni de maldecir al Porpeta ese que los había privado del recreo de la vista y de aquellas mujeres que tan bien cuadraban con las historias que mi padre contaba y tanta amenidad les daban.

Pero los tiempos en el *cabaret* también estaban cambiando. Por esa época fue cuando mi hermano conoció a Alida Valli, que era un monstruo de la pantalla y que una noche apareció por la sala de fiestas de don Mauricio Céspedes y al ver a mi hermano sobre el escenario dejó de hablar y se quedó mirándolo muy serio, olvidada de lo que estaba diciendo e incluso de respirar. Y sólo cuando mi hermano acabó de cantar y entre aplausos salió del escenario, volvió Alida Valli a tragar aire e, inclinándose levemente sobre el dueño del *cabaret*, le preguntó, ¿Quién es? ¿Le ha gustado cómo canta, doña Alida? ¿Es que estaba cantando?, contestó la Valli, que es como la llamaban los entendidos, la Valli, mientras se ponía de pie y preguntaba cómo se llegaba a los camerinos.

Pasados los primeros días de euforia, en los que mi hermano anduvo cantando por los corredores de la pensión a pesar del medio luto que por allí había, contándole a doña Angelines cómo Alida Valli se quedó mirándolo a través del espejo desde la puerta del camerino, apoyada en el quicio de la puerta como sólo saben apoyarse en los quicios los monstruos de la pantalla, y cómo a todas horas le decía, Ragazzo, y, Il mio piccolo Carlo, y, Bambino, mientras bebía champán o se quitaba los zapatos en cualquier sitio, lanzándolos de una patada por encima de su hombro para ponerse a andar descalza por todas partes, que, según la Valli, lo que más le gustaba en el mundo después de su Piccolo Carlo era andar con los pies desnudos. Pues, como digo, pasados esos primeros días en los que mi hermano Carlo celebraba su relación con la Valli a base de cánticos, empezó a invadirlo una marea melancólica cuya primera ola le vino repentinamente, mientras los dos bebían champán a la luz de una vela y mi hermano vio cómo la Valli se tocó la juntura de dos dientes con la punta de un dedo, un gesto mínimo, apenas entrevisto pero que a mi hermano le recordó la forma en que la tía Manolica se hurgaba la dentadura, y fue como si el monstruo Valli de pronto hubiera dejado de ser monstruo.

Esa semilla maligna arraigó en el cerebro de mi hermano, y con el paso de los días la Valli, la monstruosidad de la Valli, fue menguando y la actriz empezó a convertirse en una mujer que se reía demasiado, siempre con los pies sucios de tanto andar sin zapatos, metiendo todo el rato entre cualquier palabra la coletilla ésa de Ragazzo, Carlo mío y Bambino, que a mi hermano le daban ganas de decirle que él se llamaba Ramón y que no era ningún ragazzo. Y si le daba besos en la boca era mayormente para que la Valli estuviera un momento sin reírse y sin decirle bambino y las cosas esas que le decía. Hasta se le quitaron las ganas de ir al cine a mi hermano, y cuando estaba actuando miraba asustado al público pensando que algún día el azar y los rodajes de películas podían llevar a Ginger Rogers o a Hedy Lamarr al *cabaret* y él, además del paso del tiempo y del deterioro físico, descubrir que ellas tampoco eran monstruos y aparte de sus manías y de mojarlo todo con champán también tenían los vicios de la tía Manolica o de la madre de Fortes, que contaba todos los pasos que daba al día y los iba sumando a todos los que había dado en su vida desde hacía sesenta años, siempre moviendo los labios en silencio con la cábala de sus pies.

Viéndolo decaído y sin el consuelo de su amigo Rovira, el Trompeta tuvo que darle ánimo y decirle que debía tener en cuenta que la Valli era un monstruo, pero un monstruo italiano, que es casi como no ser un monstruo, a no ser la Loren, que ésa sí era igual que los monstruos americanos de Hollywood, que es de donde eran los verdaderos monstruos de la pantalla. Lo demás es imitación, Carlos, desengáñate. Pero mi hermano ya estaba desengañado, y aunque sintió mucho alivio e incluso algo de ternura cuando la Valli acabó su rodaje en la Costa Brava y ya en el aeropuerto oyó por última vez cómo a través de la cristalera ella le decía, Ciao, Carlo mío, bambino, la melancolía aquella se le quedó dentro, poniendo un hervor raro en su alma, que se iba haciendo más compacta y espesa, lo mismo que los huevos que doña Angelines hervía, con el reloj en la mano, para el camarero Álvarez. Otro desdichado, suspiraba la dueña de la pensión Ríos-España con la mirada puesta en la ebullición del agua mientras negaba con la cabeza, Esto más que una pensión parece un orfanato, Carlos, y asentía mi hermano en silencio, ya con las ganas de cantar perdidas y escribiendo aquellas cartas con tan pocas letras en las que nada contaba de lo que pasaba por los

interiores de su cabeza o de su corazón. Sólo decía lo del vestuario nuevo que don Mauricio les había procurado y que el *cabaret* estaba más animado que nunca y a él le aplaudían mucho. Y nunca nos contó por escrito cómo al día siguiente de haberse quedado sin habla frente al cartel de Soledad Rubí, con la cicatriz de una sola lágrima evaporándosele de la mejilla mientras Anselmo el encargado le hablaba del reportero Ochoa, Rovira volvió al *cabaret* con su cámara para hacer la que de verdad iba a ser su última fotografía, y que no fue otra cosa que la fotografía de una fotografía.

Sólo muchos años después me contó mi hermano que el fotógrafo Rovira, tras preparar su máquina y cargarla con una película que apenas tenía una cuarta de longitud, salió de la pensión con su tupé y sus aires de aventurero resucitados. Lo vio el chino Bonilla al cruzarse con él en el pasillo, lo vio el Trompeta pasar ante la puerta entornada de su habitación, a través del cristal esmerilado del cuarto de baño vio pasar su silueta Almudena Fernández, desde el bar que había frente al portal de la pensión Ríos-España lo vio salir mi hermano que estaba con Carmona, su representante, que también lo vio. Pero nadie supo adónde iba, ni siquiera doña Angelines Cortés Esplá, su mujer, que siempre lo adivinaba casi todo y que, desde el balcón del comedor, también vio cómo el fotógrafo Rovira se adentraba calle adelante con su cámara en bandolera aunque con el paso menguado y sin el ímpetu con el que tiempo atrás, cuando los geranios del balcón estaban florecidos, se abría camino entre los remolinos de gente y vendedores de baratijas que entonces como ahora se arremolinaban en las aceras.

Bajó las escaleras con pasos rápidos y silenciosos, cuando Anselmo el encargado todavía llevaba su chaqueta de calle y no había acabado de encender las luces. No hubo saludos ni palabras entre el fotógrafo y el encargado, sólo el cruce de una mirada, triste la de Anselmo, impasible la de Félix Rovira, que se movía por el *cabaret* con esa seguridad y determinación que doña Angelines había echado en falta momentos antes. Despegó con mucho cuidado el cartel de Soledad Rubí de la columna y lo colocó en un atril en mitad de las penumbras del escenario. Dio unos pasos atrás y, ya entre los bastidores y los cordajes que por allí había tirados, iluminó todos los focos. Bajo la piel de Soledad Rubí se adivinaba el flujo de la sangre y el calor de su pulso, como si la fotografía respirase y su aliento diera olor al



aire.

Con los pasos y el ímpetu amortiguados, Rovira fue a situarse frente al retrato, y ante él se arrodilló. Como si fuera a santiguarse, el fotógrafo alzó la mano a su cara, sólo que en ella, en la mano, llevaba prendida la cámara fotográfica. Miró sin respirar por el visor y allí, en mitad del escenario, después de un ajuste muy preciso de ruedas y diafragma, hizo Félix Rovira la última fotografía de su vida. Y como si en su lengua y en su alma acabara de recibir el sacramento de la comunión, se alzó, ya todo lentitud y recogimiento, y fue a apagar la luz del escenario. Sin querer mirar la fotografía de Soledad Rubí, cogió por detrás el cartel de la bailarina y volvió a colgarlo en la columna donde lo había encontrado a su llegada. Desde la barra, Anselmo el encargado lo vio subir las escaleras, llevándose en el interior de la cámara, en lo más oscuro de su corazón, aquella imagen de Soledad Rubí, apenas una mancha de luz tatuada en un trozo de celuloide que iba a significar el final de una época en el *cabaret* y en la vida de tanta gente que allí acudió para huir de sí misma, de la selva, las fieras y los ruidos que todos llevaban en su interior.

Vivió Rovira encerrado en su habitación con aquel pedazo de celuloide y sus líquidos reveladores y fijadores, con sus emulsiones de plata, su luz roja y sus carpetas negras de monstruos y secretos. Ya ni siquiera salía por las noches con Poveda, el afilador que nunca afilaba nada y cuya subsistencia era un milagro que nadie podía explicarse, siempre ocioso el afilador, vagando en las horas nocturnas con su bicicleta equipada de herramientas inútiles y de su piedra de afilar que nunca usaba. Con él había recorrido Rovira en los últimos tiempos las calles apartadas y los jardines de la parte alta de Barcelona para ver las estrellas y la ciudad iluminada, el alquitrán resplandeciente del mar y el serpenteo brillante de avenidas y calles, pero desde esa tarde en la que Rovira sacó la que iba a ser su última fotografía, el marido de doña Angelines apenas salía de su laboratorio. Olía al formol, o a lo que fuera, de sus líquidos, y la piel se le iba poniendo amarilla, como si todo él fuese una foto vieja a la que el tiempo le mata el color y la vuelve sepia.

Pero a pesar de todo, siempre afloraba la sonrisa a su boca y se le ondulaba el bigote cuando en el pasillo se topaba con mi hermano o éste

conseguía entrar en el laboratorio. Pero Rovira ya no le enseñaba sus trucos fotográficos ni los monstruos que guardaba en las carpetas negras, y todas las noticias que mi hermano le daba del *cabaret* las oía el fotógrafo mirando al suelo y con la frente arrugada, sin querer escuchar lo que su amigo le decía. A lo más que llegaba era a interesarse por la Valli, ¿Y la Valli, Carlos, te escribe?, aunque ya sabía él que desde hacía un mes la Valli no le había escrito y que mi hermano no quería que le escribiera. Y miraba Rovira a mi hermano como los muertos, si pudieran ver y los ojos les funcionaran, mirarían a los vivos que lloran por ellos. Yo aquí estoy bien, Carlos, aquí es donde mejor puedo estar, soy un fantasma que vaga por el mundo y por el tiempo, y también por los sueños, sólo que tengo cuerpo y en algún lado tiene que estar mi cuerpo, pero en cuanto cierro esa puerta todo desaparece y se me olvida el cuerpo y la vida y ya estoy solamente donde quiero estar, andando por dentro de las fotografías, que es como andar por dentro de otra vida, por dentro de una película, así es como todos quisiéramos vivir, ¿no, Carlos?, como vive la gente de las películas, sin más sueños, angustia ni miedo que los que salen en la pantalla, sin toda esa gusanera que nos come por dentro como si ya nos hubiéramos muerto y de la que nadie habla nunca. Y se iba mi hermano sin contestarle, con la melancolía de los recuerdos y del olor aquel de los líquidos empapándole el alma.

El último día que la Bella Manolita fue a la pensión Ríos-España en busca de consuelo o de no se sabe qué, mi hermano no había hablado con su amigo Rovira y todo en la pensión estaba en calma. Almudena Fernández empezando a maquillarse con tiempo, los ojos en el espejo y una canción perdida en los labios, doña Angelines trasteando en la cocina, el afilador Poveda dormido y el camarero Álvarez y el chino Bonilla jugando a las cartas mientras mi hermano y el Trompeta hablaban de música y del *cabaret*. La Bella Manolita, que la mitad de los días se quedaba sin bailar por descuadrarle las actuaciones a don Mauricio, estuvo primero en la habitación de Almudena Fernández, tumbada en la cama que había pertenecido durante tantos años a la difunta Lili, mirando en silencio cómo la otra, con una brocha espesa y blanda, se daba polvos en la cara, y sólo de tarde en tarde le hacía un comentario sobre don Mauricio, sobre el calor que hacía en esa habitación, sobre una crema que quitaba el maquillaje y dejaba la piel como la de una

niña, Como cuando éramos niñas, ¿te acuerdas tú de haber sido niña, Almudena?, a mí me parece que siempre he sido igual que ahora, o yo qué sé, otras veces siento que tengo dieciocho años y no me conozco cuando me miro en el espejo. Pero Almudena Fernández seguía con su trabajo sin contestar, perfilándose de negro los ojos y dejándolos dispuestos para recibir en el *cabaret* la capa última de maquillaje, y sólo hacía un ruido con la boca, un ruido, Hum, que podía significar que sí o que no, aunque en realidad lo que quería decir es que no le importaban nada las filosofías de la Bella Manolita ni las de nadie.

Y allí dejó a Almudena Fernández, retocándose el pelo y el maquillaje, la Bella Manolita, y con sus ojos retintos pasó por delante de la puerta del Trompeta y saludó a mi hermano moviendo los dedos de una mano como si arañase un harpa, sólo que sin apenas alzar la mano ni detenerse, como tampoco se detuvo en el comedor, que ni siquiera miró al chino Bonilla ni al camarero Álvarez, y apenas paró sus pasos en la entrada de la cocina, sólo para decir el nombre de la dueña de la pensión, Lina —la Bella Manolita era la única persona que seguía nombrando a doña Angelines por su nombre artístico—, Lina, el *cabaret* y la vida no son como eran. Doña Angelines le contestó con una sonrisa y siguió amasando un engrudo de harina, teñido de negro por la mirada de la Bella Manolita, que abandonó el umbral de la cocina y avanzó por el pasillo, acelerando el paso, llevada por no sabía qué impulso hasta el laboratorio de Rovira, que tenía la puerta abierta y estaba alumbrado de luces rojas.

En la habitación no había nadie, pero, una vez dentro, la Bella Manolita oyó el susurro de unas voces lejanas, frotar de ropas y eco de pasos, flujo de respiraciones y de risas ahogadas, ruidos de antiguos habitantes de la pensión que en la oscuridad se amontonaban y cobraban vida o tal vez fuese el murmullo de la calle y del mundo que se filtraba a través de las paredes o de alguna rendija. A tientas, acostumbrándose a la penumbra roja y con el pulso acelerado, deambuló la Bella Manolita por la habitación, esquivando los cordajes y las fotografías que colgaban de una pared a otra, la cabeza del camarero Álvarez coronando el cuerpo de un pez, una bailarina diminuta y varias moscas saliendo de la boca de don Mauricio Céspedes, el solista Arturo Reyes sobre un escenario cubierto de basura, con las patas de un

insecto por piernas y un cerebro por micrófono. Flotando en los líquidos de las cubetas, la Bella Manolita vio un océano de automóviles ascendiendo por el vientre desnudo de Lili, un ojo asomando a modo de sol por un paisaje de cactus y escorpiones, carreteras que se sumergían y afloraban en la superficie de un mar demasiado oscuro, casi negro. Y allí, al lado de los recipientes con los líquidos, asomando de una carpeta negra entreabierta, vio la fotografía.

Allí estaba Soledad Rubí, desnuda y con su casquete de pedrería, la cabeza llena de espejos minúsculos y los labios entreabiertos en el inicio de una sonrisa. Veloz, con los dedos temblorosos, la Bella Manolita acercó la foto a la bombilla y, comido por la luz roja, pudo ver con nitidez el cuerpo desnudo de la bailarina, la piel brillante, la suavidad de los tonos blancos y grises transformada en un color rosa en medio del cual destacaba la figura de Soledad Rubí, sentada en un taburete en mitad del escenario del *cabaret*, con las piernas abiertas y una lágrima de carne aflorando entre la oscuridad del pubis. Estremecida por los temblores y el seísmo que le recorría el pulso y los dedos, la Bella Manolita levantó la vista y, rodeada de voces y carcajadas antiguas, de respiraciones y alientos marchitos, cruzó el laboratorio caminando entre los monstruos de Rovira con el papel entre las manos. Metió apresurada la fotografía en su bolso y avanzó hacia la puerta de la habitación, salió a la luz del pasillo y con ella, revoloteando a su alrededor como murciélagos en el atardecer, salieron los jadeos del laboratorio, que fueron a mezclarse con el soplido del Trompeta en la boquilla de su instrumento, con el roce de las cartas del chino Bonilla sobre la mesa del comedor, con el ansioso redoble de los propios pasos de la Bella Manolita y con el remolino de una cisterna y el trasteo de Rovira en el cuarto de baño.

Así fue como Amalia Moreno, a la que en el *cabaret* y en Barcelona todos conocían con el nombre falso de la Bella Manolita, bajó las escaleras de la pensión Ríos-España con la respiración ahogada y el pulso desbaratado. Ya en los últimos peldaños del entresuelo, mientras apretaba contra sí el bolso, había empezado a llorar lágrimas negras, sus ojos derretidos al acordarse de su propio llanto en las noches y en los meses anteriores, mientras suplicaba a don Mauricio que se olvidara de aquella niña, humillada la Bella Manolita, descubriendo en su abandono que en verdad quería a aquel hombre que se pasaba la vida resoplando, limpiándose la frente de sudor.

Lloraba tinta de la casa Pelikán la bailarina Amalia Moreno por las calles de Barcelona, con el rumbo decidido y el recuerdo puesto en los ojos de don Mauricio Céspedes semanas atrás, mientras ella, después de la ira y los ruegos, consentía en su aventura con la pobre campesina y le permitía ese capricho a don Mauricio con tal de que a ella no la abandonase ahora que la juventud ya también se despedía de su cuerpo. En aquel atardecer en el que yo por primera vez sentí la presencia de la muerte, lloraba la Bella Manolita, se le derretía la negrura de los ojos camino del Paralelo.

Yo no sé si ustedes saben cuántas cosas pueden suceder al mismo tiempo. Yo creo que son muchas, y así lo debía de creer también la Bella Manolita, que después de aquel día y de aquella madrugada, con sus ojos vaciados de oscuridad, como una cueva iluminada, como un tintero sin tinta, le dijo a mi hermano que todos los pensamientos que había tenido en su vida volaron esa noche al unísono por su cabeza. Quizá todo ocurra a la vez, quizá el mundo sea un instante que malamente vamos desgranando en láminas y secciones de tiempo para intentar comprenderlo. Sólo que al final tampoco así comprendemos nada y seguimos a cuestas con nuestra ignorancia. Va un hombre triste caminando por una acera, respira, y a la par que él respira respira el mundo entero, todos los pulmones del mundo aspirando aire, hinchándose la esponja sanguinolenta y rosada de los pulmones, doce mil millones de pulmones trabajando al compás, y las células embriagadas de oxígeno corriendo alocadas por el laberinto de las venas, todos los relojes del mundo latiendo en el mismo segundo y cada uno marcando un tiempo distinto para cada uno de los ojos que ven los relojes, para cada uno de los oídos que los oyen.

El mismo ruido de Tatín y el de las bailarinas derrumbadas entrelazados, cruzando las venas del tiempo como las células cargadas de oxígeno corren por el universo inacabable de un organismo humano. Todos bailando al mismo compás, la Bella Manolita llorando encerrada en el despacho de don Mauricio Céspedes y Tatín agazapado en su silla eléctrica mientras Quini caminaba calle Diego de Vergara arriba. Luisito Sanjuán dormitando en el sillón de orejeras de su casa a la par que el corazón de Conchi Canea se arrugaba y expandía, bombeando sangre y pensamientos desde la bóveda oscura de su pecho. Avelino Padilla asomado al vacío de un acantilado, sus

lagrimales segregando líquido a la vez que la química de su cerebro producía sentimientos y recuerdos y el cartón del último paquete que su madre le envió por correo se descomponía entre desperdicios en un vertedero lejano y el nombre de Avelino Padilla se borraba poco a poco de su envoltura. Se sigue descomponiendo el papel macerado y sigue la madre de Avelino Padilla enviando el paquete a su hijo, y sigue él recibéndolo y también sigue allí, a orillas del acantilado, recordando a su madre muerta. Todo lo que sucede una vez está sucediendo siempre, todo lo que sucederá está sucediendo y ya sucedió. El mundo no tiene pulso, ni ritmo.

La tarde en que Tatín se estremecía en el interior del coche desahuciado y la Bella Manolita lloraba a mil kilómetros de distancia era una flor con los pétalos abiertos, una rosa blanca en la que la espiral del tiempo vino a desenmascararse. El aire se estremecía entre los arbustos del electricista de la calle Cataluña mientras en Los 21 el comandante Villegas bebía cerveza y el Doblas y mi padre viajaban en su camión Leyland por una carretera que no iba a ninguna parte, una carretera que conducía a sí misma, con árboles en la orilla y con la savia de los árboles expandiéndose por los nervios de sus hojas, y a lo lejos estaban los trenes que en el horizonte cruzaban aullando, los trenes en los que viajaban mi hermano Ramón y mi hermano Carlos del Río, las cartas que ellos enviaban desde Barcelona y el olor de los líquidos de Rovira impregnado en las fotografías y en el papel de las cartas, y doña Angelines seguía en la cocina de la pensión Ríos-España, los ojos perdidos en el hervor de un guiso, don Mauricio Céspedes caminando por la calle Muntaner y por la calle Camelias en compañía de su mujer, una lámina rosa acariciando el cielo de la tarde sobre la montaña de hierros retorcidos en la chatarrería de la Pellejera y una mujer que era mi madre caminando por la verdura de sus huertas, por el camino de tierra negra, la cicatriz de lana en el jersey del Mocos, su cara oscurecida y el olor a humo de la pobreza metido en sus huesos, los huesos de mi amigo, el chino Bonilla poniendo en su maleta el disfraz de mago y el Trompeta saliendo del bar que había frente a la pensión Ríos-España y que nunca supe, sé, cómo se llamaba, llama, el cuerpo de Cosme Cosme agusanado en su caverna de ladrillos y hormigón, crujiendo como una tela vieja al ser rasgada, y los animales del circo removiéndose en sus jaulas, volviendo a andar lo que habían andado para ir a ninguna parte,

Pinito del Oro girando en el columpio de mi cabeza, las fotografías del chinero estremecidas por un terremoto que nadie percibe, Manolito Tejada bajando la calle Eugenio Gross, respirando asfixiado sobre su bicicleta a la par que el policía Machuca abandonaba la comisaría y Alberto Tesán escribía y sigue escribiendo en la soledad de los Billares Tesán un poema titulado «Diciembre», y a mí el mundo me olía a tierra mojada y en el paladar se me arremolinaban sus sabores y alguien me decía palabras en el oído y yo sabía que era la muerte y corría detrás de un balón de cuero desgastado y veía coches fúnebres atravesando los ojos de la Valeria, Anselmo el encargado encendía las luces del *cabaret* y descabalgaba las sillas de las mesas, el camarero Álvarez de rodillas en el cuarto de baño con la mano llena de baba blanca y su miembro desnudo lloraba en silencio ante la fotografía de Gregory Peck mientras Lolita Berruezo entraba en los camerinos y miraba sus ojos en el espejo y, asomando bajo la camisa, el elástico negro de su sujetador era la piel muerta de una serpiente, un latigazo que se enroscaba en la redondez de sus pechos, cinco pasos por delante avanzaba Barea, el balón polvoriento bajo el brazo, y tras él caminábamos por la Pellejera el Mocos, el Guille y yo, Tatín ya estaba subido en la montaña de chatarra, arañaba con las uñas el cristal de la silla eléctrica y volvía a ver, como la había visto esa mañana, a Quini esquivando su mirada, cruzando la calle Mármoles con la primavera en su boca y la burla en sus ojos para no pasar ante él, que se quedó lamiendo el aire, el olor de la piel y los brazos desnudos que Quini dejaba flotando a su paso, el cielo rosa y las vetas amarillas del óxido reflejadas en las pupilas de Tatín, caminábamos en silencio y Manolito Tejada con la negrura del vello cubriéndole el labio superior resoplaba en su bicicleta con banderitas y timbre, bicicleta de maricón, se untaba Lolita Berruezo los párpados de maquillaje azul y viruta de cristal, los guardas de la chatarrería bebían vino de color verde en el quiosco de madera de Pepa la Gitana mientras el fotógrafo Rovira fabricaba un nuevo monstruo que tenía la cara de Fátima Combados y un cuerpo todo cubierto de llagas y tatuajes sagrados, escribía letras de plomo el Pitracó en su máquina de la Academia Almi y dormitaba Luisito Sanjuán libre de selvas y pantanos en los que ahogarse mientras yo sentía cómo en la angostura de mi interior se tropezaban y buscaban hueco las raíces de mi alma, se unían los labios de

Quini con los de Castillo bajo la palidez del cielo, y Tatín, desde la cumbre de los hierros nos veía llegar por el camino de la Pellejera, tras el reflejo de los cristales del coche abandonado se adivinaba el perfil de sus hombros y su cabeza, tocaba el timbre de la bicicleta Manolito Tejada, Maricón, murmuraba el Mocos a la par que me sonreía y los primeros clientes empezaban a llegar al *cabaret*, Manolito, ¿te quieres hacer una gayola?, preguntaba el Guille, Tatín te presta la silla eléctrica, dijo mi voz, Maricón, volvió a sonreír el Mocos mientras Manolito Tejada llegaba con su bicicleta al pie de los hierros y las latas de la chatarrería y los camerinos empezaban a animarse con las voces de las bailarinas, se desnudaba Lolita Berruezo y en sus labios de carmín sostenía en un bocado leve su sostén de pedrería, Si quieres te la hacemos nosotros, la gayola, Manolito, dijo Barea sin alzar la voz ni variar la seriedad de su expresión, Que me dejéis, se bajaba de la bicicleta Manolito Tejada, apretaba sus labios gruesos y llenos de sangre, Es maricón, se reía el Mocos, Te vamos a follar, Manolito, volvió a decir, imperturbable, Barea, Por el culo, bajaba despacio las escaleras del *cabaret* el policía Machuca y se acodaba en el mostrador, Guarros, protestaba Manolito Tejada mientras el Guille repetía, Por el culo, Manolito, y Barea se agachaba para coger una piedra y yo volvía a mirar el Renault 8, la silueta de Tatín tras el espejo turbio de los cristales, Barea lanzó la piedra dejando escapar un resoplido seco, el balón cayó de su otra mano y la piedra se estrelló como un disparo contra una plancha de hierro oxidado, a una cuarta de la cara de Manolito Tejada, se inclinaba el Guille en busca de una piedra, se reía el Mocos, ya sin ganas, y Quini apretaba su cuerpo contra el de Castillo y con su boca en la boca de él murmuraba unas palabras que no podían entenderse, se ajustaba Lolita Berruezo la braga diminuta, escondía bajo las lentejuelas y los reflejos azules la negrura de su pubis, Rovira veía flotar en el líquido rojo de su laboratorio un ojo transformado en reloj y con las manecillas girando alrededor de las pupilas, flotando el ojo en la llanura de un desierto, flotando todos nosotros en la nube del tiempo, la piedra del Guille golpeaba a Manolito Tejada en la cintura, contraía la cara Manolito y Barea volvía a lanzar una piedra que levantaba chispas en una viga de hierro, cojeaba Manolito, y el Mocos, ya sin reírse, cogía una piedra del suelo, y yo veía sus dedos, el esqueleto de sus dedos, la cicatriz recosida de su jersey, su madre



caminando por las calles sin aceras ni luz de la Trinidad, Manolito Tejada escondido tras unas chapas en las que rebotaban las piedras mientras nos acercábamos, te vamos a follar, Manolito, yo arrojando mi primera piedra, bombeándola por encima de los hierros a la vez que el policía Machuca apuraba una nueva copa de ginebra y mi hermano Carlos del Río entraba en el *cabaret* con Almudena Fernández, gritaba Manolito Tejada, corría por un laberinto de máquinas destripadas y en el centro de su espalda, con un ruido sordo, iba a dar una piedra de Barea, gritaba Tejada e iniciaba su llanto mientras Barea volvía a disparar un tornillo que quedó clavado en una plancha de lata, al lado de la sien de Manolito Tejada, y Soledad Rubí acababa de recogerse el pelo frente al espejo de bombillas y el crepúsculo y la noche aparecían en el trigal de sus ojos, miraba el camarero Álvarez los ojos de Machuca y Machuca volvía a beber, ladraba un perro en los confines de la chatarrería, hubo un silencio, el pulso detenido, un parpadeo del tiempo, el Trompeta arrancaba la música de la noche y Manolito Tejada trepaba por la montaña de metal y Barea aplastaba a pisotones el faro de su bicicleta, le arrancaba las banderitas y los flecos del manillar el Mocos, con su risa renacida, Maricón, con el rosa triste de su color brillaba la silla eléctrica con la última luz de la tarde, las manos de Manolito Tejada se tiznaban con el amarillo sucio del óxido, trepaba encorvado y al volver la cara para mirarnos desde la altura una piedra del Guille le hería la boca, se encajaba su casquete de pedrería azul Soledad Rubí, la bailarina con ojos de atardecer, y en el trigal de sus pupilas el azul del mar rompía con una ola leve, chispeaba la espuma y la sangre salía de los labios y de la boca de Manolito Tejada, miraban entornados los ojos con venas del policía Machuca, alzaba el labio con una sonrisa, y doña Angelines Cortés Esplá caminaba por el pasillo vacío de la pensión, el agua removida en las cubetas de su marido, volvía a lanzar piedras y tuercas Barea, la pus y la sangre fluían por las mejillas de Castillo mientras Quini le succionaba el cuello bajo la sombra de los arbustos, atravesaba el *cabaret* el policía Machuca, se perdía por la entrada de los camerinos y protestaban las bailarinas desnudas, se resbalaba Manolito Tejada, se desmoronaban con su peso hierros y planchas que se deslizaban con estrépito montaña abajo, había un corte de luna flotando en lo incoloro del cielo y la silla eléctrica era una bandera rosa al viento, una bandera con

Tatín en su interior, Machuca miraba a Lolita Berruezo en el espejo y le besaba la nuca con aliento de alcohol, pasaba los dedos por el cristal helado de sus pechos, reaparecía la figura de Manolito Tejada, de pie en una planicie, lanzaba tuercas como balas Barea, empezaba a trepar el Mocos y el Guille gritaba con la voz deformada, Manolito, ¿qué le ha pasado a tu bicicleta?, a la vez que saltaba sobre los radios de la rueda trasera y mi hermano se enfundaba una chaqueta de raso azul y el humo iba naciendo en el *cabaret*, volvía a desaparecer Manolito Tejada y a reaparecer en la ladera de hierros, y yo lanzaba tornillos y las venas de Conchi Canea, los dibujos de algas muertas, afloraban a mi memoria, y la risa y los labios de la Valeria en el campo de los Sordomudos, el agua brillando en los labios de Tatín, el ruido de sus piernas y la voz de mi padre hablando del ruido que hacían las bailarinas al caer muertas en el escenario del *cabaret* de Barcelona donde entonces miraba el suelo la Bella Manolita, ya sin llorar, mientras al otro lado de la pared el policía Machuca se desabrochaba los pantalones y sacaba su miembro y se arañaba con las lentejuelas de la braga de Lolita Berruezo, que doblaba el cuello y entornaba los ojos sin mirada, Soledad Rubí se perfilaba los labios, subía al escenario el viejo solista Arturo Reyes para preparar los micrófonos y don Mauricio Céspedes llegaba a la puerta del *cabaret*, Maricón, gritaba el Mocos y desde la mitad de aquella ladera de máquinas desguazadas nos miraba a todos, con la sonrisa, con el pelo enmarañado de niño solitario, Cógelo, gritaba Barea, Cógelo, una piedra mía le daba a Tejada en el tobillo, él encogía la pierna y seguía trepando, Tatín asomaba su cabeza por la puerta del coche, yo lo miraba, y en el cielo despintado, bajo la última luz del día se recortó su figura en la cumbre de los hierros de la chatarrería de la Pellejera.

No sé si el tiempo es una flor que se enreda en sí misma, una corona de pétalos blancos en espiral, una rosa que no existe y en la que se pierde nuestra locura, y tampoco sé si a lo largo de todos los instantes de la eternidad la figura de Tatín continúa saliendo de aquel coche varado entre los hierros de la chatarrería de la Pellejera sin importar que la chatarrería ya no exista y sobre sus cimientos se hayan alzado casas y edificios en los que vive gente que entonces tampoco existía o que existió de otro modo. No sé si mi padre sigue vagando por una carretera que no tiene fin y que no conduce a

ninguna parte más que a sí misma, acompañado por su ayudante Doblas y oyendo en la lejanía el estrépito de un tren que a pesar de su velocidad siempre está en el mismo punto, devorando el mismo kilómetro en un atardecer de manzanos en flor, pero sí sé que desde el mismo momento en que Tatín asomó del coche destripado yo ya me vi narrando aquello que en ese instante sucedía, y en el aire, a mi lado, me percibí a mí mismo contando lo que ahora les estoy contando a ustedes, como si hubieran transcurrido los años y nada de lo que tenía a mi alrededor existiera ya. Así lo supe y así lo vi en ese momento, cuando Manolito Tejada ya se alejaba del alcance de nuestra munición de tuercas, piedras y tornillos y las sombras de la primera noche nos impedían ver el rostro y la expresión de Tatín en las alturas de aquella montaña de óxido y reflejos de plata pobre. Un pétalo de flor en los labios de una mujer flotaba en el líquido revelador del fotógrafo Félix Rovira, y en el pétalo había letras escritas con fragmentos de noche, había palabras, Ayer, Dios, Sangre, y puntos de interrogación y letras perdidas que afloraban bajo la mirada y la lámpara roja de Rovira, mostrándose entre la nervadura sutil del pétalo y las estrías oscuras de aquellos labios que lo sostenían y que se iban volviendo negros en el oleaje sereno de la cubeta. Enredados en la flor, se arrastraban por las paredes del pasillo el policía Machuca y la bailarina Lolita Berruezo, y con las bocas unidas caminaban entre tropiezos y mordiscos hasta el almacén del vestuario, apretaba la música en el escenario y se incorporaban a la melodía los miembros rezagados de la orquesta, don Mauricio Céspedes cruzaba el *cabaret* camino de su oficina, un cliente lo detenía con una sonrisa y un apretón de manos, sudaba levemente don Mauricio, y quizá a la vez, en la misma lámina de tiempo, en el mismo pétalo de rosa, Manolito Tejada alcanzaba una plataforma entre las planchas de acero y desde allí nos miraba ya sin lágrimas, Manolito baja que te folle, gritaba entre risas en mitad de la ascensión el Mocos, el aire estremecía el pelo de Tatín y en la calle Cataluña Quini introducía la mano en el pantalón de Castillo y lo arrinconaba contra la verja del electricista, se clavaban los pinchos de la verja en la espalda de Castillo y los arbustos le arañaban la cabeza, cantaba mi hermano por el pasillo de los camerinos y Mari Carmen Molina le sonreía con los dientes manchados de carmín, Fóllate tú, le gritaba desde la plataforma de acero Manolito Tejada al Mocos mientras empujaba

por la pendiente una rueda que apenas pudo rodar entre la maraña de la chatarra antes de quedar anclada unos metros más abajo, se reía Manolito Tejada viendo recular al Mocos, saltaba sobre el retumbo hueco del acero y todo era temblor y un humo negro que se adueñaba del cielo, Tatín empezó a andar en dirección a él, dejó de gritar el Mocos y el Guille señaló hacia la columna de hierros amontonados que había a la espalda y sobre la cabeza de Manolito Tejada, en Barcelona ya todo era noche, por sus avenidas circulaban ríos de luz artificial, el *cabaret* flotaba en humo, y en una habitación al fondo del *cabaret* la Bella Manolita miraba el escritorio y las fotos y los papeles de don Mauricio Céspedes, que ya se despedía de su cliente y entraba en el pasillo que llevaba a los camerinos y a su oficina, el policía Machuca obligaba a arrodillarse a Lolita Berruezo y le introducía su miembro en la boca, el carmín dejaba un rastro rojo por la rugosidad de las venas, hacían por los pasillos la primera llamada para las bailarinas y los guardas de la chatarrería apuraban su último vaso de vino, se despedían de la Gitana, y Manolito Tejada seguía saltando, gritaba el Guille, miraba atento el Mocos y yo advertía cómo temblaban las planchas de metal que colgaban sobre la cabeza de Manolito Tejada, Tatín caminaba con lentitud y en el contraluz de la noche su cuerpo era una marioneta averiada, se oía su voz en el viento llamando nadie sabe a quién, retumbaba el tambor de acero bajo los pies de Tejada, el policía Machuca torcía el rostro y sus manos desarmaban el peinado de Lolita Berruezo, se agarraban a su pelo y le cimbrecaban la cabeza, se resistía la bailarina y en el gesto de Machuca había un vómito, una repulsión, don Mauricio Céspedes entraba en su oficina y a su espalda se oía la segunda llamada para las bailarinas a la par que la Bella Manolita le ordenaba, Cierra la puerta, Ciérrala, repetía la Bella Manolita ante la duda de don Mauricio, Tienes que dejar a la niña esa, ya te has dado gusto. La orquesta del *cabaret* guardaba silencio, bebían los músicos, bromeaban entre los instrumentos esperando el primer número de la noche. Bajo los arbustos de la calle Cataluña, Quini acariciaba las ingles de Castillo, la espina de un rosal le arañaba a él la cara y ella bebía el brote de su sangre mientras se levantaba la falda y conducía la mano torpe de Castillo bajo su braga, Tócame. Los guardas de la chatarrería escuchaban el grito del Guille, el retumbo de Tejada, y con el aliento agrio del vino, entre sombras, se miraban

a los ojos, Tatín iniciaba su carrera, Barea dejó caer de su mano los tornillos, una piedra, las latas crujían y era como si crujieran las piernas de Tatín en su torpe carrera, Ella no te merece, yo te he dado mi vida, decía la Bella Manolita, No, murmuraba Castillo, el filo de la verja hendiendo su espalda, atravesando su camisa, la mano húmeda entre las ingles de Quini, el movimiento alocado de Machuca, la protesta de Lolita Berruezo y el primer puñetazo en su cara, bajo el ojo derecho, una lámina de acero, una guillotina mal recortada caía a espaldas de Manolito Tejada y Tatín gritaba sin dejar de correr renqueante entre las vigas, las rejas, las carcasas y los bidones de metal, vi los ojos iluminados por el espanto en las caras de los guardas, olí el vaho de hombre de sus ropas y vi cómo la plancha de metal se hundía al lado de Manolito Tejada y cómo se derrumbaba la columna de hierros y latas sobre él y vi la nuca de Barea y la boca del Guille y las manos y las piernas y la espalda del Mocos, pero no vi a Tatín, sólo oí su grito, una palabra que a mí me pareció que era el nombre de Quini, y el estrépito de su cuerpo al caer por un despeñadero de chatarra, un cascabeleo siniestro, un rodar de esqueleto y metal, el golpe seco y sordo de su cuerpo que dejó en el aire un sonido de campana y un silbido, o quizás un jadeo cruzando las sombras.

En el pétalo blanco de la flor dejaron de aparecer palabras y letras y al entramado de su superficie no asomó ninguna estría más. Sumergió Rovira la flor y los labios que la sostenían en el líquido fijador, y sus ojos se detuvieron en la carpeta entreabierta de donde había desaparecido la fotografía de Soledad Rubí. Barajaron bajo la luz roja las manos de Rovira las fotos de la carpeta negra, y sus pupilas escrutaron la penumbra encarnada en busca de un recuerdo, de una sospecha. La sangre bajaba por la nariz y los labios de Lolita Berruezo, el puño del policía Machuca levantaba ruido de astillas de su cara y ella intentaba huir, Machuca la agarraba por el pelo, ya por completo desmadejado, y golpeaba su cara, su frente, contra la pared, se asfixiaba el policía por tanto esfuerzo. Ella te engaña, lloraba con lágrimas limpias la Bella Manolita, No te merece. Tú sí que no mereces nada, tú, sal de aquí, y nunca vuelvas por el *cabaret*, gritaba don Mauricio Céspedes golpeando su escritorio. En el pasillo se alineaban las bailarinas y alguien decía el nombre de Lolita Berruezo, Dónde está, sonaba la música al otro lado de las cortinas. La mano de Quini guiaba la mano de Castillo y él cabeceaba entre la ramas

del jazmín. Ese niño, el de los hierros, dijo uno de los guardas de la chatarrería de la Pellejera, y su cara de hombre se contrajo como si también fuese la de un niño antes de empezar a correr, antes de que se oyeran los lamentos de Manolito Tejada y de que el Guille mudara un conato de risa por unas murmuraciones que parecían rezos que hablaban de su padre y de la policía. Ya no había nubes ni color en el cielo, sólo oscuridad, y doña Angelines fue a asomarse al balcón del comedor, abrió los postigos y echó su cuerpo sobre la baranda y por un segundo deseó que los hierros cedieran y su cuerpo volara en el vértigo de la caída y su vida se acabase como se acababa el día y se acababa la sirena de un barco que se perdía en el eco negro del horizonte. Machuca, repetía Lolita Berruezo, Machuca, con la boca y el ojo sangrantes, burbujeando pompas de un color rojo oscuro, Machuca, y el nombre del policía era una súplica que él no llegaba a oír, con su mano izquierda le apretaba el cuello contra la pared y con la derecha le golpeaba el pómulo, la ceja, la clavícula, un pecho, y el vidrio y las lentejuelas del sostén aplastado le rajaron los dedos y los nudillos, y su sangre fue a mezclarse con la sangre de Lolita Berruezo en un nuevo puñetazo, y un hilo de líquido marrón manaba por el oído de la bailarina, que ya no decía ningún nombre. Te engaña, siempre te ha engañado y tú no has querido darte cuenta, se levantó la Bella Manolita, que en verdad se llamaba Amalia Moreno, de su silla, Nunca te has querido enterar, y ella sigue viendo a Rovira. Eres como las perras que están en celo, tú, como una perra, don Mauricio Céspedes retorció papeles, se limpiaba la boca con su pañuelo blanco, el sudor, mientras hablaba. El haz de una linterna alumbró la silueta fugaz del Mocos, la luz buscaba entre la basura de óxido como una lengua hambrienta y yo sentía un goteo de líquido espeso, un fluir de terciopelo rojo deslizándose por las astillas de metal, embarrándose con la tierra negra. La mano de Machuca con sus dedos de sangre arrancó la braga de la bailarina, le golpeó el vientre y arrojó a Lolita Berruezo sobre las lonas enrolladas, y mientras el policía clavaba su rodilla en el muslo de la bailarina y escupía a su cara y con su sexo buscaba el de ella, mi hermano, Carlos del Río, salía a escena y las bailarinas que lo habían precedido se agrupaban como una flor de pedrería y lentejuelas azules que abría sus pétalos —cada pétalo una bailarina— al oír la voz de mi hermano, la tibieza de su canto y el compás de la música. Doña

Angelines oyó cómo en el interior de la casa se volcaba una cubeta y el líquido y las fotografías de su marido se derramaban por el suelo, ya no había sirenas de barcos. Yo soy una perra y ella qué es, dímelo tú, dímelo que no quiero hacerte daño, Mauricio, sólo que te olvides de que la has conocido, que sólo puede traerte la desgracia, y en la montaña negra de níquel, plomo, cobre retorcido y latón, la linterna encontró lloroso a Manolito Tejada, el jadeo del Mocos murmurando, Lo he visto. Arremetía Quini contra Castillo, Tócame, doblaba las caderas, se contorsionaba, Machuca mordía el labio de Lolita Berruezo y su miembro la atravesaba como una daga blanda. Lo he visto y está muerto, como muerto, no se mueve, el hombre de la linterna alumbraba la cara del Mocos, Tatín, allí, Tócame, entraba y salía Machuca y en sus labios había sangre, la voz de mi hermano en el *cabaret* por encima del humo y del aire, creciendo, limpia, los aplausos y el quiebro de la trompeta, por el suelo del laboratorio el ojo que era un reloj, el desierto y la flor que era el tiempo en los labios, la baba blanca en los muslos de Lolita Berruezo, en su vientre profanado, el gemido, Tócame, tócame, y el olor de los arbustos y de la savia en la boca de Quini, Tócame, suspiraba Quini, doña Angelines y el vértigo de la altura, las manos mojadas de Rovira, el puñetazo de don Mauricio Céspedes, el cristal roto de su mesa, el temblor de Quini, los ojos de Castillo en la sombra, se adentraba un guarda de la chatarrería por la hendidura de los hierros y las máquinas muertas, y de nuevo la música, de nuevo las bailarinas, Mira si te engaña, la mano de la Bella Manolita sacando de su bolso la fotografía de Soledad Rubí, sin pulso el policía, volcado entre las lonas mientras la bailarina se arrastraba sangrante y los trenes no dejaban de aullar y yo oía el murmullo del Guille, y la voz que no era voz del Mocos diciendo, Tatín, y la huerta y el suelo y los hierros de la Pellejera se estremecían por un terremoto que no era un terremoto, revolvía los cajones don Mauricio Céspedes, se abría la puerta del laboratorio y Castillo no se atrevía a respirar, con su mano viscosa, y la luna que ya no estaba, el fruto de los ojos, los trigales, doña Angelines hablando por dentro, Abrázame, toca mi corazón, y el guarda escarbaba con su linterna y decía, Se ha matado, está muerto, y un viento de pavesas negras me volaba por el pecho y se llevaba mi vida, que ya no era selva, sólo viento negro, sólo un soplo, El niño, el de los hierros, los ojos de Barea buscando por las esquinas de la noche, cantaba mi

hermano en el *cabaret* de Barcelona y la era de los sueños había llegado a su fin, mi pie pisaba la orilla de la vida, y el agua y la muerte se mezclaban, los relojes del tiempo, los pétalos de una flor, avanzaba bamboleante y como un junco tronchado Lolita Berruezo por el pasillo de los camerinos, un ojo no era más que una bola de sangre y la boca una herida, los dedos cortos de don Mauricio Céspedes cogían la pistola y la Bella Manolita lo miraba incrédula y con la sorpresa muda, No me mates, Abrázame, se adentraban los barcos en el petróleo de la noche, se adentraban en mi pecho los buques de la muerte y el viento de pavesas, el viento que sopla después de la muerte, el viento enfermo de Hiroshima, Se ha muerto, y lloraba el Guille, lloraba Manolito Tejada entre los brazos del guarda, se subía los pantalones con una sonrisa quebrada el policía Machuca y tenía restregones de sangre seca en la mejilla, cruzaba su despacho don Mauricio Céspedes, alzaba la coctelera el camarero Álvarez y las bailarinas giraban con un fulgor azul por la luz del escenario y por la voz de mi hermano Carlos del Río, de pie el Trompeta en su solo, y los ojos de Quini en los ojos de Castillo, el olor a tierra de su pelo y su piel, empujaba don Mauricio a la Bella Manolita y ella caía sobre la silla y de la silla al suelo, los pasos de Rovira, y yo no sabía por qué carretera viajaba mi padre ni a qué lugar del mundo irían a parar mis huesos muertos y mi cuerpo muerto cuando yo estuviese muerto como el cuerpo de Tatín, muerto como los muertos, salía del almacén de vestuario el policía Machuca, estiraba el cuello y se sacudía la chaqueta, se derrumbaba Lolita Berruezo por los bastidores y don Mauricio Céspedes trabado por la angustia andaba pasillo adelante, sentía el peso de la pistola en la mano, tirándole del brazo y de la vida hacia el centro de la tierra, llegaba la música y Lolita Berruezo se alzaba, Soledad Rubí, Quini veía el miedo en los ojos de Castillo y entre las máquinas abandonadas y la herrumbre yo escuchaba el crujido de los grillos allí donde se encontraba el cuerpo de Tatín, en la sima del óxido, una hormiga se ahogaba en el papel húmedo de la flor, tirada en el suelo del laboratorio, Abrázame, la noche en la nuca de doña Angelines, el soplo del vértigo, nadie vio a Lolita Berruezo hasta que la vio el público, cojeando en el escenario, y nadie vio a don Mauricio, ni la pistola que colgaba de su mano, subía la música, y hubo un conato de aplauso, algunas risas que veían maquillaje en la sangre de Lolita Berruezo, lloraba la Bella Manolita en el



suelo de la oficina del *cabaret* y el guarda de la chatarrería de la Pellejera nos agrupaba con la aspereza de sus manos y su olor a vino y a humo, Almudena Fernández abrió los brazos para recoger a Lolita Berruezo, tambaleante, la pedrería azul en la cabeza de Soledad Rubí, un remolino de espejos, un grito y la mano negra de don Mauricio Céspedes alzada sobre las cabezas del público, Lolita Berruezo caía de rodillas, cantaba todavía mi hermano, una detonación, la risa, un aplauso y el proyectil que atravesaba el humo y el aire y era un silbido incrustado en la escena, don Mauricio Céspedes era la palidez y su mano seguía extendida, los pájaros se levantaban del trigal amarillo, volaban asustados de los ojos de Soledad Rubí, la cámara del fotógrafo Porpeta lanzó un fogonazo blanco, un estampido nuevo y Soledad Rubí cayendo fulminada, el cuerpo descoyuntado y torpe, Machuca aparecía entre el cortinaje de terciopelo, Soledad intentaba ponerse de rodillas, levantarse, la melena le caía por el cuello y por el suelo rodaba muerto su casquete de vidrios celestes, Abrázame, Machuca se llevaba la mano a los riñones y sacaba su arma, la mano de don Mauricio seguía alzada, con el cañón caliente de la pistola, se oía el estrépito del público, las mesas volcadas, gritaba Machuca, y en la oscuridad de la noche y el frío de los huesos aparecía una sirena que pintaba de azul las lágrimas de Manolito Tejada, corrían con el miedo las bailarinas, mi hermano arrastraba a Soledad Rubí por las tablas del escenario y sus manos se empapaban de sangre, en la cara de Soledad Rubí había el extravío del sueño y una sonrisa, un disparo más de don Mauricio, el público era una ola que rompía contra las paredes en busca de salida, una marea dispersa, gateaba Lolita Berruezo, a su lado Almudena Fernández, rodaban instrumentos, se oía el grito de Machuca, su figura erguida a un lado del escenario, su disparo reventando una botella junto al costado de don Mauricio y don Mauricio apuntando al policía, su pistola negra, uno, dos, tres disparos, el dedo arrebatado en el gatillo y el plomo atravesando el terciopelo, la madera y la cal, incrustándose en la pared, una quemadura rozando la sien del policía, su mano extendida haciendo puntería, su bala entrando en el ojo ya reventado de don Mauricio Céspedes Quesada de Oliveira, la sangre derramada por su pecho y el traspies lento, el baile torpe y la incredulidad de don Mauricio viendo girar a su alrededor el *cabaret* antes de desplomarse. Abrázame, abrázame, repitió

ahora en voz alta doña Angelines, y el fotógrafo Rovira, saliendo de las sombras de la casa, dio un paso adelante y en el balcón de la pensión Ríos-España, con los tejados y la noche y el mar de Barcelona al fondo, abrazó a su mujer.

Las cartas de mi hermano siguieron viajando en trenes que llegaban a Málaga asfixiados después de atravesar durante la noche campos de manzanos en flor y puentes temblorosos. Siguió la letra oronda y bailarina de sus cartas dando noticia de las canciones que interpretaba, de los días que estuvo sin trabajar por un ataque de lumbago y de las películas que en el Roxy, en el Coliseum, en el Arnau, en el Principal Palacio, en el Edén o en el Diana seguía viendo cada tarde. Pero apenas contaba nada mi hermano de la nueva vida del *cabaret*, y sólo en una carta que envió semanas después de los sucesos dijo que don Mauricio había tenido un arrebató y la había emprendido a tiros contra una bailarina, Sonsoles Aranguren, a la que decían Soledad Rubí, y que el policía Machuca había disparado a don Mauricio, pero que ninguno de los dos, ni la bailarina ni el dueño del *cabaret*, había muerto a pesar de que don Mauricio Céspedes había estado muy grave y perdido un ojo.

Apenas contó nada mi hermano de los días que pasaron yendo al hospital ni de los cambios que doña Adela y un administrador de Sabadell, don Eugenio Fabra, habían introducido en el *cabaret*, y aquella falta de detalles sobre el tiroteo y sus consecuencias y la escasez casi absoluta de fotografías que siguió a aquellos sucesos pareció contagiar a mi padre, que ni siquiera llevó la carta en la que todo aquello se narraba de modo tan abreviado a Los 21, donde dio cuenta de lo ocurrido aprovechando el intermedio de una conversación sobre fútbol, sin ni siquiera llamar a los camareros ni preparar su discurso de ningún modo, que hasta el propio Doblas, su ayudante, se quedó contrariado por el modo breve y casi atropellado con que mi padre contó que a la bailarina Rubí el dueño del *cabaret* le había dado un tiro y un policía le había dado otro al hombre ese, a don Mauricio, pero que el *cabaret* seguía abierto y mi hermano cantando. Lo que son las cosas, dijo mi padre

por todo comentario. Y nadie le preguntó nada, ni el Toto, ni el comandante Villegas ni tampoco Doblas, sorprendidos más por la brevedad de la noticia que por la noticia misma y sin ánimos para interesarse por lo ocurrido, porque la verdad es que todos estaban saciados de desgracias con lo que había pasado en la chatarrería de la Pellejera, que la historia del pobre Tatín, el niño de la polio, estuvo circulando durante días de boca en boca, y unos decían que había sido un descuido de los guardas, otros que un descuido del propio niño y otros que el niño había visto a su amigo Tejada en peligro y había corrido a salvarlo sin reparar en el peligro ni en aquella grieta que de pronto se abrió a sus pies y por la que había rodado entre la cuchilla de los hierros hasta caer al lado del Mocos. Y algunos también decían que el pobre niño se había decapitado y que la cabeza había ido a parar a los mismos pies del Mocos y que la cabeza sin cuerpo, despeinada y con las gafas rotas se había quedado mirando a su amigo e incluso llegó a decirle adiós, Adiós, Mocos, que me he muerto, aunque la verdad es que el Mocos nunca dijo nada de lo que vio y oyó esa tarde y estuvo unas semanas medio mudo, con los ojos muy abiertos y escarbándose la nariz, como si quisiera librarse para siempre de su mote y a la vez que se limpiaba los orificios nasales hiciese lo mismo con su memoria y la dejara libre de malos recuerdos.

Ni siquiera fue el Mocos a la despedida de Tatín, que nos llevaron a todos vestidos de domingo y medio en procesión a su casa. Nos fueron pasando por delante de la caja donde lo habían puesto para que nos despidiéramos de él, sólo que yo no le dije nada y ni siquiera miré el interior de aquel cajón reluciente. Lo único que vi fue una tela brillante y mullida, los botones de mi propia camisa y la mancha borrosa de mis zapatos, y antes de que mi vista me traicionase y acabara posándose en la cara de Tatín me retiré y le dejé el sitio al Guille, que iba con los ojos muy abiertos y con la boca cerrada como si llevara algo atascado en la garganta. Por todas partes había fotos de Tatín, y en un rincón estaba su amigo repelado y limpio de los Maristas, y otros compañeros suyos y algunos curas que iban y venían con el vuelo de sus sotanas y se mezclaban con el remolino de tías de Tatín, todas llorosas y desconsoladas, todas menos la que siempre había conducido la furgoneta en la que viajaba Tatín y que esa tarde, sin parar de fumar, tenía una especie de sonrisa triste en la cara, como si a través de la caja aquella en la que habían

metido a su sobrino, él le estuviese hablando, igual que cuando lo llevaba al médico, de los partidos de fútbol que iba a jugar cuando le quitasen los hierros de las piernas.

Allí de pie entre curas, niños de los Maristas y tías de Tatín, estuvimos sin hablar, Barea, el Guille, el Nono, Diego Manuel con una chaqueta azul y una corbata de cuadros verdes, Pepito mirándolo todo de reojo, Manolito Tejada con una mano vendada y una gasa en la frente, y yo, hasta que llegaron unos hombres con uniforme gris y los lamentos de las tías de Tatín se hicieron más fuertes, un cura nos fue sacando a todos a la calle y allí, al lado del coche que iba a llevarse a nuestro amigo, estaban Castillo y Quini, y a su lado Esperancita, con la brisa de la tarde, con la primavera meciendo su melena color de trigo. Y aunque no nos dijimos nada, yo vi que los ojos de Quini estaban llenos de lágrimas y toda su cara tenía el mismo arrebol que cuando días atrás la vi recién salida de los arbustos de la calle Cataluña, con una fiebre que le mudaba la cara y le hacía los ojos más líquidos. Castillo lloraba y lloraba Esperancita, Diego Manuel se estiraba la corbata con nudo de elástico y a Pepito dos lágrimas le bajaron silenciosas por las mejillas cuando los hombres de uniforme sacaron a Tatín de su casa. El Guille raspaba el suelo con su zapato y yo sentía el sol y la tibieza de la tarde en mi cara y cómo las hojas de los árboles y las flores de los arriates se estremecían con un susurro que decía mi nombre y en el aire me traían todo su olor y el olor a tierra que tenía el pelo y la piel de Quini, y cuando ya lo veía todo borroso y pensaba que no podía respirar y que a la vez que a Tatín también a mí me metían en aquel coche alargado y negro, en mi hombro y en mi mano noté la mano y el olor de mi madre, y entonces también a mí se me desmayó el pecho y en la garganta un remolino dulce me trajo el llanto.

Se fue el coche calle Antonio Jiménez Ruiz adelante y se fueron los años, aquel soplo leve de pétalos blancos y manzanos en flor, y todos seguimos el juego de los calendarios y el tránsito de la noche y el amanecer, el flujo de las nubes y el sol. Y sólo pasados los años me habló mi hermano de los sucesos de aquella noche en la que Soledad Rubí y don Mauricio Céspedes resultaron heridos. Me habló de cómo ocurrió todo, de la visita de la Bella Manolita a la pensión Ríos-España, de la fotografía trucada de Rovira que ella se llevó escaleras abajo, de la paliza que Machuca le dio a Lolita Berruezo y de cómo

se produjo el tiroteo en el *cabaret*, y también de los días que siguieron a aquella noche triste.

Me dijo mi hermano, cuando ya había vuelto a llamarse Ramón y el viento del verano soplaba en las cortinas de una casa que no era la casa de la calle Antonio Jiménez Ruiz, que doña Angelines, al saber lo ocurrido en el *cabaret* ni siquiera tuvo que hablar con su marido, sólo le dijo, Ve, y Félix Rovira salió de la pensión y estuvo al lado de Soledad Rubí hasta que los médicos le permitieron abandonar el hospital. Y también me dijo mi hermano que en sus paseos por la clínica el fotógrafo Rovira había visto a don Mauricio Céspedes, tumbado en una cama y con la cabeza vendada, la Bella Manolita, con sus ojos despintados y la cara repentinamente envejecida, a sus pies. Muy pronto don Mauricio Céspedes iba a ser un preso con un parche negro en el ojo, un preso tuerto que sólo sudaba por un lado de la cara, el que no había sido herido por la bala de Machuca. Pasó don Mauricio su condena jugando a las cartas con los funcionarios y dejándose ganar para que le permitieran pasar las mañanas en la lavandería de la cárcel, dormitando entre montañas de ropa recién lavada y viendo en lo hondo de su única retina la silueta de una bailarina vestida con lentejuelas azules y un casquete de pedrería y espejos a la que decían Soledad Rubí.

Soledad Rubí ya fue para siempre Sonsoles Aranguren Gómez. Dejó de ser bailarina en el mismo momento en que don Mauricio Céspedes apretó el gatillo y una bala de plomo ardiendo le quebró la clavícula. En el hospital, los pájaros que habían volado ante los disparos de don Mauricio volvieron a rondar las pupilas y el trigal y los árboles que Sonsoles tenía en los ojos. Tenía también un rumor de aguas cristalinas en la mirada, y en lo hondo de ella había un color ceniza sobre la tumba donde había sido enterrada Soledad Rubí, muerta por la bala de don Mauricio Céspedes. Nunca volvió Sonsoles Aranguren a pisar el *cabaret*. Nunca volvió a bailar la bailarina que deslumbró la noche de Barcelona. Ni una sola vez a lo largo de su convalecencia mentó lo ocurrido aquella noche ni quiso recibir más visita que la de Rovira. Y ni siquiera cuando el fotógrafo fue a despedirla, entre el humo del gasoil y el rugido de los autobuses, volvió a hablar Sonsoles Aranguren del *cabaret*, sólo se quedó mirando a Rovira a los ojos y, después de darle un beso muy suave en los labios, le dijo, Nunca en mi vida me

arrepentiré de haber venido a Barcelona, sólo por saber que existías, que en el mundo hay una persona como tú. Y también el fotógrafo Félix Rovira, al ver a Sonsoles Aranguren acomodarse con su brazo vendado al otro lado de los cristales, también él sintió en la garganta y en la boca de los pulmones el remolino del llanto, sólo que él no lloró, y con los ojos despejados y limpios se quedó mirando los ojos de la bailarina y el reflejo del sol, la sombra de las hojas y los árboles que empezaron a deslizarse por el cristal cuando el autobús se puso en marcha y la mano en el vidrio y los ojos de Sonsoles Aranguren se hicieron borrosos, una mancha que dejó paso a otras ventanillas, al ruido y al humo que envolvieron al fotógrafo Rovira, que quedó con la mano extendida y su tupé de viejo héroe debilitado por la brisa, sintiendo que aquel estrépito sordo, la combustión del autobús y su color rojo desvaído estaban marcando para siempre el momento más doloroso y feliz de su vida.

Mi hermano, cuando todavía se llamaba Carlos del Río, se fue de Barcelona, del *cabaret* y de la pensión Ríos-España sin despedirse de nadie. Él siempre pensó volver, por eso cuando el representante Carmona le ofreció una gira con el Teatro Chino mi hermano no se despidió de nadie, pensando que en unos meses volvería a Barcelona y que en ese tiempo el *cabaret* quizá recobrara la armonía perdida y los tiempos de la ira y la sangre quedarían definitivamente atrás. Pero ya nunca regresó mi hermano a aquel *cabaret* de cortinas rojas y aire de humo donde nadie se llamaba como decía llamarse y las bailarinas se morían con ruido de lentejuelas. Se fueron prolongando las giras, mi hermano fue llevando su voz por las ciudades con sus chaquetas de seda y su nombre, Carlos del Río, brillando en una luminaria de bombillas ambulantes, hasta que la enfermedad vino a enroscarse en el cuerpo de mi padre para acabar con su vida y mi hermano ya siempre se quedó entre nosotros, lejos de los escenarios, de las bailarinas y los aplausos.

Pasados los años, mi hermano regresó por unos días a Barcelona y encontró que también Rovira había muerto y que doña Angelines estaba vencida por los años, unos mechones de pelo blanco asomando por la sien y los ojos iluminados al reconocerlo después de unos momentos de duda. La pensión Ríos-España era una pensión menguada, más estrecha y oscura, con el pasillo ribeteado por un zócalo de plástico que fingía ser madera y un

susurro de personas que nada tenían que ver con los antiguos inquilinos. La pensión Ríos-España había dejado de ser una casa de artistas y sólo el afilador Poveda, que seguía sin afilar nada, continuaba viviendo allí. Con él y con doña Angelines estuvo mi hermano hablando hasta la caída de la tarde en el calor de la cocina. Hablaron de los tiempos pasados, de la bailarina Lili y de su novio Cosme Cosme, de la pobre Fátima Combados y del camarero Álvarez, que hacía unos años había dejado el *cabaret* para regresar a su pueblo y que cada año, por el santo de doña Angelines, enviaba una postal de Gregory Peck y un ramo de flores blancas: A la madre que nunca tuve, ponía siempre en la tarjeta el camarero Álvarez.

Del Trompeta nada se sabía, se fue de la pensión una noche, cuando vio que la enfermedad del fotógrafo Rovira ya no tenía remedio. Dejó su cama revuelta y toda su ropa arrugada en el fondo del armario, que es como se despiden los músicos, sin despedirse y llevándose sólo su instrumento. Almudena Fernández sí se había despedido. Fue la última en marcharse. Salió de la pensión de blanco, dijo con una sonrisa triste doña Angelines, para casarse con un representante de medias que había conocido en la misma pensión y que se enamoró de ella nada más ver sus piernas y lo bien que le sentaban las medias que él representaba. Mire usted qué medias, decía el representante Amador alzando las faldas de su novia hasta los muslos y mostrando a todo el que quisiera verlas aquellas medias, aunque lo que todo el mundo miraba no eran las medias sino la perfección de las piernas de Almudena Fernández. En la esquina de un periódico viejo le garabateó la dirección de Almudena doña Angelines a mi hermano: Ve a verla, se pondrá muy contenta, con lo que te quería, a todos, a todos nos quería Almudena, que el día antes de casarse fue al asilo donde está el chino Bonilla y lo convenció para que fuese a su boda, y fue Bonilla, y hasta le cantó un trozo de zarzuela y le sacó dos palomas blancas del velo, que dicen que da buena suerte.

Y sólo al despedirse, ya en la puerta de la pensión, mientras las lágrimas volvían a empañar los ojos de doña Angelines, hablaron de Rovira, y ella le dijo que en los últimos días de su vida, cuando ya apenas hablaba ni tenía fuerzas para nada, Félix había preguntado por él, ¿Dónde está Carlos? ¿Qué Carlos?, le susurró doña Angelines al oído. Carlos del Río, mi amigo.



En el portal de la pensión, mi hermano tiró el papel arrugado con las señas de Almudena Fernández, y desde el escalón que ya daba a la calle vio el bar de enfrente, adornado ahora con un letrero de luces azules que empezaban a parpadear con la llegada de las primeras sombras. Arrepentido de aquel viaje a Barcelona, de haber ido a la pensión Ríos-España, y sintiendo en su nuca y en su espalda la mirada que desde el balcón le dirigían doña Angelines y el afilador Poveda, mi hermano empezó a andar calle adelante, perdiéndose en ella como un día se había perdido Félix Rovira camino del *cabaret* para buscar su última fotografía, como por el confín de otra calle se perdió aquel coche negro llevándose a Tatín y como se perdieron, calle adelante, los años y los días en los que el sueño aún era posible. Me dijo mi hermano que en ese momento, avanzando por la calle, se notó vacío, como si el aire y la brisa del puerto de Barcelona pudieran pasar a través de su cuerpo, y todo lo sintió acabado. Aunque la verdad es que todo había acabado muchos años atrás, cuando una mañana de primavera una flor blanca abría sus pétalos al sol y en el fulgor de los cristales de un autobús se confundían las hojas y las sombras con los ojos de Sonsoles Aranguren como unos días antes en mi retina se había confundido el ataúd en el que habían metido a Tatín con la melena rubia y el rostro de mi amigo cuando tiempo atrás veíamos su reflejo pintado en los cristales traseros de la furgoneta de su tía, viajando camino de los médicos en un intento imposible por dejar atrás aquellos hierros que llevaba enredados como una yedra muerta a las piernas y que, produciendo un ruido como el de las bailarinas al derrumbarse sobre el escenario, lo obligaban a caer como un árbol talado, como un poste sin ramas ni brazos, como a lo largo del tiempo y la flor caen y se derrumban la vida y los hombres, que ya sólo viven en el rumor que sus pasos dejan tras de sí, en el eco de sus voces. Como quizá mi hermano, Tatín, mi madre, el Mocos, Sonsoles Aranguren o yo mismo sigamos viviendo en esta historia que ahora acabo de contarles.



ANTONIO SOLER (Málaga, 1956). Es autor de once novelas, entre ellas *Los héroes de la frontera*, *Las bailarinas muertas*, que recibió el Premio Herralde en 1996 y el Premio Nacional de la Crítica en 1997, *El nombre que ahora digo*, galardonada con el Premio Primavera en 1999, *El sueño del caimán*, *Lausana Y Boabdil*. Con *El camino de los ingleses* obtuvo el Premio Nadal en 2004. La novela fue llevada al cine con guión del propio Soler. Ha publicado asimismo un libro de relatos, *Extranjeros en la noche*. Sus novelas se han traducido a once idiomas. Ha sido escritor en residencia en el Dickinson College, en Pensilvania. Es caballero del Orden de Finnégans.